

SAGA SENCACIONES I

¿A TODO RIESGO O A TERCEROS?



Lectulandia

MIA

*«Quien en zarzas y amores se metiere,
entrará cuando quiera,
mas no saldrá cuando quisiere.»*

PLUTARCO
(50-125) Escritor griego

Capítulo 1

La sensación de ahogarme me invade nada más traspasar las puertas del banco, hace meses que no visito la oficina, pero cada vez que lo hago acabo enferma durante una semana y bastante tengo encima como para agregar más carga de la que ya soporto.

Sonrío por mera educación a la chica que está en la caja al pasar frente a ella. Me detengo en la puerta del director, tomo una bocanada de aire antes de llamar y pasar.

El hombre hace un gesto con la mano, me invita a tomar asiento y a esperar mientras termina de hablar. Me encojo en el asiento al escuchar el elevado volumen de voz que usa para dirigirse a la pobre persona que está al otro lado de la línea, si fuese yo ya estaría llorando. En menos de dos minutos lo ha amenazado dos veces, si en dos días no abona el importe pendiente le embarga la casa.

Cuelga y se toma su tiempo antes de dirigirse a mí, aunque a decir verdad no deseo que lo haga, creo que no es buen momento, estoy por disculparme y volver otro día que esté más calmado.

—Buenos días, señorita García.

Se me eriza el vello solo con el saludo.

—Buenos días, señor Rodríguez —respondo por cortesía, pero lo que deseo es salir por patas de aquí y esconderme debajo de la cama.

—Sabrá para qué la he hecho venir.

Niego con la cabeza, hace meses que llegamos a un acuerdo y hasta el día de hoy lo cumplo religiosamente.

—Como bien sabrá, hace once meses firmamos un acuerdo de reducción de cuota hipotecaria y este llega a su fin. He revisado sus cuentas y por lo que veo sigue cobrando la misma cantidad de siempre, lo que dificultará poder hacer frente al nuevo importe.

No es necesario que me diga que mi sueldo es una ruina y que no me da ni para comprarme un tanga nuevo, pero por el momento no me van mejor las cosas.

—Estoy pendiente de que me amplíen las horas en el trabajo de las tardes —informo—. Por lo que me ha dicho mi jefe, el próximo mes ya podrá concedérmelas.

Es mentira, cada vez que le suplico a Tobías para que me aumente la jornada responde lo mismo; «lo siento, Pau, pero estamos bajos en producción».

—¿Y con eso podría hacer frente a las cuotas?

—Sí.

De hecho si consigo que Tobías me tenga más lástima de la que ya me tiene, el incremento de horas me dará para poder vivir y no sobrevivir como hasta ahora.

—Señorita García, entenderá que mi deber como director de la sucursal es preocuparme de que percibiremos el dinero dentro de la fecha, si usted ve que le va a ser imposible poder solventar el nuevo importe, siempre podemos ofrecerle una solución.

Se queda callado sin dejar de mirarme, no sé si quiere que le pregunte o pretende generar más tensión en el ambiente del que ya hay.

—Le acabo de decir que tendrá su dinero cada primero de mes.

Asiente no convencido.

—No dudo de su palabra, pero como ya le he dicho en las anteriores ocasiones que nos hemos reunido, el banco está dispuesto a comprar la finca y liberarla de la carga que conlleva.

Me levanto nada más oír cuáles son sus intenciones, sé que aunque ponga al banco como excusa, es él quien está detrás de la propiedad desde el mismo momento en el que se enteró de lo ocurrido.

—Señor Rodríguez, como ya le he dicho las demás veces, la masía no está en venta. Que tenga un buen día.

Salgo de la oficina cabreada, estoy cansada de que la gente piense que no soy capaz de conservar lo único que me queda de mi padre y hasta el momento creo que he demostrado que lo hago medio bien, por algo aún soy la propietaria.

Me subo al coche y la tristeza no tarda en invadirme, no solo por la conversación mantenida con el director del banco, también por el hecho de estar en el pueblo donde nací y me crie. Cada vez que vengo los recuerdos, tanto los buenos como los malos, se hacen presentes.

Conduzco de regreso a la capital y mi lugar de residencia desde hace diez años, estaciono frente a la puerta de casa e ignoro el saludo del pesado del vecino. Entro y me dejo caer en el sofá. Aprovecho que Mabel está en el trabajo para lamerme las heridas, así que dejo la mente divagar para recordar épocas mejores.

El móvil logra que salga de los recuerdos y regrese a la realidad, que no es otra que estoy más sola que la una. Me tiemblan las manos al leer su nombre en la pantalla, como cada semana recibo un mensaje suyo, un ritual que se repite desde hace tres años.

Con cada uno que recibo me aseguro de que no voy a volver a leer ninguno, pero sé que me miento para no sentirme peor de lo que ya lo hago. No tardo en abrirlo y releerlo durante minutos.

Hola, Pau. Sé que no quieres verme, que no me contestes a ninguno de los mensajes lo confirma. Pero te pido, por favor, que aceptes quedar conmigo. Necesito explicarme.

Como las demás veces lo borro de inmediato para que Mabel no se entere. Me arrebujó bajo la manta a la vez que las primeras lágrimas se liberan.

Capítulo 2

Estaciono el coche en el aparcamiento exterior que ya está atestado para ser primera hora de la mañana de un día laboral. Mi acompañante me mira y resopla con insistencia, no se molesta en disimular la poca gracia que le hace estar aquí. Fuera del coche ignoro sus quejas y comienzo a caminar.

No evito que se me escape un fuerte suspiro, cada vez que visito esta zona de la ciudad me entristezco, aquí yacen las dos personas más importantes de mi vida.

Hago la parada de rigor en la floristería que hay en la entrada. Saludo al hombre con afecto. Tantos años viniendo por aquí, para comprarle los ramos de rosas rojas, han hecho que nos hagamos amigos.

Me entrega el ramo que he encargado y otro de hortensias blancas y lilas.

—Este se lo regalo yo a tu abuela por su cumpleaños.

—Muchas gracias, Pepe.

—No son necesarias.

Me dispongo a marcharme, pero retrocedo al oírlo.

—Lázaro, ¿cuándo puedo pasar por tu oficina para hablar de negocios?

—Cuando quieras.

—Mejor déjame el teléfono de tu secretaría y concreto un día, no quiero ir sin cita no sea que te pille en alguna reunión importante, que lo mío es una minucia de nada.

Saco de la cartera una tarjeta de visita y se la entrego.

—Todos los negocios son importantes por muy pequeños que sean. Llama cuando quieras, pero no es necesario, puedes ir cualquier mañana que siempre estoy en la oficina.

Me despido del hombre con un apretón de manos.

Recorro el camino empedrado sin molestarme en mirar si mi acompañante me sigue o se queda atrás. Por mi parte, puede esperarme en el coche mientras visito a mis abuelos.

Como cada vez que vengo, lo primero que hago nada más llegar es saludarlos y preguntarles cómo se encuentran, sé que no voy a obtener contestación alguna, pero me encanta hablarles mientras limpio la lápida, quito las flores secas y coloco las frescas.

Los insistentes quejidos de Estefanía logran que me despida antes de tiempo de ellos. Hago el camino de regreso hasta el coche cabreado, no pretendo que comprenda cuánto disfruto de estos momentos de soledad en el cementerio hablando con los que considero mis padres más que mis abuelos. En realidad, lo que no entiendo es qué hace aquí conmigo cuando desde el inicio le dejé claro que no quería nada serio con ella, pero no hay forma humana de hacerla entrar en razón.

—Te he dicho que te quedaras en tu casa, no me importa venir solo, de hecho lo prefiero —digo de mal humor mientras abro el coche.

—¿Y para qué están las novias? —pregunta una vez sentada—. Para acompañar a su pareja en estos trámites.

—Estefanía, sabes de sobra que no somos novios —replico cabreado.

Hace un mohín con los labios, odio cuando se comporta de manera tan infantil, supongo que con otros hombres esta actitud le funciona, aunque conmigo no.

—Pareja; novios. Es lo mismo. Desde hace quince días dormimos cada noche juntos en tu casa.

La miro exasperado. Ninguno de esos términos son los adecuados para referirse a lo que tenemos. Llevamos viéndonos poco más de dos meses y comienzo a cansarme de la situación, no sé cómo decirle que entre nosotros lo único que existía era una buena relación sexual, ahora ya ni eso.

La conocí en la sala que frecuento con Brig, nada más verla tuve claro que ella sería la elegida para que me acompañara esa noche, no sé por qué después de una sesión de sexo salvaje accedí volver a verla fuera de la sala, era la primera vez que permitía esa petición, pero algo en ella llamó mi atención. Los días me han demostrado que es como cualquier otra mujer consentida, solo piensa en ella y en sus propios intereses.

—Esa es otra, te he dejado claro esa parte, pero cada día me ignoras y al final te quedas a pasar la noche en mi casa.

Me acaricia el brazo con suma lentitud, piensa que con ese gesto el enfado se va a disipar por arte de magia, no sabe lo equivocada que está.

—Cariño, es lo que hacen las parejas.

—Pero ¿cómo tengo que decirte que no somos pareja?

Resoplo y a la vez me froto la cara. Giro el cuerpo para quedar frente a ella.

—Respóndeme a una pregunta.

Asiente sin dejar de reír.

—¿Estás dispuesta a pasar las mañanas de los sábados aquí conmigo? —señalo el cementerio.

Se le contrae el rostro, intenta recomponerse, pero es tarde. Diga lo que diga ya conozco la verdadera respuesta.

—Cariño, todos los sábados es mucho pedir, podemos venir como hace todo el mundo, una vez al año.

No respondo, ni me molesto en explicar la importancia que tienen para mí estas visitas y menos a una persona que es incapaz de comprender qué significan.

Sin emitir una palabra conduzco y me adentro en el centro de la ciudad, paro en segunda fila justo en frente del portal de su edificio.

—¿Qué hacemos en mi casa? —cuestiona extrañada—. Ayer me prometiste que pasaríamos juntos el día.

—No Estefanía, no te prometí nada. Al igual que en su día te dejé bien claro que lo único que pasaría entre nosotros sería una noche desenfadada y que no iría a más.

Froto las sienes al verle los ojos anegados en lágrimas, otra vez lo mismo, cada vez que intento hacerle entender que no deseo verla más me monta el mismo numerito. Al final tendré que darle la razón a Brig cuando asegura que soy gilipollas rematado con las mujeres y que no sé manejarlas.

—Yo sí quiero más. —Gimotea.

—Pero yo no —afirmo lo más calmado que soy capaz—. El día que me decida a estar con una mujer tendrá que aceptar que, todos los sábados sin excepción, visitaré

la tumba de mis abuelos.

Por fin comprende que no es negociable, que no estoy dispuesto a cambiar mis costumbres por nadie y mucho menos por una persona por la que no siento nada. Baja del coche después de gritarme y llamarme de todo durante más de cinco minutos. Si con esa actuación es suficiente para que me deje en paz, el pago está más que justificado.

Cuando termino de comer recibo un mensaje de Brig, las caras que me manda me aseguran que está desesperado por tener que cubrir el puesto de uno de sus empleados. Decido tomarme el día libre e ir a visitarlo. Para cuando llego al edificio lo encuentro repantigado en la silla de recepción.

—Joder, macho. Que imagen más mala das de esa forma. Vaya un jefe estás hecho.

—Tú deberías estar aquí ocho horas sin poder moverte ni hacer nada, otro gallo cantaría.

—Lo hago con la punta del capullo —aseguro.

—Lo que tú digas, gallito. Pero apuesto a que no duras ni un día.

Río al escucharlo, sé que tiene razón, pero no estoy dispuesto a dársela. No entiendo cómo en su día le encantaba ser vigilante de seguridad, tanto que decidió montar su propia empresa. Para mí es un trabajo insulso, desesperante. Estar ocho horas en la entrada de un edificio y lo máximo quehacer sea saludar a los trabajadores, me parece desesperante.

—Aguantaría más de un día y lo haría mejor que tú. —Garantizo chulesco.

La sonrisa que muestra no me gusta un pelo.

—Hagamos una apuesta, tú te encargas de mi empresa durante un mes y yo de la tuya. —Alarga la mano—. ¿Qué dices?

—Que estás loco si piensas que voy a dejar mi empresa en tus manos.

Comienza con su perorata de siempre, asegurando que él gestionaría mi flota de camiones mucho mejor de lo que lo hago yo. Dejo de prestarle atención cuando visualizo a una morena dirigirse a la entrada del edificio.

No puedo dejar de mirarla, aunque ella no se digna a levantar la vista de la pantalla del móvil. Va tan enfrascada que por poco no tropieza con la planta que hay en mitad de la entrada.

—Buenas tardes. —Saluda sin llegar a mirarnos.

Inspiro con fuerza el aroma que desprende, no sabría decir con exactitud qué perfume utiliza, lo único que sé, es que huele de maravilla.

Capítulo 3

—No puedes hacerme esto, Tobías —me quejo.

—Claro que puedo, para algo soy tu jefe —alega iracundo.

Cierro los ojos. De saber que al final me daría las horas solicitadas durante tantos meses no habría aceptado el puesto de limpiadora en un supermercado por las mañanas, es un trabajo que odio a más no poder, pero es mucho mejor que la opción que me ofrece.

Lo miro como si se tratara del mismísimo diablo, lo que propone es inviable, no estoy dispuesta a regresar al infierno del que logré salir a duras penas hace tres años y menos ahora que las cosas me van medio bien y no tengo noticias del innombrable desde mi última visita al banco, de eso hace un mes.

—¿Por qué no envías a Mabel? Seguro que no le importará estar rodeada de hombres todo el día. —Hace un gesto negativo—. Pues a Mateo, tampoco creo que le molesten las vistas de hombretones llenos de grasa. —Sigue en sus trece y vuelve a negar—. ¿Simón? —apunto como último recurso.

Al igual que mis demás compañeros, Simón no es comercial, es el administrativo. No me importa, lo único que quiero es salirme con la mía y para ello estoy dispuesta a todo, incluso tener que renunciar al trabajo y a la masía.

Solo de pensar que puedo perderla un pinchazo hace que me retuerza de dolor, he luchado duro durante años para mantener la propiedad y plantearme siquiera tener que venderla me mata.

—No insistas, Pau, han solicitado al mejor comercial y esa, querida, eres tú. —Me dejo caer en la silla derrotada—. Tienes un mes para formarte.

La idea de no hacerlo se vuelve tentadora, no quiero regresar a la casilla de salida y si acepto trabajar en el taller que solicita nuestros servicios, sé que todo regresará de nuevo; los recuerdos, los sentimientos guardados, los mensajes, todo. Será un paso atrás, también reconocer que sigo enamorada de él, y no deseo caer de nuevo en sus mentiras.

—¿Y si me niego?

Mi jefe me toma por loca, de sobra sabe que no puedo permitirme el lujo de perder el trabajo, necesito los ingresos como el comer.

—No digas tonterías —comenta incorporándose—. Desde que te contraté, llevas dándome la lata con que te amplíe la jornada, ya has logrado lo que querías, enhorabuena.

—No necesito que me recuerdes lo que llevo pidiendo desde que entré, lo sé de sobra —me quejo enfadada—. Lo siento, Tobías, pero no puedo aceptarlo.

Incluso yo me sorprendo al rechazarlo sin llegar a pensar en las consecuencias que tendría mi cabezonería.

Toma asiento de nuevo, no entiende mi reticencia.

—¿De verdad estás dispuesta a perder el puesto de trabajo por no querer ir tres tardes a un taller?

Asiento.

—Paula, no lo entiendo.

Encojo los hombros. Tampoco comprendo lo que estoy haciendo, todo por miedo.

—¿Qué me ocultas?

—Nada.

—¿Entonces?

Lo que menos deseo es contarle mi vida sentimental, ¡lo que me faltaba! Conociéndolo como lo conozco, estoy segura de que intentará hacer de casamentero, no es que me lleve mal con él o no lo soporte, es que la última vez que lo intentó, acabé en una cita a ciegas con el estúpido de mi vecino.

Al ver cómo me mira, busco una respuesta rápida que darle, no me viene nada coherente a la mente, suelto la primera estupidez que se me ocurre.

—Es que me pillas muy lejos de casa, solo es eso.

Le entra la risa floja, lo entiendo, incluso a mí me dan ganas de reírme de mí misma.

—Vale, lo capto, hoy estás en plan graciosa. —Se pasa la mano por la frente—. Incluso he llegado a pensar que tenía que despedir a la mejor comercial que tengo.

No lo contradigo, de hacerlo me vería obligada a decir los verdaderos motivos por los cuales no quiero ir a trabajar al taller.

Sacude la mano para invitarme a salir del despacho cuando se calma, al ver que no tengo intención de levantarme, dice:

—Son las dos de la tarde.

Arqueo una ceja, hasta las tres, por lo general, no suele marcharse.

—Es viernes y quiero irme a casa —replica.

Me incorporo de inmediato, los viernes acaba antes la jornada.

—Ya me voy —digo cabizbaja.

—Paula. —Giro la cabeza al escuchar mi nombre—. Confío en ti y sé que los dejarás impresionados con tus números.

—Descuida, ante todo profesionalidad. Buen fin de semana.

Alicaída abandono el despacho, camino con la cabeza gacha hasta llegar a mi puesto de trabajo, Mabel me mira extrañada, es raro en mí que esté tan callada un viernes a última hora de la mañana.

—¿Qué haces aquí si no trabajas por las mañanas? —Desea saber.

—Tu tío me llamó ayer para que viniera, he pedido salir antes del trabajo de las mañanas.

—¿Y bien?

Le hago un gesto con la mano, entiende que no es lugar para hablar de ello, en casa le contaré lo que me sucede. Sincronizo la agenda del ordenador con la del móvil antes de marcharme.

Espero a Mabel en la entrada del edificio, necesito fumar para relajar los nervios que campan a sus anchas por todo mi cuerpo, pero tengo claro que si enciendo un cigarro delante de Ma me caerá la bronca del siglo, así que desecho la idea.

Tan mal me encuentro que no sonrío cuando Mabel le da una palmada en el trasero al vigilante, él tarda poco en mostrar una sonrisa, pero desaparece al comprobar quién se la da.

—¿Sabes que está loquito por ti, verdad? —comenta mi amiga una vez fuera del edificio y cuando se asegura que el hombre no nos oye.

—Siempre estás igual y llevo una semana diciéndote lo mismo; está cazado.

—¿Y?

Mi amiga y sus monosílabos.

—Y nada.

—Hija, desde... —La fulmino con la mirada—. Desde el innombrable estás de una estrecha. El miércoles hablé con Lázaro y me confesó que el anillo es un recuerdo. Que ni está casado ni tiene pareja.

Lázaro es el nuevo vigilante de seguridad del edificio, lo vi por primera vez hace un mes y desde entonces es el encargado de mantener seguro el edificio.

—Además, ¿sabes por qué sé que está loco por ti? —La ignoro y prosigo mi camino—. Solo viene las tardes que tú trabajas, el resto es un hombre regordete medio calvo.

—Déjalo estar, Ma —digo para que no siga vendiéndome al segurata.

Me sujeta del brazo para deje de caminar y me obliga a mirarla.

—Pau hace tres años de aquello y te lo he dicho mil veces, todos los hombres no son iguales.

No pienso contradecirla.

—Tienes razón, no todos los hombres son iguales, cada uno tiene su especial forma de cagarla.

Suelta una carcajada, lleva meses diciéndome que quite esa foto del perfil de WhatsApp, me niego.

—Tú lo has querido, no me dejas otra alternativa.

La miro con estupor, de ella me espero cualquier cosa.

—¿Qué vas a hacer?

Me deja con la palabra en la boca, se gira y regresa al edificio. Me llevo las manos a la cara para tapanla al verla hablar con Lázaro y señalarme, él muestra una sonrisa y me guiña un ojo mientras saca el móvil para anotar algo que la traidora de mi amiga le dicta. Echo a andar, no quiero saber qué hace la loca de Mabel, pero estoy segura de que no me va a gustar nada de nada.

Capítulo 4

—¿Dices en serio lo de la apuesta? —pregunta Brig sin dejar de reír.

—Que sí, pesado —afirmo tomándome de un trago otro chupito.

Francesco, o lo que es lo mismo; Brignoli, es mi mejor amigo, nos conocemos desde la infancia. Nuestras familias vivían en la misma calle, nos hicimos amigos de pequeños y desde entonces no nos hemos separado.

—Pero vamos a ver, Briztam. —Como es normal entre nosotros nos llamamos por nuestros apellidos, una costumbre adquirida en el colegio—. Tu pasión son los camiones no ser vigilante de seguridad. Que yo te agradezco mucho el favor que me has hecho este mes cubriendo el puesto de uno de mis empleados. Pero ¡joder!, que yo me hice segurata por lo que se ligaba y no por pura pasión, pero con los años aprecié mi trabajo, por eso monté la empresa.

Resoplo, cuando bebe es un cansino, le da por hablar y no hay quién lo pare, solo conozco una cosa que sí lo hace. Por ello, lo he arrastrado a la sala que con asiduidad frecuentamos desde que me peleé con Claudia.

—¿Aceptas o no? —inquiero cansado de lo mismo.

Llama al camarero con un gesto de mano y solicita otra ronda.

—A ver si me ha quedado claro, los próximos dos meses tú gestionarás mi empresa y yo la tuya. —Por fin va directo a lo que me interesa—. Pero si yo no tengo ni zorra de transporte ni tú sabes nada de vigilancia.

—Eso no es lo que aseguraste hace un mes.

—Aquello fue pura chulería para callarte la boca. Insisto, es una locura. Tú no sabes nada de mi negocio y yo nada del tuyo.

—Creo que este mes te he demostrado que sí. Además, en ello radica la apuesta, demostrarte que soy capaz de gestionar tu empresa mejor que tú.

—Eso no te lo crees tú ni borracho, tío. —Alarga la mano para apretar la mía—. Acepto.

Tardo un poco en soltarlo, decirle que estoy más capacitado para gestionar su negocio es la clave de que acepte la loca apuesta, pero si quiero lograr mi objetivo debo estar en su empresa y no en la mía.

—Espero que no sea mi ruina —comenta al chocar su chupito con el mío. Ladea la cabeza para observar el resto de la sala y una pícaro sonrisa le cubre el rostro—. Y ahora, querido amigo, disfrutemos de la noche.

—Adelántate, ahora me uno yo.

Lo veo mezclarse con el resto de asistentes que, al igual que nosotros, buscan una noche desenfadada sin mayor compromiso que disfrutar de una buena dosis de sexo.

Quedo sentado en la barra, solo es el inicio de la velada y, por el momento, no quiero tomar decisiones precipitadas, aún faltan asistentes por llegar y no tengo planeado pasar toda la noche en la sala.

Mi corazón late más fuerte al ver a la morena que acaba de acceder, no puedo creer que a ella le guste este tipo de juegos, no sé, pero su apariencia me hace ver que

es más tradicional en este aspecto.

Cuando la mujer gira la cara me llevo una decepción, no se trata de ella, pero su parecido es tan grande que me veo arrastrado por la fantasía y pronto estoy frente a ella.

Sonríe al verme y estoy por decirle que no lo haga, ya que al hacerlo en nada se parece a la mujer que me lleva loco desde hace un mes, la que ha provocado que haga una apuesta con mi amigo e intercambie de trabajo solo por verla y de la que aún no he podido conseguir ni su número de teléfono.

Dejo que sea ella quién elija quienes nos harán compañía al no aceptar la proposición de pasar el rato solos, la chica tiene las ideas claras, no tarda en decantarse por dos rubias que no me quitan el ojo de encima. Les hago una seña para que se acerquen si les interesa, en pocos segundos nos saludan.

Al verme rodeado por ellas, algo dentro de mí se activa, no sabría decir qué es o qué intenta decirme, lo que sí descubro es que no me apetece nada seguir con el juego y solo deseo irme a casa.

Sin perder la sonrisa me disculpo con las señoritas y ante su cara de asombro, les propongo un juego con el que disfrutarán más que si yo las acompaño, no tardan en mirarse e irse a una habitación privada sin dejar de tocarse las unas a las otras.

Miro a mi alrededor para localizar a mi amigo e informarle de mi partida, al no verlo por la sala central deduzco que estará en la común. Recojo la chaqueta y me marcho a casa.

Dedico la mañana del domingo a cuadrar los horarios de los trabajadores de la empresa de mi amigo, me adjudico los martes y los jueves por la tarde, son los días que sé con certeza que ella va a la oficina de MultiServi.

—Mierda —mascullo al comprobar que el viernes por la mañana me tocará hacer también el turno, el hombre que debe hacerlo le pidió el día libre a Brig hace semanas.

Una cosa es ir dos tardes por puro placer, otra distinta es por obligación. Pero todo esto me pasa por capullo. De no hacerle el favor a Brig ahora mismo no estaría en esta tesitura. Total, ella ni se inmuta cuando pasa por mi lado cada tarde que he ido al edificio de MultiServi, lo máximo que he logrado en este mes ha sido el saludo de buenos días y buenas tardes.

Comienza a cabrearme esta estúpida situación en la que yo mismo me he metido, pero me encapriché de ella como un gilipollas nada más verla aparecer aquella tarde que visité a mi amigo, por ello me ofrecí voluntario a sustituir a su trabajador cuando supe que estaba enfermo.

Al acabar el turno del jueves tarde me marcho cabreado a casa al sentir de nuevo su ignorancia.

—¿Qué haces aquí? —digo cuando las puertas del ascensor se abren y me encuentro a Brig en la puerta.

—Saber por qué el capullo de mi amigo me dejó tirado el sábado.

Abro la puerta de casa y lo invito a pasar.

—No te dejé tirado, estaba cansado y quería venirme a casa, al no verte por la sala central opté por no molestarte.

—Y yo voy y me lo creo. Es la cuarta semana que lo haces. Desembucha, ¿qué pasa?

Lo miro sin entender.

—Nada.

—Venga, Briztam, que nos conocemos hace muchos años. A ti te ocurre algo, no es normal que dejes de lado tu empresa por una estúpida apuesta. Joder, si hasta tus empleados se quedaron a cuadros cuando se lo comuniqué el lunes.

—¿No les habrás dicho nada de la apuesta? —pregunto atónito.

Asiente.

—Por supuesto, ya te lo dije, no tengo ni zorra de transporte. Además, tu secretaria no ha dejado de preguntar por ti estos días y para qué negarlo, necesito ayuda. Que sepas que el contable está el pobre con un ataque de nervios, dice que te voy a arruinar.

Me llevo las manos a la cabeza, sigo sin comprender cómo cojones he comprometido el futuro de la empresa, la que tantos años y esfuerzo me ha costado levantar, por un simple capricho, porque estoy seguro de que ella solo es eso; un capricho.

—Hablaré con ellos para tranquilizarlos y ahora si no te importa, vete.

—¿Me estás echando? —inquire sorprendido.

—Sí, mañana me toca turno de mañana, tengo que cubrir el día libre que le diste a uno de tus trabajadores. —Abro la puerta para invitarlo a salir—. Por cierto, le he dicho a tu secretaria que ponga una oferta de trabajo, vas muy justo de personal, si dos se ponen enfermos a la vez dejas al descubierto a algún cliente.

—No, no, no —dice alarmado—. Dile a Sonia que no la ponga, si alguno se pone malo que doblen turno que para eso les pago bien.

Me da la risa.

—¿Qué les pagas bien? No me jodas, Brig. Si hasta mi secretaria cobra más que tus trabajadores. No entiendo cómo no te han dejado ya en la estacada con lo negrero que eres.

—No soy negrero, lo que no soy es Cáritas como tú —alega iracundo.

—Que te den, Brig. Me marchó a dormir.

Le cierro la puerta en las narices, no tengo ganas de escucharlo.

El turno de mañana es una desesperación, llevo la mitad de horas y no sé qué hacer ya para no aburrirme. La felicidad me invade al verla entrar.

—Buenos días, guapa. —Saludo como cada vez que la veo.

—Buenos días —responde por educación sin llegar a mirarme.

Espero a perderla de vista para mascullar en arameo y en todos los idiomas que me vienen a la cabeza.

Al final de la mañana, después de mucho pensar, decido que la broma ya está bien y cuando acabe el turno hablaré con mi amigo para terminar esta estúpida apuesta que me va a costar demasiado cara.

Mi corazón se acelera al escuchar su voz, sonrío como un tonto al sentir que una mano femenina me palmea el trasero, se me borra al comprobar que es su amiga quien lo hace y no ella.

—De verdad que eres gilipollas, Briz —mascullo cuando no me escuchan

ninguna de las dos—. Ni sabe que existes.

Resoplo al ver a la amiga acceder de nuevo y entro en pánico cuando camina toda decidida hacia a mí, a ver cómo le digo que es su amiga quien me interesa y no ella.

—Hola, ¿te llamas Lázaro, verdad?

«Como si no lo supieras, me lo preguntas cada dos días», pienso mientras asiento por pura cortesía.

—No pienses mal, ¿vale? —Mal va si comienza con esa frase—. Mi amiga es un tanto tímida y no se atreve a hablar contigo. El tema es que le gustas, pero no sabe cómo hacerlo para conseguir tu número de teléfono.

El semblante me cambia de manera radical, no puedo evitar mirar a la calle, dedicarle una sonrisa y guiñarle un ojo. Al fin la apuesta dará sus frutos.

—Dame el suyo y yo me pongo en contacto con ella.

Capítulo 5

Los días se hacen interminables, entre trabajar por las mañanas limpiando en el supermercado y todas las tardes en la formación para el nuevo puesto que voy a desempeñar en MultiServi, para cuando llego a casa lo único que me apetece es esconderme bajo las mantas y no abrir los ojos hasta el siguiente día.

Suspiro al quitarme los zapatos nada más traspasar la puerta, saber que tengo dos días libres por delante me levanta un poco la moral.

—Hola, cariño. —Saluda Ma asomando la cabeza por la puerta del baño—. ¿Qué tal el día?

Camino hasta mi habitación, me detengo al llegar a su altura.

—El día bien, pero menos mal que ya es viernes. Jolines, esta semana no tenía fin.

—¿Alguna novedad que deba saber?

Desde el viernes pasado cada día me pregunta lo mismo, al verla acceder y hablar con Lázaro pensé en lo peor, pero por lo visto, en esta ocasión se ha comportado y no me ha metido en ningún fregado.

—Como no quieras que te cuente lo que hemos dado hoy en formación, no, ninguna novedad.

Me asomo a su habitación y descubro que la cuna está vacía.

—¿Dónde está Manuel? —inquiero de regreso al pasillo.

—Con su padre, hace media hora que ha venido a por él.

Arrugo el entrecejo sorprendida.

—¿Está enfermo? —pregunto con cierta cautela, Ma no lleva muy bien que el padre de su hijo venga a visitarlo solo una vez al mes y eso con suerte.

—Esta noche prefiero no pensar en nada.

Por primera vez desde que he llegado me fijo en su vestimenta.

—¿Vas a salir?

Asiente con más alegría de la normal.

—Sí, pensaba decirte que si cuidabas del peque, pero mira por donde se lo ha llevado su padre. ¿Te vienes?

—¿Con quién has quedado? —Con saber esa información sé si deseo o no salir esta noche.

—Con Lidia.

—Me quedo en casa —afirmo con seguridad.

Lidia es su prima, me llevo genial con ella y tengo que agradecerle el trabajo de las mañanas, pero cuando ambas primas salen solo van a un sitio, el cual, no es de mi agrado.

—Pasadlo bien —digo antes de adentrarme en mi cuarto.

La escucho caminar detrás de mí, no tarda en hacerme compañía de nuevo.

—Podrías venirte. —Al ver que voy a replicar que no es de mi agrado y que para

el sexo soy más tradicional, añade—: no puedes decir que no te gusta si nunca lo has probado.

—Ni quiero, Ma —aseguro.

Aunque no le agrada la respuesta la acepta, sabe de sobra que nuestros gustos son dispares. Me pongo cómoda antes de salir al salón dispuesta a pasar la noche frente al televisor. Tras prepararme algo de cena, tomo asiento con el mando en la mano.

Cambio una y otra vez de canal aburrida por la mala programación, estoy adormilada cuando el sonido de un mensaje me despierta, lo mismo es Mabel para decirme que Lolo la ha llamado para que recoja a Manuel, no es la primera vez que sucede. Mi sorpresa es mayor al ver un mensaje de un número desconocido.

✓ Hola, guapa. ¿Qué tal estás?

Intrigada y sin nada mejor que hacer, decido contestar.

✓ ¿Quién eres?

✓ ¿No te haces una idea?

✓ Pues, si te soy sincera, no.

✓ Te daré una pista.

Recibo una imagen. Al abrirla no puedo evitar reír cuando veo una porra y una gorra. Deduzco al instante de quién se trata, pero me intriga saber cómo ha conseguido mi número de teléfono. Pronto me viene a la cabeza; Mabel.

✓ Creo saber quién eres.

✓ Sí, ¿quién soy?

✓ ¿Lázaro?

✓ ¿Qué me ha delatado? ¿La porra o la gorra?

✓ Las dos cosas.

La conversación se alarga y para cuando vengo a darme cuenta son pasadas las dos de la madrugada, me sorprende al comprobar que llevo tres horas intercambiando WhatsApp con él y lo que es peor, que me gusta.

✓ Me encanta hablar contigo, pero creo que me voy a ir a dormir, mañana trabajo.

Me llevo las manos a la boca al leerlo.

✓ ¿Por qué no has dicho nada?

✓ Porque me gusta hablar contigo y si no fuese por el trabajo, podría estar así toda la noche.

✓ Anda, tira a dormir que mañana cuando pases sueño te vas a acordar de mí.

✓ Y sin pasarlo también me acuerdo.

✓ Tampoco será para tanto.

✓ Ah, ¿no me crees?

✓ No.

✓ Me ha costado un mes hablar contigo, mira si me acuerdo de ti.

✓ Exagerado, un mes dice.

✓ Treinta días, los mismos que llevo en el edificio.

✓ Pero ya lo has conseguido.

✓ Sí, ahora solo me falta lograr otra cosa.

✓ ¿El qué?

- ✓ Que aceptes cenar conmigo.
- ✓ Bueno, eso ya lo iremos viendo. Ahora te dejo dormir. Que descanses.
- ✓ Lo mismo digo, guapa. Un beso.
- ✓ Un beso.

Cuando me aseguro de que está desconectado dejo el móvil en la mesa con una tonta sonrisa en la cara, sin saber que esta será la primera de muchas conversaciones que mantendremos.

Capítulo 6

Guardo el móvil cuando aparece Brig por el edificio, como es normal estos dos últimos dos meses, si quiere verme un jueves por la tarde tiene que venir hasta aquí, porque es donde estoy para ver a Paula.

Llevamos tres semanas intercambiando mensajes, pero aún no he logrado que acepte cenar conmigo, algo que comienza a desesperarme. Cada vez deseo más estar con ella y ya no me valen las conversaciones que mantenemos casi a diario.

—¿A qué viene esa sonrisa de alelado?

Lo asesino con la mirada, cuando se pone en plan gilipollas no hay quien lo soporte.

—¿Has venido a tocarme los cojones? —inquiero sin mirarlo.

—¡Qué carácter, por Dios! —El muy capullo se ríe—. Veo que no llevas bien la apuesta y echas de menos tus camiones.

—Te quieres callar.

Miro al pasillo del ascensor para asegurarme de que la persona que lo abandona no es Paula, no sabe nada respecto a la apuesta, no he visto coherente confesarle por teléfono que todo fue para verla y lograr llamar su atención.

—¿A qué has venido? —cuestiono al tiempo que regreso junto a él.

—A invitarte a cenar, pero me lo estoy pensando, estás insoportable. —Se acerca a mí y me mira fijamente—. ¿No te estarás en esos días, verdad?

Le suelto un manotazo, se lo merece por capullo.

—Vete a la mierda —mascullo.

Sé que mi cabreo no tiene nada que ver con él porque no es la primera vez que nos gastamos este tipo de bromas, todo lo que me pasa es que cierta morena me lleva por la calle de la amargura.

—Pues va a ser que sí, mi hermana también se pone insoportable en esos días que soléis tener las mujeres. No entiendo cómo podéis tener tanta mala hostia.

—Hazme el favor y lárgate, aún no ha terminado mi turno.

Comienza a reír a carcajadas, lo miro con mala leche, no tarda en ponerse serio.

—Tengo una reunión con Tobías. Cuando termine, tú y yo nos largamos de fiesta, veo que te necesitas una buena sesión. ¿Cuánto tiempo llevas sin follar?

—Largo.

—Yo también te quiero —dice de camino a los ascensores.

Mascullo un par de palabrotas, no las digo en voz alta para que no me escuche, paso de contarle mi vida al capullo de mi amigo.

Tomo asiento en el control de acceso, miro el reloj y me desespero al saber que todavía faltan un par de horas para irme a casa. Cuando he llegado esta tarde venía alegre, al comprobar que Paula hoy no trabaja en el edificio mi humor se ha agriado y ha empeorado con el paso de las horas.

Ni me levanto cuando escucho las puertas del ascensor abrirse, quién sea que se

larga puede hacerlo sin mi atenta vigilancia. Total el edificio está vacío esta tarde.

—Hola, Lázaro.

Levanto la cabeza del móvil cuando escucho la voz de su amiga.

—¿Qué tal la tarde Mabel?

—Un aburrimiento, menos mal que ya ha acabado. Voy a tomarme un café, ¿te vienes?

Niego con la cabeza.

—No puedo dejar el puesto solo hasta que todo el mundo se vaya.

—Otro día entonces. —Comienza a caminar hacia la salida, pero lo piensa mejor y regresa—. Me puedes mandar a la mierda o decirme que me meta en mis asuntos si lo ves conveniente.

La miro extrañado por la perorata que acaba de soltar.

—¿A qué viene eso?

Piensa antes de volver a hablar.

—¿Puede ser que lleves casi un mes hablando por teléfono con Paula?

Asiento.

—Sí, y no es un mes porque la semana después de darme su número tuve una urgencia que me tuvo absorto todas las horas.

—Es verdad, esa semana no viniste a trabajar.

—Me fue imposible.

La urgencia no fue otra que realizar una ruta que quedó al descubierto, no tuve más remedio que hacerla yo mismo si no deseaba perder al cliente.

Veo en su mirada que desea hacer otra pregunta, pero no sabe cómo, al final decide ser directa.

—¿Por qué no habéis quedado?

—Lo he intentado en innumerables ocasiones, pero siempre me da largas.

—Será...

Deja la frase a medias, lo que no sabe es que deseo saber qué ocurre.

—¿Qué haces mañana por la noche?

—En principio, no tengo planes.

—Pues ya tienes, recógela a las diez en casa.

Saca una pequeña libreta del bolso y un bolígrafo, anota la dirección y me la entrega.

—Mabel no creo que sea lo más correcto. Prefiero esperar a que ella se decida.

—Pues entonces espera sentado porque de pie te vas a cansar. —Bromea pero a mí no me hace ni pizca de gracia—. Hazme caso, Lázaro, tiene más ganas que tú de quedar, pero a veces puede ser un poquito gilipollas y la timidez no la deja disfrutar.

Miro el papel donde está su dirección, pero sigo sin tener claro que sea buena idea hacerle esta encerrona.

—No sé si es buena idea, ¿y si le molesta?

—Por ella no te preocupes que ya me encargo yo. Tú solo tienes que procurar estar a las diez en casa.

Decido que es la oportunidad que necesito para hacerle ver que lo pasaríamos bien juntos.

—De acuerdo, allí estaré. Gracias.

—No tienes que darlas. —Sonríe con afabilidad—. Hasta mañana. —Se despide mientras camina en dirección a la salida. Al final me caerá bien Mabel y todo.

Escucho de nuevo las puertas del ascensor, pero no presto atención, estoy más pendiente de pensar dónde llevar a Paula a cenar mañana.

—¿Cómo se llama la dueña de ese imponente culo? —pregunta Brig con la boca abierta al llegar al puesto de control.

Regreso a la tierra al escucharlo.

—Se llama terreno prohibido.

—Venga ya, no me seas aguafiestas —se queja.

—Tú sabrás, es la sobrina de Tobías. Ya sabes lo que ocurrió la última vez que mezclaste negocios y placer —le advierto.

Sacude el cuerpo al recordarlo.

—Lo capto. Fantasearé con él en mi próximo sueño.

—Capullo —mascullo—. Anda, me cambio y nos vamos que tengo hambre, pero nada de ir a la sala, prefiero tomar una copa en cualquier otro sitio.

—Aguafiestas. —Repite alto para que lo escuche mientras accedo al pequeño cuarto que usamos de vestidor.

Capítulo 7

Tiro las llaves de casa encima de la mesa de la cocina, tal es el cabreo que llevo con mi amiga que al verla aparcar el coche frente a casa ni me molesto en ayudarla a llevar todas las bolsas de ropa con las que carga. Hace nada que he recibido un mensaje de Lázaro para recordarme la cita de esta noche, no he tenido valor para decirle que no. A los pocos minutos escucho la puerta y los resoplidos de Ma.

—Ya te vale. —Suelta nada más entrar en la cocina.

Me giro como una energúmena.

—¡Ya me vale! —grito—. ¡Ya te vale a ti, guapa!

—¿Qué se supone que he hecho? —inquire haciéndose la víctima.

Saco el móvil del bolso y le enseño el mensaje de Lázaro.

Se hace la escandalizada, pero no evita reírse.

—Joder, tampoco es para tanto —replica.

Abre el frigorífico y coge dos cervezas. Me tiende una, se la arrebato de las manos sin dejar de asesinarla con la mirada.

—¿Que no es para tanto? —repito—. Le has dicho que me recoja a las diez de la noche para irnos a cenar.

—Sí —admite con la poca vergüenza que la caracteriza, quien resopla soy yo—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que no quiero quedar con él.

Comienza a reír con ganas, al ver mi rostro intenta tranquilizarse.

—Venga ya Pau. Llevas tres semanas hablando con él y todos los días me preguntas lo mismo: «Ma, ¿qué hago? Me gusta hablar con él, pero cuando me dice de quedar entro en pánico y le pongo excusas».

Me cabreo al ver lo bien que me imita.

—Que dejes de organizarme la vida, solo pido eso.

—A ver, Pau. —Toma asiento—. Te estás... —Piensa qué decir—: A ver cómo lo digo para que no te enfades más de lo estás. —Escucho los engranajes de su cerebro funcionar—. No hay mejor forma de decirlo, te has vuelto una mojigata y una estrecha. Si Lázaro consigue llevarte esta noche a la cama primero necesitará una pala para quitarte las telarañas, porque vamos, dudo mucho que entre a la primera.

Escupo el trago de cerveza para evitar atragantarme, no puedo creer que haya dicho eso, se supone que es mi mejor amiga, ¿quién quiere enemigos teniendo amigos así?

—Vete un ratito a la mierda —mascullo.

Dejo el botellín en la encimera y me marchó cabreada a mi habitación, necesito descansar, la mañana ha sido bastante larga, hacer números y que no encaje nada satura a cualquiera. Paseo de un lado a otro, mi vida se desmorona y no veo cómo paralizar la catástrofe que se avecina.

La puerta se abre y aparece Mabel. Alargo el brazo y, con el dedo índice, le

indico que se marche por dónde ha venido, lo que menos me apetece es seguir con la conversación.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta e ignora mi petición—. Joder, ni que fuese la primera vez que te organizo una cita.

—Ahora es distinto.

—¿Distinto por qué? —no respondo, no sé cómo decirle lo que me reconcome—. A ver si te aclaras, Pau. El miércoles me dijiste que te gustaba Lázaro y que no te importaría pasar una noche con él.

—Estaba borracha —confieso.

—Cariño, a ti nadie te ha dicho eso de que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

Dejo caer los brazos en los costados derrotada, es hora de decirle lo que me ocurre.

—Tú tío me ofreció hace un mes hacer tres tardes más a la semana.

Alza las cejas.

—¿Y no deberías dar saltos de alegría?

—En Talleres ViaCondo.

—¡Ay va, la hostia!

Asiento.

—¿Entiendes ahora?

—Sí, cariño. Ven aquí. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque creía que podía convencer a tu tío de que mandase a otro, pero el lunes me toca volver a verlo.

Se sienta en la cama y me arrastra con ella. Pasa el brazo por el hombro y me atrae a su cuerpo, el abrazo me reconforta un poco, pero no lo suficiente para hacerme olvidar.

Las primeras lágrimas asoman solitarias.

—Escúchame, cariño. —Me alza el mentón para que la mire a los ojos—. Han pasado tres años, tú eres una mujer fuerte y lo tienes superado.

—No estoy segura de ello.

Sonríe con afecto.

—Sí que lo estás, pero es normal que te invadan las dudas por tener que verlo —afirma—. Repite conmigo: lo he superado.

Aprieto los labios para evitar reír, cuando se pone en plan psicóloga no hay quien la soporte.

—Venga, no tenemos toda la tarde. —Mueve los labios a la espera de que diga la frase—. No es tan difícil: l-o h-e s-u-p-e-r-a-d-o. —Deletrea.

—Lo he superado.

—Otra vez más y con más convicción.

—Lo he superado —repito un poco más alto.

—Así me gusta. —Guiña un ojo.

Nos quedamos abrazadas un rato más sin decir nada, el simple hecho de estar así y saber que cuento con ella es suficiente.

Se incorpora y va directa al armario. Miro la hora, pasan pocos minutos de las tres de la tarde, pero la dejo hacer. Pasa de una en una las perchas y me da la risa al

escucharla.

—Este no... uff, este menos... Ni mi abuela sale con esto a la calle... Madre de Dios este fondo de armario no tiene solución —dice girándose—. Venga, picamos algo y nos largamos, todavía tenemos tiempo.

—Ah, no. —Me opongo al saber sus intenciones. Ella asiente enérgica—. Que no, olvídate, no pienso ir de compras contigo.

No objeta nada y es lo que me extraña, la quiero con locura, pero cuando se le mete algo entre ceja y ceja hasta que no lo consigue no cesa en su empeño. Sale del cuarto sin siquiera mirarme, cosa que me alarma.

Regresa a los pocos minutos, agrupa más de la mitad de perchas, las coge con ambas manos y sale disparada, tardo más de lo normal en reaccionar, para cuando intuyo qué piensa hacer con mi ropa pego un salto y corro por el pasillo, la alcanzo en mitad del patio.

—¡Mabel, ni se te ocurra! —grito esquivando el patinete, la bicicleta y las decenas de juguetes que hay esparcidos.

Al fondo tenemos un bidón, lo llamamos el bidón de los recuerdos, en él quemamos todo lo que nos daña para librarnos de ellos. Ni caso me hace, deja caer todo y veo cómo parte de mi fondo de armario comienza a arder.

—¿Estás loca? —Elevo la voz—. ¿Cómo se te ocurre quemarme la ropa?

Se gira con una sonrisa triunfal en la cara, ganas me dan de borrarla con un bofetón.

—Ahora comprendo por qué no ligas, si mi sobrina de diez años viste más moderna que tú.

—Son mis cosas. —Gimoteo.

Se gira y el rostro muestra expresión seria.

—No son tus cosas. —Rectifica—. Es la ropa que él te regaló. —Aprieto los labios para evitar llorar—. Nos conocemos desde que somos así. —Baja la mano y la deja a una altura del suelo de medio metro—. Y nunca has vestido con este tipo de ropa. ¡Joder, nena!, tienes unas curvas de infarto y sigues empañada en ocultarlas. Muéstrale al mundo quién es Paula García, la auténtica, no la monja que creaste cuando estuviste con el innombrable.

Hago un puchero al igual que si fuese una niña pequeña frente al bidón. Los recuerdos de tres años se hacen cenizas conforme las llamas arrasan con todo.

—Como llores, te doy —amenaza a mi lado—. Cariño, el lunes tienes que volver a verlo, ¿no querrás darle el gusto de que piense que sigues enamorada de él porque no lo estás? —Miro para todos lados menos en su dirección—. ¿Dime que no sigues enamorada de él?

—No. —Nota la incertidumbre en mi voz.

—Te mato, te juro que te mato si lo estás —asegura. Me sujeta por los brazos y hace énfasis en cada palabra que dice—. Nos vamos de compras, esta noche vas a salir con Lázaro y que pase lo que tenga que pasar y el lunes, te pones lo más sexy que compremos con los tacones más altos que tengas. —Arrugo el morro—. Vale, también necesitamos zapatos. Pero solo tienes dos días para volver a ser tú y darle en los morros al gilipollas ese, que vea lo que dejó escapar y que se retuerza de celos.

Asiento al principio poco convencida, pero después, conforme muevo la cabeza,

me lo creo más. Es hora de que deje de lado una relación que lo único que hizo fue hundirme por creer cada mentira que me dijo, porque sus palabras solo fueron eso; mentiras.

Capítulo 8

Seis años y medio atrás

Se dejó guiar por la voz masculina del GPS, tenía una entrevista de trabajo y lo que menos deseaba era llegar tarde. De no ser por Jesús, el padre de Mabel, ni se habría molestado en enviar el Currículum, pero el hombre insistió en que lo hiciese, que nunca se sabía cuándo se presentaba una oportunidad.

Miró de nuevo el reloj del salpicadero y, con pesar, comprobó que solo disponía de diez minutos para llegar a su destino.

Pitó como una energúmena a la mujer de avanzada edad que iba por delante de ella, la pobre circulaba a veinte kilómetros por hora y como la llevase el resto del camino a ese ritmo no lograría llegar a tiempo.

Consiguió adelantarla en el siguiente semáforo, le pidió perdón al conductor del carril contrario con la mano al interponerse en su trayecto y hacerlo desviarse al arcén para evitar chocar contra ella.

Al girar en la curva, el letrero de Talleres ViaCondo se proyectó frente a ella. Suspiró al ver que disponía de dos minutos para estacionar y acceder al interior del taller.

Se alisó la falda mientras caminaba con celeridad, no podía permitirse perder aquel empleo, el sueldo, junto al que sacaba por las horas que hacía los fines de semana en el restaurante de comida rápida, la salvaría de la ruina total.

No pensó en el futuro al que había dicho adiós hacía apenas dos semanas, lo primordial era que el dueño del taller quedara encantado con sus estudios.

Aún no había hecho el traslado del todo, la mitad de sus cosas seguían en la masía familiar del pueblo, sintió el pinchazo en el pecho al recordar la vieja casa que tantos problemas le estaba causando y se centró en poner su mejor sonrisa.

—Buenas tardes. —Saludó al chico con mono azul que en ese momento estaba encorvado delante de un motor—. Tengo una cita con el señor Federico.

—¿Quién es ese? —preguntó a su vez el mecánico girándose para mirarla.

—Joder, Abel, pregunta por Fede, tu jefe —dijo una voz profunda que provenía de debajo del coche—. Ve a la oficina, seguro que está allí —agregó a la vez que salía del foso.

Quedó prendada por la sonrisa que el chico, un par de años mayor que ella, le dedicó nada más verla.

—Gracias —dijo con cierta timidez.

—De nada, guapa.

Recibió un guiño de ojo que la dejó más nerviosa de lo que por sí ya estaba.

Con paso inseguro recorrió los metros que la separaban de la oficina, llamó a la puerta antes de entrar. Un hombre de aspecto afable, que estaba de pie, le hizo un gesto con la mano invitándola a pasar.

La entrevista se demoró más de la cuenta, para cuando Paula salió de la oficina habían transcurrido casi dos horas, pero no podía ocultar la felicidad que sentía ya que el puesto lo tenía asegurado.

Se encontraba en la puerta del taller lista para marcharse a casa y celebrar con Mabel que había conseguido el trabajo, cuando escuchó a su espalda la voz sugerente del simpático mecánico.

—¿Puedo saber para qué preguntabas por mi jefe?

Paula se mordió el labio inferior, el chico no cesaba en mirarla, no tardó en sentir el revoloteo de las mariposas volando en el interior de su estómago.

—Para hacer una entrevista.

—Y bien, ¿seremos compañeros de trabajo?

Paula asintió sin poder de dejar de sonreír. No sabía qué tenía el chico, pero la atraía como ningún hombre lo había hecho hasta el momento.

—Soy Izan.

—Paula.

—Bienvenida, Pau.

Capítulo 9

Borro el recuerdo y miro el reflejo en el espejo, me cuesta reconocermelo con los pantalones de piel negra ajustados y el corpiño de encaje. Doy dos pasos con inseguridad, los más de diez centímetros de tacón de los zapatos me hacen sentir que camino sobre la cuerda floja y que en breve caeré al vacío, hace tantos años que no uso tacones que he olvidado caminar con ellos.

La melena negra la llevo recogida a un lado, los rizos caen en cascada hasta el pecho y dejan a la vista el cuello. Parpadeo un par de veces, no me creo que esos ojos tan grandes y expresivos sean los míos.

—Te has pasado —digo girándome.

Mabel está apoyada en el marco de la puerta. Se mira las uñas como admirando la obra de arte que han creado sus manos.

—De eso nada, estás espectacular. —Señala todo el conjunto—. Esta noche mojas, nena. Eso si a Lázaro se le levanta, porque cuando te vea se va a poner tan nervioso que no creo que logre culminar la jugada.

Se ríe de su propio chiste.

—No va a pasar nada —aseguro.

—Tú no digas que no, si te apetece no te reprimas como las demás veces —advierte señalándome con el dedo índice—. La casa la tenéis disponible hasta el domingo por la tarde que regrese.

Alzo una ceja, no tenía ni idea de que se marchaba.

—¿Dónde vas?

—A por el enano, su padre me ha llamado y rogado que lo recoja que mañana se va de viaje con su nueva novia y el mocoso le molesta.

—¿Pero no insistió en llevárselo esta semana? —inquiero.

Encoge los hombros.

—Sí, pero siempre es lo mismo. Cuando lleva un par de semanas soltero, se pasa días rogándome para llevarse al niño, cuando engaña a alguna incauta ya le molesta.

—Será capullo —mascullo.

—Estoy acostumbrada, pero me jode por mi hijo.

Salgo del baño, voy directa al bolso y me hago con el móvil.

—Le mando un mensaje a Lázaro, aplazo la cena y te acompaño.

Agita una mano con movimientos negativos.

—Ah, no, la radio no ha dicho nada de eso, bonita. —Me arrebató el terminal—. Tú te vas de cena y a ser posible, usa la cama que está igual de oxidada que la dueña. Yo recojo a mi hijo y me marcho al pueblo, mis padres quieren pasar unos días con el nieto.

No tengo tiempo a replicar nada, el timbre de casa logra que salga disparada de la habitación sin dejar de reír, me entra la flojera al comprobar que son las diez de la noche y que la visita se trata de mi cita.

Indecisa me quedo en el cuarto sin saber si salir por el salón o por la ventana y escaparme de mi propia casa.

—Hola, Lázaro. —Saluda Mabel—. Pasa, ya está lista. ¡Pau, tu cita! —grita desde el salón.

Reviso una vez más el reflejo que proyecto frente al espejo. Debo de reconocer que me gusta la imagen, esta sí es la Paula despreocupada que era antes de conocer a Izan.

Abandono con inseguridad la habitación, me quedo parada al inicio del salón al ver la cara de asombro con la que me mira Lázaro.

—¡Guau! —Se le escapa—. ¡Estás impresionante! —agrega nervioso.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal. —Me sonrojo al instante.

Verlo sin el uniforme hace que me replantee la noche. Los vaqueros ceñidos desgastados, la camisa blanca ajustada, la cazadora de cuero, la barba de dos días y el pelo revuelto lo hacen ver atractivo, demasiado diría yo.

—¿Nos vamos? —Me ofrece el brazo al decirlo.

Lo cojo para no parecer estúpida o como me dice Mabel; mojigata. Me sorprende comprobar la musculatura del bíceps. Evito reír ante el gesto que mi amiga hace con las manos, aprovecha que Lázaro está de espaldas a ella para mover la cadera de adelante hacia atrás y con la boca simula gemir.

«Gilipollas», articulo con los labios para que él no se entere.

Me guiña un ojo y susurra; «suerte».

Lázaro escoge una tasca pequeña en el centro de la ciudad para cenar, no es la primera vez que vengo, debo reconocer que tiene buen gusto, se come de maravilla aquí.

Me agrada ver que desde el minuto uno tiene la misma conversación que cuando lo hacemos por teléfono. Hablamos y hablamos de decenas de cosas conforme avanza la noche. Al final el camarero tiene que invitarnos a marcharnos tras la segunda botella de vino.

Sin dejar de reír y aceptar de nuevo su brazo, nos vamos a un *pub* que hay dos calles más allá, es un lugar con encanto pero perfecto para seguir con la conversación.

Nos acomodamos en uno de reservados que hay al final del local y optamos por pedir una copa.

—Necesito una agente de seguros —dice cuando llevamos la segunda copa.

Levanto la mano para que no siga.

—Esta noche queda prohibido hablar de trabajo —advierto.

Amplía una sonrisa y logra que lo mire embobada.

—¿Y de qué quieres hablar? —susurra cerca de mi boca.

—De nada.

Me humedezco los labios, no sé si es por el alcohol, pero tengo unas ganas irrefrenables de besarlo desde que ha llegado a casa. Las semanas que llevamos tonteando han logrado que mi curiosidad e interés por él aumenten. A decir verdad, debo agradecerle a Mabel la encerrona, porque si llega a ser por mí, me pierdo esta maravillosa velada.

No me hace esperar, con lentitud acerca sus labios hasta pegarlos a los míos. Me

mordisquea con suavidad el inferior, juega un rato con él antes de adentrar la lengua y unirla a la mía.

La suavidad y destreza que usa al besar logra excitarme. Adelanto el pecho, necesito pegarme más a su cuerpo, me sujeta por la cintura para concederme el deseo.

Los minutos pasan y mi apetito crece. La sensualidad que usa en cada movimiento hace que me sienta bien y no una extraña en brazos de otro, hacía años que un hombre no lograba que sintiese el placer al que Lázaro me lleva.

—¿Y si terminamos la velada en mi casa? —Me escucho preguntar entre beso y beso.

Me concede unos segundos de respiración mientras se centra en mordisquear el lóbulo.

—No hay cosa que más desee —susurra sin dejar de torturarme.

Con un último mordisco se separa. De la cartera saca un billete y lo deja encima de la mesa. Me tiende la mano y cogidos abandonamos el local. El trayecto hasta el coche lo emplea en prodigarme caricias y besos.

En la puerta del acompañante del coche, me abraza por la cintura y vuelve a besarme con la misma pasión que ha empleado en los restantes. Enredo las manos en su pelo para acercarlo más a mí, al sentir la protuberancia de su entrepierna gimo.

Nada más abrir la puerta de casa me atrae hacia a él sujetándome por el cuello, no hay rudeza en sus movimientos, pero tampoco me trata como si fuese una damisela.

Sin despegarnos caminamos hasta a alcanzar mi habitación. Me recuesto en la cama y lo arrastro conmigo para que se coloque encima de mí. Enredo una pierna en su cintura mientras proseguimos besándonos. Sentir la erección logra que arquee la espalda, no tarda en mover la cadera y aumentar la excitación.

—Si seguimos así no creo que aguante mucho —admite separándose un poco.

Me muerdo el labio inferior al tiempo que llevo las manos al lateral derecho y bajo la cremallera del corpiño. Se humedece los labios cuando lo saco del todo y los pechos quedan expuestos. No tarda en bajar la cabeza y meterse un pezón en la boca. Juguetea con él un largo rato encendiéndome más, lo deja abandonado para prestarle atención al otro, al cual prodiga las mismas caricias.

Le quito la camisa y llevo las manos a los tejanos. Sin dejar de besarnos, desabrocho el botón, bajo la cremallera y le insto a que termine de quitárselos, mientras tanto me deshago de los míos y de la ropa interior.

Tiene una rodilla en el colchón pero recuerda algo y vuelve a incorporarse en busca de los vaqueros, observo el cuerpo definido mientras él saca un preservativo de la cartera. Tras colocárselo regresa conmigo.

Le rodeo las caderas con las piernas para darle mejor acceso, con lentitud se abre paso en mi interior, lo acojo con un gemido.

—Desde que te vi he fantaseado con esto un millar de veces —confiesa hundiéndose por completo.

No respondo ya que no sabría qué decir, si soy sincera, esta noche es la primera vez que lo he mirado como hombre, las demás veces solo observaba a un compañero de trabajo y un amigo con el que entretenerme por las noches antes de irme a dormir.

En vez de palabras, lo agarro del cuello para que me bese, en esta ocasión, soy

yo quien le muerde el labio inferior y durante unos segundos me lo ofrece para que repita la acción mientras él prosigue bombeando e intercambiando rapidez con lentitud.

Estoy a punto de alcanzar el orgasmo cuando se detiene de golpe, lo miro sin entender, roto la cadera para friccionalme contra él, me sujeta con fuerza para mantenerme quieta. La excitación va en aumento al sentir cómo retrocede con demasiada lentitud y se mantiene impasible en la entrada. Voy a quejarme cuando con un rápido movimiento me penetra hasta el fondo, el grito al alcanzar el orgasmo creo que lo escucha el vecino que vive al inicio de la calle, cincuenta metros más allá.

Se mece un par de veces más sin dejar de gemir hasta vaciarse del todo. Apoya los codos en el colchón y sin salir me besa con pasión, el ardor que desprende logra que sonría con picardía. Resopla divertido. No pasan diez minutos cuando comenzamos de nuevo el juego de seducción, pero en esta ocasión, soy yo quien lo lleva a lo más alto.

Capítulo 10

A mis treinta y tres años es la primera vez que estoy nervioso al saber que tengo una cita. «Una cita —repito en mi interior—. ¿Cuánto tiempo hace que no tienes una de este tipo? Demasiado», me respondo.

—Joder, Lázaro, ni que fueses nuevo en esto. Como si no tuvieses encuentros en la sala, capullo —me reprendo en voz alta frente al espejo mientras termino de afeitarme.

Anoche decidí pasarla en el centro en vez de marcharme a la playa donde habitualmente resido, prefiero la tranquilidad que me ofrece el sonido del mar al incesante tráfico diario. Para estrés ya tengo el día a día.

La guitarra de Vicente Amigo me hace compañía, en casa prefiero música que me transmita, ya tendré oportunidad de escuchar los éxitos del momento en los locales a los que me arrastra Brig y que yo tanto odio.

Los acordes de *Réquiem* comienzan y el bello no tarda en erizarse, desde el fallecimiento de mi abuela, una madre para mí, soy incapaz de escuchar la canción sin entristecerme, es tal el sentimiento que te embarga cada nota, que es como si uno mismo la hubiese creado para despedirse de un ser querido. De hecho, me llevó más de un mes poder escucharla sin que se me saltasen las lágrimas.

La pantalla del teléfono anuncia una llamada entrante, al ver el nombre de mi amigo la ignoro. No tengo ganas de explicar por qué no salgo con él esta noche, no quiero decirle aún nada de Paula ya que no sé en qué quedará la cosa tras esta primera cita y paso que después me coma la oreja.

Reviso el estado de la casa antes de marcharme, mi intención es conseguir pasar la noche con ella y a ser posible también mañana, esto de tontear durante casi un mes por teléfono me tiene la testosterona por las nubes, no veo la hora de besarla y de... Cambio el rumbo de los pensamientos al sentir cómo la bragueta late con intensidad ante la fantasía, no es plan de aparecer la primera vez empalmado como si fuese un adolescente que no sabe contenerse, aunque con las ganas que le tengo, no tengo claro que pueda controlarme mucho.

Si a los nervios que llevo encima le sumo el atuendo que ha escogido, mi autocontrol se desvanece y al saludarla quedo como un quinceañero. Me autoreprendo mentalmente para comportarme como el adulto que soy, un hombre curtido en experiencias que no se deja amedrentar por tener delante de sus narices a la mujer de su vida más guapa que nunca.

Con galantería le ofrezco el brazo para marcharnos. Tiemblo al primer roce, si toda la noche va a ser así me temo que el control me abandonará antes de llegar al restaurante.

En el transcurso de la cena me descubro que nunca antes he deseado tanto besar a nadie como me ocurre con Paula, tiene algo que logra que no pueda dejar de pensar en ella, por ello hice la apuesta con Brig, solo para verla. Cuando se entere lo mínimo

que opinará es que soy gilipollas y no es para menos, incluso yo mismo lo pienso.

En la cafetería intento hablar de trabajo, necesito que alguien me gestione el tema de los seguros de la flota de camiones, pero con gesto de mano me impide que indague más en el tema, tendré que dejarlo para una de nuestras conversaciones telefónicas.

Al preguntarle que de qué quiere hablar su mirada me contesta antes que su voz, me excito e impaciento al comprobar que al fin ha llegado el momento tan ansiado por mi parte; besarla.

«Tú puedes, Lázaro», me digo para tranquilizarme antes de atraerla hacia a mí y rozar sus labios con los míos.

Me sabe a gloria el momento, sabía que era especial, pero saborearla me confirma que nuestro destino está predestinado a pasar una vida juntos. Conforme avanzan los minutos mi deseo por ella incrementa, doy las gracias cuando es ella quien toma la iniciativa de acabar la velada en su casa.

Controlo los nervios y las ganas de tenerla debajo de mí desnuda o quedaré como un auténtico patán que solo va a lo suyo, algo que tengo claro que no soy.

Todo mi autocontrol se va al garete al sentir la pasión con la que me besa y se mece bajo mi cuerpo, si seguimos a este ritmo eyacularé antes de tiempo y aún estamos vestidos, de un modo sutil se lo hago saber.

Al ver con la sensualidad que se desnuda para mí, no puedo más que admirar la belleza que desprende tanto su cuerpo como cada uno de sus movimientos y disfrutar del placer al que me somete y que pocas mujeres han sabido hacer.

Quedo de espaldas tras el espectacular y placentero orgasmo, la abrazo por la cintura, no deseo que se separe ni un milímetro de mi cuerpo, quiero pasar el resto de la noche abrazado a ella. Con una sonrisa que me desarma se coloca encima de mí y vuelve a llevarme al éxtasis jamás probado por el hombre.

Se coloca de lado, no tardo en descubrir que estoy deseoso por saber qué se siente al tener mi pecho junto a su espalda. La experiencia es tan gratificante que no me quiero mover de aquí. No tardamos en sumirnos en un sueño en la que la protagonista vuelve a ser ella en el mío.

La mañana amanece antes de tiempo, al abrir los ojos sonrío al comprobar que ninguno de los dos ha cambiado de posición y seguimos abrazados. Al removerse su trasero roza sin compasión mi entrepierna que no tarda en despertar para darle los buenos días tal y como se merece.

—Buenos días, preciosa. —Saludo besándola cuando gira la cara para mirarme.

Se muerde le labio inferior para evitar gemir, lo que no sabe es que deseo con todas mis fuerzas escucharlos y absorberlos con mi boca.

—Buenos días, niño. —Jadea al sentir como me adentro en ella con lentitud.

Aunque esta postura me impide mirarla a los ojos a no ser que gire la cabeza, es una de las que más me gusta por el placer que ambos sentimos. Sin dejar que se separe ni un centímetro de mi cuerpo, me mezo hasta que los dos alcanzamos el clímax, como las demás veces, me mantengo dentro unos minutos, me encanta sentir su calor y cómo su cuerpo me acoge.

Remoloneamos en la cama más tiempo del normal, no quiero romper la magia que se ha creado entre nosotros desde anoche. Por mí, podría pasar la eternidad entre

las sábanas, eso sí, con ella a mi lado si no, no tiene gracia.

No es hasta pasado el mediodía que decidimos poner punto final a nuestra cita. En la puerta tengo dudas de si pedirle una segunda, opto por ser yo en todo momento aunque ello me cueste una negativa.

—Aunque no es necesario, porque creo que lo habrás notado, decirte que me ha encantado la cita y que me gustaría repetir.

Se mordisquea el labio nerviosa, es un tic que tiene y que me encanta.

—Yo también lo he pasado bien —afirma algo nerviosa—, y sí, no estaría mal tener una segunda.

Muestro una pequeña sonrisa triunfal que desaparece al escucharla.

—Yo te aviso, ¿vale?

Acepto con reticencia, pero obligarla creo que no es la mejor táctica para enamorarla.

—De acuerdo, pero no dejes pasar otro mes. —Bromeo a la vez que la beso.

—Lo intentaré. —Sonríe—. Hablamos, niño.

Se despide al igual que lo hacemos cuando hablamos por WhatsApp.

—Hablamos, preciosa.

Con una felicidad que hacía años que no sentía, conduzco de regreso a casa.

Capítulo 11

Seis años y medio atrás

Se extrañó cuando encontró todas las luces apagadas al llegar a casa, Marta era demasiado miedosa para estar en el interior sin alguna encendida, pero no le desagradó la idea de tener un momento de soledad, por lo menos, no aquel día tan estresante.

Ni se molestó en llamarla al móvil al cerciorarse que, en efecto, no estaba en casa. Fue directo a su cueva, como a él le gustaba llamar al garaje, entre aquellas cuatro paredes pasaba la inmensa mayoría del tiempo que estaba en su hogar.

Su relación no marchaba todo lo bien que esperaba, llevaba meses sin sentir el deseo que Marta le produjo las primeras veces que se vieron. Había días que se empeñaba en creer que todo lo que le pasaba solo era producto de los nervios que todo novio tiene meses antes de la boda, aquellas dudas que te invaden para asegurarte de que vas a dar el paso correcto.

Pero lo suyo iba más allá y él lo sabía, desde que la nueva administrativa había entrado a trabajar sus dudas se acrecentaron. Los primeros días que se descubrió fantaseando con ella en sueños dio por sentado que se debía a la escasez de sexo, los siguientes dudó de que se tratase de eso y en realidad su subconsciente le avisara del error que iba a cometer. No tenía claro que fuese eso, pero lo que sí sabía con certeza era que Paula se filtraba cada vez más bajo su piel, por eso, había desplegado todo su encanto con ella, trataba de conquistarla al igual que ella lo había cautivado a él.

Abandonó el garaje, deseaba pasar por la ducha para deshacerse del sudor y de la grasa impregnada en la piel por las más de diez horas pasadas entre motores.

Al pasar por el salón algo captó su atención, accionó el interruptor de la luz y abrió los ojos sorprendido. En mitad de la estancia varias cajas de cartón esperaban ser sacadas de la vivienda.

Se acercó al vislumbrar en algunas de ellas algo escrito con rotulador negro. «Ropa de verano», «FRÁGIL», y así leyó cada una de las etiquetas anotadas por el puño y letra de su pareja.

No quiso creer, en un primer momento, lo que significaba todo aquello. Por ello, para asegurarse, fue directo al armario de su habitación, la misma que compartía con Marta desde hacía más de dos años. Al abrirlo sus dudas se disiparon de inmediato, la ropa de su novia no estaba colgada en las perchas, había desaparecido. La ira lo invadió de repente.

—¿Cómo es posible que quiera abandonarme a falta de tres meses de que nos casemos? —masculló en voz alta.

Se demoró más tiempo del habitual en la ducha, pero no consiguió el efecto tan ansiado, esa relajación que le provocaba sentirse limpio, la traición que acababa de descubrir por parte de Marta le impedía disfrutar de aquel momento tan relajante.

Tomó asiento en el sofá a la espera de que ella hiciese acto de presencia en la vivienda, ni se molestó en cenar aunque había llegado famélico, la mala leche le quitó el hambre.

Se incorporó nada más escuchar el cerrojo de la entrada principal.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —vociferó sin saludarla siquiera.

Marta retrocedió un paso ante el grito, estaba cansada de aquella situación, sabía que era lo mejor aunque siguiese hasta las trancas enamorada de él, pero su relación era un círculo vicioso en el que solo ella salía mal parada.

—Izan, por favor, no empecemos —contestó lo más calmada que fue capaz.

—¿Que no empecemos? —repitió más calmado, si se alteraba no conseguiría nada—. ¡Joder, Marta, que nos casamos en tres putos meses!

Ella negó, no quería pensar en ello o se echaría a llorar, para nada le fue fácil tomar aquella decisión.

—No, Izan, no habrá boda —aseguró con los ojos empañados.

—¿Cómo que no habrá boda? —deseó saber—. ¿Acaso lo has decidido por los dos?

Marta asintió, parpadeó un par de veces para evitar que las lágrimas asomasen.

—Sí —susurró casi sin voz.

Izan al ver su estado de ánimo se acercó a ella y la abrazó de inmediato.

—Pero, cariño, no es justo. —Le acarició el rostro con las yemas de los dedos, sabía que aquel simple gesto lograría captar su atención—. No puedes decidir por los dos, yo quiero casarme contigo. Sabes de sobra que me es imposible dejar de verte. —Agregó al ver que había logrado su propósito.

Marta intentó separarse de él, sentirlo tan cerca derribaba sus defensas, si encima la acariciaba y la miraba de ese modo, volvería a perdonarlo y en esa ocasión se había prometido no cometer el mismo error.

—Lo que pides es muy egoísta por tu parte, Izan. —Tragó el nudo de emociones que le produjo sentir la calidez de los labios de él sobre los suyos y se apremió a finalizar lo que callaba desde hacía muchos meses—. Otra vez no puedo perdonarte.

Se separó un poco de ella para observarla con detenimiento.

—Cariño, eso hace meses que ocurrió y te prometí que no volvería a pasar.

Marta aprovechó su distanciamiento para imponer más, de no hacerlo, volvería a caer en sus mentiras.

—No me mientas —pidió sin contener por más tiempo las lágrimas.

Izan acortó un poco la distancia.

—No te miento, te digo la verdad —aseguró.

—Pero ¿cómo tienes el descaro de mentirme en la cara? —Alzó un poco la voz—. Esta mañana me has llamado Paula tres veces.

Izan se golpeó mentalmente por el error cometido, en esa ocasión era sincero con ella, desde la última vez que le fue infiel, hacía meses, no había estado con ninguna otra por el momento.

Pero se había pasado toda la noche haciéndole el amor a su compañera de trabajo en sueños, al despertar y sentir el calor de un cuerpo femenino al lado del suyo, su mente siguió fantaseando con que era Paula y no su novia con la que tenía uno de sus mejores orgasmos matutinos.

—No es lo que imaginas, te juro que no tengo nada con ella. —«Aún», pensó—. Pero sabes que paso diez horas al día nombrándola para que me pida repuestos o me entregue facturas. —Se acercó más a Marta y volvió a abrazarla—. Cariño, solo te quiero a ti, no hay nadie más. No canceles la boda, por favor.

Bajó la cabeza y al ver las dudas en su mirada comenzó un beso dulce de esos que tanto a ella le gustaban. Le acarició la espalda y cuando Marta enrolló sus brazos en su cuello, la alzó. Caminó hasta el sofá, la tumbó con cuidado y durante la siguiente hora se entretuvo en amarla para hacerle ver que era sincero. Se contuvo en más de una ocasión para no mezclar la fantasía con la realidad o hubiese cometido el mismo error que por la mañana, pero no podía evitar que Paula ocupase la mayor parte de sus pensamientos.

Sabía que su comportamiento era egoísta, que lo más coherente y sentido sería dejarla marchar, pero al no estar seguro de si lograría seducir a su compañera no estaba dispuesto a perder lo único que tenía. Además, no era la primera vez que mentía para salirse con la suya y, para qué negarlo, no sabía estar solo, desde la pubertad siempre había tenido compañía femenina a su vera.

Capítulo 12

—¡Buenos días, capullos! —Saludo desde la puerta del taller.

Mis compañeros de trabajo alzan la vista al escucharme y mi jefe se queda atónito al verme.

—Izan, ¿qué haces aquí si todavía te quedan dos semanas de vacaciones? —pregunta Fede.

Resoplo, prefiero no pensar en la agonía que me queda, si le confieso a alguien que deseo con todas mis fuerzas que se me acaben los días libres me tomarían por loco o por gilipollas, yo opto más por lo segundo.

Señalo el Clío azul.

—A la parienta se le ha pinchado una rueda.

—Ya —responde escueto.

Ignoro la mirada que me dedica, sé que en ella hay varias preguntas a las que no estoy dispuesto a contestar.

—Sírvete tú mismo, no te cortes, como si estuvieras en tu casa —dice Abel riéndose mientras asoma la cabeza desde la parte delantera del coche que está reparando.

—Capullo —farfullo.

El cabronazo de mi compañero me conoce tan bien, que sabe que soy capaz de pasar toda la mañana en el taller con la excusa de la rueda si ello me libra de no volver al infierno llamado hogar.

Bajo la rueda del maletero y me adentro en el taller dispuesto a arreglarla por mi cuenta.

Fede al ver mis intenciones me la arrebató de las manos.

—De eso nada, estás de vacaciones, ya me encargo yo.

Mascullo por lo bajo. No había prisa alguna en venir al trabajo, pero necesitaba salir de casa, sobre todo separarme de Marta unas horas. Dos semanas, las veinticuatro horas juntos, son demasiadas para mi cuerpo. A duras penas nos soportamos, pero aparentar lo que no es conlleva un sacrificio enorme.

—¿Te has enterado de las nuevas noticias? —pregunta Abel con ironía limpiándose la grasa de las manos en el trapo que lleva dentro del bolsillo.

—¿Cómo las va a saber si está de vacaciones? —replica Fede meneando la cabeza—. Hay días que pienso que no le riega. —Se lleva un dedo a la cabeza.

Evito reírme, no quiero que Abel se mosquee, nuestro jefe siempre le gasta la misma broma.

—¿Qué ocurre?

—¿No te has fijado que han cambiado el rótulo? —cuestiona Fede.

Salgo fuera y levanto la cabeza. Tiene razón, ni fijarme que ahora no es rojo, el fondo es negro y las letras, Talleres ViaCondo, son blancas, pero lo que capta mi atención es el sello que hay en la esquina derecha.

—¿Qué coño es eso? —Señalo el logotipo

—El loco de Vicente —empieza a decir Abel—, se ha empeñado en adherirse a MultiServi.

—¿No me jodas? —digo.

—Sí, tío. Ahora, a parte del trabajo que tenemos a diario, vendrán pijos metiendo prisa para que reparemos sus vehículos los primeros —se queja Abel.

—Cómo se nota que él no mueve el culo de la oficina —expreso cabreado.

Fede se une a la conversación.

—Eso no es todo. —Me ofrece un cigarro—. Para postre tendremos que soportar a uno de sus comerciales tres tardes por semana —indica la mesa que durante tres años ha estado vacía—. Ya tiene el puesto listo, se incorpora esta tarde.

—¿Y el trajeado se va a encargar de atender a los clientes que vengan de MultiServi? —quiero saber, bastante tedioso es tratar con todos los que tenemos como para aumentar clientela y encima quejica.

—Se supone que sí —responde Abel.

—¿Por qué no te has opuesto? —le pregunto a mi jefe—. Tenemos trabajo de sobra.

El negocio lo regentan dos amigos de la infancia y cada uno tiene sus funciones; Vicente es el contable y quien entrega los presupuestos a los clientes; Fede es uno más de nosotros, todos los días termina igual de manchado de grasa que mis compañeros y yo.

—El taller que tenían en la zona ha cerrado, Vicente me convenció para darles servicio un par de meses, mientras no localizan a otro interesado, pero si es verdad que genera tantos ingresos como nos mostró el jefe que vino a vernos, nos replantearemos incluirlo de forma permanente.

—¿Y qué cambios conlleva estar adheridos a ellos? —Hago la pregunta del millón.

—No te preocupes, trabajarás las mismas horas que hasta ahora. La diferencia es que cuando llegue un cliente de la red tendremos que dejar lo que estemos haciendo para darle prioridad.

—Pues vaya putada para los demás clientes, al final lo que ganas por un lado lo pierdes por otro —aseguro todo convencido.

Niega con la cabeza.

—Si va tan bien como nos lo han pintado, meteremos más personal.

A lo tonto, paso media mañana con ellos, salir de la cárcel que se ha convertido mi entorno familiar me levanta el ánimo. Llevo tiempo replanteándome si hice bien dejando escapar al amor de mi vida, sé que metí la pata hasta el fondo, pero ahora poco puedo hacer ya que las veces que he intentado hablar con ella estos años solo he obtenido silencio.

Dejo los pensamientos a un lado e intento disfrutar de la cerveza con mis compañeros. Conocen la historia casi igual de bien que yo, hubo cosas que no dije cuando la abandoné de la peor de las maneras. Errores que aún me persiguen y solo sabe mi mujer, ni siquiera fui capaz de sincerarme con Paula, no quería perderla para siempre, aunque la realidad es que lo hice.

Noto un golpe en la espalda, sacudo la cabeza para salir de la ensoñación.

—Deja de pensar en ella, no te haces ningún bien en relamerte las heridas. Han pasado tres años, es para que la tengas más que olvidada —recrimina Fede.

—No digas gilipollices, no tienes ni puta idea de en qué pensaba.

Ambos se ríen.

—Macho, que cuando pones esa cara de tonto enamorado todos sabemos, incluido César que es el más despistado, que piensas en Paula —agrega Abel.

—Que os den —mascullo señalándolos a los dos.

Tras abonar la cuenta nos marchamos de nuevo al taller, lo hemos vigilado desde la terraza del bar para no cerrarlo, ya que nos hemos venido juntos a almorzar.

—Tíos, me largo, nos vemos en dos semanas —digo una vez que Fede termina de colocar la rueda reparada.

—Eh, Izan, ¿quieres apostar? —cuestiona Abel sin dejarme salir.

Arqueo una ceja, no tengo ni idea de a qué se refiere.

Fede señala la pizarra que hay al fondo del taller, en la que anotamos todos los meses las apuestas que hacemos para ver quien de los cuatro repara más coches, quien pierde paga una cena.

Me acerco y no puedo más que reír a carcajadas.

—¡Qué cabrones sois! —expreso con cierta dificultad ya que me es imposible parar.

En la pizarra Fede, porque es su letra, ha anotado los días que dura el trajeado, así llamamos a los comerciales que nos visitan. Abel ha apostado a que dura tres días una vez regresemos todos de vacaciones, Fede le da un voto de confianza y hace una cruz en el cuarto día.

Cojo la tiza y no dejo que vean mi apuesta hasta que no termino de tachar el día que sé con seguridad que se marchará el trajeado con el rabo entre las piernas.

—Te has pasado —dice Fede al ver que marco el segundo día.

—¿Tú crees? —inquiero.

—No me jodas, Izan. —Fede se lleva la mano al cuello—. No hagas ninguna de las tuyas que te conozco.

—No prometo nada —aseguro.

Me despido de ellos con la mano, me mandan de paseo al ver cómo les muestro el dedo corazón a modo de saludo.

De vuelta a casa, comienzo a pensar en las putas que pienso gastarle desde el primer minuto al comercial, sé que este nuevo entretenimiento me mantendrá cuerdo los quince días que restan para incorporarme a mi puesto de trabajo.

Capítulo 13

Desde primera hora de la mañana recuerdo cada minuto pasado con Lázaro, la noche se alargó hasta pasadas las seis de la mañana, fue el momento que decidimos descansar un rato.

Mabel tiene razón, llevamos casi un mes con el intercambio de mensajes, pero si no llega a ser por ella no doy el paso de quedar con él y eso que lo intentó en innumerables ocasiones.

Me estremezco al recordar el despertar a media mañana, la dulzura que usó para hacerme de nuevo el amor me extasió tanto que accedí a volver a quedar en un futuro. Domingo por la noche Mabel me acribilló a preguntas, no dejé de sonreír como una tonta mientras buscaba excusas para no relatar el mágico fin de semana, por lo menos, no la parte íntima.

—Que contentas estás esta mañana —dice Lidia, mi compañera de trabajo de las mañanas y amiga.

Apreso el palo de la mopa con ambas manos y lo abrazo. Si soy sincera, hacía años que no me sentía tan viva, tan mujer.

—He tenido un buen fin de semana.

—¿Cómo se llama el afortunado que te ha quitado las telarañas?

Refunfuño por lo bajo.

«Joder, ¿tanto se nota que he echado un polvo? A decir verdad, más de uno», me pregunto.

Lidia es igual que Mabel, cómo se nota que son primas.

—Lázaro.

—¿Ese es el buenorro del vigilante del edificio de la aseguradora?

—El mismo.

—Joder, nena, tú sí que sabes.

—Fue cosa de tu prima.

Comienza a reírse de forma escandalosa, la encargada nos manda a callar desde la otra punta del pasillo de lácteos.

—Shhhh... calla, que la jefa está en el pasillo central.

Mira en su dirección, se encoge de hombros.

—Otra que necesita un buen polvo —afirma mirándola.

Le golpeo el brazo, no soy de hablar tan coloquial, acostumbrada siempre a estar en oficinas tratando con ejecutivos, aprendí a hablar de forma más seria y aunque llevo tres meses compaginando ser limpiadora de un supermercado por las mañanas y agente de seguros por las tardes, no me hago a hablar como ellas, que son todo naturalidad.

Proseguimos con la tarea hasta la hora de la salida. En la calle resoplo, voy empapada de sudor.

—Ya podrían encender el aire acondicionado —me quejo secándome el sudor de

la cara.

Lidia arruga la camiseta con las manos y simula que la escurre, aunque no cae ni una gota al suelo.

Nos vamos directas al bar donde almorzamos todas las mañanas al finalizar la jornada. Sentada en la misma mesa de costumbre y tras pedirle al camarero que no deja de ponerle ojitos a Lidia, me avasalla.

—Quiero los detalles morbosos. ¿Cómo la tiene? ¿Sabe manejarla? ¿Hace maravillas con la lengua?

Me atraganto con el trago de agua.

—Serás bruta —respondo, noto el calor de las mejillas.

—¿Qué? —inquiérese sin dejar de mirarme—. Son cosas que se comentan entre amigas.

Me niego a dar esos detalles.

—Hija, mi prima ya me lo habría dicho todo sin tener que preguntarle.

—Yo no soy tu prima.

—Ya veo, con ella no me quedaría con las ganas de saber, contigo sí.

—Es lo que hay.

Durante el almuerzo me relata su fin de semana, no se esconde a la hora de decir cada detalle del chico con el que se lio el viernes y lo compara con el del sábado. No es que me escandalice, es que en ese aspecto soy más recatada que ellas, me gusta mantener cierta intimidad.

Pago la cuenta y me incorporo. Son pasadas las doce del mediodía, quiero descansar un poco antes de irme al taller. Al recordar que esta tarde lo veré, los nervios se apoderan de mí.

—Me marcho —anuncio.

Lidia me mira sin comprender.

—Hoy es lunes —dice como si no lo supiese—, tarde de chicas y *paddle*.

Me llevo la mano a la cabeza, con lo entretenida que he estado con Lázaro se me ha olvidado avisarla.

—Lo siento, pero a partir de hoy se me acabaron las tardes de chicas. Tobías me ha dado las horas que le llevo pidiéndole desde empecé a trabajar.

—Pues nada, me tocará buscar compañera.

—De verdad que lo siento.

—No te preocupes.

Le doy un abrazo a modo de despedida.

Salgo disparada hasta el aparcamiento, la chatarra de mi coche necesita una buena puesta a punto, quizás hasta podría dejarlo en el taller para que lo reparen, aunque no sé si seré bien recibida.

Me cuesta horrores terminar la poca comida que preparo, pensar que solo quedan dos horas para verlo me tiene más enferma de lo normal.

Barajo el conjunto a ponerme, no quiero ir ni muy informal ni demasiado sexy. Reviso las compras del sábado, cada prenda que saco me parece excesiva para usarla en el taller y más rodeada por los hombres que estaré, es lo malo de conocerlos, sé lo burros que llegan a ser cuando llega una clienta de buen ver.

Aprovecho que Ma no está en casa para enfundarme uno de los tejanos

desgastados y una camiseta ajustada de Metallica que compré, opto por uno de los botines de tacón medio que adquirí y para no ir tan informal, me hago con el *bléiser* gris. Me miro al espejo satisfecha con el conjunto y salgo disparada.

Regreso a la habitación para coger el maletín ya que sin él me será imposible trabajar. De vuelta en el salón mascullo al escuchar la cerradura, mi amiga acaba de llegar y no quería que me viese, seguro que pone el grito en el cielo cuando vea mi vestimenta.

Me quedo de pie en el salón para recibirla, al entrar me repasa de arriba abajo, mueve la cabeza en señal afirmativa y dejo escapar el aire que ni sabía que contenía.

—Me gusta para el primer día —admite—. Ni formal, ni sexi, ni los harapos que sueles ponerte.

Sonrío, debo reconocer que es única y que me encanta su frescura.

—Gracias.

—Venga, nena —dice dándome un cachete en el trasero—. Demuéstrale al innombrable qué dejó escapar hace tres años.

—Ma.

—Vale —acepta alzando las manos por encima de la cabeza—. Suerte.

—La voy a necesitar.

Le tiro un beso al aire antes de cerrar la puerta y marcharme. Lo atrapa con una mano y la lleva a la mejilla, me devuelve el beso del mismo modo.

Conduzco más despacio de normal, por lo general, parezco una loca al volante, pero los nervios florecen conforme acorto metros para llegar. Estaciono en el amplio aparcamiento de tierra que comparten varias empresas.

—Tú puedes con esto y mucho más —me digo en voz alta para infundirme fuerzas antes de bajar.

Me quedo parada en la entrada para observar la fachada del taller, me llamada la atención el nuevo rótulo donde puede apreciarse el logo de mi empresa.

Muevo la cabeza de un lado a otro en busca de Izan, no lo visualizo, me relajo al saber que no está en el interior del taller, lo mismo ha cambiado los horarios y entra después que yo. No me desagrada la idea de que sea él quien se lleve la sorpresa de verme de nuevo merodeando por aquí.

A quien sí veo es a uno de mis antiguos jefes, me adentro unos pasos para saludarlo.

—Buenas tardes, Fede.

Parpadea un par de veces en mi dirección, sé que es debido a la impresión de volver a verme, desde que me despedí tras finalizar mi relación con Izan no había regresado.

—¿Pau?

Muevo la cabeza con movimientos afirmativos.

—¡Qué alegría verte! —Se limpia la grasa de las manos y da unos pasos hasta ubicarse frente a mí—. ¿Qué haces aquí? ¿Te has perdido?

Otra de las cosas más difíciles que he hecho en esta vida fue despedirme, desde que lo hice no he estado tan a gusto en un trabajo como aquí, el ambiente entre todos era fantástico y a decir verdad, nos lo pasábamos de lujo. Los recuerdos son tan agradables que poco falta para que llore.

Lo miro como si no hubiesen pasado los años, imagino que pocas tradiciones habrán cambiado en este tiempo y, con seguridad, respondo:

—Soy la trajeada.

A Abel, que ha asomado la cabeza al escuchar mi nombre, se le resbala la llave que lleva en la mano, el sonido seco que hace al impactar contra el hormigón resuena por todo el taller.

—¿Tú? —pregunta desconcertado Fede.

No entiendo por qué tanta sorpresa, bueno sí, fui la pionera en hacer las apuestas a ver quién despachaba más en el mes y no era para atenderlos, sino para espantarlos.

—La misma.

Escucho el rugido de una moto y me quedo rígida, pensar que puede tratarse de él hace que no pueda moverme.

—Tranquila, no vuelve hasta dentro de dos semanas, está de vacaciones — comenta bajo Fede para que Abel no lo escuche.

—No me preocupa verlo.

Alza una ceja sorprendido, aunque no lo comprendo, ha pasado tiempo suficiente para que ambos nos hayamos olvidado el uno del otro y, por lo que tengo entendido, él sigue con su mujer.

—¿Dónde me ubico? —Miro el reloj—. En quince minutos llega el primer cliente.

—En tu mesa. —La sorprendida soy yo—. Lleva vacía desde que nos dejaste.

Percibo un rastro de tristeza en su voz, Fede se pasó más de un mes intentando convencerme de que no dejara el trabajo, que terminar con Izan no era motivo para despedirme, no lo escuché ninguna de las veces que me avasalló y seguí con mi decisión de poner distancia entre los dos, ya que de haber seguido en el taller y verlo todos los días me hubiese imposibilitado olvidarme de él.

—Voy a instalarme antes de que venga el cliente, después hablamos y me pones al día.

Asiente y regresa al foso para seguir con la reparación de uno de los tantos vehículos que esperan.

Capítulo 14

Seis años y cuatro meses atrás

Las manos de Izan rodearon su cintura, Paula apoyó la espalda en su pecho y se dejó abrazar por aquellos brazos que tanto empezaban a gustarle. Las primeras semanas ignoró el revoloteo de mariposas que se formaba en su estómago siempre que él accedía a la oficina, cada vez de forma más asidua, o se encontraban en el patio trasero cuando ambos salían a fumar.

Pero el último viernes del primer mes, al quedarse solos en el bar donde todos fueron a tomar una cerveza, el acercamiento entre ambos se produjo y desde entonces, la relación sentimental entre ellos se forjaba a pasos agigantados.

—Me encanta como hueles —murmuró Izan sin dejar de repartir besos por su cuello.

—Hmmm. —Remoloneó Paula ante las caricias.

La giró para quedar de frente, no se cansaba de mirarla y de besarla, con ella había descubierto algo jamás sentido, qué era amar de verdad a una mujer, incluso se planteaba que junto a Paula no le importaría ser fiel por una vez en su vida.

—¿Has pensado en lo que te dije anoche? —preguntó mordisqueándole el labio inferior, cada día se volvía más adicto a él.

Paula se dejó hacer, le encantaba recibir aquellas muestras de cariño.

—Sí, y te digo lo mismo, creo que es pronto, solo hace dos meses que terminaste tu relación con Marta y te recuerdo que ibas a casarte. Dejemos que transcurra un poco más de tiempo y si seguimos igual que ahora nos vamos a vivir juntos.

Izan sintió un pinchazo en el pecho, pero no supo darle nombre a lo que acababa de notar ya que era la primera vez que algo parecido a los remordimientos, se hacía latente en él.

—Yo lo tengo claro, princesita. —Desde el primer viernes que la besó la llamaba por aquel apelativo cariñoso—. Me da igual que transcurra una semana, un mes o un año, mis sentimientos hacia a ti irán en aumento, ¿por qué esperar?

Paula miró el reloj, su tiempo de descanso llegaba a su fin.

—¿Lo hablamos mañana noche? —sugirió.

La besó con pasión antes de dejarla marchar y ofrecerle una respuesta.

—Recuerda que este fin de semana no nos veremos, le prometí a mi padre que iría a la playa para ayudarlo con la reforma del salón.

Paula arrugó la pequeña nariz.

—Es verdad, se me había olvidado. —Evitó que él reparase en su tristeza al saber que no podrían verse—. ¿Cuándo te marchas?

—Esta noche. —La abrazó más fuerte—. Todavía no me he ido y ya te echo de menos.

A Paula le supo a gloria aquella confesión, tanto que logró que se le pasase la

decepción al saber que no se verían.

—Dime que sí, princesita. —Rogó Izan sin dejar de besarle la comisura de los labios—. Vivamos juntos.

No obtuvo contestación ya que Paula se vio obligada a regresar a su puesto de trabajo, su tiempo se había agotado, así se lo hizo saber su jefe al salir en su búsqueda al patio y reclamar su presencia en la oficina.

Fede esperó hasta que ella desapareció de su vista para encarar a su otro trabajador, llevaba más de un mes con la sospecha y aquella intromisión le cercioró sus temores, estaban juntos.

—¿No crees que antes de pedirle a Paula que se vaya a vivir contigo deberías romper tu actual relación primero? —reprendió a Izan observándolo detenidamente.

Le molestó no ver ni un rastro de culpabilidad en su mirada cuando, con descaro y enfadado, le contestó:

—¿Y tú no crees que deberías meterte en tus asuntos?

—Me preocupo por la chica —objetó.

No quería confesar que, aunque no era el perfil de trabajadora que buscaba cuando hizo la selección, al recibir la llamada de su buen amigo Jesús no pudo negarse a su petición.

—Pues deja de hacerlo y no te entrometas en mi vida personal. Ya soy mayorcito para saber qué hago.

—Apuesto a que si Paula se entera de que sigues con Marta, no aceptará irse a vivir contigo, incluso dudo que vuelva a verte fuera del taller.

—Fede no le digas nada —pidió Izan—. Este fin de semana dejo solucionado el asunto Marta. Quiero a Paula como no he querido a ninguna otra mujer y por ella estoy dispuesto a cambiar.

Su jefe, aunque no convencido del todo, le dio un voto de confianza, conocía al chico desde pequeño, otro compromiso.

—Está bien —aceptó—. Solo una cosa Izan. No quisiera perder a uno de mis trabajadores por tus tonterías.

—No lo harás —aseguró.

Izan se quedó un segundo más en el patio. Sabía que su jefe llevaba razón, que si Paula se enteraba de que compaginaba ambas relaciones, no volvería a dirigirle la palabra, pero hasta no estar seguro de sus sentimientos hacia a ella no había querido romper su relación.

Pensó en cómo se lo tomaría Marta cuando esa misma noche le comunicase que no deseaba casarse y además, que disponía de dos días para recoger sus cosas y marcharse de su casa, en breve otra mujer ocuparía su lugar. No le dio mayor importancia a los sentimientos de Marta, los suyos eran prioritarios y lo que deseaba era dormir cada noche con Paula y no con Marta.

Capítulo 15

Las vacaciones no transcurren como había planeado, mi idea era reactivar mi relación con Marta, pero las cosas funcionan igual de mal que siempre.

Evito recordar la época de mi vida en la que realmente fui feliz, en la que deseaba estar más tiempo en casa que en el trabajo, y cómo la cagué hasta el fondo por una noche de borrachera con los amigos. Ahora es todo lo contrario, estoy ansioso porque acaben los días libres para refugiarme más de diez horas entre ruedas, motores y herramientas.

Hace meses que llegar a casa se convirtió en un auténtico infierno, las peleas entre nosotros van en aumento, pero no veo la forma humana de salir de esta relación tóxica que al final acabará conmigo. Cuando accedí a casarme con Marta sabía que cometería un error garrafal, ya que el mayor error fue dejar escapar a Pau, tres años después aún busco la solución de separarme sin perder la cordura.

Miro al frente, mi hijo Izan juega con la pala y el cubo, intenta hacer un castillo, pero sus pequeñas manos no tienen la fuerza suficiente para prensar la arena. Su madre, o lo que es lo mismo; mi mujer, está inmersa en una conversación telefónica. Hace una señal en mi dirección, ignoro su petición de que vaya a su lado, estar cerca de ella me produce urticaria. De repente se incorpora y lo deja solo en la orilla, no tardo en llegar a su altura, de tardar un segundo más la ola lo hubiese arrastrado al mar y en Semana Santa la temperatura del agua aún es gélida.

—¿Quieres colgar de una maldita vez y prestarle más atención a tu hijo?

Como siempre hace, me ignora. Camina unos pasos y baja la voz para que no la escuche.

—Te llamo en un segundo, voy a ver que le pasa al gilipollas de mi marido.

No escucho la respuesta de la otra persona, pero no soy tan tonto como para no saber que habla con un hombre.

Nada más girarse, sé que la vamos a tener de nuevo, aunque lo que menos me apetece es mantener una discusión en mitad de la atestada playa, pero a ella parece importarle poco la manera en la que nos mira la gente cuando comienza a alzar la voz.

—¿Acaso solo es mi hijo? Llevas toda la mañana tocándote las pelotas en la silla. No te vas a morir si le prestas atención un minuto a tu hijo mientras yo atiendo la llamada.

Respiro profundo un par de veces, no quiero soltar todo lo contengo desde hace tres años. Sin dejar a mi pequeño camino hasta la silla, lo coloco en la arena mientras recojo las cosas, la mañana de playa ha llegado a su fin. Estoy cansado que siempre sea la misma historia, no poder ni siquiera relajarme cinco minutos al día.

—Eso, tú como siempre quédate mudo —agrega Marta acercándose a nosotros.

La ignoro, no deseo responder ya que estoy rodeado de mujeres y de hacerlo encima seré yo el culpable, el cabronazo que trata mal a su santa mujer.

Me cuelgo la mochila en el hombro, cojo a Izan en brazos y con la otra mano recojo la sombrilla y la silla. Zigzagueo entre la gente en busca de la pasarela de madera. No paro de caminar hasta abandonar el paseo y encaminar la calle que va directa a la casa veraniega de mis padres. Ignoro las perlas que Marta suelta cada pocos segundos, cuando esté fuera de oídos ajenos le diré todo lo que tenga que decirle, mientras tanto prefiero agachar la cabeza y dejarla como cosa perdida.

Izan se remueve nada más divisar a mi padre que al llamarlo, estira los pequeños brazos para que lo coja. Me agrada escuchar la risa de mi pequeño, es lo único bueno de mi matrimonio, el resto mejor olvidarlo.

—¿Dónde está Marta? —quiere saber mi padre.

No es necesario que le diga que viene detrás de mí, los gritos le avisan de que ya ha llegado.

—¿Me vas a contestar de una vez? —grita en esta ocasión.

Giro la cabeza lo justo para verla, hago todo lo posible por contener las ganas de mandarlo todo a la mierda y volver a ser yo, pero mi obligación como padre me impide meterme en una lucha de poder por la custodia de nuestro hijo.

No quiero a su madre y tampoco la soporto, pero soy incapaz de alejarla del niño, aunque hay días que creo que si lo hiciese incluso me lo agradecería.

—¿Qué quieres Marta? —pregunto lo más sosegado que soy capaz.

—Que por una maldita vez no tengas los huevos de artículo de lujo y me digas qué piensas.

Resoplo con fuerza, cuando se empeña en provocarme lo hace de lujo, creo que no hay cosa que mejor se le dé hacer que tocarme las pelotas.

—Bien —acepto—, podrías dejar el móvil en la casa cuando bajamos a la playa con el niño, creo que el significado de ser madre va más allá de parir.

Un intenso rojo se adueña de sus mejillas, me es indiferente, no quería que le dijese lo que pienso, pues pienso soltarlo todo de golpe.

—Llevamos cinco días aquí y has pasado cada hora enganchada al teléfono, si no hablas mandas mensajes, la cuestión es que has ignorado a tu hijo, no has sido capaz ni de bañarlo una vez desde que llegamos.

—¿Y por qué no te encargas tú de él aunque sea en vacaciones? Porque el resto del año te pasas las horas en el taller y cuando no trabajas estás en el garaje, con suerte te vemos el pelo un par de horas los domingos.

La miro con odio, la culpo a ella de perder lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Para no verte la cara, porque cada vez que lo hago me arrepiento de haber salido aquella maldita noche —siseo con rabia contenida.

—Que yo sepa no te puse una pistola en la cabeza y no te obligué a que te casaras conmigo. Si mal no recuerdo te dije que...

La corto, no quiero escuchar otra vez lo que ya sé de memoria.

—Deja de tocarme los huevos, Marta.

No siento lástima al verle los ojos enrojecidos, por su culpa lo perdí todo, ahora que se atenga a las consecuencias.

—Vete a la mierda —masculla bajo para evitar que note que está a punto de llorar.

La miro con frialdad y carente de sentimientos, sé que la solución pasa por

divorciarnos, pero no estoy dispuesto a no ver a mi hijo todos los días, aunque ella no lo sepa, lo primero que hago nada más llegar a casa es ir directo a su cuarto y pasar un buen rato viéndolo dormir.

—A ver en qué quedamos Marta, ¿quieres o no que diga lo que pienso? —inquiero para hacerla rabiar más.

—Quiero que me dejes en paz. Concédeme de una maldita vez el divorcio y así cada uno podremos hacer nuestra vida.

Aprieto los puños.

—¿Para que me alejes de mi hijo? Y una mierda.

Las primeras lágrimas asoman. Alzo la ceja exasperado, siempre la misma historia.

—Siempre estás igual, haga lo que haga, me desprecias como mujer, todo porque no soy ella.

—Que más quisieras tú parecerte un poquito a ella.

No tarda en comenzar a sollozar, miro al frente y veo a mi madre bajo el umbral de la puerta de acceso.

—Marta, cielo, ¿estás bien? —pregunta sin dejar de mirarme mal.

—Sí, Ino, no te preocupes, es que tengo las hormonas revolucionadas y me da la llantera por cualquier tontería.

Controlo la ira, mi santa madre tiene la costumbre de meterse en mi matrimonio.

Maldigo todo lo que sé y un poco más al verla avanzar hacia a nosotros para consolar a mi mujer.

—Mamá, no te metas —pido lo más sereno que puedo.

—Izan, hijo, sabes que te quiero mucho, pero no comprendo como puedes tratar así de mal a tu mujer. —Alarga los brazos—. Ven, cielo, vayamos dentro.

Las veo desaparecer por la puerta. Me paso las manos por la cara, esto no es vivir, es malvivir y el culpable solo soy yo, si aquella maldita noche no hubiese ido a las fiestas del pueblo, mi vida sería de otro modo, estoy seguro de que seguiría o incluso ya estaría casado con Pau y no con Marta.

Siento la mano en el hombro, ladeo la cara para ver el rostro apenado de mi padre.

—Lo siento, hijo.

Niego con la cabeza, él no tiene que sentir nada, bastante que es el único con el que puedo hablar y desahogarme.

—Tú no tienes que sentir nada —digo con sinceridad.

—Sí que tengo, fui yo quien te dijo que lo correcto era estar con Marta.

—¿Te hace una cerveza? —pregunto a media voz, no quiero entrar en ese tema, ya que la decisión al final la tomé yo sin estar condicionado por nadie.

Asiente.

Lo retengo cuando tiene intención de dejar a mi hijo con su madre y su abuela, prefiero que esté con nosotros.

—Nos lo llevamos, ¿no quiere que esté con mi hijo? —digo señalando la casa.

Acepta la sugerencia.

Capítulo 16

La idea de llamarla me tienta, no quiero agobiarla, pero no verla esta tarde me pasa más factura de la que pensaba. El fin de semana pasado fue el mejor de mi vida, cenar con ella, estar toda la noche sin parar de hablar y después el mágico punto final, fue lo que terminó por conquistarme. Sabía que Paula era distinta a las demás, pero no imaginaba hasta cuánto.

Dejo el móvil en la mesa y agarro el portátil, debo centrarme en mi trabajo real y no en el pasatiempo que hago por las tardes por la apuesta que mantengo con el capullo de mi amigo.

Reviso cada una de las rutas de los trabajadores de la semana pasada, me llevo las manos a la cabeza al ver que lo organizó todo al revés, a los internacionales los dejó con rutas nacionales y a los nacionales los mandó al extranjero, menos mal que tuve la genial idea de hablar con todos los empleados y les pedí, más bien les rogué, que revisaran las rutas antes de salir. Me tocará compensarlos por los desastres que comete mi amigo.

Como no me fio de que vuelva a meter la pata, le preparo las rutas de la próxima semana, no deseo que se despida ninguno, me ha costado años encontrar trabajadores tan eficaces y fieles, ya que si no lo hago de este modo, me hunde la empresa en una semana.

Para cuando acabo con las rutas, me meto de lleno en repasar la facturación, por lo menos de esa parte estoy seguro de que no me llevaré sorpresas, el contable es el encargado de preparar las facturas para los clientes y no mi amigo. Por último repaso los *email* recibidos, uno capta mi atención, es de la empresa MultiServi, llevo tiempo que quiero contratar ese tipo de servicio, el mantenimiento de los camiones comienza a ser elevado y no quiero desprenderme del efectivo para adquirir una nueva flota.

Abro el correo y me llevo la grata sorpresa con el nombre de la comercial; Paula García. El sábado quise preguntarle por los servicios de su empresa, pero se empeñó en no tratar temas de trabajo y fui incapaz de contradecirla.

Recordarla hace que cierre los ojos, los de ella no tardan en proyectarse nítidos en mis retinas, sonrío como un capullo al recordar cuando llegué a su casa a recogerla y ver lo impresionante que estaba con el conjunto de pantalón y corpiño que llevaba.

Rememoro cada instante vivido junto a ella, me ha llevado meses llamar su atención al igual que ella llamó la mía desde el mismo instante en el que apareció con aquellos vaqueros anchos y sudadera por el edificio. Fui a tomar un café con mi amigo y lo que encontré fue el amor aunque ella aún no lo sabe, pero estamos destinados a estar juntos, me lo dice el corazón.

El sonido del móvil me saca de mis pensamientos. Miro la pantalla y veo el nombre de Brig en la pantalla.

—¿Qué pasa, tío? —Saludo.

—Es jueves noche —dice como si no supiese en el día en el que vivo—. Y

somos dos hombres jóvenes solteros.

—¿Y?

Resopla a través de la línea.

—¿Cómo que y? Ponte elegante que vamos a quemar la ciudad.

—No cuentes conmigo, no me apetece salir esta noche.

—No te he preguntado si te apetece o no, te he dicho que te duches, te pongas tus mejores galas y nos vemos en dos horas en la puerta de La Vía Rue, es la inauguración y lo mejor de la sociedad estará allí.

Cuando el italiano se pone en plan cabezón no hay quién lo haga cambiar de opinión. Miro la hora, son poco más de las diez, pero mi intención es pasar la noche tranquilo en casa.

—¿Vamos mejor la semana que viene y ya sabremos quién será la clientela habitual? —Sugiero, a ver si de este modo logro no salir.

—No —afirma rotundo—. Las invitaciones te las ha mandado uno de tus clientes, ¿no querrás perder un contrato, verdad?

«¡Joder!», mascullo para mis adentros.

—Nos vemos en la puerta.

—Así me gusta, Briz.

Hastiado por tener que asistir a fiestas que no son de mi agrado, recojo el portátil, los dos botellines vacíos de cerveza y me adentro al apartamento.

Capítulo 17

Faltan minutos para cerrar el taller, no hay cosa que más adore que la última hora de los viernes, eso supone dos días libres por delante o lo que es lo mismo; sofá y manta.

Estoy inmersa en preparar el informe de la semana cuando Fede aparece por la puerta de la oficina.

—Abel y yo vamos a tomarnos una cerveza, ¿te apuntas?

Sopeso la idea de retomar la costumbre que tenía cuando trabajaba con ellos, marcharnos todos los viernes a tomarnos una cerveza, me agrada la idea, la verdad es que me llevo bien con ellos y saber que tendré dos semanas para poder disfrutar de una vieja costumbre sin tener que soportar su presencia me anima.

—¿Os vais ya? —pregunto al cerciorarme de que la persiana está medio bajada.

—¿Te queda mucho?

—Quince minutos.

—Date prisa, te esperamos.

Le sonrío como respuesta.

Introduzco los datos de las ventas de la semana y la negociación mantenida con el señor Briz, el dueño de una de las flotas de camiones más importantes de la ciudad.

Contacté con él el miércoles y en dos días ya hemos intercambiado más de una docena de *email*, imagino que el hombre querrá asegurarse bien antes de decidirse a firmar con nosotros, pero debo de reconocer que es un tanto cansino.

Al finalizar de meter las cantidades en la hoja de calculo, hago palmas emocionada al comprobar las comisiones que ya llevo generadas, al final le voy a tener que dar las gracias a Tobías por obligarme a venir a mi antiguo trabajo.

—Lista —anuncio en mitad del taller a los chicos.

Tanto Abel como Fede sonrían contentos. Nos marchamos al bar de enfrente, si solo nos tomamos una no tendremos que coger el coche, aún quedan un par de horas para que cierre.

Al acceder me sorprende encontrar a Victoria detrás de la barra, cuando me despedí de ViaCondo me confesó que le había salido una oportunidad laboral en Madrid que no podía rechazar, a día de hoy reside en su querida Murcia.

—¿Qué haces tú por aquí? —inquire sorprendida al verme.

Mascullo por lo bajo, todos con la misma preguntita de las narices. Al ver que va a hacer la cuestión del millón, me adelanto a negar.

—No he vuelto con él y no, tampoco trabajo para Fede y Vicente, estoy en la empresa MultiServi y de manera provisional estaré por aquí un par de meses. ¿He saciado ya tu curiosidad?

Suelta una gran carcajada, los años no la han cambiado.

—Sí, pero hija ya podrías haber dejado que hiciese las preguntas, ahora ¿de qué hablamos?

—Será por cosas, tres años dan para mucho. —Sonrío.

—¿Cerveza para los tres?

Asentimos.

—¿Y tú qué? ¿No te ibas a Madrid?

Sacude la mano y la cabeza de manera negativa, no sé si es que no quiere hablar del tema o es que salió mal la experiencia.

—Me fui, pero resultó ser que la oportunidad no era otra cosa que un tío, me salió rana y al no encontrar trabajo tuve que volver con el rabo entre las piernas, como se dice, a los dos meses.

—No sabes cuánto lo siento. —Soy sincera al decirlo.

Victoria y yo no es que fuésemos amigas íntimas, pero desayunaba en el bar cada día, al final nos contábamos nuestras penas porque éramos las únicas mujeres que lo frecuentábamos.

—Es agua pasada —afirma—. ¿Cuándo has vuelto a la zona?

Pone la cerveza frente a mí.

—El lunes, pero solo vengo tres tardes por semana, el resto estoy en las oficinas de mi empresa y por las mañanas limpio un supermercado.

Noto como Fede me mira fijamente, incluso me atrevería a decir que no le agrada nada lo que escucha.

—Todavía sigues con aquello.

Asiento, lo que menos deseo ahora mismo es remover el pasado.

Es reclamada en la otra punta de la barra, se despide con un guiño de ojo, que no va dirigido a mí sino a Abel, quien se sonroja de inmediato.

—Contadme, ¿qué es de vuestras vidas? —le pregunto a los chicos.

—Pues aquí el chavalín —dice Fede golpeando la espalda Abel—, hace dos meses que se separó y mi vida no ha cambiado nada desde que te fuiste; sigo casado, con niños y dedico más horas al negocio que a la familia.

Alzo las cejas sorprendida por la noticia de Abel, eran la pareja perfecta.

—Joder, Fede, que no lo sabe nadie.

—No te preocupes no voy a decir nada —afirmo—, además, no nos movemos por los mismos círculos sociales.

—Lo dice por... —Fede se calla, imagino que no quiere nombrarlo delante de mí—, ya sabes por quien. Todavía no se lo ha dicho.

—Tampoco tengo intención de decírselo —admito—. Aunque no lo entiendo, ¿vosotros no sois amigos de la infancia?

Algo en la expresión de Abel me dice que hay más trasfondo en la ocultación de la que en realidad va a decir, pero tras escuchar la pobre explicación tampoco ahondo en el tema.

—No quiero que me dé la brasa, ya sabes lo palizas que es, eso es todo.

La conversación se alarga hasta que el bar cierra, Fede insiste en marcharnos a la cafetería del pueblo cercano, al comprobar que son casi las diez de la noche, declino la oferta y dejo a los hombres solos. Me apetece llegar a casa y tumbarme en el sofá, la semana se me ha hecho larga y estoy agotada. Levantarme todos los días a las cinco de la mañana pasa factura.

Al llegar a casa encuentro una nota de Mabel, me avisa de que pasará otra vez el

fin de semana en el pueblo con sus padres, que su ex ha vuelto a incumplir la promesa de llevarse a Manuel con él.

Tras más de media hora de puro aburrimiento, recuerdo que hay cierto hombre del que llevo dos días sin saber nada ya que ayer no tuvo turno en las oficinas de MultiServi. Aprovecho el viaje a la habitación para recoger el móvil para pasar por la cocina y pillar algo de bebida y comida.

Instalada de nuevo en el sofá escribo el primer mensaje.

✓ ¿Te acuerdas de mí?

Al comprobar que no está en línea dejo el teléfono en la mesa, me recuesto en el sofá y hago *zapping*, como cada viernes noche no hay nada decente en la programación.

Cierro los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, los iris que me rondan no son los de Izan, quedo sorprendida al descubrir que es Lázaro quien me mira con pasión. Me dejo llevar por la sensación que me invade al recordar lo que sentí entre sus brazos y admito de una vez por todas, que no me importaría repetir este fin de semana.

El zumbido del móvil me saca del duermevela. Alargo la mano hasta hacerme con él. Una tonta sonrisa aparece al comprobar que es un mensaje suyo el que espera ser leído.

✓ Pues no sé... , pero si me refrescas la memoria, lo mismo hasta me acuerdo.

✓ Ay, hijo mío, que mala memoria tienes con lo joven que eres. Anoche cuando me quite la dentadura para bajar a dónde tú ya sabes, bien que gritabas mi nombre .

✓ Estás loca, ¿lo sabes?

✓ Ya, pero a ti te gusta.

✓ Sí, para qué negarlo. Me gusta todo de ti.

Me encanta este juego que nos traemos, no es raro que entre nosotros iniciemos la conversación con cualquier broma.

✓ Buenas noches, guapo.

✓ Hola, preciosa. ¿Qué haces?

✓ Aburrida en el sofá. ¿Y tú?

✓ Acabo de llegar a casa, he quedado para cenar con un amigo.

✓ Eso está bien, hay que despejar la mente, no va a ser todo trabajar.

✓ No te creas, he ido por puro compromiso porque en realidad lo que me apetecía era quedarme en casa. ¿Qué planes tienes para el fin de semana?

✓ En principio, no tengo intención de salir. Vamos que lo más osado que pienso hacer es cambiarme de pijama.

✓ Pues mira por donde yo te lo quitaba.

✓ No me tientes.

✓ ¿Estás segura? A mí no me importaría repetir.

✓ A mí tampoco.

Me sonrojo al pensar en lo bien que lo pasaría con él en vez de estar sola en casa. Compruebo la hora y descubro que es casi medianoche, sería una locura quedar a estas horas, pero por lo visto para él, por su siguiente mensaje, no hay límite cuando se trata de mí.

- ✓ Si te apetece, en poco más de una hora puedo estar en tu casa.
- ✓ ¿Te espero vestida o desnuda?
- ✓ ¡Joder, Pau! Si me esperas desnuda no respondo.
- ✓ Pues no se hable más, mejor desnuda.
- ✓ En media hora estoy ahí.
- ✓ Jajaja.
- ✓ Hasta ahora, guapa.
- ✓ Ahora nos vemos, niño.

Capítulo 18

—¿No tuviste bastante con anoche? —me quejo al comprobar que Brig no tiene intención de marcharse de mi casa si no salgo yo primero por la puerta.

Hoy, al igual que ayer, tenía intención de quedarme descansando y si me atrevía, hablar con Paula por teléfono que dos días sin saber de ella me mata.

—Joder, macho, pareces un puto viejo en vez de tu tío de treinta y tres años soltero. Deja de quejarte y vámonos a cenar, me muero de hambre.

Resoplo indignado, cuando se pone en plan organizador de vidas me saca de mis casillas. Que a él no le guste estar relajado en su casa, no es sinónimo de que a todos nos pique el culo en el sofá.

—Pero ceno y me vuelvo, quiero descansar. La semana ha sido dura.

—Solo te falta decir que tienes jaqueca. —Bromea.

—Vete a tomar por culo —mascullo en la puerta de casa.

Le señalo la salida, como tarde más de un segundo en salir quien no lo hará seré yo.

Camina sin dejar de sonreír, cuando llega a mi altura dice:

—Pues ya que lo dices... —Alza las cejas varias veces.

—Ni lo pienses. —Lo corto.

—Hace más de un mes que no vamos a la sala y tengo unas necesidades que saciar, ¿sabes?

—Ni que me necesitases a mí para follar —mascullo cerrando la puerta.

Fija la vista en mí como si quisiera leerme la mente, no sabe cuánto odio que haga eso.

—Estás muy raro estos meses, pero desde hace un mes para acá todavía más. Voy a pensar que te has enamorado y no me has dicho nada.

Trago saliva y bajo la mirada, si se lo propone descubre que es verdad lo que piensa. No es que no tenga confianza para revelarle que he conocido a Paula, pero antes de hablarle de ella quiero asegurarme de que no soy un par de citas y poco más. Además, que no deseo que me dé ya la brasa con que si doy demasiado sin esperar nada a cambio. Luego soy yo el perjudicado, no él. Bla, bla, bla...

—Deja de decir gilipolleces y vámonos antes de que me arrepienta.

Convencido de que no pienso ir hasta el centro de Murcia a cenar y tampoco tengo intención de acompañarlo a la sala que solía frecuentar con él, opta por que nos quedemos en la playa. En el pueblo colindante hay una zona de restaurantes que, aunque estemos en primavera, están abiertos y siempre hay ambiente.

Nada más llegar y sentarnos, le echa el ojo a cuatro extranjeras que hay dos mesas más allá. Como presiento, se pasa toda la cena hablando con ellas. Le solicito la cuenta al camarero y cuando pago me incorporo.

—Como veo que te dejo bien acompañado, me marchó a casa. —Señalo a las extranjeras que no cesan en mirarlo y relamerse los labios.

—No me jodas, Briz. No me hagas esto. ¿No querrás que me quede solo con las cuatro?

—Como si fuese la primera vez. —Le palmeo el hombro—. ¿No decías que llevas un mes a dos velas? Pues tienes la oportunidad de desquitarte esta noche.

—La casa de la playa está ocupada, ha venido mi hermana con el novio a pasar el fin de semana —se queja.

—Tienes el hotel a menos de cien metros.

Abre los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que no vamos por allí? —pregunta nostálgico.

Recuerdo la primera vez que asistí a una de sus fiestas, hacía escasas semanas que había terminado mi relación y el cabrón de mi amigo no tuvo otra que hacer que llevarme a una orgía. Aquella vez solo fui un mero espectador de lo que la gente hacía en esos encuentros. Con las semanas la curiosidad por probar cosas nuevas me llevó a participar y desde entonces no había tenido la necesidad de estar solo con una mujer.

—Años, muchos años.

—¿Por qué no te quedas? Esta noche podemos recordar viejos tiempos.

Niego con la cabeza, desde que conocí a Paula no he vuelto a pisar la sala, mi mente y mi cuerpo solo piensan y la necesitan a ella, a nadie más.

—Quizás otro día. Disfruta, amigo.

Conduzco de regreso a casa de forma tranquila, aunque deseo acostarme en el sofá y dejarme llevar por el sueño solo por volver a verla, no veo necesario circular por encima del límite de velocidad.

Dejo las llaves del coche y de casa en el mueble de la entrada, mientras me dirijo al sofá me quito los zapatos y desabrocho la camisa. Compruebo el móvil que por un descuido lo he dejado olvidado y sonrío al ver un mensaje de Paula, lo ha enviado hace menos de una hora.

Río a carcajadas con el mensaje de la anciana, es lo que más me gusta de ella, que no es la típica mujer que se amedrenta con facilidad, siempre que le gasto una broma me da devuelta con creces.

Trago saliva con el descaro que usa para invitarme a su casa, imaginarla desnuda a mi llegada logra empalmarme. Los siguientes mensajes los escribo mientras me pongo los zapatos, abotono la camisa y salgo disparado de casa.

Hay casi una hora de trayecto hasta su casa, pero por una vez me importa una mierda que el radar me cace, prefiero pagar una multa antes de que cambie de opinión y se marche a dormir.

Los nervios aparecen cuando enfilo su calle, no sé qué me pasa con Paula, pero es la única mujer que consigue alterarme con solo una mirada. Aunque solo hemos quedado una vez, es como si la conociera de años. Las largas conversaciones que mantenemos me han hecho conocerla sin llegar a verla y cada día que pasa estoy más convencido de que lo nuestro podría funcionar.

Bajo del coche e intento tranquilizarme, no por creer que me espera desnuda, imagino que habrá sido una coña, es por el simple hecho de verla.

Toco el timbre y la mujer que me roba el sueño aparece tras ella, trago saliva.

—¡Joder!

No logro articular otra frase más coherente, mi cuerpo reacciona de inmediato.

Doy unos pasos hacia adelante, la sujeto por la cintura para pegarla a mí y comenzar a besarla mientras con el pie cierro la puerta. El dormitorio me parece lejano, por ello, nos instalamos en el sofá. Antes de tomar asiento se deshace de mi ropa y se coloca encima mío.

—Me encanta tu locura —admito una vez que nuestras respiraciones son pausadas. Para nada esperaba que me recibiese desnuda.

Se acomoda en mi pecho, la abrazo y comienzo a acariciarle la espalda con movimientos lentos.

—HmMMM. —Ronronea.

Mantenemos la misma posición unos minutos, en los cuales sobran las palabras. Nuestros cuerpos hacen el trámite de decirse lo callado y soy de los que prefieren un gesto a una palabra.

Alargo la mano para coger la manta y taparnos al ver lo relajada que está en mis brazos.

—Te vas a quedar dormida —susurro a la vez que le aparto un mechón de pelo del ojo.

—No tengo sueño, es que...

Deja la frase a medias.

—¿Es que, qué?

Alza la cabeza para quedar de frente.

—Es que me gusta la sensación de estar abrazada a ti.

Quedo extasiado con la mirada que me dedica, esconde tantas cosas y todas buenas que no puedo evitar sujetarle la cara y besarla con dulzura.

—A mí también me encanta, podría estar así toda la eternidad.

Noto la duda que, de forma fugaz, se proyecta en su mirada.

—Sé que no quieres nada serio —digo para que las dudas que la invaden desaparezcan y podamos disfrutar de la noche—, pero como te dije, dejemos que sea el tiempo quién decida. Solo el tiempo dirá qué será de nosotros.

—No quiero hacerte daño, ya sabes que no tengo las cosas claras por el momento.

Lo sé, esa fue una de nuestras primeras conversaciones, cuando le insistí en quedar me confesó que no estaba en su mejor momento, que todavía arrastraba su última relación. Aun así me merece la pena arriesgarme aunque salga mal parado. Lo que Paula me hizo sentir con solo verla, no lo había sentido en la vida.

—Deja que sea yo quien decida qué quiero hacer y, de momento, prefiero seguir con lo que tenemos a no tenerte de ningún modo.

—¿Tanto merezco la pena?

—Más de lo que imaginas, Paula.

Evito decirle que lo mío fue amor a primera vista, no quiero asustarla y alejarla de mi lado, con tesón puedo hacerle ver que seríamos felices juntos. Pero para lograrlo debo ser paciente y esperar a que sus dudas se disipen.

El resto del fin de semana vuelve a ser incluso más mágico que el anterior.

Capítulo 19

—¿Por qué te empeñas en sacarme si no me apetece? —me quejo detrás de Mabel.

Mi intención era quedarme en casa y hablar con Lázaro, desde que nos despedimos el domingo a media tarde, hemos hablado cada día, incluso el martes aunque nos vimos en el edificio.

Tengo que reconocer que cada vez que estoy con él, todas las dudas que me invaden se evaporan y me centro en lo bien que me siento a su lado. Tengo la sensación de que nos conocemos de años, cuando la realidad es que solo hace poco más de un mes porque el otro no cuenta ya que no le presté atención. Pero como con él puedo ser yo sin filtros de por medio, es lo que ha logrado que se cree esa complicidad entre los dos.

Miro al frente y descubro que mi amiga sigue a lo suyo. Una habilidad innata que tiene es ignorarme por completo. Acelero el paso para alcanzarla.

—¿Quieres parar, por favor? —ruego.

Masajeo el gemelo, los tacones que me ha obligado a calzarme ya pasan factura y solo llevamos veinte metros recorridos, solo de pensar la noche que me espera, ganas me dan de regresar a casa.

—Deja de quejarte, por el amor de Dios, no has parado desde que hemos salido de casa. —Se gira para decirlo, al ver en la guisa que estoy se lleva la mano a la cadera—. ¿No me digas que ya te molestan?

Hago un puchero para darle pena, no funciona.

—¡Qué muermo eres! —La fulmino con la mirada, ni se inmuta—. Date prisa que llegamos tarde.

—No soy ningún muermo —me quejo cuando comienzo a caminar de nuevo—. Sabes que no me gusta salir durante la semana, ¿no puedes dejarlo para mañana?

Sacude la mano como si espantara moscas.

—Ya te lo dicho, la fiesta es hoy, no mañana y no quiero perdérmela.

Evito decirle que yo sí que quiero y que prefiero pasar la noche del jueves en la cama abrazada a Morfeo, que estar en una discoteca rodeada de empresarios y de cazafortunas.

—Cómo se nota que no eres tú quien se levanta a las cinco de la mañana —refunfuño sin bajar el ritmo.

Frena la caminata y se gira para quedar de frente.

—Es que no entiendo por qué has rechazado la oferta de Federico de readmitirte de nuevo. —Piensa la excusa que le he dado y me señala con el dedo—. Pero si mañana es festivo.

Retomo la marcha, lo que menos me apetece es hablar de eso ahora mismo. El lunes nada más llegar al taller, Fede me esperaba en la oficina, algo que me extrañó ya que parece que le tiene alergia.

Le costó horrores comenzar a hablar, se pasó más de quince minutos exponiendo en qué se había convertido el taller desde mi marcha, al final, tras bombardearme con cosas sin sentido soltó lo que en verdad deseaba decir.

Que había hablado con Vicente y los dos estaban de acuerdo en que lo mejor para todos sería que aceptase mi antiguo puesto de administrativa por las mañanas con ellos. Lo rechacé de inmediato, bastante tengo ya con tener que ver a Izan tres tardes por semana como para verlo todos los santos días.

El hombre, lejos de sorprenderle la respuesta, solo pidió que lo pensara con tranquilidad, que me tomase los días que necesitase y me aseguró que el puesto lo mantenía por si cambiaba de idea.

—¿Por lo menos me podrías decir a dónde vamos? —inquiero para cambiar de tema.

Sacude la cabeza varias veces.

—Como siempre ignoras lo que no te interesa —comenta sin ánimo alguno—. Prométeme que al menos lo pensarás.

Asiento para que no siga por ahí.

Reanuda la caminata e ignora mi pregunta.

—Eh, ¿me vas a decir a dónde vamos o no?

—No.

No me gusta nada la intriga que le pone a la salida de esta noche. Lo malo de conocernos tan bien es que no me fio ni un pelo de ella, es capaz de meterme en cualquier antro. Al ver la fachada del local comienzo a negar con la cabeza, ni muerta accedo.

—Te has pasado, Ma —afirmo sujetándola por el brazo—. ¿No creerás que voy a entrar, verdad?

Se suelta de la sujeción y me encara.

—Por supuesto que vas a entrar.

—Ni de coña —aseguro poniéndome más recta que una vela.

—Como bien te has encargado de decirme estas semanas, la relación o lo que quiera que tengas con Lázaro te tiene entusiasmada y el susodicho está de vacaciones así que lo más probable es que no haya venido. Además, llevas tres años asegurándome que ya no sientes nada por él y quiero comprobar con mis propios ojos que dices la verdad.

Comienzo a caminar en el lado opuesto al bar, no pienso acceder al garito en el que se reúnen la mayoría de los mecánicos de la ciudad, para ellos es una tradición reunirse el primer jueves de mes, hace años que era invitada a estas fiestas y sé qué ocurre en el interior del local.

—¡Paula García! —grita la desleal de mi amiga para que pare—. Como se te ocurra dejarme sola te prometo que nuestra amistad llega a su fin y mañana mismo recojo mis pertenencias, las de Manuel y me busco otra casa.

La miro incrédula.

—¿Harías eso? —cuestiono. No doy crédito cuando afirma—. ¿No te sirve con mi palabra?

—Sí y no. —La aliento para que se explique—. Aunque no te des cuenta, esta semana estás irascible y sé que es porque el lunes volverás a encontrarte con él, si de

verdad no sintieses nada, te daría igual verlo e incluso habrías aceptado la oferta de Fede sin pensarlo porque odias el trabajo de las mañanas.

No puedo creer que me eche esto en cara cuando ella es peor que yo.

—Viene a hablar la que tiene porque callar —respondo a la defensiva—. Te recuerdo que desde que Lolo te dejó no has sido capaz de verlo, solo hablas con él por teléfono y porque tenéis un hijo en común, que si no ni eso.

—No es lo mismo, Pau. Lolo me hizo la peor de las traiciones que se le puede hacer a una pareja.

Alzo una ceja.

—¿E Izan no hizo lo mismo? ¿Qué diferencia hay entre los dos?

Me mira sin entender a qué me refiero, me golpeo mentalmente, acabo de meter la pata hasta el fondo. Ni siquiera fui capaz de decirle los verdaderos motivos por los que rompí con Izan.

—¿Qué leches quieres decir? —niego en rotundo—. Ah, no, no pienso dejar que cambies de tercio, me vas a explicar lo que acabas de afirmar.

Tomo aire, lo voy a necesitar para soltar lo que he callado durante años.

—No dejé a Izan por los problemas que me generó mi santa madre y a él le agobiara hacer frente a una deuda que no le correspondía, terminé mi relación porque...

Me callo, esta parte nunca he sido capaz de decirla en voz alta, todavía me duele recordar la escena.

—¿Por qué, Pau?

No puedo impedir que las lágrimas aparezcan y me humedezcan los ojos.

—Marta se presentó en el taller, no quería hablar con Izan sino conmigo para decirme que esperaba un hijo de él.

Los sollozos van en aumento, tres años después compruebo que el dolor que sentí aquel día sigue intacto en mí, que el tiempo no ha borrado la traición y otras cosas que no quiero pensar en ellas ahora mismo.

Mabel me abraza fuerte, intenta calmarme con caricias suaves y palabras de aliento, no lo consigue. Al ver mi estado, decide que es el momento perfecto para regresar a casa, que la noche ha terminado sin ni siquiera comenzarla.

Tras cambiarnos de ropa y ponernos cómodas, nos instalamos en el patio, saca una botella de tequila y un par de chupitos. No digo nada, una dosis de alcohol puede que me ayude a eliminar el mal cuerpo que tengo.

—¿Por qué no me dijiste nada? Somos amigas desde la infancia. —Desea saber pasada media hora.

Comienza a tener la voz pastosa, llevamos media botella bebida sin mediar palabra, es nuestro ritual para dejar salir lo que nos daña, sentarnos a beber y fumar sin hablar, solo en estos rituales retomo mi antiguo vicio.

—Tenía la vaga esperanza de que ella mintiese o que en realidad no fuese él el padre de la criatura y todo volviese a la normalidad.

—¿Le habrías perdonado la infidelidad? —Por primera vez soy sincera y asiento—. ¿Todavía sigues con la esperanza de que Izan no sea el padre?

—Sí —admito—. Por eso tengo miedo de verlo, porque aunque yo me haya empeñado en decir una y otra vez que no estoy enamorada de él, solo ha sido una

especie de mantra para creérmelo y poder sobrevivir sin él, pero sé que cuando lo vea todo aflorará de nuevo y tengo miedo de caer otra vez en sus redes.

Rellena los vasos de nuevo, cojo uno y bebo el líquido de un trago. Siento la boca pastosa, sé que en breve estaré como una cuba, pero si me ayuda a olvidar no me importa pasar el fin de semana con resaca.

—Pau, cariño, por mucho que lo quieras, la vida me ha enseñado que eso no se perdona, que de hacerlo, le das la libertad de que lo repita cuando quiera porque sabrá que lo perdonarás. ¿Quieres eso? ¿Ser una cornuda toda tu vida?

Niego.

—Tómame como ejemplo, yo perdoné a Lolo la primera vez y qué hizo, volvió a repetirlo cada vez que se le presentaba la oportunidad.

—Ya —respondo escueta. Sé que le duele recordar su etapa con el padre de su hijo.

—Además, ¿qué hay de Lázaro?

La miro sin entender.

—¿Qué pasa con él?

Sonríe con picardía.

—Me has dicho que te han encantado los dos fines de semana que has pasado con él, o también me has mentado en eso —niego, he sido sincera en eso—. ¿Y por qué no quedas este también? —Me muerdo el labio—. Escupe.

—El martes cuando salí de la oficina y nos fuimos a tomarnos un café, me dijo que por qué no nos íbamos el fin de semana por ahí, rechacé la invitación y que ya lo avisaría yo si podía quedar.

Se incorpora echa una furia.

—Tú eres gilipollas. ¿Se puede saber por qué te negaste?

—Oye, no me insultes —me quejo.

—Ni oye ni leches —replica—. A ti nadie te ha dicho que un clavo saca a otro clavo —resoplo, sé a dónde quiere ir a parar—. Pues es hora de que lo pongas en práctica. ¿Y tu móvil?

Me levanto rauda al ver que va directa a mi cuarto a por el teléfono.

—Ma, ni se te ocurra.

Me ignora como siempre hace, para cuando logro alcanzarla ya está conectada a WhatsApp.

—Ya estamos otra vez liadas —digo al reparar en el mensaje que ha enviado.

Ríe a carcajadas, ya no sé si por efecto del alcohol o porque es así de cabrona.

—No te quejes, si luego te lo pasas en grande con él.

—Lumbreras, se te ha olvidado algo importante. —Arquea una ceja—. Mañana nos vamos al pueblo, le prometí a tu padre y a tu hijo que iría este fin de semana.

Se lleva las manos a la cabeza.

—Anda es verdad.

Le arrebato la botella de la manos, aunque yo no vaya muy sobria, voy mejor que ella.

—Se acabó el tequila, tira para la cama. Ya veré cómo me las apaño con Lázaro.

Capítulo 20

Abro los ojos pasadas las diez de la mañana, para que el capullo de Brignoli no me arrastrase otra vez a una de las fiestas que tanto adora y yo tanto odio, decidí apagar el móvil, así me aseguraba quedarme relajado en casa, porque lo único que me apetecía no lo conseguí, que era irme con Paula de viaje los tres días.

Nada más encenderlo la aplicación de mensajería me avisa de que tengo veinte mensajes sin leer, imagino que serán todos del pesado de mi amigo, pero al ver el nombre de Paula ignoro los de Brig.

✓ Viernes noche = Tú+yo+cena+copa+...

Vuelvo a leerlo un par de veces más para asegurarme de que mis ganas de volver a verla no me juegan una mala pasada. Tengo que reír al comprobar que la autora del mensaje no es Paula sino su amiga Mabel, o iba contenta cuando lo mandó, por lo general, a no ser que estemos en línea los dos, es más cauta con el primer mensaje.

Me acomodo en la terraza con el desayuno listo para mantener una conversación por mensaje. Aunque desconozco si es de madrugalar los festivos.

✓ Antes de aceptar, quiero saber que incluyen los puntos suspensivos.

Al comprobar que no está en línea dejo el móvil en la mesa y me centro en la tostada, el estómago ya pide algo sólido. El teléfono vibra a los segundos.

✓ Buenos días, niño.

✓ Hola, preciosa.

✓ Siento decirte que no voy a poder quedar.

La felicidad se esfuma de golpe al leer el mensaje.

✓ ¿Y eso? ¿Ocurre algo?

✓ Nada grave. Solo que a Ma se le olvidó que le había prometido a su padre y a Manuel que iría a pasar el fin de semana con ellos al pueblo.

Sé que Manuel es el hijo de Mabel, y me encanta que sea franca a la hora de no esconder que al final el mensaje es de su amiga y no de ella.

✓ ¿Y a qué hora suele acostarse el peque?

✓ No más tarde de las diez.

✓ Si te parece, podemos quedar a las once y me enseñas dónde naciste.

Tarda un poco en contestar, incluso pienso que no lo hará, pero la palabra escribiendo aparece bajo su nombre.

✓ Me gusta la idea. ¿Te mando ubicación cuando llegue?

✓ Sí, por favor.

✓ Hasta luego, niño. Un beso.

✓ Un beso, preciosa. Ya deseo que sea de noche.

Con la felicidad instalada de nuevo acabo el desayuno. La sola idea de que voy a volver a verla hace que las horas de la mañana transcurran con celeridad. Estoy ansioso por tenerla delante, abrazarla, besarla..., corto la línea de imaginación que mi mente lleva al sentir la erección, aún quedan muchas horas por delante.

Decido investigar un poco el pueblo, no dispone de grandes hoteles, pero doy con una página en la cual los turistas dan opiniones de dónde alojarse. En la segunda página un inglés aconseja una casa rural que hay a las afueras del pueblo, por suerte para mí pone los datos de contacto.

Regreso a la terraza a por el móvil, marco el número de teléfono y el buen hombre me informa de que tiene capacidad para quince personas, que debo reservar un mínimo de dos noches y que el alquiler es integro, al final llegamos a un acuerdo en el importe al hacerle saber que solo la habitaremos dos personas o esa es mi intención, que Paula pase las noches conmigo.

Sin nada más que hacer y a la espera de que sea la hora para ponerme en marcha, opto por acostarme en el sofá, no me vendrá mal descansar algo ya que si mis planes salen según lo previsto, no tengo intención alguna de dormir esta noche.

Estoy en el mejor momento del sueño cuando alguien insiste con el timbre de casa, cabreado por dejarme a medias con el cuerpo de Paula me incorporo, miro la entrepierna y no me extraña encontrarla tan abultada. Coloco mis partes antes de abrir a la persona que reitera en querer verme.

Nada más abrir la puerta lamento hacerlo, Brig accede sin decir ni un hola siquiera.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando lo veo en el mueble bar sirviéndose una copa.

Se señala el reloj, miro la pared y compruebo que son las nueve de la noche.

—Joder, ¿cuánto he dormido? —Me sorprendo al ver que han sido casi cuatro horas de siesta.

—Tú sabrás, macho. Llevo llamándote más de una hora, por eso estoy aquí. — Mira la ropa de deporte—. ¿Qué haces así todavía?

Intento pensar en si hemos quedado, que yo recuerde no.

—Pasa por la ducha y cámbiate que nos largamos.

Este hombre siempre igual, no tiene otra frase para decirme, solo que quiere salir de fiesta.

—Lo siento, tío, pero hoy tampoco te acompaño.

—¿Cómo que no? ¿No pensarás dejar a tu socio solo otra vez?

—Va a ser que sí, ya tengo planes —afirmo sin desvelar nada más.

—¿Con quién si puede saber?

—Pues no, no se puede saber.

Toma un trago, pero no deja de mirarme, me inquieta cuando hace eso, porque al final soy un blando y le digo lo que le interesa saber.

—¡Joder! ¿Puedes dejar de hacer eso? —pido molesto.

Encoge los hombros, pero sigue en su línea.

—¿El qué?

—Mirarme así —señalo su postura.

—Venga, Briz, que nos conocemos muchos años y estás ansioso por decirme los planes que tienes. ¿Cómo se llama la afortunada?

«Mierda», musculo. Es lo malo de crecer juntos, que me conoce mejor que nadie.

—Paula.

—¿Paula? —repite—. ¿Paula? ¿De qué me suena ese nombre?

Evito sonreír, pero mis ojos me delatan.

—Llevas intercambiando correos con ella una semana en mi nombre.

Suelta una carcajada, incluso dobla la espalda.

—¡Qué cabrón! —Vuelve a reír—. ¿Por eso me pediste que negociara con ella el contrato del servicio para tu empresa?

—No solo por eso, es de las mejores. Ya sabes que me gusta rodearme de profesionales.

—Claro, hombre, claro. Lo que tú digas.

—Serás capullo —mascullo—. Paula es la mejor comercial de la zona, he hablado con varios clientes de mi mismo campo y me han asegurado que están encantados con ella, que su trabajo en realidad comienza una vez firmado el contrato.

Me sirve una copa que me entrega.

—¿Y me vas a decir que no quieres llevarte al huerto a la tal Paula?

Carraspeo, no quiero que... Tarde otra vez, mi cara de bobo me delata, Brig ríe a carcajadas a mi costa.

—O paras o te largas de mi casa —adviento.

—Vale —acepta, pero le cuesta un par de minutos sosegar—. Y bien, ¿qué tal fue? ¿Le gustan tus juegucitos o no?

Se me borra la sonrisa de la cara.

—Paula no es para eso.

—No me jodas, tío. A todas las mujeres les gusta... —Me mira inquisitivo—. No la quieres para una noche de sexo salvaje, te gusta de verdad.

Asiento, para qué negar lo evidente.

—Por eso el fin de semana pasado me dejaste en la estacada con las cuatro extranjeras. —Aunque suena a pregunta, es una afirmación—. ¿Y ahora qué hago yo? ¿Con quién voy a las fiestas?

Encojo los hombros, no es mi problema sino el suyo.

—Buscarte la vida. Y ahora si no te importa —señalo la puerta—. Tengo una hora para ducharme, meter algo de ropa en una mochila e irme a Blanca, una preciosidad me espera.

—¿Cuántas veces la has visto ya?

—Este es el tercer fin de semana que quedamos.

Nada convencido deja la copa a medio terminar en la barra. Llega hasta la puerta y antes de marcharse me advierte:

—Ya sabes cómo acabó la otra vez. —Al ver que voy a replicarle, agrega—: No te voy a decir que no lo intentes de nuevo, sino que seas más precavido y no lo des todo a la primera de cambio. Asegúrate de que ella busca lo mismo que tú. Y a las malas, ya sabes dónde tienes un hombro en el que llorar. —Alzo una ceja—. Tú me entiendes.

—Lo sé.

Evito decirle que ella no quiere algo más serio que un buen rato por el momento. Aunque comprendo su preocupación. En mi anterior relación acabé destrozado, incluso llegué a pensar que jamás me volvería a enamorar de otra mujer, pero Paula tiene todas las papeletas para que lo consiga. Y mi amigo de la infancia, cuando fui a

buscarlo, no se le ocurrió otra cosa que introducirme en sus salidas nocturnas, me aseguró que si le hacía caso y me dejaba llevar, el dolor remitiría más rápido. Debo reconocer que asistir a ese tipo de fiestas donde no hay más compromiso que lo que dure la noche, me ayudó a salir del pozo en el que me metí por amor.

Dejo de lado mi pasado y me preparo para el presente que tiene nombre y apellidos; Paula García.

Capítulo 21

Seis años y cuatro meses atrás

Llevaba una semana revisando cada rincón de la casa, no quería que Paula, a su llegada, encontrase algo de Marta, no podría explicar por qué guardaba un recuerdo de ella si supuestamente su relación acabó antes de comenzar la suya.

Al final consiguió su objetivo, que Pau aceptase vivir juntos y debía reconocer que saber que esa misma noche dormiría abrazado a ella logró que estuviese rebosante de felicidad. Algo que no pasó desapercibido para su padre cuando accedió a su casa sin llamar.

—¿Por qué estás tan contento? ¿No deberías estar triste después de que Marta te haya plantado en el altar como quien dice?

Desvió la mirada, en casa no fue todo lo sincero que se esperaba de él.

—¿Qué haces aquí, papá?

—¿No puedo venir a visitar a mi hijo? —inquirió su padre con la mosca detrás de la oreja, no era normal su comportamiento.

—Sí, por supuesto que puedes, pero si a partir de ahora llamas antes de venir, te lo agradeceré.

Aquella respuesta fue suficiente para que a su padre se le disipasen las dudas y afirmar que su hijo ocultaba algo. Sabía que no era el momento de mantener la charla.

—Venía a invitarte a una cerveza, pero veo que no soy bien recibido.

—No digas tonterías, papá. Espera, dejo esto y nos vamos a tomarnos esa cerveza.

Le molestó la intromisión de su padre, pero si no deseaba revelar la verdad sobre su ruptura tan pronto, no le quedaba otra que marcharse con él, pero hacerlo implicaba retrasar la llegada de Paula.

Desbloqueó el terminal y mandó el mensaje.

✓ Hola, princesita. Lamento decirte que tendremos que aplazarlo hasta mañana. Mi padre necesita mi ayuda. ¿Podrás perdonarme?

Paula caminaba de regreso al coche cuando escuchó el bip del móvil. Sonrió al pensar que sería un mensaje de Izan para hacerle saber las ganas que tenía de tenerla en su casa.

Al leerlo se decepcionó como nunca antes había hecho. Tanta insistencia en que se mudara ese mismo fin de semana, y no sábado que lo tenía libre, tenía que ser viernes noche, para ahora retrasarlo todo al día que ella propuso.

«¿Y ahora qué hago?», se preguntó al ver sus cosas en el coche. No quería regresar a casa de Mabel, a ella no le parecía bien la idea de irse a vivir con Izan tan pronto, objetaba que un mes era poco tiempo para dar ese gran paso.

Con desanimo regresó al bar, por lo menos sus compañeros seguían de cervezas e intuyó que la cosa se alargaría por eso de que el sábado ninguno trabajaba.

Al primero que encontró fue a Fede, este la miró con sorpresa.

—¿Tú no te ibas? —preguntó sin dejar de observarla.

Paula no quería decir la verdad, bastante tonta se sentía.

—Sí, pero lo he pensado mejor y acepto esa invitación.

Su jefe la sujetó con sutileza por el codo y la instó a separarse del resto. Se ubicaron al final de la barra, donde ni sus compañeros ni Victoria podían escuchar la conversación.

—¿Qué excusa te ha puesto Izan?

Lo miró con mala cara, no entendía por qué pensaba tan mal de Izan cuando era un hombre encantador que siempre estaba atento a todas sus necesidades, ella no veía esos defectos que los demás se empeñaban en mostrarle.

—No es ninguna excusa, Fede. Ya sabes que ayuda a su padre a sacar el trabajo y me parece bien que lo haga.

—Ya —masculló su jefe—. ¿Y hasta cuándo retrasa tu llegada a su casa?

—Me instalaré mañana. Total es lo que yo quería —dijo convencida para que dejase de mirarla con aquella extraña compasión—. Una noche más, una noche menos no tiene mayor importancia.

Fede negó con la cabeza, no creía ninguna de las palabras de Izan, no al comprobar que seguía mintiéndole a la chica, que para su gusto, era algo ingenua. Con el tiempo que llevaba trabajando para él y como compañera de Izan, ya era para que se hubiese dado cuenta de que su príncipe perfecto desteñía por todos lados.

—Paula, no quiero meterme donde no me llaman —empezó a decir—, pero ¿no crees que os precipitáis? Un mes no es tiempo suficiente para conocer a una persona. Podéis seguir como hasta ahora y si más adelante estáis igual de bien, entonces dais el paso.

Paula resopló, su jefe llevaba días con lo mismo, de hecho, le decía prácticamente las mismas palabras que Mabel.

—Yo opinaba igual, pero Izan tiene razón, para que retrasar lo que sabemos que va a suceder. Nos llevamos y nos compaginamos bien, y si te soy sincera, a mí también me apetece dormir cada noche abrazada a él.

Fede aceptó la explicación sin estar convencido. Conocía al chico muchos años y siempre había tenido fama de mujeriego, además, no era el primer viernes que se iban de cervezas y acababa en la cama equivocada.

—Espero que lleves razón, Paula, no me gustaría verte sufrir y, menos, perderte como trabajadora porque lo vuestro no llegue a buen fin.

—No te preocupes, eso no ocurrirá.

Capítulo 22

—Toma, te vendrá bien.

Abro los ojos y me encuentro de lleno con la cara de mi padre, me ofrece una cerveza que no rechazo. Incorporo la hamaca y me siento, él me hace compañía.

—¿Se ha dormido Izan ya? —pregunto.

—Sí, tu madre ha logrado calmarlo hace una hora.

Me cabrea no haber sido yo quien haya dormido a mi hijo, ha tenido que encargarse mi madre, pero la discusión con Marta ha superado todos los límites.

Tomo un trago, para nada estas son las vacaciones que esperaba, pero mucho menos la vida con la que durante tres años soñé.

Venía dispuesto a tragarme mi orgullo y mi felicidad, para solucionar mis problemas con mi mujer y convivir como personas adultas que somos, pero como las demás veces, ella se niega en banda a perdonarme. Y para postre mi madre lleva días sin hablarme.

—Sabes, hijo, todavía hay días que me pregunto por qué.

Lo miro sin comprender que desea decirme, mi padre es todo un filósofo y cuando se pone en plan enigma no hay que capte sus ideas.

—Si te explicas mejor, lo mismo puedo ofrecerte una respuesta —digo mirándolo.

Mira a la entrada de casa, al comprobar que todas las luces están apagadas, se incorpora y va directo a la pequeña caseta que hay en el jardín al lado de la piscina. Sale con algo pequeño en las manos, sonrío cuando toma asiento de nuevo y me ofrece un cigarro.

—Sabes que ya no fumo y tú tampoco deberías.

—No me seas tu madre, anda, se pasa todo el día diciéndome qué puedo o no hacer.

Da una calada y expulsa el humo con tranquilidad, incluso diría que le sabe a gloria el cigarro y la cerveza.

—¿La extrañas?

Sé a quién se refiere.

—Cada día —admito.

—Hijo, lo que no entiendo es que te veía feliz con Paula y de la noche a la mañana, llegas a casa para decirnos que vamos a ser abuelos y que la futura madre es Marta.

Trago el nudo que se me forma en la garganta, recordar a Paula me duele, por muchos años que pasen nunca dejaré de amarla, es imposible olvidar al amor de mi vida.

—¿Y qué quieres que te diga, papá?

—Por ejemplo, ¿por qué dejaste a Paula por Marta cuando tres años antes hiciste lo contrario y anulaste la boda?

Rememoro aquella época, la relación con Marta iba en decadencia cuando Paula entró a trabajar en el taller. Al principio me dije que solo era un capricho, que verla con aquellos modelitos tan dispares a lo que conocía era lo que me llamaba la atención. Con el paso de los días y sobre todo las cervezas de los viernes, la atracción comenzó a ser algo más, hasta que admití que sentía algo por ella y que me encantaba pasar las horas hablando con Pau más que con mi propia pareja.

Engañé a ambas durante meses, comencé a ver a Paula los fines de semana sin terminar mi relación, cuando acepté que mi felicidad estaba al lado de ella tuve el valor de dejar a Marta plantada un mes antes de nuestro enlace.

—Antes de conocer a Pau pensaba que sabía que era estar enamorado de una persona, no sabía lo equivocado que estaba hasta que ella llegó a mi vida —admito por primera vez—. Te juro, papá, que no planeé nada. Las primeras veces que quedé con ella solo hablábamos, nos pasábamos las horas sin dejar de hablar y reír. Me sentía vivo, libre a su lado.

Tomo aliento, hablar de mis sentimientos no me es fácil y menos al saber que jamás podré olvidarla y dejar de amarla. Es difícil tener la certeza de que nunca volveré a ser feliz, ya que la dejé escapar hace tres años.

—Recuerdo la noche que la besé por primera vez. —Cierro los ojos y rememoro cada sensación—. Los chicos hacían horas que se habían marchado, aquel sábado trabajábamos todos, incluso ella. La llevé hasta la puerta del taller para que recogiese su coche. Como siempre hacía, la acompañé hasta su vehículo y mi intención era darle dos besos como las demás veces. Pero algo me impulsó a besarla, nada más sentir su lengua fue como tocar el cielo.

—Conozco esa sensación —admite mi padre.

Lo miro asombrado, nunca nos han contado cómo se conocieron.

—¿Sentiste lo mismo con mamá?

Me extraña y sorprende a la vez cuando niega rotundo.

—Que va, tú madre siempre ha sido una mujer bastante fría, lo sentí con mi primer amor. Elvira se llamaba, era mi novia y mi intención era pedirle matrimonio cuando regresara del servicio militar, pero...

—¿Qué ocurrió? Venga, papá, nunca me has dicho como la conociste.

—Eso necesita otra cerveza. —Se levanta—. Vengo en un segundo.

Tarda un par de minutos en regresar al jardín, evito reír cuando lo veo aparecer con la nevera que usamos para bajar a la playa. La coloca entre las dos hamacas y quita la tapa, la ha cargado de cerveza. Cojo una, la abro y se la entrego, me sirvo otra.

—Conocí a tu madre en Cádiz mientras hacía el servicio militar. Todos los militares que no éramos de allí nos veíamos obligados a quedarnos los fines de semana, así que los sábados íbamos a un guateque que había cerca del cuartel. La conocí el primer sábado, debo reconocer que tu madre de fea no tenía nada, pero no podía compararse con la belleza de mi Elvira. —Noto la añoranza en su mirada—. Las primeras veces la ignoré aunque ella se empeñaba en bailar conmigo o entablar conversación. Pero como suele pasar, somos hombres y tenemos unas necesidades. —Hace un gesto con la mano que comprendo al instante—. Reconozco que era un joven incauto e inexperto, el tercer sábado accedí a bailar con ella, después a llevarla a casa,

pero tu madre nos desvió a un pajar que había en la zona y que todas las parejas visitaban.

Lo miro sorprendido y con algo de miedo, lo que menos deseo es que me relate su noche con mi madre.

—No pongas esa cara, no pienso detallarte lo que ya sabes —asegura para mi tranquilidad—, la cuestión es que una cosa llevó a la otra y nueve meses después viniste al mundo.

—Vamos, que fui concebido en un pajar.

—Sí —admite.

—¿Por qué te casaste con mamá si no la querías?

Alza una ceja.

—Por la misma razón por la que tú te casaste con Marta cuando yo te lo sugerí y sabía que estabas y estás enamorado de Paula. Por principios, además, aquella época en nada se parecía a esta, si la dejabas en estado te tocaba cumplir y casarte con la chica.

Me sorprende saber que la historia se repite y que me encuentro en la misma situación que mi padre.

—Hijo, ¿sabes lo que me molesta ver que has cometido el mismo error que yo? Tu madre quería salir de su casa y en aquellos años la forma rápida era quedarse embarazada y me enganchó a mí por gilipollas. Pero ¿tú? Había otra salida y no era casarte con Marta.

—¿Y qué querías que hiciera, papá? Marta se encargó de que Pau se enterara de mi desliz y saber que esperaba un hijo mío. Ver la decepción en su mirada me destrozó, en ese instante supe que jamás me perdonaría.

—Sigues igual de tonto que siempre, solo ves tus sentimientos pero no los de los demás.

Lo miro serio.

—No me mires con esa cara, desde que empezaste tu relación con tu mujer te dije que eso no iba a acabar bien. —Asiento, era algo que me repetía a diario—. ¿Alguna vez te dije lo mismo cuando estabas con Pau? —niego—. Porque a ella la querías de verdad y si hubieses hablado con ella te habría perdonado.

—No tengo yo tan claro eso —admito.

—Lo dicho, eres gilipollas —repite el insulto—. ¿Cuándo se despidió del taller?

—A los dos meses, creo. —Son fechas de las que tengo ciertas lagunas, ir a trabajar y ver la tristeza que mostraban sus ojos me mataba.

—¿Y por qué crees que no lo hizo el mismo día? —Intento abrir la boca, pero me calla de golpe—. Solo tenías que haber hablado con ella y decirle la verdad, que no recordabas nada de aquella noche, te habría perdonado, me lo confesó un día antes de despedirse.

Capítulo 23

La tarde con Manuel es un no parar, el niño tiene una vitalidad que puede con la de los cuatro adultos que lo rodean. Lo único que lo calma y lo mantiene quieto son los dibujos de Dora la Exploradora, no tardo en conectar el televisor y buscarlos como una loca hasta que doy con ellos.

Tomo asiento en el sofá y resoplo exhausta. No comprendo como Mabel puede pasarse las horas navegando detrás del mocoso y después tener ánimos para salir de fiesta, los días que paso con ellos en el pueblo, admiro la fuerza de mi amiga.

—Dile a tu madre que espere un segundo que la ayudo con la cena, solo necesito descansar un momento. —Le pido a Ma cuando aparece por el salón.

—No te preocupes, le ayuda mi padre. —Toma asiento a mi lado—. Cómo se nota que no estás acostumbrada a estar con él. —Se ríe el ver mi cara de cansancio.

—Te admiro —afirmo mirándola—. Trabajas por las mañanas, luego te pasas toda la tarde cuidando de tu hijo y aun así te queda energía para salir. ¿No sé cómo lo haces?

Resta importancia al halago.

—El truco está en no ser solo madre, nunca tienes que olvidar que también eres mujer y tienes unas necesidades que saciar. —Guiña un ojo con complicidad.

Río ante su ocurrencia, pero en parte sé que tiene toda la razón.

—¿Vas a ir a ver la masía?

Niego con la cabeza.

—Pensaba ir mañana, pero tu padre me ha dicho que la han alquilado todo el fin de semana. La veré en otra ocasión.

Me entristezco al pensar en mi casa familiar. Los años que viví allí fueron felices hasta que todo se truncó.

—Deberías de alegrarte, eso te dará un dinero extra.

—Sabes de sobra que no, ese dinero se lo quedan tus padres, bastante que no me cobran por mantenerla y alquilarla. Además, aún me quedan cinco mil euros por devolverles y no veo el momento de hacerlo.

—No seas tonta, tú lo necesitas más. Ellos no quieren que se lo devuelvas ni tampoco el dinero que genera alquilarla.

—Pero quiero devolvérselo, no es mi dinero, es el suyo y el tuyo.

—¿Has sabido algo de ella?

Trago el nudo que se me forma en la garganta, hablar de mi madre es peor que hablar de Izan, no sabría decir cuál de los dos temas me daña más. No controlo las emociones y los ojos se me humedecen, Ma no tarda en abrazarme.

—Muchos días me pregunto por qué lo hizo, por qué me hizo esto.

Recuerdo el día exacto que mi vida se fue al traste.

Estaba en el jardín trasero de la masía, acababa de licenciarme en Derecho y

estaba entusiasmada con el puesto de pasante que me habían ofrecido en Madrid un viejo amigo de mi padre.

Me sorprendió que llamarán a la puerta, las únicas visitas que recibía eran de Ma y Lidia y no tenían por costumbre avisar de su entrada en casa. Mi madre hacía escasos días que se había marchado de viaje de negocios y estaría toda la semana sola.

—¿Desde cuándo llamáis al timbre? —pregunté con una sonrisa mientras abría el portón.

La risa se me borró del rostro al cerciorarme de que no eran mis amigas, pero sí un funcionario del juzgado y vecino del pueblo.

—Buenas tardes, Paula. Te traigo una notificación del juzgado.

Firmé con manos temblorosas, no sabía bien el porqué, pero algo me decía que aquellos papeles no contenían nada bueno. Tardé en comprobarlo el tiempo que el funcionario estuvo en casa.

Tuve que leerlo dos veces para asimilar que mi madre había hipotecado la masía por valor de trescientos mil euros, los mismos que el banco me reclamaba ya que el préstamo estaba a mi nombre.

Lloré durante días y le rogué al director del banco una solución para no perder lo único que me quedaba de mi padre y mis abuelos. Solo me ofreció una salida, abonar el diez por ciento en efectivo y el resto en plazos mensuales.

Fueron los padres de Mabel los que me prestaron el dinero para no perder la propiedad, pero asimilar la carga hizo que perdiese el puesto en Madrid y buscar con rapidez uno que me generase ingresos fijos todos los meses, así terminé en ViaCondo. Desde aquel día no he vuelto a saber de esa mujer que durante años creí mi madre y de eso hace ya diez largos años.

—No te atormentes, cariño. Sabes que en nosotros tienes una familia.

—Lo sé, Ma. Siempre he considerado a tus padres como los míos propios, recuerda que en el colegio decía que tenía dos papás y dos mamás.

Me da un último abrazo antes de soltarme y coger a Manuel en brazos que reclama su atención.

—Cuéntame, ¿qué planes tienes para esta noche con el señor vigilante?

Encojo los hombros, no tengo la menor idea de dónde llevarlo. Si fuese durante el día, se me ocurren varios sitios, pero para la noche está el descampado, no es más que una zona amplia de arena donde ponen mesas los bares cercanos, pero como que paso porque está todo el pueblo. Luego está la zona ajardinada al lado del río, pero allí van todas los jóvenes a meterse mano.

—¿Alguna sugerencia? —le suplico ayuda con la mirada.

Sopesa las opciones y resopla.

—Siempre podéis subir al viejo castillo, las vistas son increíbles y a esas horas no va nadie.

—No es mala idea. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Hoy me quedo con el peque, necesito convencer a mis padres de que se queden con él mañana.

La miro de forma inquisitiva. No me ha contado que tenga ningún plan.

—Hace una hora que me han invitado a una fiesta y me gustaría ir. Pero... —
Levanta a Manuel en peso para que sepa que él es el culpable de pensárselo.

—Di que sí, me quedo yo con él.

Alza una ceja dubitativa.

—Solo he quedado con Lázaro esta noche, para mañana no tengo planes.

—¿Y si quiere quedar mañana?

Encojo los hombros.

—Pues tendrá que aceptar que tengo a Manuel a mi cargo.

—Gracias.

—No son necesarias.

Levanto el culo del sofá, es hora de ayudar a Jesús y a María, los padres de Mabel, bastante que me acogen en su casa cada vez que visito el pueblo y se encargan de gestionar la masía.

Una hora antes de mi cita comienzo a arreglarme, decido usar ropa cómoda, la subida hasta el castillo no es plan de hacerla con tacones, por ello, me decanto por las Converse combinadas con unos tejanos, un jersey de lana y el abrigo.

Camino por las solitarias calles, todos los vecinos a estas horas están congregados en el mismo sitio, cojo el atajo para llegar al lugar acordado. Me quedo parada al verlo apoyado en el coche. El revoloteo de mariposas me produce vértigo, no entiendo por qué dudo cuando no estoy con él, si es verlo y morirme por estar entre sus brazos.

Con una extensa sonrisa, camino a su encuentro.

Capítulo 24

Admiro el encanto que tiene la vivienda rural que se alza en mitad del terreno repleto de árboles frutales. Si soy sincero, no me importaría pasar una temporada aquí, la zona parece tranquila y agradable, ideal para desconectar de la rutina y el ajetreo de la ciudad.

Entro en la casa al despedirme del buen hombre que viene a recibirme y a entregarme las llaves. Quedo impresionado por la belleza rústica que desprende cada pared, cada mueble o decoración de la misma.

Visito todas las dependencias que tiene, es más grande de lo que a simple vista se aprecia. Al salir por la puerta de la cocina y descubrir la parte trasera de la parcela, pienso que es una lástima que la usen para alquiler vacacional, la mayoría de los inquilinos no suelen ser muy cuidadosos con las cosas ajenas.

Tomo asiento en una de las sillas, lo único que se escucha es el sonido de la noche. Pronto mi imaginación me ve disfrutando de esta relajación junto a Paula. Pensar en ella me hace mirar la hora, me tranquilizo al saber que todavía falta media hora para verla y solo estoy a diez minutos del lugar acordado.

Cada segundo de soledad lo empleo en planear la noche, deseo decirle la verdad respecto a mí, no quiero que las cosas entre nosotros avancen y después piense que la he engañado, no soy de esos.

Estaciono el coche y miro a mi alrededor, lo único que observo son árboles y un estrecho camino de tierra. Me pregunto que sorpresa me tendrá deparada cuando la oigo llegar. Quedo prendado por la carismática sonrisa que me dedica.

La saludo como es debido, con un beso en los labios aunque ninguno de los dos hace el amago de profundizarlo.

—Buenas noches, guapa.

—Hola, niño.

Me encanta el apelativo cariñoso que usa para referirse a mí, sé que lo hace porque soy dos años más joven que ella, algo que no me importa y a lo que no le presto atención.

—¿Con qué me vas a sorprender?

Se muerde el labio inferior, tengo que contenerme para no ser yo quien se lo muerda, aunque me muero de ganas.

—Pronto lo sabrás.

Reparo en la pequeña nevera que sujeta con la mano y la mochila que lleva colgada en la espalda, me hago con ambas cosas para que no cargue ella con el peso.

Pasados más de quince minutos llegamos a lo alto de la montaña, frente a nosotros unas ruinas se mantienen en pie con el paso de los siglos, deduzco que antaño era un castillo. La sigo hasta pararnos en una pequeña explanada que nos ofrece unas increíbles vistas del pueblo.

Me rodea y cuando estoy a punto de girarme, escucho la cremallera de la

mochila, estoy quieto para que pueda coger lo que busca. Sonríó al ver que se trata de una manta que coloca con sumo cuidado en el arenoso suelo.

Tomamos asiento uno al lado del otro, la miro como abre la nevera y saca de ella una botella de vino y dos copas.

—¿Y esto? —Deseo saber.

—Dijiste que la próxima vez que nos viésemos tomaríamos un buen vino. — Mira la etiqueta y encoge los hombros—. No sé si es bueno, ya sabes que no entiendo, pero vino es.

Le pido que me la preste, se trata de un Juan Gil de etiqueta gris, no es de los que suelo tomar, pero debo reconocer que ha tenido buen gusto al elegirlo.

—Es perfecto, sobre todo si lo comparto contigo.

Beso sus labios de forma fugaz, cuando se los humedece vuelvo a retenerme para no besarla hasta el amanecer.

—¿Qué tal ha ido la semana? —pregunto mientras sirvo el vino.

—Bien —responde escueta.

La miro un segundo, noto la tristeza en su mirada.

—¿Estás bien?

—Sí —afirma. Suspira y pronto me muestra una sonrisa que me derrite—. Mi semana ha ido genial, como te comenté, negocio con una de las empresas de camiones más importantes de la Región para que firme con nosotros los servicios de mantenimiento de la flota.

Evito decirle que es con Brig, mi amigo, con el que habla, de momento quiero saber qué significa para ella lograr el contrato, aunque lo tiene asegurado.

—¿Y cómo va?

—Creo que bien, aunque el dueño es un tanto quisquilloso y por momentos me desconcierta.

—¿Por? —interrumpo.

Se supone que Brig le envía los textos que yo le redacto.

—Los primeros mensajes intercambiados fueron bien, el hombre sabía de lo que hablaba y qué quería, pero los últimos es como si no tuviese ni idea de qué es un camión y parece más interesado en ligar conmigo que los servicios que podemos ofrecerle.

Me muerdo el interior de la mejilla para no blasfemar, tendré que hablar seriamente con mi amigo.

—¿Y qué significa para ti lograr el contrato?

—A nivel económico debo reconocer que necesito el dinero, pero no es por eso por lo que quiero lograrlo. —Toma un sorbo de vino y hace un pequeño gesto—. ¿Sabes lo que significaría para mi carrera hacerme con esa empresa? —niego, pero me intriga saberlo—. Tengo entendido que el dueño es bastante joven y que comenzó con el camión que heredó de su abuelo. De la nada creó una de las empresas más importantes no solo a nivel regional sino a nivel nacional, incluso hay gente que asegura que todavía, de vez en cuando, se sube al camión aunque no lo necesita, tiene trabajadores suficientes para cubrir los portes.

Escuchar mi vida de su voz es hipnótico, es verdad que cuando algún empleado falta bien por enfermedad o motivos personales, no cargo al resto con más trabajo,

me subo al camión y yo mismo hago la ruta.

—Siempre se ha negado a tener este tipo de prestaciones, de convencerlo de que puedo proveerlo de los mejores servicios para que sus camiones siempre estén listos para viajar, lograría lo que nadie ha logrado. Además, para qué negarlo, me atrae la idea de poder gestionar el buen funcionamiento de una empresa de ese nivel.

—Pues no ceses en tu empeño, estoy seguro de que lograrás convencerlo.

—¿Tú crees?

—Sí.

Estoy a punto de decirle que el contrato lo tiene ganado desde el primer momento, pero algo me impide revelarle la verdad cuando lo que menos deseo es mentirle.

Para no sentirme tan mal conmigo mismo por ocultarle esa parte de mi vida, decido cambiar de conversación.

La noche avanza y como la vez anterior, compruebo que podemos estar horas y horas hablando sin aburrirme. Le relato por encima mi semana y le hago saber que estar de vigilante de seguridad en el edificio ya no es divertido si ella no hace acto de presencia por allí.

Le resta importancia, debo corregirla cuando insinúa que me entretendré hablando con las decenas de mujeres que trabajan en él.

—Solo me interesa hablar con una y por suerte para mí, la tengo sentada a mi lado.

Se sonroja de inmediato. Me encanta la inocencia que muestra al hacerlo. No aguanto más sin saborearla. Acerco mi rostro al de ella, inicio un beso suave pero cargado de sentimientos, los mismos que florecen por ella con el paso de los días y conforme la conozco.

La sujeto por el cuello para atraerla más hacia a mí, necesito sentir el calor que emana su cuerpo. Enredo mi lengua a la de ella y vuelvo a tocar el séptimo cielo al igual que ha ocurrido las demás veces.

Con toda la noche por delante, no tengo prisa en acelerar el proceso. Por ello, seguimos degustándonos y acariciándonos sin llegar desnudarnos. Son nuestros cuerpos los que marcan el ritmo y piden cuándo sobra la ropa.

Alzo la espalda para alcanzar los pezones erectos, me pasaría toda la noche e incluso toda la eternidad prodigándoles las caricias y mimos que se merecen.

Introduzco uno en la boca, lo succiono al principio con suavidad para después ejercer más presión. No calculo el tiempo que paso mordisqueando y lamiéndolo antes de cambiar al otro que reclama mi atención.

Paula mientras me deleita con un masaje que me tiene extasiado, gimo al sentir la presión que ejerce y como acaricia el glande. No tarda en sujetarla y dejarse caer para acogerme con las paredes vaginales. Gruño al sentir la opresión que ejerce. La beso con ansia, necesito todo de ella.

La experiencia es única, no solo por tenerla encima de mí dándome un placer que ninguna otra ha sabido hacerlo, sino por estar arropados bajo el manto de estrellas y la luna, y ser testigos de lo que día a día se fragua entre nosotros.

Se mece con suavidad y logra que alcance tal álgido punto de excitación que no creo que aguante mucho más. La sujeto por la cintura para ayudarla, tampoco deseo

que se canse con el primero, mi idea es llevarla a lo más alto durante toda la noche.

Nuestras miradas se encuentran y hablan por sí solas. La atraigo para besarla. Alza la cadera un par de veces más antes de alcanzar juntos un orgasmo devastador.

La abrazo con fuerza y vuelvo a besarla, deseo transmitirle todo lo que me hace sentir cuando estoy a su lado y no solo el placer que es capaz de provocarme, mis sentimientos por ella van más allá.

Nos quedamos tumbados sin dejar de abrazarnos hasta que noto su piel helada, decido poner punto final a la velada en el castillo, no quiero que enferme.

—Pasa la noche conmigo. —Ruego tras besarla junto al coche.

Mira el vehículo, he optado por traerme el que uso a diario para moverme por la ciudad, no es de gran tamaño, pero antes de aparecer con el otro quiero decirle quién soy.

—He alquilado una casita rural en el pueblo, no tenemos que dormir en el coche —digo sin dejar de sonreír.

Vuelvo a besarla antes de dejarla subir al coche cuando acepta con un movimiento de cabeza y una sincera sonrisa.

Capítulo 25

Aprecio los primeros temblores al ver el camino de tierra por el que Lázaro se desvía, conozco la zona como la palma de mi mano y solo hay un sitio al que llegar desde aquí. No tengo claro que pueda pasar la noche sin que los recuerdos hagan acto de presencia.

Evito que repare en mi estado de ansiedad cuando estaciona en el interior de la finca. Cierro los ojos y lo primero que visualizo es a mi padre en mitad del huerto con su sombrero de paja sobre la cabeza para protegerse de los rayos del sol, sonrío ampliamente nada más verme cruzar la verja y alza la mano para saludarme con alegría.

La tristeza me invade al recordar el día que lo perdí. Regresaba del instituto y como era habitual en él, se encontraba en su lugar favorito de la casa; el huerto. Noté que algo no iba bien al ver que estaba acostado y que no me saludaba desde la lejanía, corrí como nunca antes había hecho, al llegar a su altura no sé qué salió antes si el grito o el llanto incontrolado.

Las lágrimas resbalan sin permiso, me llevo las manos a la cara para ocultárselas a Lázaro, pero es demasiado tarde, advierte mi pésimo estado ya que soy incapaz de controlar los sollozos.

—Eh, princesa, ¿qué sucede? —pregunta con ternura a la vez que me atrae hacia él para abrazarme.

El llanto aumenta, sabía que regresar a la casa me pasaría factura, por eso, desde el incidente con el juzgado nunca regresé, porque todo lo que rodea la finca me recuerda a la única época en la que fui feliz aquí. La parte amarga la archivé en lo más profundo de mí para no recordarlo y que no empañase los momentos felices.

—No es nada, solo que... —No puedo seguir.

Noto la ausencia de su cuerpo nada más separarse, no tarda en abrir mi puerta y alzarme en brazos, me abrazo a su cuello como si fuese el único salvavidas que hay a un kilómetro a la redonda.

Camina conmigo hasta el interior de la vivienda, pienso que se instalará en el salón, pero me sorprende cuando comienza a subir las escaleras y se dirige al cuarto que hay al final del pasillo. El destino y sus ironías; era la mía cuando residía aquí.

Me recuesta en la cama y él lo hace a mi lado, me envuelve con sus brazos y, al sentir el calor que emana su cuerpo, comienzo a relajarme, aunque no lo suficiente para dejar de llorar.

Así nos quedamos durante horas, sin decir nada, solo abrazados y ofreciéndome suaves masajes en la espalda. Lo miro a través de las lágrimas, su rostro está contraído por la preocupación.

Algo en mi interior se activa al advertir la sinceridad que transmite su mirada, no sabría decir de qué se trata, pero en estos instantes tampoco estoy en posición de analizar nada. Le agradezco su ternura y dedicación con un beso, no intenta ir más

allá, solo se queda en eso, en una muestra de cariño y agradecimiento. Apoyo de nuevo la cabeza en su pecho, cierro los ojos, así me será más fácil relatarle qué ha provocado este estado.

—Siento el numerito —digo con sinceridad a media voz.

Con delicadeza me alza el mentón con dos dedos, fija la mirada en mí, tengo que desviarla al sentir algo más que pasión y deseo en la suya.

—No tienes que disculparte por nada. —Asiento poco convencida—. Lo digo en serio, conmigo no tienes que justificarte por ser humana. Tampoco quiero que te sientas presionada para contarme qué lo ha provocado, lo único que quiero que sepas es que cuando estés lista o creas necesario desahogarte, puedes hablar conmigo, no solo busco pasar buenos momentos a tu lado.

Me conmueve escucharlo, pero al mismo tiempo reactiva un sentimiento enterrado que nadie ni incluso Izan supo desenterrar. Solo con mi padre me sentía cómoda a la hora de contar mis problemas, pero al mismo tiempo siento pánico para confesarle la realidad que me rodea desde hace diez años, así que decido decir una verdad a medias.

—Solo es melancolía. Me crie en una vivienda parecida a esta y me ha recordado los buenos momentos que pasé en ella con mi padre.

Deposita un beso en la frente y vuelve a abrazarme más fuerte.

—Aunque no lo creas, entiendo lo que dices.

Nos quedamos así, abrazados en la semioscuridad, el momento no puede ser más mágico y perfecto. Conforme lo conozco más me atrae, pero aún llevo una losa en las costillas que he de deshacerme si en verdad deseo comenzar algo serio con alguien.

Los párpados me pesan debido al llanto, no me obligo a mantenerlos abiertos, todo lo contrario, me dejo llevar por el cansancio y las sensaciones que el hombre que me abraza me inspira.

El sonido del móvil me desvela, abro los ojos desorientada, tengo que quedarme en la misma posición unos segundos para recordar dónde me encuentro. Pronto caigo en la cuenta, las primeras horas con Lázaro en el castillo, llegar a la masía y derrumbarme en sus brazos y quedarme dormida abrazada a él.

Palpo la cama en su búsqueda, no lo hallo, decido que es el momento de levantarme, tanteo a ciegas la mesilla hasta que doy con la lámpara de mesa que conecto. Me sorprende encontrarme sola en la habitación, ni rastro de Lázaro.

Siento frío en las piernas al deshacerme de las mantas, no recuerdo haberme quitado los pantalones ni los zapatos. Sin colocarme nada más, bajo las escaleras a la vez que estiro la camiseta para que me llegue a mitad de muslo, no por vergüenza de que Lázaro me vea así, sino por el helor que desprenden las paredes de piedra.

El murmullo de alguien hablando me llega desde el porche trasero, dirijo mis pasos allí, imagino que se tratará de él aunque no comprendo por qué habla en susurros y está en el exterior de la vivienda con la helada que cae a estas horas de la madrugada.

—Llegaré en una hora —lo escucho decir al traspasar la puerta de la cocina.

Al ver que no repara en mi presencia me quedo en el umbral para observarlo. Se mesa el pelo de forma abatida y deja caer los hombros, imagino que no ha recibido buenas noticias.

La inercia es moverme y colocarme a sus espaldas, sin decir nada, coloco las manos en sus hombros y comienzo un suave masaje. Ronronea al instante, algo que me agrada.

Gira la cabeza, fija la mirada en mí, no es necesario que diga nada, sus ojos y labios se encargan de decirme qué desea. No lo hago esperar, bajo la cabeza e inicio un beso que me sabe a gloria. Alarga la mano para sujetarme por los muslos y obligarme a situarme frente a él, no tardo en sentarme encima de él.

—¿No tienes frío así? —comento al comprobar que solo lleva puesto el bóxer.

Me abraza por la cintura para pegarme más a él.

—Ahora no.

Introduce las manos bajo la camiseta, pronto sus manos acarician cada parte de mi espalda. Aprieto los labios para evitar que se me escape un gemido placentero, al final, gana la batalla.

Muestra esa sonrisa suya que lo hace ver más atractivo de lo que ya es, esa que cada vez que la veo me vuelve loca y me hace perder la razón.

Acerco los labios a los suyos, no me canso de besarlos, podría pasarme las horas de este modo que no me aburriría ni me saciaría del todo. Aparto de inmediato la sacudida tan fuerte que me provoca estar a su lado, no quiero ponerle nombre a algo que, de momento para mí, solo es un pasatiempo. Supongo que es la forma rápida de poder enfrentarme al que considero mi verdadero amor.

Sé que es injusto por mi parte, pero en ningún momento he hablado de que quiera algo más que vernos cuando podamos y disfrutar de nuestros cuerpos.

El suyo se encarga de decirme lo que desea al sentir cómo crece la erección. Me mezo con lentitud sobre él y la necesidad que ambos tenemos en este momento logra que ni nos quitemos la ropa interior, solo la ladeamos para convertirnos en uno.

Nos quedamos abrazados bajo el amparo de los árboles para recuperar la respiración, Lázaro no cesa en acariciarme, cosa que me encanta.

—Tengo una mala noticia que darte —empieza a decir, lo que provoca que levante la cara—. Mi intención era pasar el fin de semana aquí contigo, pero ha surgido un inconveniente en el trabajo y debo marcharme.

Vuelvo a respirar con normalidad, escuchar la primera fase ha logrado que retenga el aire, esa maldita frase me persigue tres años y aún no tengo superado que nadie comience a hablarme de ese modo.

—¿No tienes tiempo ni para desayunar primero?

Hace un mohín con los labios y la nariz.

—Me encantaría, pero ya llego tarde. —Imito su gesto—. Te prometo, princesa, que la próxima vez desayunamos juntos.

Asiento, aunque no sabría decir cuándo será.

Nos despedimos en la puerta de la masía, lo hacemos como si fuésemos una pareja que lleva tiempo juntos, no como dos personas que solo se han visto en cuatro ocasiones y hablan mucho por teléfono.

Mientras lo veo marchar me pregunto qué me ocurre con él, pero conforme hablamos y nos vemos me estoy convirtiendo en adicta a todo él y esa sensación logra que entre en pánico.

Capítulo 26

Me conmueve verla tan desolada y el instinto de protección resurge con más fuerza que nunca. Ni cuando estaba con Lola sentí tanta necesidad de proteger a una mujer, pensaba que había conocido el amor con ella, pero día tras días me doy cuenta de que no fue así, que he aprendido a saber qué es estar enamorado al lado de Paula.

Solo me dedico a abrazarla, no deseo verla en tan bajo ánimo cuando ella es pura simpatía y energía. Cuando me cercioro de que se ha quedado dormida, con sumo cuidado le quito los zapatos y los vaqueros, no es nada cómodo dormir con ellos.

Vuelvo a instalarme a su lado tras deshacerme de mi ropa, la atraigo hacia a mí y me sumo en un profundo sueño. Maldigo al escuchar el teléfono, tenía que haberlo apagado o quitarle el sonido. Me muevo con cuidado para no despertarla, cuando se remueve quedo en la misma posición hasta que compruebo que está sumida de nuevo en un profundo sueño. Salgo del cuarto sin colocarme nada, pienso despachar rápido a quién me llama a estas horas de la madrugada.

La pantalla del teléfono revela el nombre de mi amigo, resoplo cabreado, seguro que sigue en la fiesta y quiere insistir para que lo acompañe. Pulso rellamada y espero a que se digne a contestarme.

—Briz, perdona que te moleste, ha surgido un inconveniente.

Dirijo mis pasos a la cocina y salgo al exterior. Tiemblo al sentir el frío en la piel expuesta.

—¿Qué pasa?

—Me ha llamado Moya, está en urgencias con su hijo, no sabe el tiempo que estará allí y en dos horas tiene que salir.

—¿Te ha dicho por qué ha ido esta vez? —pregunto, conozco la mala salud de su pequeño.

—Solo me ha dicho que es lo de siempre, no sé a qué se refiere.

«Yo, sí», pienso.

Me llevo la mano al cuello para masajearlo, conozco a Moya desde que monté por primera vez en un camión, coincidimos en un bar de carretera y pasamos las horas de descanso sin parar de hablar. No tardó en hacerme ver su descontento con su jefe, no lo pensé dos veces y le ofrecí trabajo.

Hace tres años que nació su hijo, la ilusión de Moya se vino abajo hará cosa de un año cuando le diagnosticaron leucemia al niño.

—¿El camión está cargado? —Deseo saber.

—Sí, lo han hecho esta tarde.

—¿Qué ruta le toca a Moya esta semana?

Mi amigo se queda callado un segundo, pero escucho como remueve papeles.

—Aquí lo tengo, ha cambiado el servicio con Rodríguez. ¡Joder!

Vuelve a quedarse en silencio, cosa que me cabrea.

—Joder, ¿qué? Brig, dime de una puta vez la ruta.

—Alemania.

Cierro los ojos, no necesito que me diga para dónde es la mercancía, lo peor, es que como no llegue en el tiempo estipulado pierdo a uno de mis mejores clientes.

Alzo la cabeza y miro la ventana donde duerme Paula, cabizbajo me despido antes de tiempo de mi fin de semana con ella.

—¿Qué hago? —pregunta desesperado mi amigo.

—Llegaré en una hora.

Cuelgo la llamada desanimado, tenía muchas ganas de pasar estos días a su lado y no tengo claro cuándo se me presentará la oportunidad de disfrutar de ella otra vez, ya que es quien marca cuándo nos vemos y hablamos.

Me dejo llevar por el placer que me provocan sus manos en mis hombros, pierdo la noción del tiempo besándola y amándola. Memorizo su sabor y su olor para los días que estaré en carretera. Me cuesta más de lo debido despedirme de ella, pero el deber me llama y debo partir que ya voy con retraso.

Conduzco más rápido de lo normal de regreso a la ciudad, no paso ni por casa, voy directo a la empresa, en la puerta Brig me espera apoyado en el coche. Aparco en mi plaza habitual y recojo la mochila del asiento del conductor.

—Menos mal que venías en una hora, macho —se queja señalando el reloj de pulsera—. Llevo esperándote más de media hora. Vaya una puntualidad suiza que tienes y eso que eres el dueño de todo esto. —Abarca con las manos las instalaciones de mi empresa.

—¿Te levantas igual de quejica todas las mañanas? —inquiero con una sonrisa en la boca.

Asiente.

—Ahora entiendo por qué sigues soltero, no hay quién te soporte de buena mañana.

—Si encima tendré yo la culpa de tu impuntualidad —recalca cabreado.

—Deja de quejarte y dame la documentación que voy justo de tiempo.

Me entrega la carpeta de malas formas sin llegar a mirarme a la cara.

—El tacógrafo ya está programado.

—Gracias. —Agradezco—. ¿Te las apañarás sin mí los días que esté fuera con las dos empresas?

Sacude la mano para restar importancia.

—No te preocupes por eso ahora, céntrate en llegar a tiempo y bien.

Sé que se refiere a que lleve cuidado en la carretera, después del susto que me lleve en mi último viaje no le convence mucho la idea de que vuelva a subirme al camión, pero ha de entender que esta es mi vida; mi pasión.

—Lo tendré. Nos vemos en cinco días.

Piensa algo antes de quitar la mano de la puerta.

—Una cuestión que me ronda la cabeza desde anoche. ¿Cuándo conociste a la agente de seguros?

Pongo en marcha el camión, con suerte el rugido evita que se entere de la respuesta.

—El día que fui a pasar la tarde contigo porque te tocó hacer el turno del trabajador que se despidió.

Comienza a reír a carcajadas.

—¡Qué cabrón!

No cesa en reír, intento que me deje marchar para no perder más tiempo, pero se niega.

—Por eso hiciste la apuesta —afirma—. Para verla todos los días.

—Solo los martes y los jueves —reconozco.

—Lo tuyo es de juzgado de guardia, ¿has dejado de lado tu pasión por ver a una tía dos días por semana?

—Sí. —Recuerdo lo que Paula me ha confesado—. Como vuelvas a insinuarte a ella por *email*, te corto las pelotas.

Se lleva las manos a la cabeza como asustado, pero la realidad es que se descojona de mí.

—Vaya cuelgue llevas, macho.

—¿Me dejas irme, pesado? Al final voy a llegar tarde.

—Imagino que ya terminas tú de negociar el contrato.

Hago una mueca con la cara.

—No, intenta reunirte con ella esta semana. Quiero cerrar eso ya que hay varios camiones que piden a gritos ser mimados.

—Pero...

Lo dejo con la palabra en la boca. Le quito la mano de la puerta y la cierro. No tardo en meter primera y ponerme en marcha. Bajo la ventana y le digo en voz alta:

—Concreta la reunión, y Brig —lo señalo con el dedo—, como te insinúes a ella, pierdes mi amistad.

—Lo que tú digas, Romeo.

Subo el cristal para dejar de escuchar cómo se ríe a mi costa el capullo de mi amigo.

Capítulo 27

Tres años y cinco meses atrás

A Izan le costó semanas organizar la despedida de soltero de su mejor amigo, el tonto se casaba con su novia de la infancia, la que se echo en primaria, ni sabía los años que llevaban juntos, en el instituto dejó de contarlos y decirle a su amigo que se perdía lo mejor de la vida; disfrutar del sexo con distintas mujeres y no siempre con la misma.

Lo miró con pesar, el capullo no podía hacerle aquello, lo tenía todo preparado.

—Vamos a ver Abel, ¿cómo cojones vas a hacer la despedida conjunta? ¿Dónde se ha visto semejante barbaridad? Nosotros por un lado y ellas por otro, juntos pero no revueltos.

Abel resopló, llevaba media mañana escuchando la misma perorata por parte de su amigo, incluso se había arrepentido de pedirle que le organizara la despedida, a ese ritmo no llegaba cuerdo al altar.

—Porque Inma desea que la hagamos juntos y a mí no me molesta.

—Serás calzonazos, tío —se quejó Izan cabreado por no salirse con la suya.

—Pensaba que te iba a agradar la idea —agregó Abel sin entender bien la actitud de su amigo.

Izan lo miró de mala gana.

—Y a mí por qué cojones me va a gustar hacer la despedida todos juntos.

—¿Por qué Paula puede venir? —inquirió Abel—. Te recuerdo que no estaba invitada por parte de las chicas.

Izan negó con rotundidad.

—Lo que me faltaba —se quejó—. Para una noche que tengo libre, quieres endosarme a la parienta. No soy tú, macho. Pau se queda en casa.

Abel lo miró sorprendido, llevaba un par de meses observándolos, a Paula cada vez la veía más triste y a su amigo de la infancia más alejado de ella.

—¿Estáis bien? —Quiso saber.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Quizás porque te veo demasiado distante de ella. —Se aventuró a decir.

No quería sincerarse con él, lo conocía muchos años y sabía que no aceptaría sus consejos y mucho menos que lo cuestionase, con Izan tenía que medir las palabras, algo que desde bien joven lo cabreaba.

—No es nada —aseguró Izan—, solo que últimamente no hay esa química del principio, pero imagino que es normal, ya son casi tres años juntos y la monotonía pasa factura.

—En dos palabras. —Ambos amigos giraron la cabeza para toparse con la mirada ceñuda de Fede que acababa de acceder al bar y había escuchado parte de la conversación—: Se ha aburrido.

Izan bufó, odiaba cuando su jefe se entrometía en su vida personal y en los últimos meses era algo asiduo, algo que comenzaba a tocarle las pelotas.

—Ya ha llegado el listo. Victoria, cóbrame. Tengo trabajo pendiente.

—¿Por qué te molesta tanto que te diga la verdad a la cara? —preguntó Fede mosqueado con su trabajador—. Acaso me vas a decir que es mentira que te vieron hace tres fines de semana en las fiestas del pueblo tonteando con una.

—No te inmiscuyas en mi vida. —Fue lo único que dijo Izan antes de abonar la cuenta del almuerzo y marcharse del bar.

Tanto Abel como Fede lo vieron marcharse en silencio, ninguno de los dos emitió palabra alguna hasta que no se aseguraron de que no los escuchaba.

—¿Es verdad? —Se interesó Abel.

—Sí, y por lo visto la cosa no quedó en un simple tonto.

—¿Con quién?

Fede negó con la cabeza, esa parte aún tenía que confirmarla, por ello, no deseó revelar el nombre.

Abel se disponía a marcharse, su descanso había terminado y debía regresar al taller.

—Abel. —Llamó Fede—. Hazme un favor, vigílalo mañana, no me gustaría que cometiese una estupidez y quien lo pague sea Paula.

Su trabajador asintió, por una vez estaba de acuerdo con su jefe. Izan en ocasiones podía llegar a ser demasiado egoísta, y si era verdad lo que Fede acababa de revelar, se pasaba tres pueblos. Paula para nada se merecía aquel desplante por muy amigo suyo que fuese, le había cogido cariño a la chica y no quería verla sufrir, pero el comportamiento de Izan lo hizo dudar de que eso no ocurriese.

Paula finalizó de terminar de cocinar la pasta. Miró con pesar que había preparado para dos y esa noche le tocaba cenar sola, Izan se marchaba a la despedida de Abel, a la misma que no había sido invitada. La futura mujer de Abel era íntima amiga de la ex de Izan y lo lógico era no contar con ella.

Saboreó el abrazo de él, desde hacía un par de meses se había instalado cierta frialdad entre los dos, por mucho que ella buscaba un acercamiento diario no lograba llamar su atención. Ni las veces que se paseó desnuda frente a sus narices hicieron el efecto deseado.

Cada día se decía que todo era producto del agobio económico por el que pasaban, sus deudas comenzaban a hacer mella en su relación, por eso no culpaba a Izan sino a ella misma.

—Cariño, no sabes cuánto daría porque pudieses venir esta noche conmigo, me lo pasaría mejor contigo que los capullos con los que voy.

Izan se entretuvo en besarle el cuello, Paula se erizó ante el contacto, el último hacía más de tres semanas. La giró para tenerla de frente, no tardó en besarla y se maldijo al comprobar que no sentía el mismo chispotazo de las primeras veces e incluso del primer año.

No le costó ningún esfuerzo sentarla en la mesa y colarse entre sus piernas.

Paula al ver sus intenciones, aunque estaba deseosa de que ocurriera, se preocupó por él.

—Cariño, vas a llegar tarde. —Gimió al sentir el roce de sus dedos en sus partes

al ladearle las braguitas.

—Que se esperen, me interesa más esto. —Le guiñó un ojo y le mostró aquella sonrisa que la había cautivado desde el primer día mientras la penetraba sin comprobar si estaba lista para recibirlo o no.

Paula contuvo el quejido de dolor, su excitación no era tan elevada como para acoger la magnitud de su miembro erecto. Cerró los ojos para concentrarse, el placer tardó más de lo habitual en llegarle y para cuando su cuerpo pedía a gritos más, Izan bombeó una vez más para alcanzar su propio orgasmo.

—Te quiero —susurró él contra sus labios saliendo de inmediato de ella, se subió los pantalones y con un beso fugaz, dijo—: Hasta mañana, princesita. —Sin más salió de la cocina.

Paula contuvo las lágrimas al escuchar la puerta cerrarse, su relación se desmoronaba por las deudas en las que la había sumergido su madre y no veía la manera de salir sin perder al amor de su vida.

La noche avanzaba y Abel cada vez estaba más pendiente de su amigo que de pasarlo bien él en su propia despedida. Eran pasadas las seis de la mañana e Inma llevaba un buen rato suplicándole que se marcharan a casa, que estaba cansada y que deseaba poner el punto final a la noche disfrutando de él antes de convertirse, el siguiente fin de semana, en su marido.

La idea era más que tentadora, así que por una maldita vez en la noche prestó más atención a lo que él deseaba que a lo que hacía Izan.

—Despídete de la gente, cariño —le dijo tras besarla—. Voy a decirles adiós a los chicos y nos vamos a casa, me ha convencido el broche final de fiesta. —Le guiñó un ojo antes de soltarle la mano.

Se encaminó directo al lugar de la barra donde Izan hacía horas que no se había movido. Saludó a su acompañante con una sonrisa, cogió a su amigo del brazo y lo instó a separarse.

—Tío, hora de ahuecar el ala —comentó mirándolo con seriedad—. Ya es hora de que nos marchemos cada uno a nuestra casa.

Izan se soltó de malos modos.

—Si tú quieres irte, ahí tienes la puerta —señaló con la mano la salida del local —, pero a mí déjame tranquilo. Soy mayorcito para saber cuándo tengo que marcharme. Nos vemos el lunes.

Tras decirlo regresó a la barra donde su acompañante lo esperaba con una tímida sonrisa en los labios.

A Abel no le hizo gracia marcharse, pero no estaba dispuesto a discutir con su pareja por la estupidez de su amigo. Encogió los hombros y tras sujetar a Inma por la cintura y susurrarle qué le haría nada más llegar a su hogar, abandonó la sala.

Capítulo 28

Aunque desde la ventana vislumbro que el tiempo está nublado, para mí brilla el sol con más intensidad que cualquier otro día. Es lunes y eso significa que se acabaron las vacaciones y mi calvario, es hora de levantarme e irme a trabajar.

Cualquier persona en su sano juicio me llamaría loco, para mí las horas invertidas en el taller son mi tabla de salvación, mi lugar para evadirme de la realidad que me rodea cada día al llegar a mi hogar.

Saco del armario el mono azul y tras una buena ducha, estoy listo para marcharme. Es ilógico porque sé que tengo un trabajo de lo más tedioso, pero la camaradería que existe entre todos logra que nos pasemos la mayoría de las horas riéndonos y para qué negarlo, hoy comienza la apuesta para echar al trajeado de la oficina.

Para cuando llego la puerta está bajada, aprovecho para fumarme un cigarro con tranquilidad, mi rutinaria y hastiada vida ha conseguido que regrese al vicio después de más de un año sin él. Abel y César no tardar en hacerme compañía.

—¿Qué tal las vacaciones, tío? —Se interesa Abel—. ¿Ha merecido la pena gastar una semana del año que viene?

Sacudo la cabeza en señal negativa.

—Trabajando me tenía que haber quedado, habría ganado en salud.

—¿Tal mal ha ido la cosa?

—Peor —respondo escueto.

Me palmea la espalda, nos conocemos desde pequeños y sabe lo mal que va mi matrimonio, hay días que envidia lo bien que le va a él.

—Ponme al día, ¿cómo es el trajeado?

Abel mira para otro lado e ignora mi pregunta cosa que me alerta.

—No me jodas, ¿no me digas que aún no le habéis gastado ninguna putada?

—¿A quién no le hemos gastado una putada todavía? —pregunta Fede que aparece por mi espalda.

—Al trajeado.

Lo saludo con un apretón de manos.

Otro que tampoco contesta, los miro inquisitivamente, no me gusta un pelo lo enigmáticos que están.

—Bueno, ¿qué? Me vais a decir cómo es o tengo que averiguarlo por mí mismo esta tarde.

—¿Cómo es quien? —pregunta César.

Le explico lo que me enteré hace dos semanas, se frota las manos ansioso para que llegue la tarde.

—Esta semana promete —responde César sin dejar de reír.

—Fede, tío, no te hagas de rogar y sacia mi curiosidad. ¿Qué le habéis hecho?

Mira a Abel y vuelve a mirarme a mí.

—Nada —admite.

Alzo la ceja incrédulo.

—¿Cómo que nada? Pero si eres el peor de los cuatro.

Me entrega un parte y señala el coche que está en el foso.

—Ponte con él, el cliente viene a primera hora de la tarde a recogerlo.

Sujeto el papel con la mano, pero no desvío la mirada de él. Tengo la sensación de que hay algo que no quieren decirme. Abel al ver mis intenciones de volver a insistir, niega con la cabeza, todas mis dudas se disipan al instante, me ocultan algo y pienso averiguar el qué.

Paso la mañana enfrascado en la parte delantera del vehículo, mientras cambio las piezas rotas planeo la primera jugarreta que pienso gastarle al trajeado nada más entre esta tarde.

A la hora del almuerzo me toca salir con César, otra cosa que me extraña demasiado, lo normal es que nos marchemos Abel y yo juntos.

—Estos dos están muy raros —comento una vez acomodado en la barra.

—Algo ocultan —admite.

Victoria no tarda en preguntar qué queremos, le muestro una sonrisa como toda respuesta.

—Uff, macho, cada día está más buena —murmura César cuando Victoria se adentra en la cocina.

La camarera no es fea, pero no es mi prototipo de mujer. A decir verdad, solo es uno, pero fui tan gilipollas como para dejarla escapar, es lo que suele ocurrir, que no sabes lo que tienes hasta que no lo pierdes. Pensar en Paula me hace recordar la conversación mantenida con mi padre en la playa.

El resto de la mañana lo dedico a pensar en cómo hacer para volver a verla, estoy seguro de que si consigo que me escuche podemos volver, por lo menos, a ser amigos y con el tiempo quién sabe.

Decido comer en el bar, Marta está en casa y no me apetece verle la cara, todavía no le he perdonado que se marchara y me dejara solo con el niño en la playa.

Tomo el último sorbo de café a falta de dos minutos de que sean las cuatro de la tarde, mi hora de entrada. Me acerco a la barra para abonar la cuenta.

—Te dejo el dinero en la barra. —Le advierto a Victoria que está ocupada en servir varias mesas a la vez.

—Gracias —responde—. Izan. —Me giro cuando me llama—. No te comportes como un capullo esta tarde.

Abro los ojos al no tener ni idea de a qué viene esa advertencia. Encojo los hombros a la vez que saco un cigarro.

Paro en la puerta del taller para terminar de fumar. Miro en dirección a la oficina, gracias a que es acristalada podré verle la cara al trajeado y saber por qué los capullos de mis compañeros no le han hecho ninguna de las nuestras.

Se me cae el cigarro y el paquete al suelo al comprobar quién es.

Capítulo 29

Cuidar de Manuel el resto del fin de semana me vino de lujo para olvidar los recuerdos que había provocado pasar la noche en la masía, aunque por otro lado, los creados junto a Lázaro eran más agradables de recordar.

Sacudo el cuerpo para que pase el escalofrío que me incita a revivir lo que sentí en el porche trasero cuando se hundió por completo en mí. Sigo sin querer ponerle nombre a lo que su presencia significa en mi vida, no estoy lista para ello, primero tengo que cerrar un episodio para poder entregarme y ser libre del todo. Pero para eso tengo que ponerme frente a Izan y descubrir de una vez por todas qué siento por él; si amor, rabia, odio o compasión.

Hoy es el día, la gran prueba para descubrir mis sentimientos reales por el que durante años he creído que es el amor de mi vida, quiero pensar que lo de Lázaro solo es un pasatiempo para hacer la pena más ligera, un entretenimiento para no pasar las veinticuatro horas del día sin parar de pensar en mi ex. Lo malo, que conforme transcurren los días, Lázaro le gana la batalla a Izan, sin ellos saberlo compiten por mis pensamientos.

Dejo de lado la ropa que adquirí junto a Mabel, la considero demasiado sexy para la ocasión, me declino por unos vaqueros oscuros y un jersey de lana gris de cuello vuelto, para cerrar el conjunto me coloco los botines de piel de melocotón azul oscuro y la cazadora de piel del mismo color. La cara la dejo libre de maquillaje y el pelo recogido en un moño casual, de esos que en dos horas hay más mechones sueltos que sujetos.

—¿No te maquillas al menos? —Desea saber Mabel que accede al cuarto cuando introduzco las últimas cosas en el bolso.

—No me apetece. —Me sincero—. Hace frío —señalo la ventana para que entienda que tengo el mismo estado de ánimo que el tiempo; nublado.

No tarda en llegar a mi lado y abrazarme sin decir nada más. Le agradezco que se quede callada, bastante nerviosa me encuentro ya como para escuchar sermones o consejos que nunca pongo en práctica.

—Recuerda: Tú puedes —susurra antes de soltarme y marcharse.

Repito la frase como unas diez veces antes de decirme a salir de casa. Voy a necesitar toda la ayuda y autocontrol del mundo, aunque durante tres años he practicado como un millón de veces qué le diría cuando lo tuviese delante, ahora que tengo la ocasión de soltar todo lo que no solté en su día, creo que seré incapaz de hacerlo.

Sujeto con fuerza el volante para evitar que me tiemblen las manos a falta de cincuenta metros para llegar al taller. Son tales los nervios que tengo todo el día que incluso he comprado un paquete de tabaco esta mañana, si Mabel lo encuentra no quiero imaginar la bronca que me caerá.

Estaciono en el lugar habitual, echo un vistazo al aparcamiento y cierro los ojos

al descubrir la moto negra aparcada dos plazas más allá. Por muy pronto que llego, él ha sido más rápido que yo, así que me toca saludar a mí y es lo que intentaba evitar, deseaba que fuese él.

—Tú puedes, Pau —digo a media voz dentro del coche.

No sé qué me lleva a acceder al taller con la cabeza gacha cuando nunca camino de este modo, sí lo sé, no tener el valor para verlo. Todo en mí es contradictorio, una parte de mí desea finiquitar esa etapa de mi vida, pero la otra no quiere olvidar por completo los años que pasé junto a él.

—Hola, Pau. ¿Y eso que hoy entras media hora antes?

Escuchar la pregunta de Fede logra que levante la cabeza. Oteo con rapidez el taller, ni rastro de él, suelto el aire retenido.

—Buenas tardes, Fede. He quedado con un cliente en cinco minutos, no podía venir a otra hora.

Se cree la mentira, fui yo quien concertó la visita a estas horas, fue todo premeditado para entrar antes que Izan, ya que si su horario no ha cambiado hasta las cuatro no llega.

Me dirijo a la oficina, quiero conectar el ordenador antes de que el cliente llegue, no me gusta hacerlos esperar, suelo ser rápida y concisa para no estar más de media hora con cada uno, si me entretengo demasiado lo único que logro es restar beneficios.

Unos golpes en la puerta hacen que desvíe la vista de la pantalla del ordenador. Un chico de no más de veinticinco años me sonrío.

—Hola, Paula, ¿llego pronto?

—Buenas tardes, Jorge. Que va, toma asiento, me has pillado imprimiendo tu presupuesto.

Aunque mi cometido es contratar grandes cuentas con empresas que dispongan de flota de coches o de camiones, mi empresa también ofrece el servicio de seguros particulares con unas coberturas y servicios que ninguna otra tiene en el mercado.

Las dos semanas que llevo en el taller he contrato más pólizas para particulares que grandes cuentas, de momento solo he logrado firmar un contrato y si todo va bien, me haré con la mayor flota de camiones de la ciudad.

Durante diez minutos le explico a Jorge cada una de las coberturas que tendrá con nuestro seguro de auto, para después pasar a enumerarle los beneficios que obtendrá en cuestión de descuentos en reparaciones y en mecánica en general.

El chico me escucha con atención y cada cosa que no comprende la pregunta para que se la vuelva a explicar. Pasados los veinticinco minutos estoy cansada de repetir una y otra vez las mismas palabras.

—Esto, Paula. —Se rasca el cuello, me preparo para lo peor, cada vez que lo ha hecho, hace que le repita algo—. No me ha quedado claro lo de la asistencia en viaje.

Evito resoplar, este crío comienza a crisparme los nervios, pero no debo perderlos delante de él si no, no lograré que firme la dichosa póliza y no estoy dispuesta a renunciar a casi cien euros de comisión.

—Como te he dicho las dos veces anteriores, nuestra asistencia en viaje es la más amplia y completa del mercado —pienso en el modo de explicarle lo mismo pero con distintas palabras para ver si de una vez capta lo que intento decirle—. Un

ejemplo para que lo entiendas; imagina que te vas de viaje a Italia con cuatro amigos y en Barcelona se rompe el coche. —Al chico le agrada la idea ya que muestra una sonrisa.

—Tú decides qué hacer en todo momento. Si optas por seguir con el viaje, te brindamos la posibilidad de reparar el vehículo en el taller más cercano y a vosotros os alojamos y os pagamos las dietas los días que esté en reparación. La otra opción es que quieras que el coche sea reparado en tu taller de confianza, entonces el vehículo regresa a su lugar de origen, o lo que es lo mismo a Murcia, y a vosotros os ponemos transporte hasta el lugar de destino y después os traemos de vuelta a casa.

—Otro ejemplo; imagina que el viaje a Italia lo hacéis en avión, pero por cualquier razón el avión a la vuelta no despega, en ese caso, solo tú puedes usar la asistencia en viaje, te traemos de vuelta a casa y, además, gestionamos la indemnización con la compañía aérea. ¿Lo has entendido? —pregunto al finalizar.

Asiente un par de veces.

—¿De verdad que hacéis todo eso?

—Sí, ya te dije el viernes que no somos como el resto de aseguradoras, nuestras coberturas son las más completas del mercado.

—Me has convencido. —Evito saltar de alegría en la silla al escucharlo—. Creo que como bien has dicho, por la escasa diferencia de precio que hay, voy a optar por un todo riesgo.

—Haces lo correcto, ninguno pensamos que podemos tener un siniestro de culpa nuestra, pero cuando ocurre es un lujo saber que nuestros daños propios quedan cubiertos con la póliza y no tienes que desembolsar una gran suma de dinero para reparar el coche.

—¿Dónde tengo que firmar?

Me gusta cuando son ellos mismos los que quieren acelerar el proceso del cierre de venta, pero en este caso, contratar un todo riesgo lleva unos pasos que no puedo obviar.

—Primero tengo que peritar el coche. —Alza una ceja sin saber a qué me refiero—. Solo es comprobar que la carrocería no lleva ningún daño y echar unas cuantas fotos. ¿Me esperas aquí? Regreso en un par de minutos.

—Si no te importa te acompaño y hablo con el mecánico, quiero asegurarme de que está listo.

Asiento.

Me incorporo para salir al taller, aunque antes recojo la carpeta donde están las fichas de peritaje y también me hago con la cámara de fotos. Voy entretenida anotando los datos del vehículo y no reparo en la figura apostada en la entrada al taller.

—¿Pau?

Las cosas se me caen de las manos y se estrellan contra el suelo al escuchar a Izan llamarme. Me quedo inerte en el sitio sin saber si mirarlo o ponerme a recoger el destrozo que acabo de hacer. Siento cómo me tiemblan las piernas y las manos le hacen compañía de inmediato.

Al final opto por lo más coherente y, sobre todo, profesional, recojo las cosas del suelo y sin saludarlo y sin mirarlo, voy directa al lugar donde se encuentra el coche

del cliente.

Tengo que apoyar la carpeta en la mesa ya que con el temblor no consigo anotar nada bien y, mucho menos, que sea legible la letra. Me concentro en hacer bien la peritación o lo único que lograré es que el cliente tenga que regresar. Al coger la cámara de fotos compruebo que la pantalla se ha resquebrajado, hago las fotografías a la vieja usanza; enfocar por la mirilla.

Tardo más de lo normal en terminar de revisar el coche y de inmediato regreso al refugio de la oficina acompañada por el cliente. En esta ocasión soy yo quien quiere alargar el proceso, pero la llamada de la novia hace que al chico le entren las prisas.

Me quedo sentada, aunque tengo que hacerle una visita al baño, tengo miedo de toparme con él, la reacción de mi cuerpo solo al escucharlo me ha aterrado, no quiero ni imaginar qué será tenerlo de frente. Al final mis necesidades fisiológicas hacen que abandonen la seguridad que me confiere la oficina.

Capítulo 30

Sigo sin dar crédito a lo que veo, no puede ser que el destino la ponga de nuevo en mi camino y en el mismo sitio donde la conocí. Aquí empezó todo, entre estas cuatro paredes se forjó nuestra historia de amor. «Si las paredes hablaran», pienso con melancolía.

Intento acercarme a ella cuando sale de la oficina acompañada con un cliente, pero la mano de Fede me retiene en el sitio. Me decepciona ver que no es capaz de alzar la vista para mirarme o tan siquiera saludarme, debe odiarme demasiado para ignorarme como lo hace.

Se centra en hacerle fotos al coche que he terminado de reparar antes de irme a comer mientras anota algo en una hoja. Tardo poco en entender cuál es su función ahora en el taller.

—Ella es la trajeada —afirmo casi sin voz a Fede.

—Sí —ratifica.

Ahora comprendo por qué no le han hecho ninguna de las suyas tanto Abel como Fede, la aprecian demasiado para gastarle cualquiera de nuestras pesadas bromas, incluso yo mismo me olvido de hacerle las que tenía planeadas, lo que menos deseo es que me odie más de lo que ya lo hace.

—¿Por qué no me has dicho nada? —Miro a mi jefe para que me dé una explicación.

—¿Y de qué hubiese servido decirte que es Paula quien estará con nosotros unos meses?

—Habría... —Fede no me deja seguir.

—Por eso mismo le pedí a Abel que no te dijese nada, habrías adelantado tu regreso.

—Por supuesto —admito.

Fede se planta frente a mí y me extraña la seriedad con la que me observa.

—Izan sabes de sobra que eres el mejor mecánico que tenemos, pero intento convencerla de que acepte su antiguo puesto, si lo logro y te entrometes otra vez, serás tú quien se largue y no ella. ¿Entendido?

Asiento abatido. La amenaza de poder perder mi puesto de trabajo me limita a la hora de reconquistar a Paula. Tendré que pensar el modo de hacerlo sin poner en riesgo ninguno de los dos puestos de trabajo.

—No te preocupes, esta vez no la dejaré marchar.

—No me has entendido. Déjala en paz —advierte.

—Mi padre el jueves me confesó algo que no he sabido hasta ahora.

Se lleva la mano a la frente, cuando hace eso sé que no quiere escuchar lo siguiente.

—No me lo digas, no quiero saber ninguna de tus mentiras.

Lo ignoro, aunque los primeros meses tras la marcha de Pau me culpó a mí de

todo, al final y el paso del tiempo, hizo que nuestra relación retornase. Tengo mucha confianza y puedo hablar de casi todo con él.

—Pau le dijo a mi padre que no se despidió antes porque esperaba que yo hablase con ella, estaba dispuesta a perdonarme. Con suerte, aún lo consigo.

—Escúchame bien, Izan, intenta algo con Paula y le digo la verdad.

—Venga, Fede, no me jodas. Nosotros siempre nos ayudamos los unos a los otros.

Asiente, sabe que tengo razón.

—Tienes razón, pero esta vez es distinto. Aunque si haces las cosas bien y veo que ella sigue enamorada de ti lo mismo hasta me lo replanteo, pero arregla primero tus asuntos pendientes.

—No tengo asuntos pendientes.

—Lo que tú digas, pero te recuerdo que te liaste con Paula cuando estabas comprometido y faltaban tres meses para tu boda con Marta, la dejaste a ella para estar con Paula y a los años, tu ex aparece por el taller para hacernos saber a todos que esperaba un hijo tuyo. ¿Te has divorciado?

Niego.

—Y dices que no tienes asuntos pendientes. Soluciona tus cosas con tu mujer, te arreglas o te divorcias, pero en esta ocasión deja a Paula al margen, bastante le hiciste sufrir ya. Si de verdad la quieres, no le hagas más daño.

Sé que tiene razón, pero también sé que sin el apoyo y el amor de Paula no podré hacerle frente al asunto Marta y sobre todo saber que no veré a mi hijo todos los días.

Para no hablar más del tema voy directo al coche que debo reparar esta tarde y hago como que ignoro a Paula en todo momento, pero la verdad es que no pierdo de vista ninguno de sus movimientos. Tengo que esforzarme por no pararla cuando regresa junto al cliente a la oficina y vuelve a ignorarme. Esperaré a la salida para abordarla.

Las horas se niegan a avanzar, hacía tiempo que la tarde no pasaba tan lenta, las demás veces que sentí esto Paula estaba detrás de mis ganas por acabar.

Fede está más pendiente de mí que de costumbre, cada dos por tres lo tengo encima para mandarme los trabajos más alejados de la oficina, intuyo que se debe a no querer dejarme acceder para que no hable con ella. Parece mentira que no me conozca, cuando me empeño en algo hasta que no lo consigo no paro.

Por fin son las ocho y media de la tarde, hora de irnos a casa, en mi caso, hora para salir el primero y esperarla en su coche, será el único modo de que no se me escape.

Enciendo un cigarro para hacer tiempo. Me sorprende ver que son casi menos veinte y todavía no ha salido, estoy a punto de regresar al taller cuando escucho pasos.

Al girar la cabeza para verla venir me quedo asombrado, Fede la acompaña y no para de hablarle. Maldigo para mis adentros al ver que el capullo de mi jefe me roba la oportunidad de un primer acercamiento.

Hago como que me guardo el móvil en el bolsillo y dirijo mis pasos a la motocicleta que está aparcada más adelante.

—¿Qué haces todavía por aquí? —pregunta Fede sin dejar de acusarme con la

mirada.

—Hablar con mi padre, ¿algún inconveniente? —mascullo enfadado con él.

—Ninguno. —Espera hasta que Paula se sube al coche y ambos la vemos marchar. Se gira un segundo para mirarme—. Déjala en paz —repite antes de irse a por su coche.

Capítulo 31

Cincuenta metros más allá del taller tengo que ladearme en el arcén y parar, me es imposible circular sin llegar a provocar un accidente con los nervios que llevo encima.

Aprieto con fuerza el volante, no quiero ver cómo me tiemblan las manos. Tenerlo tan cerca ha logrado que las defensas que creía tener levantadas se desmoronen al igual que un castillo de naipes con una pequeña ráfaga de viento.

Cierro los ojos y lo único que logro ver es su casi metro ochenta y las facciones de su cara endurecidas por los años, pero suavizadas por la barba de dos días que le queda condenadamente bien. Pero lo peor es recordar sus manos, esas grandes pero no exageradas manos que tan bien me hacían sentir cuando me acariciaban.

Los recuerdos me invaden y provocan un huracán nivel cinco en mi interior, si estoy así sin tan siquiera haberse acercado a mí, no quiero imaginar qué ocurrirá cuando lo haga. Los lagrimales me escuecen cuando las lágrimas se pelean por salir, no quiero llorar, pero tanto mi cuerpo como mi mente van a lo suyo.

Tanteo el asiento del acompañante hasta que doy con el bolso, sin abrir los ojos saco el móvil del interior, nombro a mi amiga y me llevo el teléfono a la oreja.

—Ma. —Logro articular el monosílabo, ya que comienzo a llorar con desesperación.

—Cariño, ¿qué ocurre?

Por mucho que intento decirle que estoy bien, que mi estado es a consecuencia de estar en el mismo sitio que Izan, no soy capaz de emitir palabra alguna, el llanto en aumento me impide hacerlo.

—Ay, Dios, no es posible que estés así solo por verlo. Cariño, creía que lo tenías superado.

No la contradigo, es de tontos negar lo evidente. Tres malditos años después y sufrir la peor traición por parte de la persona de la que estás enamorada, y a veces somos tan tontas en no olvidar y aferrarnos a un amor que solo nos dañará a la menor oportunidad.

—¿Dónde estás? —Sigo muda—. Paula, empiezas a asustarme. O me dices dónde estás o llamo a la policía.

—Ta... —Las convulsiones por el llanto me impiden hablar con claridad—. Taller, metros, carretera.

—Entender a un indio es más fácil que descifrar lo que acabas de decir —se queja mi amiga—. No te muevas de dónde estás. Salgo a buscarte.

Corta la llamada y al no escuchar su respiración que logra calmarme, el llanto aumenta.

No sabría decir el tiempo que llevo aquí sin parar de sollozar, pero la puerta se abre y los brazos de Mabel me envuelven ofreciéndome el calor y la paz que mi cuerpo necesita.

—Cariño, vamos a casa —comenta ayudándome a salir del coche.

Alguien se proyecta frente a mí, pero a través de las lágrimas me cuesta reconocer de quién se trata. Lo único que descubro es que se sube a mi coche y lo pone en marcha. Me es indiferente, no quiero separarme de mi amiga en toda la noche.

No sin esfuerzo me acomoda en el asiento del copiloto, no tarda en tomar el control del coche y ponerse en marcha. Debe sacarme cuando estaciona frente a casa. Me agarro a ella al igual que hacía de pequeña con mi padre cuando me caía y me raspaba las rodillas. Se despide de alguien en la entrada de la vivienda, al acceder me lleva directa a la cama, me tumbo y pronto sus brazos me acunan.

La intensidad de una luz en el ojo consigue que los abra. Tengo que parpadear un par de veces y aun así no logro abrirlos del todo. No necesito mirarme en un espejo para saber que están hinchados.

Con ellos entrecerrados miro el reloj de la mesilla y me llevo las manos a la cabeza al comprobar que son pasadas las nueve de la mañana. Me incorporo de golpe, salgo al salón y voy directa a la cocina, sentada a la mesa se encuentra Mabel con un par de tazas de café recién hecho.

—Buenos días, cielo, ¿cómo te encuentras esta mañana?

Sorbo un trago antes de responder.

—Con cara de oso y para postre llego tarde al trabajo.

—Le pedía a Lidia anoche que le dijese a vuestra jefa que te encontrabas mal y hoy no ibas a ir.

Así que la persona que acompañaba a Ma era su prima.

—Gracias.

—No tienes porque darlas.

Me acerco a ella y la abrazo con fuerza.

—Sí que tengo.

Sabe que me refiero al numerito de anoche. De tener que salir a buscarme y encontrarme tan descompuesta.

Señala la silla que hay frente a ella, me hago con un trozo de bizcocho antes de sentarme.

—Sabes de sobra que no soy la típica amiga que solo pone el hombro para que llores. —Asiento—. Si buscas a una de esas, lamento decirte que te equivocaste a la hora de elegir.

Sonrío, después de treinta y dos años de amistad no es para estar equivocada.

—Anoche me callé y solo me dediqué a consolarte porque estabas hecha un trapo, pero de esta mañana no pasa que te llame gilipollas. ¿Me vas a decir que te pusiste así solo por verlo? ¿O debo pensar que intentó algo más o se sobrepasó?

Me apresuro a negar con la cabeza.

—No, no se sobrepasó en ningún momento ni me trató mal, ni se acercó a la oficina ni me habló.

—¿Entonces qué pasó?

Analizo un segundo lo ocurrido, ni yo misma me explico esa reacción cuando al reparar en su presencia lo único que sentí fue indiferencia, pero entonces analizo la situación.

—No lo sé con certeza Ma, si la tarde fue bien. Puede que sea porque en su día no lloré lo suficiente, o al recordar nuestra relación me entró la congoja. No sabría decirte —aseguro, pero veo que no me cree.

—¿Solo por eso? —inquire sin dejar de mirarme—. Pues lo siento, pero no tiene ninguna lógica —dice cuando yo asiento. Al ver mi expresión deduce que falta algo en la historia—. Paula García qué no me has contado.

Me remuevo inquieta sobre la silla, cuando le confesé hace un par de semanas la verdad sobre mi ruptura se me olvidó o obvié relatarte otra parte importante de lo sucedido.

—No me despidieron —digo con las manos en la boca, lo que amortigua la voz y es casi incomprensible.

—¿Qué has dicho?

Suspiro.

—No me despidieron, me despedí yo cuando comprobé que Izan no me rogaba volver juntos y superar ese pequeño bache.

Se incorpora como un resorte.

—¿Pequeño bache? —grita como una energúmena—. ¿Tú llamas un pequeño bache a que te pusiera los cuernos y encima la dejase preñada?

Sale de la cocina maldiciendo, no tardo en ir en su búsqueda. La sigo hasta llegar a su habitación, me sorprende cuando saca la maleta del armario y la pone encima de la cama.

—¿Qué haces? —pregunto alarmada.

—Largarme de esta casa.

Me coloco frente a la cama para impedirle que meta nada en la maleta.

—¿Pero por qué? ¿A dónde vas a ir?

—A casa de mi prima, prefiero vivir con ella que con una desconocida.

La sujeto de las manos para que no siga lanzando prendas por encima de mi cabeza.

—Ma, por favor, hablemos.

Porque no tiene rayos láser en los ojos, ya que de tenerlos creo que en este instante sería solo un puñado de polvo amontonado en el suelo.

—¿Hablar? ¿Ahora quieres hablar? —brama—. Has tenido tres puñeteros años para contarme la verdad, pero no, la niña ha preferido ocultarme a mí —se señala con el dedo—, a mí que siempre he estado a tu lado, la verdad.

—Lo siento, Ma, no sabes cuánto lo siento, pero me daba vergüenza decirte que estaba dispuesta a perdonarlo si venía y me pedía perdón, sabía que me ibas a llamar gilipollas como poco.

—¡Es que lo eres! —chilla—. Nadie, escúchame bien, nadie que se tenga un poco de amor propio perdona eso. ¡Joder, Paula, que pensaba que eras más inteligente que yo y resulta ser que incluso eres más tonta!

Sé que lo dice por la de veces que perdonó a Lolo y miró para otro lado cuando todos intuíamos que cada semana estaba con una diferente.

Comienzo a hacer pucheros sin dejar de abrazarla, si esto no funciona no lograré que cese en su empeño de marcharse de casa, me lleva algo más de un cuarto de hora, pero al final se rinde ante mi insistencia.

—Perdóname, por favor —suplico al tiempo que reparto decenas de besos por su cara.

No tarda mucho en comenzar a reír.

—Ya —pide—. Ya está. —Solicita de nuevo al ver que no dejo de besarla—. Para de una vez, Pau.

Me agarro a su cuello y vuelvo a estrecharla.

—¿Sabes que te quiero mucho, verdad?

—Sí, tonta —contesta—. Y yo a ti también, aunque hoy me tienes descontenta.

El resto del día lo pasamos acurrucadas en el sofá viendo una maratón de comedias románticas, no es lo mejor para la ocasión y Ma las odia, pero lo hace por mí porque sabe que me encanta imaginar que soy yo la protagonista de la película.

—¿Y si abrimos una botella de tequila? —pregunto al terminar la última película.

Alza una ceja.

—Es martes. —Encojo los hombros como respuesta—. De acuerdo, siempre es un buen día para olvidar las penas.

Instalo la mesa y dos sillas al lado del bidón que dentro ya prenden las llamas.

—¿Y eso?

—Para sacar lo malo.

Corre al interior de la vivienda y regresa con una libreta pequeña y un bolígrafo.

—Tú primera —dice a la vez que me tiende ambas cosas.

Jugueteo con el boli mientras pienso qué deseo poner. No lo pienso mucho porque en parte sé que es lo que quiero.

—No flaquear más veces ante Izan —digo en alto al tiempo que lo plasmo en el papel.

Arranco la hoja y la doblo varias veces, lleno el chupito y a la vez bebo, lanzo el papel al interior del bidón para que se queme.

Una a una anotamos todo de lo que nos queremos deshacer y ante lo que deseamos ser fuertes, son pasadas las cinco de la madrugada cuando accedemos al interior de la vivienda.

—Oye, ¿qué pasa con el buenorro del vigilante? —Tiene la voz pastosa.

Me erizo al recordar a Lázaro, pero imagino que será por el relente soportado así que no le doy mayor importancia.

—No he vuelto a saber de él desde que nos despedimos el sábado por la mañana.

—¿Lo has llamado o le has escrito?

Niego.

—No sé si quiero hacerle eso, prefiero aclarar primero mis dudas.

Coge mi mano y va directa a mi cuarto, nos instalamos en la cama.

—A ver, ¿qué sientes cuando lo ves?

—¿Nada más verlo? —Asiente—. Un revoloteo de mariposas que baten sus alas con intensidad en el interior de mi estómago.

Evita sonreír, pero no lo consigue.

—¿Y cuándo estás con él tienes dudas?

—Ni una, tengo la sensación de conocerlo de toda la vida. —Me recuesto en la cama, los ojos me pesan, pero añado—: Con Lázaro soy yo sin filtros, natural. Me

encanta como me hace sentir cuando estoy entre sus brazos, como me mira, me besa, me acaricia, y ya no digamos como me hace el amor.

—Que fina ella, le hace el amor, no la folla. —Estalla en carcajadas.

—Gilipollas —mascullo más dormida que despierta.

Me da un beso en la mejilla antes de incorporarse.

—¿Sabes? Quizás sería interesante que te centrases más en él y así te será más fácil sobrellevar el tema Izan.

No es mala idea, pero de ese modo sí que pasaría a ser una vía de escape y en parte no deseo hacerle eso, aunque en situaciones complicadas medias desesperadas.

Capítulo 32

Pongo el intermitente para desviarme en la siguiente salida, decido que es un buen momento para hacer un descanso en el área de servicio, aunque puedo conducir otra hora más antes de que el tacógrafo me lo pida, estoy extenuado y prefiero parar, no tengo prisa alguna por llegar a casa, nadie espera mi regreso.

Compruebo otra vez el móvil y para mi desolación no encuentro ningún mensaje de Paula a la espera de ser leído, no he vuelto a saber nada de ella desde el sábado que nos dijimos adiós en la puerta de la casa rural. Me entristece comprobar que para ella no significó lo mismo que para mí la noche tan intensa vivida, al final, tendré que darle la razón a Brig y admitir de una vez que entrego más de lo que recibo.

Echo las cortinas para tener privacidad. Me paso a la parte trasera de la cabina y me recuesto en la pequeña cama que cada camión lleva instalada. Cierro los ojos y la imagen de ella encima de mí y la luna por encima de su cabeza me invade.

Mi cuerpo no tarda en reaccionar al recuerdo, ni a lo que me hace sentir cada vez que estoy con ella y sobre todo cuando nos fundimos en uno. Llevo la mano a la entrepierna y comienzo a acariciarme, aquí dudo mucho que lo haga otra persona y la única que deseo se encuentra a kilómetros de mí.

Tras el pequeño desahogo que me ofrezco tanto mi mente como mi cuerpo piden a gritos un descanso, no tardo en cerrar los ojos y caer en un sueño donde la protagonista es Paula.

Un intenso zumbido me desvela, tardo en comprobar que se trata del móvil. Palpo por encima de la cabeza hasta dar con él. Descuelgo la llamada sin llegar a abrir los ojos.

—¿Sí? —respondo con voz adormilada.

Una voz femenina carraspea al otro lado, mi cuerpo la reconoce antes que mi mente.

—Hola, niño. Siento haberte despertado. Mejor te llamo en otro momento.

Me incorporo de golpe.

—Hola, preciosa. No cuelgues, por favor. Estoy despierto.

Ríe, mi voz aún suena aletargada

—¿Estás de turno de noche?

Al no estar despejado voy a responderle que estoy en Valencia cuando caigo en la cuenta de que cree que soy vigilante de seguridad.

—Sí —afirmo y al hacerlo me siento mal por mentirle—. Hasta hoy me ha tocado el turno de noche.

Se queda callada, es como si le diese vergüenza hablar conmigo, es la primera vez que me llama, las demás veces siempre ha sido por WhatsApp y es más dicharachera.

—¿Cómo te encuentras? —Deseo saber.

—Bien, gracias a cierto niño que se encargó de consolarme durante la noche y a

hacerme olvidar al alba. —La risita que suelta hace que yo también sonría.

Me levanta la moral escuchar que gracias a mis atenciones se encuentra mejor.

—Me alegra oír eso. Cuéntame, ¿qué hiciste el resto del fin de semana?

—Estar con Lolo...

No escucho nada más, mi mente se paraliza al escuchar un nombre masculino.

—¿Quién es Lolo?

—¿Eres celoso?

Tengo que morderme la lengua para evitar decirle que no me gusta compartir con otros mi novia, ya que en realidad no sé qué somos.

—Aunque ahora mismo no lo parezca, no soy celoso, solo... —Dejo la frase a medias para ver si capta la indirecta.

—Que no te gusta compartir. —Termina por mí.

—Exacto.

—A mí tampoco.

Sonrío como un bobo, nos parecemos en tantas cosas que desde que la conozco me pregunto dónde ha estado toda mi vida, por qué no la conocí antes, así habría evitado sufrir a lo tonto.

—Otra cosa más en la que nos parecemos.

—Sí —afirma—. Respecto a tu pregunta de quién es Lolo, te diré que es un moreno de ojos azules con la cara más guapa que jamás he visto. Y que es el único hombre que logra hacerme jadear y sudar todo el día.

Aunque acabo de decirle que no soy celoso, los sentimientos que mi cuerpo experimenta en estos momentos al escuchar como alaba al otro y sobre todo oír la última parte, me cercioran de que con ella sí lo seré.

—Que no te moleste, Paula, pero no deseo escuchar como otro hombre te hace jadear.

Comienza a reír a carcajadas lo que logra descolocarme por completo, a mí no me hace ni puta gracia.

—Déjame decirte una cosa más de él, también es el único que consigue que le ruegue que me deje descansar unos minutos —dice sin parar de reír

Estoy a punto de cortar la conversación, cuando añade:

—Lázaro, por Dios, te estoy tomando el pelo. Lolo es Manuel, es el hijo de Mabel.

Me siento como un auténtico capullo en este momento, incluso me da vergüenza contestarle. Acabo de ponerme celoso de un niño de tres años. Me froto la cara con la mano libre, no entiendo qué me pasa con ella.

—¿Con qué no eres celoso, eh? —Bromea.

Carraspeo para que no note mi incomodidad por la metedura de pata tan grande que acabo de cometer.

—Yo... —Paro de hablar, no sé qué decirle para no parecer más gilipollas—. Joder, no sé qué decirte para que no pienses mal de mí.

—No te preocupes, niño. —Intenta hacerme sentir bien—. No voy a pensar mal de ti por esto. Todo lo contrario, te entiendo. Si hubiese sido al revés, te aseguro que te dejo hablando solo.

Relajo el cuerpo, saber que ella también se habría sentido celosa si le describo a

una mujer de ese modo, me cerciora que no soy el único que tiene sentimientos más allá de pasar una buena noche juntos

—Te juro que no soy nada celoso, pero no sé qué me pasa, será el cansancio. — Me excuso.

—Sí, será eso —responde—. Te llamaba por si te apetece quedar el viernes.

Doy un salto al escucharla y al hacerlo me golpeo la cabeza con el techo de la cabina. Me froto la cabeza para paliar el dolor.

—Siempre me apetece verte —admito en voz alta—. ¿Te recojo a eso de las siete de la tarde?

—Trabajo por la tarde, salgo a las ocho y media.

La idea es irnos a pasar el fin de semana juntos. Llevo tiempo que deseo visitar Cuenca y hacerlo con ella hará el viaje más interesante y placentero.

—Te recojo en el trabajo a esa hora si te parece bien.

Lo piensa un poco, para mi gusto tarda bastante en responder.

—Me parece bien, cuando acabemos me dejas de vuelta en el taller y recojo el coche.

—¿Mabel no te puede acercar al trabajo?

—¿Y eso?

—Sorpresa, solo te adelantaré que te lleves ropa para dos días.

—Lamento decirte que me toca trabajar el sábado.

Adiós a mis planes iniciales, pero no tardo en preparar otros.

—Da igual, dile a Mabel que te acerque, pasamos el viernes juntos, el sábado te acerco y después si te apetece, te recojo otra vez y estamos el resto de fin de semana juntos.

—Hmmm. No sé, no sé.

Visualizo la forma en la que se estará mordiendo el labio y mi entrepierna palpita de inmediato, está tan sexy que me cuesta no lanzarme a ella cada vez que lo hace de forma involuntaria cuando estamos juntos.

—Te prometo que te gustará.

—De acuerdo, le diré a Ma que me lleve —contesta—. Bueno, niño, te dejo descansar. Nos vemos el viernes. Un besito.

—Ya deseo que sea viernes por la tarde para verte. Un beso, princesa.

Con plena felicidad cuelgo la llamada, compruebo que ha pasado el tiempo suficiente para poder ponerme en marcha. Arranco el camión y conduzco de regreso a casa. Tengo dos días para recuperar el cansancio acumulado.

Capítulo 33

Tres años y tres meses atrás

La decepción de no encontrarlo acostado junto a ella provocó que Paula se levantase con los ojos anegados en lágrimas. No era la primera noche que Izan la pasaba fuera, de hecho, los últimos tres días solo lo veía en el taller y la sensación que tenía era que rehuía de ella.

Sin ánimos algunos pasó por la ducha y se preparó para otra mañana de trabajo en la que estaba más pendiente de su novio que de las facturas de los clientes.

A su llegada la motocicleta no estaba donde siempre, aunque trabajasen juntos, Izan salía antes a mediodía, por ello, cada uno iba en su vehículo. Encendió un cigarro para hacer tiempo hasta que Fede llegase y levantase la persiana. Un golpecito en el cristal provocó que levantase la vista.

Sonrió al verlo, la barba de dos días le quedaba como un guante, pero la felicidad se esfumó de inmediato, el rostro serio de Izan la hizo pensar en lo peor.

—Buenos días, cariño, ¿estás bien? —Se interesó Paula a la vez que intentó abrazarlo.

Izan dio un paso atrás para evitar el contacto.

—Tengo una mala noticia que darte.

El corazón de Paula se paralizó al instante, aquella frase nada bueno conllevaba y menos con la seriedad que él portaba. Quiso intentar un nuevo acercamiento, pero la voz de su jefe lo impidió.

—Buenos días, pareja. Vamos para adentro que hoy hay mucha faena.

Izan fue el primero en seguirlo, ni siquiera le dedicó una mirada ya que de hacerlo habría descubierto que Paula estaba a punto del llanto.

Las horas avanzaron y Paula intentó por todos los medios coincidir a solas con su novio, no lo logró y ya había transcurrido media mañana. Los nervios cada vez afloraban más en ella y lograban que no pudiese centrarse en el trabajo.

—Pau, ¿quieres estar a lo que estás? —se quejó por cuarta vez Vicente, sentado en la mesa de al lado, al ver que la factura volvía a estar mal.

La chica lo miró.

—¿Qué pasa?

—Que es la tercera vez que haces mal la factura. —Su jefe al ver la descomposición de su rostro y el estado de nervios que se apreciaba en su cuerpo, se interesó—: ¿Va todo bien?

Paula asintió.

—Sí, es que no he descansado bien esta noche.

—Tendré que decirle a Izan que te deje dormir por las noches. —Sonrió.

Paula sintió un pinchazo en el corazón, su jefe pensó que su cansancio se debía a no parar en toda la noche, cuando la realidad era que Izan llevaba desde la despedida

de Abel sin ponerle una mano encima.

Ambos giraron la cabeza al escuchar el intenso jaleo que había en el taller, Paula no dio crédito cuando vio a Izan interponerse en el camino de Marta que intentaba alcanzar la oficina.

Vicente se incorporó de inmediato y salió raudo, lo que menos deseaba era que la ex de su trabajador montase un escándalo en mitad del negocio. Aquellas cosas no eran bien recibidas por los clientes y no estaba dispuesto a consentir tal cosa.

Paula no supo que la impulsó a seguirlo, pero deseaba averiguar qué hacía Marta en el taller y sobre todo, porque estaba tan alterada a la hora de dirigirse a Izan. No tardó en descubrirlo, el tiempo que Marta demoró en notar su presencia.

—Tenemos que hablar —comentó Marta dirigiéndose a Paula.

Ella negó con la cabeza.

—Tú y yo no tenemos nada de que hablar.

—Más de lo que te imaginas. Paula, por favor, vayamos a tomarnos un café, tengo algo que contarte.

Izan se interpuso entre ellas, quería tapar con su cuerpo a Paula para que Marta dejase de dirigirse a ella.

—Lárgate de aquí, ya me encargo yo.

Marta lo esquivó y volvió a encararla.

—Estoy embarazada.

Paula tuvo que apoyarse en la pared para no caer, no podía ser cierto lo que aquella arpía decía, Izan llevaba meses advirtiéndola de que lo había buscado en más de una ocasión, no creyó que estuviese tan desesperada para decir tal cosa, pero la cara contraída de su novio le dijo que no mentía y era cierto que esperaba un hijo suyo. Su mundo se desmoronó y su conciencia con él.

Capítulo 34

Intento controlar los nervios al aparcar frente al taller, recordar el peor momento de mi vida no es santo de mi devoción. Pero ello hace que me plantee varias cuestiones y que todas se centren en lo mismo; mi relación no era tan perfecta como quería ver e Izan tampoco me quería tanto como afirmaba, de hacerlo, jamás me habría traicionado de esa manera.

Busco en el bolso el paquete de tabaco, lo único que encuentro es una nota de Mabel: «Que no vuelva a encontrar otro entre tus cosas», resoplo al leerla. Lo malo de conocernos tan bien, es que ambas sabemos cuales son nuestras debilidades y en que vicios caemos cuando estamos de bajón.

Saco el móvil y marco su número. No es que necesite hablar con ella con urgencia, puedo esperar hasta llegar a casa, pero si accedo con el teléfono no tendré que enfrentarme a Izan y puedo ir directa a la oficina sin tener que pararme a saludar.

Mabel no tarda en contestar.

—Si me llamas para preguntar por la basura que he encontrado en tu bolso, te diré que está en el fondo del bidón quemado.

—Ya te vale, ¿sabes lo caro que está el paquete?

Mientras le contesto a Ma, saludo con la cabeza a los chicos. Incluso no me afecta ver asomar a Izan para darme las buenas tardes.

—No porque no compro y tú deberías hacer lo mismo —escucho cómo teclea en el ordenador—. ¿A dónde vas llevar al buenorro el viernes?

Me planteo no contestar a la pregunta por si Izan me escucha, pero tras la charla con Ma y me firme convicción de que no me afecte su presencia, decido que es el momento de hacer como si entre nosotros no hubiese ocurrido nada y solo somos dos compañeros de trabajo.

—No, este fin de semana quien quiere sorprenderme es él, lo único que sé es que me recoge a mi salida, poco más.

—¡Qué romántico! —Se burla.

—Si empiezas así cuelgo —amenazo.

Ríe con ganas.

—Sabes de sobra que hasta que no estés dentro de la oficina no vas a colgar. Como si te hablo del tiempo o te cuento mi fiestecita del sábado, puedo aprovechar que me vas a escuchar.

En momentos como estos me cabrea que me conozca tan bien.

—Ni se te ocurra contarme nada del sábado, sabes que eso no va conmigo.

—Opino que te vendría bien asistir a una, cambiarías de opinión si las ves, no son para tanto.

—Ni de coña, yo no voy a sitios de esos.

—Ya, ya lo sé, a la señorita recatada no le gusta probar cosas nuevas.

Resoplo exasperada.

—No soy recatada y sí me gusta probar cosas nuevas, pero solo con uno y a ser posible con el mismo.

Mi amiga vive el sexo de manera distinta a mí, en ese aspecto somos tan diferentes y en tantos otros, que mucha gente no se explica cómo somos inseparables desde la infancia. En decenas de ocasiones me ha invitado, por no decir rogado, que asista a una con ella, que después de verlo y sobre todo probarlo, está segura de que cambiaré de opinión y abriré la mente en lo referente a disfrutar de mi cuerpo.

Para eso soy más tradicional, no me importa, de hecho me gusta probar cosas distintas con mi pareja, pero eso, con mi pareja, no con desconocidos con los que he hablado o compartido una copa cinco minutos antes de desnudarnos si se da el caso.

—¿Tampoco puedo decirte que el sábado conocí al hombre de mi vida? —dice como si tal cosa.

Abro la boca y me la tapo para no chillar, no quiero que los chicos se enteren de nada.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Joder, nena, a ver si te aclaras, llevas años diciéndome que no te cuente qué hago en esas fiestas.

—Sí, pero esto es distinto. ¿Cómo es?

Escucho cómo se incorpora y le dice a Simón que regresa enseguida.

—No sabría decirte —comenta tan bajo que casi ni la entiendo.

—¿Es que no lo miraste a la cara?

—Sí —carraspea—, bueno, no.

—¿En qué quedamos?

—Es que para que lo entiendas tendría que contarte parte de la fiesta y no sé si quieres escucharla.

Sopeso la idea de decirle que no me interesa, pero no puedo hacerle eso, es mi mejor amiga y siempre está cuando la necesito.

—Adelante, podré soportarlo.

—No sabemos cómo, pero nos invitaron a un nuevo club, es un local muy exclusivo, si no es con invitación no hay forma de entrar. La cuestión es que tanto Lidia como yo recibimos el mensaje que nos daba acceso. La fiesta se llamaba Noche de los Sentidos, puedes hacerte una idea de a qué se refiere.

—La verdad es que no —la interrumpo.

—Pues era una sala completamente a oscuras, tenías que guiarte por los sentidos.

Abro la boca, la cierro de inmediato para que la exclamación no salga y todas las miradas se centren en mí.

—Espera, ¿me estás diciendo que te acostaste con un tío al que no le has visto la cara y resulta ser el hombre de tu vida?

—Es una locura, ¿verdad?

—Y tanto que lo es.

Se queda callada unos segundos.

—Lo sé, Pau, pero fue tal lo que sentí que ha logrado que quiera repetir y ya conoces mi filosofía desde que dejé al padre de mi hijo.

Y tanto que la conozco, desde que se separó de Lolo se impuso que tenía prohibido repetir, que de ese modo no le destrozaban de nuevo el corazón.

—Pues sí que te doy fuerte, sí.

Saludo con una sonrisa a Vicente que está en la oficina, tomo asiento y conecto el ordenador mientras prosigo la charla con Mabel.

—Pero eso no es todo —agrega—. Me cabreó que no me dejase verle la cara y me pidiese pasar el resto de la noche juntos.

—¿Perdona? —inquiero incrédula—. ¿Dónde está la Mabel que yo conozco porque esta versión azucarada no sé quién es?

Vuelve a suspirar, algo que me extraña, desde que lo dejó con Lolo, nunca la había visto de este modo.

—No te cachondees que bastante mal estoy, no te haces una idea de lo que ese desconocido me hizo sentir.

—¿Y qué piensas a hacer?

—De momento intentar olvidarlo.

—¿Y si no lo logras? —cuestiono.

Piensa la respuesta, tarda unos segundos en contestarme.

—No sé quién es, Pau. Por mucho que quiera no puedo hacer nada.

—Siempre puedes volver al club y buscarlo.

Logro arrancarle una carcajada.

—¿Acaso me ves a mí buscando a un tío?

—Cosas peores se han visto, querida Ma.

Refunfuña.

—Te cuelgo, el pesado de Tobías está en la puerta del aseo para saber si me pasa algo.

—Dale recuerdos a tu tío —digo—. Que tengas buena tarde.

—Lo mismo digo, luego nos vemos, cariño.

No me da opción de despedirme, cuelga antes.

Miro al lado al escuchar la risa de Vicente, al ver mi incertidumbre lo único que consigue es reír más fuerte. Encojo los hombros y me centro en el trabajo, aunque he encendido el ordenador sigo sin conectarme a la red.

La tarde avanza más amena de lo que en un inicio creía, no me tropiezo con Izan en ningún momento, incluso las veces que salgo al taller no lo veo por ninguna parte.

Vicente, al igual que Fede, pasa media hora intentando que acepte de nuevo mi antiguo trabajo, la idea de dejar la limpieza del supermercado y levantarme cada mañana a una hora razonable comienza a atraerme, pero prefiero estar segura de poder trabajar codo con codo con Izan antes de aceptarlo.

Las negociaciones con el dueño de la flota de camiones van viento en popa, incluso había fijado una cita con él para dentro de dos semanas, pero un correo suyo me espera, al abrirlo leo con pesar que desea adelantarla a este viernes.

Miro el reloj tras el último cliente atendido, solo queda media hora para salir y marcharme a casa. Comienzo a introducir los datos de las ventas de la tarde en la hoja de cálculo para mandársela a Tobías.

—¿Tienes un momento?

Me quedo paralizada al escuchar la voz de Izan en la puerta de la oficina, no levanto la cabeza, doy por sentado que es con Vicente con el que desea hablar, así que sigo a lo mío.

—¿Paula?

Pues no, va a ser que es a mí a quien busca.

—Sí —respondo alzando la cabeza.

Está parado frente a mí sin dejar de mirarme, por el rabillo del ojo observo que Vicente, que ya se marchaba, toma asiento de nuevo y se entretiene mirando la pantalla del ordenador apagada.

—¿Estás ocupada? —Estoy a punto de asentir, cuando algo dentro de mí me dice que no le mienta, así que niego—. ¿Haces seguros para motos?

Me rasco la ceja de manera que casi cubro todo el rostro con la mano para evitar que vea la cara de desesperación que pongo. Esperaba cualquier cosa por su parte para volver a acercarse a mí, pero esto va demasiado lejos incluso para él.

—Sí, claro. Pero que yo sepa, los seguros los tienes contratados con tu tío y te hacía buenos precios.

—Ya, bueno —titubea—, pero este año me ha subido mucho y quiero ver que me cuesta en otras compañías.

Si soy sincera, lo que menos me apetece es hacerle un presupuesto, como mínimo tengo que soportar su presencia quince minutos y la verdad es que me molesta su sola presencia.

Me relajo al cerciorarme de que Vicente no tiene intención alguna de marcharse a casa, mientras que él esté en la oficina, dudo mucho que Izan intente nada, pero lo que sí me sorprende es ver entrar a Fede y ponerse a hablar cosas del taller con su socio. Es como si no quisiesen que nos quedemos a solas.

—Necesito el número de póliza actual —digo.

—Me cuesta trescientos noventa euros al año.

—Me parece algo caro, pero necesito el número de póliza para poder darte un precio cerrado.

—¿Por qué? —Quiere saber.

Resoplo por lo bajo, de hecho intento que no perciba mi exasperación.

—Si en los datos SINCO no pongo tu póliza actual no puedo guardarte la bonificación que tienes, por lo tanto, el precio que te dé será muy elevado.

—Tengo todos los puntos.

Responde lo típico que los demás clientes, muy poca gente sabe lo que es en realidad la bonificación del conductor, la mayoría piensa que solo sirven los dichos puntos del carné, eso ocurre por el machaque de ver el mismo anuncio diez veces al día en televisión de otra aseguradora.

Me llevo las manos a la cabeza, sé que es negado para muchas cosas, los años juntos me hicieron conocerlo, pero desconocía que también era nulo para los seguros y algo cansino.

—A mí me da igual tus puntos de carné, como si tienes uno. —No es porque sea él, que también, es que me paso cuatro horas y media todos los días repitiendo la misma perorata—. La bonificación del conductor nada tiene que ver con los puntos. Con la bonificación las aseguradoras sabemos si eres buen conductor o no, lo que viene a ser, saber cuántos siniestros culpa tuya has tenido en los últimos seis años.

—Ninguno —asegura categórico.

—Ya, pero necesito comprobarlo y para ello, vuelvo a repetir que necesito tu

número póliza actual, sin ella no puedo darte precio.

Se rasca el cuello, algo típico en él cuando no se sale con la suya a la primera.

—¿Y cómo puedes saber tú eso solo con mi número póliza?

Comienzo a desesperarme, no sé si lo hace aposta o en realidad, es que no tiene ni idea ni comprende lo que intento decirle.

—Existe un fichero llamado SINCO, en él casi todas las aseguradoras colgamos la bonificación de nuestros clientes y si deciden cambiar de compañía solo hay que poner el número de póliza y nos da la bonificación real que tiene.

—¿Y con mi DNI no puedes mirarlo?

En esta ocasión no evito disimular mi malestar, con el resto de clientes debo contenerme, pero con él no pienso hacerlo.

—A ver, Izan, ¿quieres o no que te dé precio? —Asiente sin pensarlo—. Pues sin el puñetero número de póliza no puedo. ¿Qué parte es la que no has entendido desde el principio?

—Qué carácter, ¿tratas así a todos los clientes? —pregunta algo molesto.

—No, solo a los pesados como tú.

Se levanta sin decir nada y sale de la oficina. Espero hasta asegurarme de que no puede escucharme para estallar.

—¡Joder, que plasta!

Fede y Vicente estallan en carcajadas, no me hace ni puñetera gracia al principio, pero después me uno a ellos, no sé si para rebajar la tensión que siento al tenerlo tan cerca y volver a oler su aroma o porque de verdad me ha crispado como ningún otro cliente ha logrado hasta el momento.

—Ya era hora de que te dieras cuenta —comenta Fede sin dejar de reír.

Lo que dice hace que me replantee las cosas, en seis años que lo conozco es la primera vez que digo algo malo de él, nunca antes le había visto un defecto ni incluso después de pelearnos, para mí, simplemente era perfecto, pero esa perfección hace aguas conforme pasan los días.

Capítulo 35

Paso toda la tarde pensando una excusa para entrar en la oficina, ayer Fede me prohibió acceder las tardes que esté ella, pero necesito buscar la manera de hablar con Pau, no pienso rendirme con tanta facilidad. Que el lunes la cosa no acabara como había imaginado, no me resta ánimos para volver a la carga e intentar recuperar lo que dejé escapar hace tres años.

Falta media hora para cerrar cuando caigo en la cuenta, es la encargada de los seguros para clientes, imagino que en el lote también entramos los trabajadores. Me lavo las manos para eliminar la grasa impregnada en la piel, aunque sé que le encantaba verme manchado, quiero que parezca que de verdad estoy interesado en cambiar de compañía.

Accedo a la oficina convencido de que en esta ocasión la cosa irá mejor que el lunes, la conozco muy bien, si insisto al final caerá de nuevo en mis redes y podré disfrutar de ella otra vez.

Me cabrea comprobar que Vicente no tiene intención de marcharse cuando a estas horas ya suele estar en su casa, lo peor de todo es que Fede también entra.

Decido cambiar de táctica y centrarme solo en conseguir un presupuesto para la moto, aunque dudo mucho que me lo deje más barato que mi tío, de hecho, elevo mucho el precio para seguir hablando, es del único modo que mis jefes no se entrometan en la conversación. Hago las preguntas de las cosas que no entiendo, la realidad es que me gusta escucharla hablar y ver lo profesional que es aunque yo sea el cliente.

Noto cómo pierde la paciencia por momentos, hasta que me marchó cabreado cuando me dice pesado, es la primera vez que Paula me trata así, algo que no me agrada nada.

Al salir al taller no me despido de nadie, incluso ni respondo a Abel cuando me pregunta si nos tomamos una cerveza. Cojo las llaves de la moto, el casco y salgo disparado.

Tomo la dirección de casa, pero me planteo mejor y decido pasar a hacerle una visita a mi padre. Me relaja hablar con él, además, estoy convencido de que me dará un buen consejo cuando le cuente mis intenciones.

Estaciono en la puerta de la nave, la luz que sale de las pequeñas ventanas superiores me cerciora que sigue en el interior. Saludo al gato que le hace compañía cada día con una leve caricia, soy alérgico a ellos.

—Hola, papá. —Saludo al situarme frente a él.

—Hola, hijo, ¿qué haces por aquí?

Miro con añoranza la nave, los recuerdos de las tardes de verano jugando aquí me recuerdan una etapa feliz, una sin complicaciones.

—Me apetecía visitarte y hablar contigo un rato.

—Me agrada saber que te gusta hablar con este viejo.

—No digas eso, papá, aún eres joven.

Sacude la mano de forma negativa.

—Los años no perdonan, hijo. Así que disfruta de tu juventud que después todo cambia.

Me hago con el vinilo que tiene pendiente de pelar, cojo un cúter y comienzo a quitar la parte gruesa para liberar las letras recortadas.

—¿Cómo ha ido la vuelta de vacaciones?

—¿Te acuerdas que te comenté que habían metido a un comercial? —Asiente—.

Es Paula.

Deja el transportador de vinilo y centra la mirada en mí.

—¿Cómo está? Tengo ganas de verla.

—Igual de guapa que siempre —digo con sinceridad, aunque no quiero decirle que en realidad está más guapa que la última vez que la vi.

—¿Y cómo ha ido el reencuentro?

Centro la atención en quitar el círculo de la o sin romper la letra.

—No como esperaba. De momento no he podido hablar con ella como deseaba.

—¿Y qué esperabas, hijo? Que se lanzara a tus brazos al verte.

Tan fácil no tenía pensado que fuese, pero tampoco tan complicado como lo pone. Al saber que estaba dispuesta a perdonarme, llegué a pensar que con hablar con ella y decirle que lo sentía, poco a poco las cosas volverían a la normalidad entre nosotros. La cuestión es que cada día que pasa veo más lejano poder disculparme.

—Eso no, pero... —Me callo y pienso lo que voy a decir—. Tampoco que me ignore.

—Cuestionate esto, si hubiese sido el ex de Paula el que hubiese ido al taller para decirte que esperaba un hijo de ella, ¿cómo habrías reaccionado?

—No la perdono en la vida y por mucho que lo intentara, no volvería a hablar con ella —admito.

—¿Y por qué ella sí tiene que hacerlo? —inquire centrando la atención en acabar el trabajo.

No quiero pensar en lo que me dice porque sé que tiene razón, que actúo de manera egoísta, pero no puedo evitarlo, deseo que me perdone ya que no he dejado de amarla.

—Porque ella sí estaba dispuesta a hacerlo.

—Tú lo has dicho, hijo, estaba, pasado no presente.

Dejo el cúter en la mesa, no me gusta la conversación, no tiene el rumbo que esperaba al venir hasta aquí.

—Me marcho. Quiero llegar a casa, ducharme y relajarme en el sofá.

—Descansa —dice como despedida.

Estoy en la puerta cuando vuelvo a escucharlo.

—Izan, hijo, si aceptas un consejo de tu viejo padre, deja a Paula en paz. Han pasado años y lo más probable es que haya rehecho su vida. Déjala ser feliz, se lo merece.

No me agrada nada pensar que está con otro y encima que sea mi propio padre quien lo insinúe. No le respondo, me marcho a casa sin dejar de cavilar en el modo de reconquistarla.

Capítulo 36

Llego a casa extenuada, la tarde ha sido intensa y mantener el tira y afloja con Izan ha aumentado la presión sufrida, bastante tengo con verlo cada vez que salgo al taller como para encima tenerlo como cliente. De eso nada, si el viernes vuelve a pedirme presupuesto, le doy uno desorbitado para evitar que se cambie.

Aunque la temperatura no invita a estar fuera de casa, me instalo en el porche trasero, no me apetece encerrarme en el interior. Analizo por qué la conversación con Izan ha logrado sacarme de mis casillas, no lo comprendo, ha hecho las mismas cuestiones que todos los clientes y nunca antes me había pasado contestarle así a uno, reconozco que no entienden muchos de los términos que usamos los agentes de seguros, por eso soy paciente y les explico las dudas las veces que hagan falta para que contraten el seguro sin ninguna incertidumbre.

Estoy tan inmersa en averiguar qué me ha pasado que no reparo en la presencia de Mabel a mi lado, no hasta que me ofrece una lata de Coca-Cola.

—¿Qué tal la tarde? —le pregunto al tiempo que abro la bebida.

Toma un trago antes de responder.

—Un *show*, te lo puedo asegurar. Simón no ha parado de reír, ha llegado un momento que cada vez que colgaba una llamada me preguntaba que se le había averiado al cliente.

Mabel se encarga de la tramitación de siniestros de los clientes directos de oficina, del resto lo hacemos los propios comerciales.

—¿Qué es lo que ha pasado? —Deseo saber, tramitar siniestros no es que sea un trabajo muy entretenido que digamos.

—Te juro, nena, que ha llegado un momento que me he preguntado si me estaban gastando una broma. Incluso he estado por llamarte —La miro sin entender —, ya sabes, os gusta mucho esas tonterías.

Recuerdo los años que trabajaba en ViaCondo y en más de una ocasión le gastamos una.

—Te garantizo que nosotros no hemos sido. Ahora déjate de tanto misterio y dime de una vez qué ha ocurrido.

—Pues mira, la primera llamada era de una señora que quería saber si la muerte de su canario estaba cubierta por el seguro de hogar.

Me entra la risa, no es un seguro que maneje del todo bien ya que estoy especializada solo en los seguros que tengan que ver con motores, pero es de cajón que no quede cubierto.

—Que a todo esto, me pregunto por qué han incluido este tipo de seguros en nuestra compañía, nosotros nos identificábamos por grandes cuentas y no particulares —añade descontenta. No es la única, todos nos quejamos de lo mismo—. Otro me ha llamado casi llorando porque se le han muerto los peces y quiere que cubramos el siniestro. Pero la última ya me ha rematado.

No puedo dejar de reír, incluso yo misma pensaría que son bromas y no siniestros reales.

—Pero sigue, no me dejes en ascuas —digo al advertir que se demora en contarme la última.

Se gira para quedar de frente, su expresión ya me adelanta que voy a reírme un largo rato, no me defrauda.

—Nada, me ha llamado una mujer, que por la voz he deducido que estaría ya en los cincuenta años, para decirme si los aparatos eléctricos estaban cubiertos. Le he explicado que si se han estropeado a consecuencia de una subida o bajada de tensión que sí, y va y me suelta que lo que se le ha roto es el consolador que lo tenía cargando cuando se ha ido la luz y después ya no funcionaba.

Estallo en carcajadas, ahora entiendo por qué piensa que hemos sido nosotros, porque no es normal que la gente reclame ese tipo de desperfectos. Me lleva más de diez minutos dejar de reír, cada vez que lo intento y veo la cara de Ma, me da más fuerte el ataque de risa.

—Si es que estas cosas solo me pasan a mí —se queja.

No puede evitar ver que la situación es tan cómica que es imposible no reír. Tengo que parar ya que el estómago me duele.

—No te quejes, a mí no me pasan esas situaciones, mis siniestros son de un aburrido, siempre lo mismo.

La imagen de ella atendiendo la llamada se proyecta nítida y no puedo dejar de preguntar:

—Pero ¿has sido capaz de atender la llamada sin reírte?

Niega repetidas veces con la cabeza.

—¡Qué va! —Estalla de nuevo—. He tenido que colgar antes de que me diese el ataque, una vez repuesta, la he llamado diciendo que se había cortado la comunicación.

Dejamos de hablar un rato, hasta que ambas nos tranquilizamos. No puede esperar más para preguntarme cómo ha sido mi tarde, le cuento ilusionada lo bien que van las gestiones con la empresa de camiones y que el viernes tengo una cita con el dueño. Para último dejo la reunión con Izan, noto cómo se alarma al escucharme, pero conforme le explico lo ocurrido su cuerpo se relaja.

—¿Le has dicho eso? —pregunta incrédula cuando le confieso que lo he llamado pesado.

—Sí, es que no veas lo plasta que ha sido.

Muestra una pequeña sonrisa de victoria, algo que me alerta.

—Escupe —exijo al ver que se contiene.

—No es nada, solo que me alegra saber que el asunto lo llevas mejor de lo que tú misma imaginas.

—No te pilló, explícate mejor —pido.

Analiza qué decirme o que palabras escoger para que comprenda lo que intenta decir.

—Cariño, todos, incluidos tus compañeros de trabajo y jefes, veíamos lo egoísta y plasta que podía ser Izan, tú eras la única que no le encontrabas ningún defecto. Ver aunque solo sea uno, es un gran paso.

No es que esté muy de acuerdo con ella, pero en parte tiene razón.

—Eso no es todo.

—¿Hay más?

Asiento.

—Conocer a Lázaro hace que me replantee que mi relación no era tan perfecta como imaginaba. No sé cómo explicarlo —digo al ver su rostro—, es como si hubiese vivido en un sueño durante seis años y ahora estuviese despertando de él.

Me abraza con efusividad.

—No sabes cómo me alegra oírte decir eso. Cariño, las dudas que tienes no son porque sigas enamorada de Izan, sino porque creaste una especie de burbuja alrededor de tu relación que no te dejó ver la realidad, pero ahora, conforme descubres lo que es la felicidad te hace cuestionarte todo. Estoy segura de que si le das una oportunidad a Lázaro, sabrás lo que es estar enamorada de verdad, pero sobre todo, lo que es ser correspondida.

—¿Y tú qué? ¿Cómo estás?

Me mira sin entender.

—Ya sabes, el desconocido.

—No quiero darle más vueltas a eso.

Me ofrece un beso en la mejilla y se marcha al interior de la casa. Está agotada y desea descansar.

Quedo en el mismo sitio y analizo lo que ha dicho. Sé que tiene razón y que todo lo que me ocurre es que he vivido en una burbuja todo este tiempo y me he aferrado a algo que jamás tuvo que pasar, todo por no aceptar que mi relación con él fue una mentira desde el principio, pero ya es momento de dejar el pasado atrás y comenzar un nuevo futuro.

Cansada por el día, decido marcharme también a descansar.

Jueves transcurre sin mayor riesgo que pasar la tarde encerrada en la oficina central, me desalienta ver que no es Lázaro el vigilante, tenía ganas de verlo, sino un compañero que está más pendiente del móvil que de la gente que accede al edificio.

Nada más abrir los ojos y comprobar que es viernes, recuerdo que no he avisado a Lázaro. Le mando un mensaje para hacer cambio de planes.

Buenos días, niño. Esta tarde tengo la reunión con el dueño de la flota de camiones aquel que te comenté, no sé lo que durará, mejor voy al trabajo en mi coche y así si se retrasa no te hago esperar. Cuando acabe te llamo y nos vemos. Prometo compensarte. Un beso.

Capítulo 37

Llego a las dependencias de mi empresa a primera hora de la mañana, recibir la llamada de mi secretaria para suplicar que, por favor, sea yo el encargado de gestionar la reunión con los nuevos clientes alemanes, es más que suficiente para plantearme no ir esta tarde al edificio de MultiServi, no me agrada dejar pasar la oportunidad de ver a Paula, pero el deber me llama.

Saludo a Claudia, la chica deja caer los hombros al verme, como si se relajara al saber que ya estoy de nuevo al mando de todo. Pasamos más de una hora reunidos en mi despacho, necesito que me ponga al día de todo, no he dejado de supervisar la empresa, aunque sabía que la dejaba en buenas manos entre ella y el contable.

Estoy absorto con la preparación de la reunión cuando Brig accede sin llamar a la puerta.

—Ya era hora de que te dejaras ver, macho —comenta con cierto retintín en la voz.

—No te quejes, te ofrecí la oportunidad de venirte conmigo a Alemania y la rechazaste de inmediato. —Me defiendo.

—No me refiero a eso, uno de los dos tenía que quedarse para estar al frente de las empresas.

Ese siempre ha sido nuestro lema, que si uno no puede estar en la ciudad, el otro se encargaba del perfecto funcionamiento de ambas.

—Desde que estás con la agente de seguros casi no te veo el pelo y no solo lo digo porque no quieras asistir a nuestras fiestas, es que no quedamos ni para hablar.

—¿Sabes que eres peor que una novia? —digo con ironía. Al ver cómo le molesta, agrego—: Ahora mismo lo estamos haciendo, no sé de qué te quejas.

—Que te den, Briz —comenta malhumorado.

Nos mantenemos en silencio, entiendo que las horas libres que tengo las dedico a hablar con Paula y cuando tengo ocasión a verla.

—¿Me vas a contar que tal el fin de semana con la agente de seguros o tengo que imaginar yo qué habéis hecho?

—Se llama Paula. —Sacude la mano para que le diga lo que quiere escuchar—. El fin de semana genial, cada día me gusta estar más con ella.

—No hace falta que lo jures, macho, cada vez que hablas de ella se te pone cara de gilipollas.

—No te pases —advierdo.

—Si el fin de semana ha sido genial como dices, ¿por qué estás tan pensativo?

Sopeso si decirle que ella desde el principio siempre ha dicho que no busca nada serio, que de momento no le interesa mantener una relación estable.

—Te consideraba un tío inteligente, ya veo que me he equivocado y solo eres un iluso —empieza a decir Brig cuando finalizo—. Joder, Briz, ya has pasado por esto una vez, ahora veo que vas a toda velocidad y sin frenos a cometer el mismo error.

—No compares a Paula con Lola porque no se parecen en nada.

—¿Estás seguro de que no se parecen, amigo? —inquire de mal humor—. A Lola la veías cuando a ella le interesaba y a Paula juraría que también.

Me callo, no puedo objetar nada porque tiene razón, pero se ha olvidado de algo importante.

—Pero cuando me ve sé que las dudas se le disipan, ¿eso no te dice nada?

—Pues la verdad, no mucho. No debería tener dudas algunas si de verdad te quiere. —Lo miro con mala cara—. Sabes que nunca te he frenado en nada, que siempre te he alentado a que hagas lo que quieras, pero esta vez es diferente, tú no lo ves o no quieres porque te has enamorado de ella, pero yo sí veo que vas a cometer otra vez el mismo fallo, aunque en esta ocasión hay una pequeña diferencia.

—¿Cuál? —pregunto más por educación que por propio interés.

—Que con Lola creías saber que era el amor, pero es Paula quien te lo ha mostrado y la hostia va a ser enorme.

—¿Y para qué están los amigos? —pregunto.

—Para recoger los miles de pedazos en los que te va a dejar —asegura.

—Pues para eso te tengo a ti, ¿no? —Asiente—. Y tú que, ¿qué ha sido de tu vida?

Se hace el remolón para no relatarme nada, dos cervezas después me entero que el soltero de oro, al que ninguna mujer es capaz de atraerlo para una segunda cita, se ha encaprichado de una que conoció en la última fiesta que asistió solo y lo que más desea es volver a verla, pero al no tener su número ni saber dónde vive o trabaja, le ha sido imposible localizarla.

—Luego me dices a mí. —Bromeo—. Y resulta que el inalcanzable se ha enamorado.

—Yo no me he enamorado de nadie, solo que disfruté mucho de su compañía, querer verla solo es para repetir.

—Sí, sí, me ha quedado claro que solo quieres otra sesión salvaje de sexo. —Ironizo sin dejar de reír.

Cuando creo que la conversación ha finalizado y se marcha, agrega:

—Por cierto, mañana tengo una cita con tu agente de seguros. —Levanta las cejas para hacerse el gracioso.

Lo miro con una mala hostia hasta ahora no usada contra él.

—¿Por qué has quedado mañana? —inquiero sin dejar de mirarlo.

Levanta las manos en señal de paz.

—¿En qué quedamos? ¿No me dijiste el sábado que concertara la cita con ella esta misma semana?

Resoplo malhumorado.

—Sí, pero no el viernes, cojones. ¿Tendrá días la semana?

Otro fin de semana que debo decirle adiós a mis planes con ella, empiezo a sospechar que el destino no quiere que disfrutemos de más de un día juntos, y lo peor de todo, comienzo a frustrarme por no poder estar a su lado cuando lo único que deseo es despertar cada día con ella.

—A mí no me culpes, el lunes le mandé un *email* para quedar el miércoles, pero me dijo que tenía la tarde completa, no me quedó más remedio que concertarla para

mañana.

Me paso las manos por el rostro.

—¿Y por qué no me lo has dicho? ¡Joder, Brig! Me consultas hasta que calzones ponerte y esto no, ¡ya te vale!

—¿Se puede saber qué cojones te pasa con esa tía? —pregunta sin entender mi enfado.

—Que no veo la forma de mantener una relación normal.

Toma asiento de nuevo.

—¿Tan malo eres en la cama? —Bromea. Al ver la furia que destila mi mirada, borra la sonrisa—. Vale, no es momento para bromas. Explícame por qué no puedes tener lo que quieres.

—Ya te lo he dicho, tiene dudas.

Alza una ceja.

—Dudas, ¿de qué?

—No me lo ha dicho, pero creo que tiene que ver con otro.

Sacude la cabeza, no quiero escuchar lo siguiente, sé que no me gustará.

—Mira que te lo dije, pero tú nada, siempre con velocidad. Macho, ni que compitieses en MotoGP. ¿Por qué no frenas un poco?

—Vaya mierda de consejos que das —refunfuño harto de la conversación.

Sonríe aunque la borra de inmediato.

—No es malo, otra cosa es que no te guste.

—¿Y qué hago para frenar un poco como tú dices?

—Dejar de verla y hablar con ella. Déjale espacio, a ver si de ese modo te echa de menos y se le van las dudas.

—¿Y si no lo hace y la pierdo?

Se incorpora.

—Entonces, amigo, no es tu media naranja. ¿Para qué perder más tiempo?

Niego un par de veces, no me agrada nada la idea, lo que menos deseo es perder a Paula, pero, por una vez, tiene razón. La mejor forma de que se aclare es concederle espacio y comprobar si me extrañaría tanto como yo a ella.

—Te invito a almorzar —digo al salir de la oficina.

Al llegar al aparcamiento para recoger el coche, el móvil suena. Maldigo cuando leo el mensaje.

Me giro para encarar a mi amigo.

—Mira lo que has conseguido —digo a la vez que le enseño el mensaje de Paula para decirme que no la recoja en el trabajo.

—Intentaré tardar lo menos posible, ¿te sirve?

—No.

Capítulo 38

Termino de grabar los datos de la nueva póliza contratada cuando se me ocurre mirar el reloj del ordenador.

—Mierda —mascullo.

Solo dispongo de veinte minutos para cambiarme de ropa, maquillarme y arreglarme el pelo antes de que venga el último cliente de la tarde, he quedado en llamar a Lázaro cuando termine la reunión para vernos.

Dejo todo como está, aunque soy una maniática de tener la mesa de trabajo despejada y ahora mismo no hay quién se aclare, intentaré tardar lo menos posible en el baño para desalojarla antes de que venga el dueño de la mayor flota de camiones de la ciudad.

Me hago con la mochila que está en el suelo detrás de la silla y me la cuelgo al hombro.

—Vicente voy al baño, si viene el cliente que espere un momento.

—De acuerdo, guapa, pero no es necesario que te arregles más, así ya eres toda una diosa —dice guiñando un ojo.

Sonrío, me agrada estar a su lado sobre todo los días que vengo cabizbaja o cabreada al saber que veré al pesado de Izan, porque cada día que pasa está más pendiente de mí y comienza a exasperarme tanta atención por su parte.

Me adentro en el minúsculo baño que dispone el taller, tengo que felicitar al arquitecto, en esta miniatura logró incorporar un pie de ducha. Desabrocho las Converse, mientras las saco con los pies, me quito el jersey y comienzo con los vaqueros.

Abro la cremallera y coloco cada prenda por donde puedo; el vestido colgado en la percha de la ducha, el neceser de los cosméticos encima del lavabo, los zapatos en el suelo y así hasta que saco todo.

Tomo asiento en la tapa del wáter con las medias en las manos después de cambiar las braguitas de algodón por un tanga negro de encaje, con sumo cuidado de no romperlas, arrugo una y comienzo a deslizarla por la pierna hasta pegar la silicona pasado el medio muslo, repito el proceso con la otra.

Reviso el pestillo de la puerta para asegurarme de que está echado, no deseo que alguno de mis compañeros la abra y me vea en esta guisa; en tanga y en pantis.

Estoy terminando de dar los últimos retoques al maquillaje y de colocar cada rizo en su sitio cuando escucho preguntar por mí.

—¿Con la señorita Paula García? Tengo una cita con ella.

Se trata de una sugerente voz masculina con acento italiano.

—Acompáñeme a la oficina, Paula se reunirá con usted en un minuto.

Menos mal que es Fede quien lo atiende, si llega a ser uno de los otros estoy segura de que le hubiesen dicho cualquier burrada de las suyas.

—¿Un minuto? Joder, Fede, está en el baño. Tío, puedes ir a tomarte un café y

seguro que cuando vuelvas sigue dentro.

Me criso al escuchar a Izan. Dejo de prestar atención al exterior, si tardo mucho en salir el capullo de mi ex me echará a perder la venta. Cojo el vestido de la percha improvisada y lo deslizo por la cabeza.

Bajo la mirada para ver la sobriedad que desprende. Visto de frente incluso se podría tachar de soso; es ajustado con manga larga y de largo es pasado medio muslo, la parte superior es una línea recta de tela negra que llega justo debajo del cuello, miro la espalda en el espejo y sonrío con malicia, cuando me quite la chaqueta estoy segura de que a Lázaro se le caerá la baba al ver la espalda descubierta por completo.

Mientras me coloco los zapatos meto todo en la mochila y busco a la desesperada la chaqueta.

—Me la he dejado en la oficina.

Sin otra cosa que poder hacer, salgo. Fede está en la puerta esperando mi salida.

—¡Joder, qué cambio! —exclama sin dejar de mirarme.

Le regaño con la mirada para que deje de comerme con la vista.

—¿Dónde está el cliente? —inquiero al ver que tiene intención de repasar cada centímetro de mi cuerpo.

—Con Izan. —Señala la otra punta del taller.

Trago saliva, debo darle la espalda para ir en busca de mi potencial cliente, el mismo que si logro convencerlo me dará una buena suma de dinero extra este mes.

Camino con decisión e ignoro la exclamación y el silbido de Fede al ver la espalda desnuda. Paro un par de metros antes de alcanzar al hombre trajeado.

—Señor Briztam, perdone el retraso. —Alzo un poco la voz para que pueda escucharme a través del rugido del motor.

Se gira con lentitud al escuchar su apellido.

—¡La virgen la santa! —exclamo al verlo.

Frente a mí tengo a un hombre que mide más de metro ochenta, con una espalda ancha pero no exagerada. El traje a medida deja entrever una musculatura bien trabajada, pero la cara es lo que más llama la atención.

Tiene unas facciones tan definidas que es como si las hubiesen creado los mismísimos dioses para que supere la perfección. Unos expresivos y grandes ojos azabaches están adornados con espesas y largas pestañas. La nariz tiene el tamaño y forma perfecta. El lienzo lo cierran unos gruesos labios. Trago saliva ante tal adonis.

Me muero de vergüenza al comprobar que lo he dicho demasiado alto, ya que una pícaro sonrisa aparece en su rostro.

—No se preocupe, señorita García. Su compañero ha sido tan amable de enseñarme las instalaciones.

Alarga la mano, la cual, acepto. Siento una pequeña descarga eléctrica que me recorre el brazo al apretarla con suavidad, antes de dejarla libre se la lleva a los labios y deposita un beso.

—Si es tan amable de acompañarme, podemos comenzar con la reunión.

—Las damas primero —dice con galantería alargando un poco el brazo.

Como una gilipollas asiento sin dejar de mirarlo ya que me es imposible despegar la vista de él.

La oficina se encuentra a escasos seis metros desde donde estamos, pero

tardamos minutos en alcanzarla. Me paro en lo alto del escalón de la entrada al sentir su mano en la espalda, giro un poco la cabeza y no tardo en sentir su aliento en mi oreja.

—Señorita García, tiene usted una belleza sin igual —susurra con ese acento que hace la frase más sexy.

Trago saliva, debo comportarme como una profesional si deseo firmar el contrato. Llevamos casi un mes intercambiando correos electrónicos y, por fin, he conseguido que venga a ver las instalaciones antes de decidirse si firmar o no.

Le señalo la silla donde puede tomar asiento, sorteo la mesa y me ubico frente a él. Como suele ocurrirme cuando estoy nerviosa, golpeo la mesa con las uñas, al percatarme apoyo la palma de la mano en la madera para mantenerla quieta.

El señor Briztam no despegaba los ojos de mí mientras yo accedo al presupuesto personalizado que le he realizado para convencerlo. Relajo los hombros al escuchar la última hoja imprimirse, ladeo el cuerpo para hacerme con los papeles, coloco la espalda recta y me comporto como siempre, con profesionalidad.

—Como ya le he explicado en varias ocasiones, señor Briztam, la flota de camiones de su empresa debería contar con los mejores servicios no solo a nivel mecánico, también es importante elegir correctamente la compañía que los asegure y, sobre todo, la asistencia en viaje tanto de los vehículos como la de sus empleados. Desde MultiServi podemos proveerle de cada uno de ellos y le prometo que estará en mejores manos.

Alza las cejas divertido.

—¿Será usted la encargada de gestionar todo?

—Por supuesto, mi función no acaba con cerrar el contrato, este trámite solo es el inicio de nuestra relación profesional, sería la responsable de gestionar cada rotura o siniestro que tengan los camiones.

—Me agrada la idea —admite—. Creo que poco más hay que negociar.

Evito saltar de alegría, si mi instinto no me falla, lograré que firme el contrato hoy mismo. Incluso noto la alegría que le provoca a Vicente escuchar al italiano, con este trato no solo genera ingresos elevados mi empresa, ellos se aseguran reparar en su taller la flota de camiones y eso es trabajo asegurado para todo el año.

—Solo falta un pero.

Me desinflo al oírlo, odio los pero.

—Usted dirá.

—Quiero que mis coches estén incluidos.

«Ya empezamos otra vez», reniego mentalmente. La cabezonería de este hombre es tremenda, en cada uno de los correos le he explicado lo mismo que me toca volver a decir.

—Como le comenté, este tipo de contrato solo admite vehículos que el titular sea una persona jurídica y no física, en el caso de sus coches, es usted el dueño, por lo tanto, no podría incluirlo en la póliza. —Arruga el entrecejo, no le agrada que vuelva a darle una negativa—. Pero...

—Ya veo que usted también tiene peros. —No evita sonreír al decirlo.

«Que sonrisa tiene el condenado», deliro sin dejar de mirarlo.

El carraspeo de Vicente me hace regresar a la tierra. Vuelvo a ponerme seria.

—Si lo desea, podemos ofrecerle un paquete parecido a lo que quiere contratar con la flota de camiones, pero en este caso solo de uso exclusivo para sus vehículos. Las diferencias; ninguna de las reparaciones estarían incluidas en el precio, llevarían un tanto por ciento de descuento y el seguro tendría que elegir bien a todo riesgo o a terceros.

Adelanta un poco la espalda para acercarse más.

—¿Qué diferencia hay de uno a otro? —susurra.

Sé que no necesita que le explique que diferencia existe entre un seguro a todo riesgo a un terceros, pero me da la impresión que lo que quiere es alargar la reunión lo máximo posible. Con tesón le explico que incluye uno y que excluye otro.

—Pues como bien sabrá, señor Briztam, un todo riesgo incluye los daños propios cosa que un terceros no, esa es la diferencia entre un seguro u otro, ya que el resto de prestaciones son idénticas.

—¿Solo eso? —pregunta.

—También hay diferencia en el precio. —Busco por el montón de papeles hasta dar con los presupuestos que le calculé—. Como verá, el todo riesgo asciende a una prima anual de setecientos euros y el terceros hablaríamos de trescientos cincuenta euros.

—Bien —responde escueto.

Quedo callada a la espera de que piense la opción que más encaja con sus necesidades, poco más puedo decirle, además es casi la hora de cerrar.

Al ver que sigue impasible y que no se decide, acelero el proceso de venta, sé que no debería presionarlo, pero a veces un empujoncito es lo que necesitan ciertos clientes, y, aunque por muy bueno que esté, si quiero que el italiano levante el culo y me deje marcharme no me queda más remedio.

—Entonces como lo prefiere.

Otra vez la maldita sonrisa.

—¿Usted qué me aconseja?

—Un todo riesgo —respondo con seguridad—, es mejor tenerlo todo incluido y luego no tener ningún disgusto si hay un siniestro.

—Estoy de acuerdo con usted.

Voy a decirle si desea llevarse la póliza en este instante, cuando Izan accede para reclamar mi presencia en el taller.

—Si me disculpa un momento. —Asiente—. Regreso enseguida.

Salgo de la oficina sin saber para qué me necesita. Lo busco entre los coches sin hallarlo, al final doy con su paradero en la entrada del taller.

—¿Qué quieres?

Gira el cuerpo y expulsa el humo en mi cara, doy un paso atrás.

—Quiero irme a casa.

Arqueo una ceja.

—¿Y? —inquiero sin saber qué tiene eso que ver conmigo.

—Soy el encargado de cerrar el taller. ¿Cuánto te queda?

—El tiempo que necesite —expreso cabreada—. No es llegar y besar el santo con este tipo de contratos, hablamos de una suma de dinero bastante elevada.

Tira el cigarro y lo apaga con el pie.

—Pues céntrate en cerrar el puto contrato, así todos nos podremos marchar.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa?

Se acerca más de la cuenta, intento dar un paso atrás para alejarme, pero posa sus manos en mi cintura para atraerme hacia a él.

—A mí nada, pero tú parece que en vez de querer cerrar el negocio te interesa más llevarte al italiano al huerto. —Deposita un beso en el cuello.

Lo aparto de malas maneras y lo miro asqueada.

—Que sea la última vez que me tocas —alego cabreada, me giro para regresar a la oficina.

—¿Qué me vas hacer, princesita? —pregunta con ese tono chulesco que le caracteriza.

Giro el rostro cabreada, cuando estábamos juntos me encantaba que usase ese termino cariñoso para dirigirse a mí, pero hace tiempo que dejé de ser su princesita.

—No me pongas a prueba. Tú límitate a mantener las manos alejadas de mí y no volver a decirme princesita, esas cosas déjalas para tu mujer.

Me sujeta por la muñeca, desea pararme, me suelto con fuerza del agarre.

—Pau. —Me llama con suavidad.

—Vete a la mierda, Izan —mascullo bajo pero lo suficiente alto para que me escuche.

Suspiro al ver al cliente en mitad del taller, imagino que ha presenciado toda la escena, me ruborizo debido a la vergüenza.

—Lo siento. —Me disculpo al pasar por su lado.

—En todo caso soy yo quien le pide perdón.

Lo miro desconcertada, no entiendo por qué lo dice, él no tiene la culpa de que mi ex sea un celoso empedernido.

—Usted no tiene nada por lo que disculparse.

—Por mi culpa ha discutido con su novio.

Suelto una carcajada que logra que relaje la mala leche que llevo.

—No es mi novio, solo somos compañeros de trabajo.

—¿Solo?

Asiento.

—Soy soltera, señor Briztam.

Me agrada ver que relaja el rostro.

—En ese caso, señorita García, usted quiere que firme el contrato con su empresa y yo estoy deseoso por hacerlo, pero...

—Ya estamos con los peros. —Se me escapa.

Es él quien ríe a carcajadas. Se acerca peligrosamente a mí, puedo absorber el aroma que desprende.

—Si desea que firme tendrá que cenar conmigo, en mi país los negocios los cerramos en un buen restaurante.

—En el mío también —admito.

—Perfecto, ¿nos vamos?

—Deme un minuto.

Aligero el paso para llegar a la oficina, mientras apago el ordenador le envío un mensaje a Lázaro, me da lástima cancelar la cita, pero la comisión que me renta la

firma del contrato es más suculenta que lo bien que lo pasaré esta noche, con él tengo la posibilidad de quedar mañana y hacer todo lo que tenía planeado.

Aunque no le agrada que le dé plantón, me anima a cerrar la venta y se adelanta para decirme que me espera mañana para celebrarlo. Le agradezco la caballerosidad por no cabrearse.

—Cuando desee podemos irnos —le digo al cliente una vez lista para marcharnos.

Acepto el brazo que me tiende, me sujeto a él ante la atenta mirada de Izan.

—Hasta el lunes. Que tengas un buen fin de semana.

Primero mira al italiano, después a mí y por último mi mano. Noto cómo le desagrada verme agarrada a él, pero me importa un pepino, tengo intención de disfrutar de la cena y cerrar el contrato.

Capítulo 39

Maldigo todo lo que sé y un poco más al ver el mensaje de Paula cancelando de forma definitiva la cita de esta noche. La razón, que se marcha a cenar con el capullo de mi amigo para formalizar un contrato que yo mismo debería negociar con ella, no el gilipollas de Brig.

Marco su número para cantarle las cuarenta, si piensa estar toda la noche lanzando la caña con ella, con bonito muro de contención se ha topado el mamón.

—Dime.

—¿Me puedes explicar por qué cojones la has invitado a cenar para cerrar el negocio? —Exijo con un grito.

—Perdóneme un segundo, señorita García, debo atender la llamada.

Mi cuerpo reacciona al escuchar su voz.

—No se preocupe, le espero aquí.

Intuyo más que escucho como Brig se aleja de ella. No tengo que calentarme mucho la cabeza para saber dónde la ha llevado, si quiero en media hora estoy en el mismo lugar que ellos, pero de hacerlo Paula sabría que le he mentado, así que no me queda más remedio que esperar hasta que terminen.

—Ya puedo hablar, capullín.

—Vete a la mierda, Brig. —Estallo ante sus bromas, comienzo a estar harto de que no se tome nada en serio.

—¿Te quieres calmar de una puta vez? —Requiere—. Si la he invitado a cenar, ¿no crees que tendré un motivo de peso? No me seas capullo, ni quiero levantártela ni joderte la noche, pero lo he hecho por algo.

No sé si creerlo o pensar que su comportamiento tiene que ver con que ya no quiero acompañarlo a la sala. La idea es tan absurda que pronto la desecho, Brig sería incapaz de hacer tal cosa, somos como hermanos y estoy seguro de que solo desea lo mejor para mí, pero la conversación de esta mañana todavía pesa.

—¿Qué has descubierto?

—Sus dudas no son otras que un ex celoso con cara de pocos amigos.

La confesión me hunde, Paula no me ha hablado en ningún momento de un ex y tampoco que trabaje en el mismo lugar que ella. La idea de que sienta algo por él logra que tome asiento.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque acabo de presenciar la escena de celos que le ha montado, por eso he decidido invitarla a cenar. Además, te recuerdo que el contrato no sirve, lleva mi nombre y tu apellido.

«Esa es otra», pienso desolado.

Si ella no decide dejarme, mi estúpida apuesta puede costarme más cara de lo que un principio pensé.

—No firmes, ponle alguna excusa para retrasar la firma del contrato hasta que

hable con ella.

—¿Qué vas a hacer con el ex? —Desea saber.

—No lo sé, intentaré que me lo cuente.

—Te dejo, si tardo más sospechará.

Capítulo 40

El señor Briztam escoge un elegante restaurante a las afueras de la ciudad, los jardines que bordean la construcción son para admirarlos durante horas. Paseo por ellos mientras él atiende una llamada urgente de teléfono y nos preparan la mesa, aunque funcionan con reserva y están completos, no le cuesta mucho que el *maître* nos ubique en el atestado salón.

Se reúne de nuevo conmigo cuando estoy en mitad del jardín central.

—¿Lleva mucho tiempo como comercial para su empresa? —Se interesa.

Paro frente a la zona de los rosales para admirar la obra de arte que el decorador ha hecho con ella.

—Si le soy sincera, no. Seis meses.

Su impresión es tan grande que no evita mostrarla.

—¿Solo? —Asiento un tanto avergonzada—. Pues es usted una excelente comercial.

—Gracias.

—¿A qué se dedicaba antes?

—Tutéeme, por favor. —Le agrada la petición.

No sé si decirle la verdad, lo que menos deseo es contarle mi vida privada a un futuro cliente. Decido ser escueta y no descortés.

—Administrativa en una oficina.

—¿En Talleres ViaCondo?

Abro la boca sorprendida, no entiendo cómo lo sabe.

—Sí, ¿cómo lo ha sabido?

Encoge los hombros.

—Por tus compañeros de trabajo, el trato de familiaridad que hay entre vosotros no se logra en un par de meses, además, me ha dado la sensación de que su compañero era su novio, aunque usted me ha sacado de mi error, ¿no es así?

No alcanzo a comprender por qué deseo tanto sincerarme con él, cuando no debo olvidar que es un potencial cliente y una palabra mal dicha puede hacerme perder el contrato.

—Izan y yo fuimos pareja tres años, pero hace otros tres que lo nuestro se acabó. Estas semanas tengo la impresión de que él desea retomarlo donde lo dejamos, pero yo no. Mi vida ha cambiado y...

Paro de hablar, bastante es con confesarle que tiene razón y los celos que ha visto en Izan son provocados por lo que tuvimos, pero Lázaro es algo mío y no quiero meterlo en el mismo saco que la gente de ViaCondo, no tiene nada que ver.

—¿Y?

«¡Joder, que sopero es el italiano!», pienso manteniendo la compostura.

—Hace un par de meses conocí a un hombre, si lo soy sincera, aunque tengo dudas —al ver cómo me mira, agrego—, Izan no tiene nada que ver, ahora ya no, son

problemas personales míos los que me impiden entregarme al cien por cien con él. No creo que esté dispuesto a soportar una carga que no le incumbe.

—¿Has probado a decírselo? Lo mismo está dispuesto a todo con tal de no separarse de ti.

Lo miro estupefacta, es como si lo conociera.

—No sé yo. Pero no, no le dicho nada por miedo a que salga corriendo.

—Si aceptas un consejo, sincérate. La base de un comienzo de relación no puede ser una mentira, eso no lleva a buen puerto.

Nos mantenemos en silencio unos minutos y proseguimos admirando la belleza de los jardines hasta que nos avisan de que nuestra mesa está lista.

La cena transcurre con normalidad, el señor Briztam no intenta sobrepasarse en ningún momento, se comporta como un caballero toda la velada. Para cuando traen los postres me desinflato al escuchar que el contrato tiene unos puntos que debe supervisar con el abogado, lo que logra que la firma se retrase otra semana por lo menos.

Antes de medianoche me deja de vuelta en la puerta del taller. Se apea del coche y raudo lo sorteando hasta abrirme la puerta.

—Ha sido un placer, señorita García.

—Paula, por favor —pido, lleva toda la noche tuteándome, ahora sobran las formalidades.

—Ha sido un placer, Paula.

—Lo mismo digo, señor Briztam.

La despedida solo es un apretón de manos, algo muy formal.

—Paula, respecto a su vida personal, si es inteligente, y creo que lo es, confíese la verdad.

Me guiña un ojo antes de montar en el coche y ponerse en marcha.

De camino al mío compruebo que todavía es pronto, decido hacer una llamada, con suerte sigue disponible.

—Hola, preciosa. —Saluda Lázaro nada más descolgar.

—Hola, niño. —Saludo—. ¿Tienes algún plan? —inquiero rezando para que me diga que no.

—Pues verás, una preciosidad me ha dado plantón por irse de cena de negocios, así que no, estoy en casa aburrido. ¿Y tú, algún plan?

Me muerdo el labio al recordar la última noche que pasamos juntos y la necesidad de que aumenten se hace más latente.

—Ya he terminado y no me apetece encerrarme en casa.

—¿Qué propones?

—Tomarnos una cerveza por el centro —digo con algo de inseguridad.

Se ríe por lo bajo aunque no lo suficiente para no escucharlo.

—Te propongo otra alternativa —comienza a decir—. Nos tomamos una cerveza o las que hagan falta en la terraza de mi casa, te prometo que te van a encantar las vistas.

Hago como que me lo pienso para hacerlo rabiar un poco, no tardo en darle la respuesta que desea escuchar.

—Me gusta el plan. ¿Me mandas ubicación?

—Por supuesto. Pongo a enfriar más cerveza por si es necesaria.

—Ahora nos vemos, niño.

—Hasta ahora, preciosa.

Cuelgo con una enorme sonrisa en el rostro, cada día que pasa más cómoda me siento con Lázaro, es verdad que nos vemos poco, pero las horas que empleamos por las noches en hablar es lo que más me gusta. Es una forma de conocernos sin saturarnos.

Arranco el coche mientras no me llega el mensaje con la ubicación de su casa, el cual no tarda en entrar. Conecto la ubicación para que el GPS me guíe hasta su calle. Me quedo a cuadros al comprobar dónde vive.

Invierto casi una hora en llegar a su residencia. Bajo del coche y me rebujo en el abrigo, la brisa marina en estas fechas logra erizarme todo el bello.

Toco el timbre a la espera de que abra la puerta, no tarda en darme acceso al edificio. En el ascensor marco el último piso, nada más abrirse las puertas me encuentro con la sonriente cara de Lázaro esperando mi llegada.

Me saluda con un beso fugaz en los labios.

—Hola, preciosa.

—Hola, niño.

La vivienda aunque se aprecia que no tiene un gran tamaño es preciosa. Sorteamos el salón hasta alcanzar la terraza. Abro los ojos asombrada. Tendrá unos cincuenta metros rectangulares, el suelo es de césped artificial. En el inicio hay sillones fabricados con palets y mullidos cojines en blanco roto. Al fondo y con vistas al mar hay un *jacuzzi* para cuatro personas.

—Es preciosa —admito y vuelvo a admirar cada detalle.

—Ponte cómoda, voy a por la bebida.

Opto por sentarme en el sofá de dos plazas para que pueda acompañarme. Un minuto después me tiende un botellín y se acomoda a mi lado.

—¿Te ha costado llegar? —pregunta.

—No, pero ya me podías haber dicho que vives en la playa.

Sonríe y al mismo tiempo me guiña un ojo.

—¿De saberlo no hubieses venido?

Afirmo con la cabeza, arquea la ceja.

—Estoy de broma, tonto. No ves que estoy aquí.

—Y no sabes lo que me ha alegrado que me llames. —Me ofrece otro beso fugaz—. Cuéntame, ¿qué tal la reunión?

Le narro con detalle la negociación con el italiano, evito decirle que el cliente está como un tren, no creo que le siente bien. Escucha con atención cada cosa que le cuento y cuando no entiende algo, pregunta, de ese modo participa también.

Vamos por la cuarta cerveza cuando comienzo a sentir un intenso calor, no solo es por tenerlo tan cerca y de las ansias que tengo de besarlo. Alzo la cabeza y compruebo quién provoca los calores, tiene estufas de techo exteriores. Dejo la cerveza en la mesa y me incorporo para quitarme la chaqueta.

—Y yo iba a perderme lo guapa que te has puesto esta noche —comenta cogiéndome por las caderas para atraerme hacia a él.

Me siento encima suyo y al abrazarme nota la falta de tela. Hace que me

incorpore y me gire. No tardo en sentir sus cálidos labios repartiendo besos por la espalda, logra que me estremezca de placer.

Giro el cuerpo para quedar de frente, muerdo el labio inferior a la espera de que nuestros rostros se junten más, no me hace esperar. Comienza un beso dulce. Nuestras lenguas a cada instante que pasa se buscan con más desesperación.

Toma asiento y me arrastra encima de él. Gimo al sentir su erección. Siento la humedad de mi sexo y la urgente necesidad de rotar las caderas.

Sube el vestido hasta sacarlo por completo, admira el pecho desnudo y pronto acoge un pezón endurecido en su boca. Se entretiene en lamerlo y mordisquearlo mientras sigo rotando la cadera. El punto de excitación es tan álgido que no aguanto más tiempo.

—Sobra ropa.

Abandona el pezón para centrarse en mis labios.

—Sí, ¿verdad? —pregunta sin dejar de mordisquearme.

Bajo las manos para desabrochar los vaqueros, levanto las caderas para dejar espacio entre nuestros cuerpos y que pueda quitarse los pantalones. Se deja los calzoncillos puestos y vuelve a pegarme a él.

—Sigue sobrando ropa —repito.

—No tengas prisa, preciosa, tenemos toda la noche por delante.

Se levanta, me lleva con él e ignora mi lamento de verme privada de sentirlo cerca de mí. Gira el cuerpo y me deja caer con suavidad en el sofá. Se arrodilla frente a mí, abro las piernas al saber cuáles son sus intenciones. Hunde la nariz entre mis piernas y me estremezco al sentir el primer roce de sus labios.

Sin llegar a morder juguetea conmigo sin quitar el tanga, me lleva a un nivel de excitación que ningún hombre ha logrado hasta el momento, da un cachete en el muslo, con él me indica su deseo de que levante el trasero para sacarme la ropa interior.

Con la punta de la lengua me tortura durante una eternidad o eso me parece a mí, hasta que la acompaña con un dedo. Sujeto con fuerza el cojín, no creo que tarde demasiado en alcanzar el clímax si sigue torturándome de esta forma tan placentera.

—Puedes gritar si quieres, no hay vecinos —comenta en un susurro con una última penetración con el dedo y mordisqueando el clítoris.

Me dejo arrastrar por el orgasmo con un gemido elevado, estiro la mano para sujetarlo del cuello, lo atraigo y lo beso.

Lo obligo a quitarse el bóxer y a que se siente, niega con la cabeza cuando ve que deseo ofrecerle el mismo placer.

—No aguanto más —admite colocándome a horcajadas.

Ambos gemimos cuando se hunde por completo, ayudada por él me muevo hasta que llegados a un punto paramos para que se ponga protección y juntos alcanzamos el orgasmo.

Capítulo 41

La desolación cada vez es más intensa, no me molesta que Paula tenga un pasado, yo mismo lo tengo, lo que no comprendo es por qué no ha tenido la confianza para decírmelo.

Confundido y con un mar de dudas me instalo en la terraza, imagino que Brig intentará sonsacarle la máxima información para después ponerme al día, pero no deseo enterarme así de las cosas, prefiero que sea ella quien, con confianza, me relate lo que la asusta o no.

Es casi medianoche y sigo instalado en la terraza dándole vueltas a mi relación o inexistente relación con ella, cuando suena a la vez un mensaje y el sonido de una llamada entrante.

Una sonrisa me ilumina el rostro al ver que se trata de ella, por lo visto, el capullo de mi amigo ha hecho bien su trabajo, no esperaba saber nada de ella hasta mañana.

Voy directo a la ducha tras colgar, en menos de una hora la tendré en mi terreno. Pienso dedicarme en cuerpo y alma en hacerla sentir tan bien, que por primera vez no desee alejarse pero sí sus dudas.

Afeitado y duchado, decido que es el momento de saber quién me ha mandado un mensaje. Cómo no, es de mi amigo para avisarme de que ya la ha dejado libre.

Marco su número y espero a que decida contestarme.

—¿Qué quieres, capulín? Estoy en la puerta del club.

—¿No me digas que vas a ver si la ves este fin de semana también? —Bromeo sin dejar de reír.

—Vete a la mierda, Briz.

Por una maldita vez es él quien me dice la dichosa frase.

—¿Jode, eh?

Escucho el comunicar de la línea, miro asombrado el teléfono, ha tenido la poca vergüenza de colgarme, cuando yo llevo años soportando sus insolencias. Vuelvo a marcar su número.

—Como vuelvas a colgarme olvídate de mi amistad —amenazo nada más descuelga.

—Si me tocas las pelotas otra vez te cuelgo —avisa.

Controlo las ganas de reírme de él, tanto decirme a mí que soy un enamorado y con la primera mujer que de verdad disfruta, va a buscarla de manera desesperada.

—Vale, no me meto contigo, aunque estoy en todo mi derecho, llevas más de un mes riéndote de mí.

—¿Qué quieres pesado? Quiero entrar, ¿sabes?

—¿Cómo ha ido con Paula?

En esta ocasión es él quien comienza a reír de forma exagerada.

—Ya decía yo que me llamabas porque me extrañabas —dice entre carcajada y

carcajada—. Solo te diré que hables con ella, dile quién eres.

Para que me diga eso no es necesario gastar preciados minutos de tranquilidad, es algo que ya sé.

—¿No has hablado nada con ella?

—Sí, pero no pienso decirte lo que me ha confesado, tu trabajo es hablar con ella, no conmigo. Por cierto, no he firmado el contrato.

Maldigo por dentro.

—¿De verdad que no me vas a decir nada?

—No.

Vuelve a colgarme, blasfemo por no ser capaz de mandar a paseo a mi amigo de toda la vida.

—¡Joder, tampoco le costaba nada adelantarme algo! —bramo dejando el móvil de malos modos encima de la mesa.

Decido abrir una cerveza, todavía queda para que Paula llegue, si conduce sin sobrepasar el límite de velocidad no espero su llegada hasta dentro de unos veinte minutos.

El tiempo pasa más rápido de lo esperado, me levanto como un resorte nada más escuchar el timbre. Como es normal, una estúpida sonrisa se me instala al saber quién me espera detrás de la puerta.

La beso en los labios para saludarla, la invito a acceder a mi refugio particular, aunque no me importaría que se convirtiese en el de los dos. La guío hasta la terraza para instalarnos, por el momento, ahí.

Me intereso por su reunión, aunque la haya tenido con mi amigo, no sé cómo ha sido el transcurso de la misma, no me ha dicho nada. Escucho con atención cada cosa que me narra y aprovecho para preguntar las dudas que tengo respecto al contrato, antes de firmarlo quiero tener claro todo.

Se me seca la boca al sentir la desnudez de su espalda cuando la abrazo para besarla, no puedo evitar pedirle que se levante, no deseo perderme lo guapa que se ha puesto para verme a mí, porque imagino que esta ropa era para lucirla en nuestra cita.

Al ver el escote de la espalda mi entrepierna late con fuerza, tomo asiento y la insto a colocarse encima de mí, me encanta tenerla así. Ser dominado por esta diosa es el mayor de los placeres.

No tardo en quitarle el vestido, es bonito, pero la auténtica belleza es lo que esconde y soy de los que le gusta admirar las obras de arte con detenimiento y entretenerme con ellas, es lo que hago. Me levanto con ella en brazos, la temperatura exterior es baja como para estar desnudos.

Cuando terminamos en el salón, la llevo a mi cuarto, la abrazo nada más acostarnos.

—Podría acostumbrarme a tenerte siempre en mi cama —confieso.

Se gira para quedar de frente, se pega a mi cuerpo y me abraza. Hago lo mismo.

—No me lo digas dos veces que mañana mismo me instalo. —Bajo la cabeza para descartar que se trata de una broma, me mira sonriente—. Ya sabes, es cómoda. —Palmea el colchón.

Suelto una carcajada, aunque hubiese preferido otra respuesta, me encanta su naturalidad y frescura a la hora de hablar.

—Si es por eso, yo me instalo en el cuarto de invitados.

—¿En el de invitados? —inquire arqueando una ceja—. ¿Es cómodo el colchón?

—Es el mismo, pero más pequeño.

—Bueno, así estaremos más pegados.

Abro la boca para decir algo, la cierro, no quiero meter la pata ya que creo que bromea.

—¿Lo dices en serio? —Al final no puedo contener la pregunta.

Me obsequia con un beso antes de ofrecerme una contestación.

—Bromeaba. —Debe notar la desilusión en mi rostro, porque no tarda en acariciarlo—. Pero con el tiempo no digo que no. Aún es pronto, nos conocemos dos meses y solo nos vemos uno. Todavía no sabemos qué va a ser de nosotros.

—Para mí es tiempo más que suficiente, tengo claro lo que quiero.

Se remueve y no cesa hasta que se aleja, me siento vacío al no sentir su calor. Toma asiento en la cama y sin dejar de mirarme y acariciarme, se sincera.

—No te digo que no lo tengas claro, Lázaro, pero yo no.

Toma una bocanada de aire.

—Cuando nos conocimos te dije que no buscaba nada serio, decirte aquello era porque pensaba que seguía enamorada de mi ex. —Noto el pinchazo en el corazón y duele más de lo esperado—. Pero conforme te conozco, no solo me has hecho ver que no es amor lo que siento por él, es más bien rabia por haberme traicionado de la manera que lo hizo, también me haces ver que mi relación no era tan perfecta como pensaba y que la palabra felicidad y amor abarca mucho más de lo que yo conocía.

Apoyo el codo en el colchón para incorporar el cuerpo y quedar a su altura. Le acaricio el rostro.

—Y si me dejas, puedo ofrecerte mucho más de lo que has visto. Contigo no soy cien por cien yo, me contengo porque noto tus dudas.

Se muerde el labio inferior, al final tendré que decirle el efecto que produce en mí esa acción suya.

—¿Por qué te crees que pongo límites entre nosotros? No quiero dañarte, por lo menos, no intencionadamente. Prefiero aclarar mis dudas antes de dar el paso. Tampoco quiero ser egoísta y pedirte que te quedes mientras yo me aclaro.

—¿Qué solución propones? —No sé si quiero escucharla.

Cierro los ojos, ver su mirada me adelanta las siguientes palabras.

—Dejar de vernos y de hablar.

Niego de inmediato.

—Para mí eso no es una opción.

—Lázaro.

Me incorporo del todo, sujeto su cara con mis manos y la beso. No quiero perderla y si le concedo lo que pide, lo haré.

—Deja que sea yo quien decida qué deseo hacer. Y quiero seguir como estamos, prefiero esto a no tener nada.

—Pero no es justo.

Vuelvo a besarla.

—¿Quién ha dicho que la vida sea justa?

—¿Por qué? ¿Por qué estás dispuesto a arriesgarte? No lo entiendo.

Es hora de confesar algunas cosas, aunque dejaré otras para la siguiente charla.

—Porque me enamoré de ti el primer día que te vi. Lo que me hiciste sentir no lo ha logrado nadie, solo tú. Te lo dije en Blanca, mereces mucho la pena y quiero arriesgarme.

—¿Y si sale mal?

Es algo que ni me planteo, sé que si me deja, nuestra relación tiene futuro y un futuro repleto de felicidad.

—Por lo menos lo habré intentado.

La sujeto por el cuello para besarla, ahora mismo lo único que deseo es hacer esto, solo besarnos y que nuestros cuerpos se encarguen de decir lo que sienten el uno por el otro, ya que a nosotros nos cuesta reconocer lo que ellos ya saben.

Me recuesto encima de ella para prodigarle las miles de caricias que ansío ofrecerle. El alba nos sorprende amándonos por última vez esta noche.

La atraigo conmigo cuando me dejo caer de espaldas en el colchón, no quiero interponer ni un milímetro de distancia entre nosotros, no cuando sé que ella también siente lo mismo por mí, pero aún se niega a verlo.

Capítulo 42

Cuando abro los ojos descubro que otra vez estoy abrazada a Lázaro, desde mi ruptura con Izan no había vuelto a ser capaz de dormir con otra persona, incluso a Ma le cuesta meterse conmigo en la cama los días más fríos de invierno o los que alguna de las dos pasaba un mal momento, pero sin embargo con él soy yo quien busca el calor de su cuerpo.

Cansada por el desgaste físico de la noche, pero feliz como no recordaba, descubro que no me importaría despertar más días a su lado, así se lo hago saber. Reparto besos por su rostro relajado hasta que me regala una sonrisa sin llegar a abrir los ojos.

Decido dejarlo descansar, no es él quien tiene que marcharse a trabajar, para mi desgracia soy yo, tendré que esperar a salir para dormir la siesta un rato. Si hemos dormido una hora es mucho.

Sus manos se aferran a mi cintura cuando no me nota cerca de su cuerpo, no tarda en colocarme encima de él y abrazarme.

—Buenos días, niño. —Saludo ofreciéndole un beso en los labios.

—Buenos días, preciosa —responde con voz somnolienta.

—Si no me sueltas llegaré tarde al trabajo.

Se entretiene en acariciarme la espalda. Por fin me deleita con su mirada, me derrito al ver la intensidad que me dedica.

—¿Y si nos quedamos en la cama y no salimos de ella en todo el fin de semana?

«Ay, Dios, esa sonrisa es peligrosa», pienso mientras niego con la cabeza.

—Que más quisiera, pero he quedado en dos horas con un cliente y todavía tengo que pasar por casa a ducharme y cambiarme de ropa.

Arqueo una ceja al notar cómo la erección toma forma.

Encoge los hombros como toda respuesta.

—Lázaro. —Quiero quejarme, pero suena más a ruego para que no deje de acariciarme—. Voy a llegar tarde.

—¿Por qué no te llevo? A la salida te recojo, pasamos por tu casa, coges ropa y pasamos el resto del fin de semana aquí.

Mi respuesta es un beso. Le agrada ya que con perspicacia se gira para dejarme de espalda contra el colchón, le rodeo la cintura con las piernas, no tardo en arquearme al sentirlo dentro de mí.

—No te haces una idea de lo que me gusta tenerte así —confieso mirándolo a los ojos. Cada vez soy más adicta a él, es algo que no puedo negar.

—Y a mí que te guste.

Pasamos por la ducha por separado, no me fio de hacerlo juntos o al final tendré que llamar al taller para avisar que el cliente espere mi llegada.

Llama mi atención su coche, es un modelo idéntico al que el dueño de la empresa de camiones desea asegurar, no le doy mayor importancia y me acomodo en

el asiento del copiloto.

El trayecto que nos separa lo hacemos en silencio, nuestras manos unidas son las que hablan. A nuestra llegada miro la entrada del taller para comprobar que nadie nos observa, deseo despedirme de él en condiciones pero sin ojos ajenos cotilleando.

—Nos vemos a mi salida —digo cuando pongo fin a la intensa despedida.

—Ya estoy ansioso porque sea la hora de recogerte. —Guiña un ojo con picardía.

Nada más bajarme del coche y cerrar la puerta noto un leve choque contra mi hombro, al desviar la mirada compruebo que se trata de Izan que me acribilla con la mirada.

—Ya te vale —masculla antes de adentrarse al taller.

Deduzco que ha presenciado mi despedida, ¿pero quién cojones se cree que es para echarme nada en cara? No estamos juntos, lo nuestro acabó hace años. Ganas no me quedan de mandarlo a paseo, no puedo creer que me recrimine nada cuando él está casado.

Me despido de Lázaro con la mano cuando se pone en marcha. Controlo los nervios y las ganas de mandar a la mierda a alguien, no quiero que nadie me estropee el fin de semana y al ritmo que comienza la mañana dudo que lo consiga.

Avanzo con decisión al interior del taller, saludo a Fede y porque me lo tropiezo de camino a la oficina, que si no tampoco. Cierro la puerta nada más acceder, me agrada saber que Vicente ha decidido pasar la mañana en su casa en vez de en el trabajo, mejor para mí, así tendré más tranquilidad mental.

Sobre la mesa encuentro un sobre cerrado que tiene puesto mi nombre con rotulador. Lo abro pensando que se trata de un envío de mi jefe, me sorprendo al ver un contrato indefinido a tiempo parcial por las mañanas. Golpeo el cristal de la oficina para llamar la atención de Fede, cuando me mira le hago una seña para que acceda, con una sonrisa en la cara asiente al enseñarle los papeles.

—¿Qué es esto? —quiero saber nada más accede.

—¿Tú qué crees? Te lo he dicho desde que has vuelto, tu puesto de las mañanas te espera siempre y cuando tú quieras volver.

No sé qué me incita a firmarlo, pero lo hago. Estoy harta de levantarme todos los días a las cinco de la mañana y al comprobar que Izan es pasado, me da el valor para aceptar mi antiguo puesto.

—¿Cuándo empiezo?

Sonríe de oreja a oreja.

—El lunes a las nueve te espero, si te retrasas, te lo descuento del sueldo.

—Serás negrero. —Bromeo.

Ya está fuera de la oficina cuando piensa algo y vuelve a acceder.

—Pau me alegra que regreses, pero sobre todo verte feliz.

Me olvido del encontronazo con Izan y me dispongo a trabajar con la alegría que me caracteriza. Conforme llega la hora de la salida la felicidad me invade, sé que el motivo de que sonría de oreja a oreja es debido a mi fin de semana con Lázaro, él es el culpable de mi estado.

A falta de cinco minutos me marchó al aseo, le aseguro a Fede que puede irse con tranquilidad que yo me encargo de cerrar el taller, pero si no lo visito no llego a

casa.

Capítulo 43

—¡Mierda!

Me asomo a través del capo levantado del coche para ver qué le ocurre a Abel y por qué se queja.

Enfoco la vista en el coche negro que hay aparcado en la puerta, debo mirar dos veces para comprender que se trata de Paula acompañada por un hombre moreno que en estos momentos la tiene sujeta por el cuello y comienza a besarla.

Lanzo la llave al suelo dispuesto a ponerle fin a la situación, los celos me dominan y no tengo intención de frenar las ganas de partirle la cara primero a él y después explicárselo a ella. Por lo menos podía tener la decencia de no restregármelo por las narices.

La mano de Fede impide que dé un paso más, él también presencia la escena al igual que el resto de nosotros.

—Como se te ocurra hacer o decirle algo quedas automáticamente despedido — advierte bastante serio.

—¿Ves lo que has conseguido al no dejarme acercarme a ella? La está besando delante de mis narices. —Señalo el lugar del crimen con la mano.

Sacude la cabeza en señal negativa, creo que no está muy contento conmigo, pero me da igual.

—Paula puede besar a quien le dé la gana, que yo sepa está soltera.

—Porque tú te has empeñado en que no hable con ella en el trabajo, si me dejaras hacer las cosas a mi manera ya habría vuelto conmigo.

—Si te dejara hacer las cosas a tu manera estaría destrozada otra vez.

Señala al otro lado de la puerta del taller, cierro los ojos al ver a aparecer a Marta con nuestro hijo.

—Mierda, ¿qué hace esta aquí?

Mi jefe me mira con mala cara.

—¿No me dijiste que habías hablado con ella y que ya no había nada entre vosotros?

Bajo la cabeza, del modo en el que Marta mira el coche donde está Paula y a mí se nota que seguimos juntos.

—Joder, Izan, no cambias. Para ti solo existes tú, tú y tú y a los demás que les den. Sabía que en cierto modo eras egoísta, pero nunca imaginé que tanto. Ya veo que ibas a hacer la misma jugada otra vez, estar con las dos hasta decirte con quién quedarte. Ya te vale, macho.

Se marcha hecho una furia a la otra punta del taller y la otra fiera viene en mi búsqueda. La sujeto por el brazo para separarla de mis compañeros, no quiero que escuchen nada de lo que tengamos que hablar.

—Vayamos fuera —digo cogiendo a mi pequeño en brazos y sacándola del taller.

Agradezco que se mantenga callada hasta que giramos la pared y nos alejamos lo suficiente de mis compañeros.

—¿Qué hace ella otra vez aquí?

Reparto besos por la barriguita de Izan que ríe ante mis carantoñas.

—A mí qué me cuentas, Marta. No soy el jefe, solo un simple mecánico.

—¿Desde cuándo está?

Sigo entretenido en distraer a mi hijo para evitar contestar.

—¿Izan?

—Desde hace un mes. —Al ver que está a punto de entrar en cólera, explico—: Yo me enteré cuando regresé de vacaciones, no sabía nada.

Me arrebató a mi pequeño de las manos.

—Tampoco es que me lo hayas dicho estas dos semanas. Por eso este fin de semana te lo has pasado suplicando que lo intentemos otra vez, quieres tenerme contenta para que no me entere de que estás conquistándola de nuevo.

—No digas gilipolleces, Marta. Lo nuestro nada tiene que ver con ella.

Aunque no ha podido acertar más en la explicación que ha dado, si logro mantenerla lejos del taller sé que puedo reconquistar a Paula, que es con quien quiero estar.

—Vete a la mierda, Izan. La otra vez hiciste lo mismo. Meses antes, cuando intenté romper la relación porque no estábamos bien, te negaste y tuviste el descaro de decirme que no podías estar sin mí y a los meses me dejaste porque te habías enamorado de otra.

—En ese momento no podía dejarte escapar. —Es verdad, no estaba preparado para no hablar con ella, pero no esperaba enamorarme de mi compañera de trabajo.

—Quiero el divorcio —dice antes de marcharse y dejarme con la palabra en la boca.

No puedo creer que escuche otra vez esas palabras de su boca.

Regreso al trabajo tras la insistencia de Fede que comience con la tarea o me vaya a mi casa, que yo decido.

Al pasar por la puerta miro con rabia a Paula que acaba de bajar del coche y no puedo dejar de decir:

—Ya te vale.

Capítulo 44

Para cuando salgo la nave está tenuemente iluminada, solo quedan encendidas las luces de la oficina. Pego un grito al ver un figura salir de detrás de un coche.

—¡Joder, Izan, qué susto me has dado!

—Lo siento, no era mi intención —responde mientras se acerca a mí.

Interpongo distancia entre nosotros, lo que menos deseo es que Lázaro aparezca, nos pille en esta guisa y piense lo que no es.

—¿Qué quieres? —pregunto con frialdad, me molesta su presencia y cada vez más.

—¿Saber cómo te va la vida...?

—De maravilla. —Cortó para acabar con esto de una maldita vez.

Intento esquivarlo para ir a la oficina a por mis cosas, pero se interpone de nuevo en mi camino. La segunda vez que hace lo mismo lo aparto de malas maneras.

No miro por el cristal de la oficina, me importa bien poco si se marcha o se queda, lo único que me concierne es saber si Lázaro está ya en la puerta o no. Saco el móvil para comprobarlo, no tengo ningún mensaje.

Muevo la cabeza de forma negativa al ver a Izan apostado en mitad del taller sin intención de marcharse sin hablar conmigo.

—No sabía que ahora trabajas de comercial. —Improvisa para captar mi atención.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Recorta la distancia que nos separa, doy un par de pasos hacia atrás, no descifro por qué se empeña en estar cerca de mí cuando yo solo quiero interponer distancia entre los dos.

—¿Puedes apartarte? Me esperan —digo exasperada.

Advierto el destello de celos en su mirada.

—¿El mismo que te manoseaba esta mañana?

—Lo que a ti te importará.

—Más de lo que imaginas. —Suaviza el tono de voz y recompone el rostro—. Pau, yo... —Traga saliva, como si le costase decir lo que desea—. Me gustaría pedirte perdón, pero si soy sincero no sé ni por dónde empezar.

Suelto una risa irónica.

—¿No crees que llega tres años tarde la disculpa?

—Dicen que nunca es tarde si la dicha es buena.

Sacudo la cabeza para evaporar los recuerdos, pero no puedo frenar las comparaciones que sin previo aviso me asaltan.

A Izan lo conozco de muchos años y sé qué sería de nosotros, sería todo como antaño. «Antaño», repito. Los recuerdos llegan y hacen que me tambalee, es la primera vez que de verdad observo mi relación con otros ojos y sé que todo es debido

a Lázaro.

Me encanta hablar con él por las noches antes de ir a dormir y los sentimientos ocultos cada día afloran más, lo que hace que mis dudas se despejen por completo. Con él todo es nuevo, la idea de descubrir qué sería de nosotros si yo no pusiese tantas barreras, me llama a gritos.

Los días con Izan eran idénticos, trabajar diez horas en el taller y al salir yo me marchaba a casa y él a la nave con su padre hasta altas horas de la noche. Los fines de semana no diferían mucho de los de la semana, nunca quería salir de casa y cuando lo hacía era solo. Con Lázaro es todo lo contrario, las veces que nos hemos visto siempre ha sido una experiencia nueva y estoy segura de que nada lo frena a la hora de vivir cosas nuevas.

Con mis sentimientos en regla alzo la cara, no percibo cuando se acerca a mí, nos separan escasos milímetros. Intento poner distancia, pero me lo impide sujetándome con fuerza por la cintura.

Veo sus intenciones y no quiero que ocurra, no me perdonaría perder a Lázaro por algo que no deseo que suceda.

—Izan, no lo hagas —advierdo.

Me ignora.

—Pau, cariño, no entiendes que no puedo vivir sin ti —replica acortando más la distancia, puedo sentir su aliento acariciar mis labios.

—Sigues casado y...

No me deja seguir, me corta antes.

—Por ella no siento nada. Es a ti a quién quiero y necesito en mi vida. Es contigo con la quiero y me gusta hablar. Es a ti a quién quiero besar y hacerle el amor cada noche.

—Pero yo a ti no.

Me ignora. Posa sus labios sobre los míos y nada va bien, no noto nada, ni un leve estremecimiento. Me esfuerzo por separarme, él insiste en profundizarlo.

El movimiento de una sombra capta mi atención, abro los ojos al descubrir de quién se trata.

Golpeo con furia a Izan para me suelte de una maldita vez.

—¡Lázaro! —grito para evitar que abandone el taller—. ¡Suéltame! —rujo sin mirar a Izan.

Interpongo las manos entre los dos para obligarlo a separarse, desconcertado y sin saber por qué motivo estoy así, me mira. Lo ignoro y corro. Para cuando alcanzo la salida, lo único que observo es el coche alejarse.

Cubro el rostro con las manos, no quiero llorar pero no voy a tardar mucho en hacerlo.

La rabia me consume al oír de nuevo la voz de Izan.

—¿Quién es Lázaro?

—El hombre del que estoy enamorada y que por tu culpa puedo perder.

No le presto atención a lo que dice, no me importa, lo único que quiero es hablar con Lázaro y explicarle que lo que ha visto es un malentendido, nada más.

Salgo disparada al aparcamiento, pero frente a mi plaza habitual blasfemo.

—¡Joder!

No tardo en sacar el móvil, solo hay una persona que pueda ayudarme en este momento, no tarda en contestar.

—¿Qué pasa, cielo?

—Mabel necesito que me recojas en el taller —pido con celeridad.

—¿Y tu coche?

—En casa de Lázaro.

—¿Y...?

La corto.

—Te doy las explicaciones por el camino, ven de inmediato, por favor.

—En quince minutos estoy ahí.

Las primeras lágrimas mojan mis mejillas, el dolor que noto solo de pensar que puedo perderlo me hace tambalear. Desde el principio me he negado a lo evidente y me ha estallado en las narices de la peor de las maneras.

—Paula, yo...

Me giro como un resorte, no contengo la ira que me domina al escucharlo.

—Vete a la mierda, Izan. No solo me destrozaste la vida hace tres años cuando me enteré de tu engaño, tres años después haces lo mismo. ¿A ti qué cojones te pasa? ¿No piensas en nadie más que en ti?

—Lo siento.

—Y una mierda, tú no sientes nada. Mi indiferencia estas semanas tenía que haberte dejado claro que no quiero nada contigo, pero no, tú tenías que insistir sin importarte las consecuencias.

Me abstengo de decir más cosas y explicaciones, no es a él a quién debo dárselas, es a Lázaro si es que consigo que me escuche.

Mabel cumple su promesa y en un cuarto de hora me recoge, en el trayecto le explico lo ocurrido y por eso vamos dirección a la playa, debo rogar perdón.

Las manos me tiemblan al igual que el resto del cuerpo, no quiero imaginar qué será de mí si lo pierdo. Encontrar la felicidad, pero sobre todo a la persona indicada y perderla por un malentendido no es que me agrade.

—Tranquila, ya verás como todo se soluciona.

Quiero creer las palabras de Ma, pero la decepción que he visto en los ojos de Lázaro cuando han conectado con los míos me avisan de que no será tan fácil.

Abro la puerta antes de que el coche frene, salgo disparada y pulso el botón de su vivienda. Pasados los segundos y ver que no obtengo respuesta, repito la acción a la misma vez que lo llamo por teléfono. Sigo así hasta que los brazos de mi amiga me abrazan por la espalda.

—Lo he perdido —digo rota de dolor.

—No pienses así, cariño. Seguro que mañana te llama y se soluciona todo.

—No has visto su mirada, Ma.

Me derrumbo en sus brazos.

Capítulo 45

Estoy en la puerta del taller a la espera de que salga Paula para irnos cuando un hombre bajo con prominente barriga se acerca.

—Hola, ¿querías algo?

—Espero a Paula —informo.

Me repasa de arriba abajo y asiente de forma afirmativa.

—Está en el aseo, si quieres puedes esperarla dentro, no me agrada que se quede sola en el taller.

—No se preocupe, no creo que tarde en salir.

—Me voy más tranquilo si la esperas dentro.

La idea de que la zona no sea segura me inquieta y acepto la sugerencia.

—En ese caso, no se hable más.

Alarga la mano.

—Soy Fede, el jefe de Paula.

—Lázaro, un placer.

—El placer es mío —afirma mientras me da un fuerte apretón de manos.

Accedo al taller y dos figuras besándose llaman mi atención, me quedo estático al comprobar que se trata de Paula y su ex, porque imagino que es él.

Quiero salir de aquí antes de que me vea, pero levanta la vista y no puedo más que mirarla con toda la desolación y decepción que siento en este instante. Ignoro cuando me llama, lo más rápido que soy capaz llego al coche y lo pongo en marcha, aquí ya no se me ha perdido nada.

Evito ir al apartamento de la playa, su coche está allí y será en el único lugar en el que me busque, no conoce mi otra vivienda. Conduzco hasta llegar al centro de la ciudad para dejarlo atrás y adentrarme en La Albatálía, la pedanía donde se ubica mi otra casa, una urbanización en la que predominan las viviendas unifamiliares con parcelas independientes.

Meto el coche en el garaje, ni incluso a Brig se le ocurrirá buscarme aquí, la verdad es que desde que falta mi abuela casi no vengo por la propiedad, es acceder a ella y todos los recuerdos regresan, lo que logra que la extrañe más si cabe.

La frustración aumenta a cada segundo, cómo he podido ser tan tonto para pensar que podía llevarla a mi terreno, que podía lograr que se enamorase de mí al igual que yo lo estoy de ella. Para Paula solo he sido un pasatiempo, un entretenimiento para hacerle los días más amenos mientras no volvía a los brazos de su ex.

No quiero llorar, ya lo hice demasiado cuando terminó mi relación con Lola, pero la angustia es superior a mi voluntad y las lágrimas se derraman, lo peor es que liberarlas no ayuda para paliar la pena.

Mezo mi cuerpo encogido en el sofá, lo único que deseo es dormirme y despertar cuando el dolor haya remitido, no quiero pasar otra vez por esto y sé que en esta

ocasión será mucho peor, la otra vez mi corazón solo sufrió unos leves rasguños, ahora lo han partido en mil pedazos, son tan pequeños que en la vida se recompondrá.

Capítulo 46

—¿Qué haces aquí, hijo?

La voz de mi padre hace que levante la vista del vinilo con el que estoy entretenido, llevo encerrado casi todo el fin de semana en la nave, no quiero ir a casa y ver cómo Marta recoge sus cosas y las de Izan para abandonarme.

Esos no eran mis planes, mi pensamiento era intentar llevarnos bien mientras recuperaba a Paula. No puedo quitarle la razón a Marta, solo quería utilizarla para que no se entrometiese en mi vida, pero ser una persona calculadora te hace actuar de manera egoísta y es lo que vengo haciendo ya muchos años.

En un principio, cuando me pidió el divorcio el viernes, llegué a creer que solo vacilaba, pero al llegar a casa me topé con las primeras cajas empaquetadas, al preguntarle qué hacía me dejó claro que no quería estar más tiempo a mi lado.

—¿No pensarás que me voy a quedar impasible ante lo que intentas hacer otra vez? —dijo con un odio hasta no mostrado.

—¿Qué más te da? Total ya tienes a otro con el que disfrutar. —Escupí con rabia al recordar las horas y horas que habló con él los días que pasamos en la playa.

Me lanzó lo que tenía en las manos, el peluche preferido de nuestro hijo, a la cara.

—¡Eres el mayor gilipollas con el que me he topado en mi vida! ¡No hay otro, nunca ha habido otro que no seas tú! —gritó fuera de sí.

—Sí, claro. ¿Y el tonto que te traías en la playa me vas a decir que no es con el amante?

—Hablaba con mi jefe, gilipollas. He aceptado un puesto en Madrid para alejarme de ti y asegurarme que no vuelvo a verte. —Se giró para no mirarme—. Maldita la hora que me enamoré de ti —masculló.

Aquellas palabras me llegaron a lo más profundo.

—Desde que empecé contigo te he perdonado todo, pero la culpa fue mía cuando hice como si tal cosa la primera vez que me fuiste infiel, si en ese momento hubiese sido más fuerte todo esto no me estaría pasando. —No se volvió para mirarme a los ojos—. Pero no, fui tan tonta como para pensar que la culpa de que te fueses con otra era mía, que no sabía complacerte como mujer. La realidad es que eres un cabrón que solo se preocupa por sí mismo.

»Cuando me enteré de que estabas liado con tu compañera de trabajo quise anular la boda, pero como las demás veces, me convenciste de que ella no significaba nada para ti. A los pocos meses me dejaste y objetaste que te habías enamorado de ella. —Se giró para mirarme—. ¿Sabe Paula la verdad?

Recorro los pasos que nos separa.

—Me voy el fin de semana, cuando regrese el domingo no quiero verte por aquí

—dije con rabia—. Ah, y ni se te ocurra acercarte a Paula.

—Izan, hijo, ¿estás bien?

Sacudo la cabeza para regresar al presente, miro a mi padre que no deja de observarme con preocupación.

—Sí, estoy bien, no te preocupes. ¿Qué haces un domingo en la nave?

Se coloca a mi lado.

—Lo mismo me pregunto yo de ti.

—No me apetece estar en casa mientras Marta termina de recoger.

Coloca su arrugada mano sobre mi hombro.

—¿Cómo lo llevas? —Se interesa.

—Lo peor es no poder ver a mi hijo todos los días, pero es lo mejor para nosotros dos.

—¿Para los dos o para ti? —inquire sin dejar de mirarme—. Hijo no soy tan tonto como crees y la separación al único que beneficia es a ti, te da vía libre para intentar reconquistar a Paula.

Por primera vez observo mi vida desde la barrera como un simple espectador, ser como soy no me ha beneficiado en nada, todo lo contrario, yo solo sin ayuda de nadie me he perjudicado.

Pensar que por el simple hecho de que una persona esté enamorada de ti te perdonará todo lo que hagas, es lo que me ha llevado a esta situación. Ahora no solo he perdido poder ver a mi hijo cada día al llegar del trabajo, también a su madre, pero lo que más me duele es darme cuenta de que a Paula no la recuperaré en la vida.

—Después de lo ocurrido el sábado, no creo que vuelva a hablarme en la vida.

—¿Qué hiciste hijo?

Apoyo las manos en la mesa de cristal, no quiero llorar, pero me es imposible soportar el dolor al saber con certeza de que la he perdido para siempre.

Como mejor puedo le relato todo el suceso, no sale de su asombro, pero si piensa mal de mí tampoco me lo hace saber. Se dedica a escuchar y poco más.

—Te dije que la dejaras tranquila, pero no me hiciste caso. —Recuerda.

—Es que la echo mucho de menos, papá.

—Uno no sabe lo que tiene hasta que no lo pierde.

Asiento.

Ese maldito refrán me acompañará el resto de mis días, porque sé que tuve a mi lado a la única mujer que podía hacerme feliz y la dejé escapar por no saber afrontar los altibajos que tiene toda relación. En vez de sentarme y hablar con Paula, hice lo peor que pude hacer; serle infiel.

Capítulo 47

Los ojos me escuecen de tanto llorar, incluso me cuesta abrirlos de lo hinchados que los tengo. No he salido de la cama en todo el fin de semana, incluso a la llamada treinta desistí de intentar localizarlo, está claro que Lázaro no quiere saber nada más de mí.

El solo hecho de recordar su nombre me daña. Sujeto con fuerza el lavabo con ambas manos al sentir como si decenas de manos se entretuviesen en estrujar el corazón hasta dejarlo paralizado, el dolor es tan insoportable que no sé si algún día me recuperaré.

Miro el reflejo de mi rostro en el espejo, es devastador, pero es el resultado de mi necesidad. Negar los sentimientos por él es lo que ha provocado esta situación, si no me hubiese dejado llevar por las tontas dudas, quizás Izan no habría intentado nada y ahora estaría en los brazos del hombre que amo y no destrozada por su lejanía.

No reparo cuando Mabel accede al baño, las lágrimas impiden que vea con claridad, solo noto sus brazos acunar mi cuerpo junto al suyo.

—Cariño, en este estado no puedes ir a trabajar. Llama a Fede, estoy segura de que lo entenderá.

Niego, no deseo pasarme otro día acurrucada en la cama sin cesar de llorar, por lo menos las horas que esté en la oficina tendré que contener mis emociones.

—Me vendrá bien. —No soy lo suficiente convincente al decirlo, pero no objeta nada.

Aplico una fina capa de maquillaje para tapar las ojeras instaladas bajo los ojos, no deseo parecer un muerto viviente en mi primer día de trabajo, bastante tengo con que el brillo que desprendía últimamente mi mirada ha desaparecido, pero ante eso nada puedo hacer.

No saludo a ninguno de mis compañeros a mi llegada, todos se sorprenden al ver el estado de ánimo que me acompaña. Bajo el rostro, no quiero preguntas ya que no sé qué contestar. Lo único que deseo es encerrarme en la oficina y que el trabajo pendiente me absorba las horas que debo estar aquí.

Izan intenta en varias ocasiones hablar conmigo, su actitud no es la de días pasados, está más comedido, como si quisiera mantener las distancias y a la vez se arrepintiese de lo que hizo el sábado. No pienso concederse el placer de disculparse, quiero que cargue con el peso de la culpa.

—Paula, corazón, ¿estás bien? —pregunta el bueno de Vicente con cara compungida al verme así.

—Sí, no te preocupes, no he dormido bien.

No me cree.

—Por tu cara diría que más que mal sueño es mal de amores.

Retengo el suspiro como mejor puedo, no deseo ponerme a llorar en el trabajo,

ya que si comienzo no sé si seré capaz de parar.

Agacho la cabeza y centro la atención en las decenas de facturas que esperan ser contabilizadas, no es que sea un trabajo agradable y que haga despejar la mente, pero estar con los codos apoyados en la mesa y recordar paso por paso nuestra última noche tampoco ayuda a comenzar a olvidar.

La mañana llega a su fin y mi agonía por mantener la compostura también. Las dos horas de comida las empleo en desahogarme para aguantar el tirón de la tarde.

El restante de días de la semana son idénticos, en nada difieren los unos de los otros, solo que el dolor cada vez es más intenso al ver que Lázaro no hace el amago de ponerse en contacto conmigo para aclarar el malentendido que nos mantiene separados.

—¿No te marchas a casa a comer? —pregunta Fede en la puerta de la oficina.

Levanto la vista del ordenador y compruebo que son las dos de la tarde del viernes.

—No, hoy como en el bar.

Evito decir que Mabel no estará en casa y no quiero estar sola, mirar el sofá o mi habitación me traen gratos recuerdos de Lázaro y yo amándonos, y solo soporto estar en mi hogar si mi amiga está conmigo.

—Luego nos vemos.

Sé que se queda con las ganas de saber qué me ocurre, pero el martes les pedí a mis dos jefes que dejaran de insistir, que no me pasaba nada.

Cierro la persiana del taller antes de ir al bar, tampoco tengo intención de comer allí, solo pedirle a Victoria que me prepare algo ligero para tomar en la oficina.

Estoy en la barra a la espera de que me sirvan lo solicitado cuando noto que alguien toma asiento a mi lado.

—Hola, Paula.

Suspiro, lo que menos me apetece es que Marta me dé la chapa, no quiero saber nada de su marido y mucho menos de ella.

—¿Qué haces aquí, Marta?

—Quiero hablar contigo, pero hasta ahora me ha sido imposible acercarme a ti.

Giro la cara para mirarla.

—Marta, que no te moleste, pero yo no tengo nada que hablar contigo. Tu marido no me interesa, así que dejarme fuera de vuestros problemas.

—Le he pedido el divorcio.

La miro con otros ojos, no es que me interese para nada los motivos que la han llevado a hacerlo, pero me extraña que haya sido ella quien tome la iniciativa, ya que por su culpa mi relación se fue al traste. Nunca olvidaré las veces que Izan me aseguro que fue ella quien se insinuó hasta lograr su objetivo aprovechando su estado de embriaguez. Aunque ahora debería ser agua pasada, esas cosas no se perdonan con tanta facilidad.

—Lo siento por los dos —digo más por educación que por otra cosa.

—No lo sientas, hace años que debí abrir los ojos, pero estar enamorada, en ocasiones, nos hace más tontas de lo normal.

Evito resoplar, de verdad que no me interesan para nada sus problemas, bastante tengo con los míos.

—Paula sé que crees que fui yo quien se interpuso en tu relación con Izan, al igual que yo pensaba que tú fuiste la culpable de la anulación de mi boda, pero no es así. Nos engañó a las dos y nos hizo creer lo que no era.

No entiendo bien qué me lleva a prestarle atención, pero la sinceridad y sobre todo el dolor con el que me observa me dice que no miente.

Durante de más de media hora escucho sin dar crédito la mentira en la que basé mi relación. Izan me hizo creer cuando empezó conmigo que estaba soltero, nada más lejos de la realidad, rompió su relación un fin de semana antes de que yo me mudase a vivir con él, mientras hizo todo lo posible por mantener contenta a Marta para que no sospechara.

La peor parte viene cuando me relata con pelos y señales lo que sucedió con ellos.

—La primera vez que se acercó a mí fue en las fiestas del pueblo, meses antes de la despedida de Abel, tú ese fin de semana te habías marchado a Blanca. Recuerdo que estaba con un grupo de amigos y amigas, e Izan se aproximó a hablar conmigo en el mismo momento que uno de mis amigos me sujetó por la cintura. Al principio quise ignorarlo, pero cuando me dijo que se encelaba al verme con otro y que seguía enamorado de mí lo creí como una tonta, seguía queriéndolo al igual que el primer día.

Toma un trago de agua para hacer una pausa.

—Durante dos meses quedamos todos o casi todos los fines de semana y me juró que lo vuestro había acabado desde hacía tiempo, no lo cuestioné y sé que tendría que haberlo hecho, no era la primera vez que me mentía, pero pensé que de verdad había cambiado. El día antes de la despedida de Inma y Abel me mandó un mensaje para decirme que los novios habían optado por hacerla conjunta, que esperaba verme en la cena y pasar la noche juntos. Un mes después descubrí que estaba embarazada, el resto de la historia ya la sabes.

Descubrir de esta manera que mi relación se basó desde el principio en una mentira y que fue una detrás de otra, debería cabrearme, pero ni me inmuta.

—Ya da igual, Marta. Izan para mí hace tiempo que pasó a la historia.

—Suerte la tuya, a mí me llevará todavía un tiempo.

—Estoy segura de que lo lograrás antes de lo que imaginas. —Se incorpora para marcharse—. Gracias por decirme la verdad.

—No quería marcharme de la ciudad sin aclarar las cosas.

Nos quedamos unos minutos más hablando, me cuenta sus nuevos planes y me alegro por ella, poner distancia la ayudará a olvidarse de Izan, pero sobre todo a no caer de nuevo en sus mentiras.

La tarde la dedico a supervisar varios de los contratos pendientes que tengo por cerrar, uno de ellos el de la empresa de camiones, redacto el *email* al dueño y adjunto el nuevo contrato, al final le indico el miércoles de la siguiente semana para firmarlo.

El fin de semana decido pasarlo fuera de la ciudad, me vendrá bien alejarme para pensar con claridad. Mabel al saber que tengo intención de marcharme a la masía, no lo piensa, se sube al coche con Manuel, para pasarlo juntos los tres.

Capítulo 48

—No digas tonterías, tío —masculla cabreado Brig en mitad de mi despacho—. ¿Cómo cojones vas a subirte otra vez al camión?

Apoyo la espalda en el respaldo de la silla, llevo toda la semana sin aparecer por la empresa, los días los he pasado encerrado en casa relamiéndome las heridas aún sin cicatrizar.

Tras pensarlo mucho, la mejor opción que veo es volver a retomar mis días como un simple camionero, los kilómetros y la soledad serán la compañía que necesito para recuperarme, no deseo refugiarme en el sexo sin compromiso como la otra vez, ahora todo es distinto y pasará un tiempo antes de que pueda estar con otra mujer que no sea Paula.

—No son tonterías, Brig. El contrato con la nueva empresa alemana está firmado y por el momento no he encontrado un trabajador que me inspire confianza, así que seré yo quien haga los portes.

—Y una mierda, sigue buscando, pero tú no te subes otra vez a un camión a diario.

—Eres peor que una madre.

—Me da igual lo que me digas, no pienso pasar otros cuatro días en la puerta de la UCI a la espera de si despiertas o no.

Entorno los ojos con el recuerdo, tras jubilarse Julián y no encontrar otro trabajador efectivo, opté por encargarme yo mismo de la ruta, a las dos semanas tuve un accidente que casi me cuesta la vida. Cuando me subieron a la planta, Brig me hizo prometerle que no volvería a conducir de forma asidua, solo lo haría si me veía obligado a ello, pero no por voluntad propia.

—Además, ¿qué pasa con Paula? No querías una relación normal con ella, ¿cómo la vas a tener si vuelves al camión? Estarás más días fuera de la ciudad que dentro.

Escuchar su nombre me daña, es tan profundo el dolor que debo cerrar los ojos para intentar que pase lo antes posible. Sujeto con fuerza los reposabrazos, lo único que pido es que esta angustia pase rápido, aunque sé que no será tan fácil ya que jamás me olvidaré de ella, ha calado tan profundo en mí, que nunca lograré arrancarla de mi corazón.

—Briz, ¿qué me ocultas? —inquiere cabreado, es la primera vez que veo a mi amigo tan serio.

Niego con la cabeza, lo que menos deseo es hablar del tema, si hago como que no existe, no es real y antes pasará todo. Lo malo es que de esta manera no la expulsaré jamás y no podré fijarme en otra mujer.

Miro el reloj y compruebo que es hora de partir si deseo llegar a tiempo, salgo del despacho sin atender a todas las preguntas que mi amigo hace, ni siquiera puedo

responder a una ya que no le presto atención, todo mi interés está centrado en el trabajo, para mí es la mejor terapia que existe para olvidar las penas.

—Claudia si hay algún contratiempo en mi ausencia llámame a este número, por favor. —Le dejo la hoja donde he anotado el número de mi abuela, después de un año no he sido capaz de darlo de baja, ahora me va bien para llevar el mío apagado y así evitar la tentación de llamarla.

—De acuerdo, señor Briztam. —Me hace entrega de la hoja de ruta—. ¿Para cuando tiene previsto regresar?

Leo la ruta, calculo el tiempo al ver en las ciudades que debo parar.

—No lo sé.

No le agrada la respuesta.

—Que tenga buen viaje, señor.

—Gracias, Claudia.

Abandono las oficinas para salir al amplio aparcamiento donde se encuentran los camiones estacionados. Voy directo al recién adquirido, será con él con el que haga el viaje que me tendrá fuera de la ciudad cinco días.

Escucho los pasos de mi amigo a mi espalda, sé que hasta que no le responda a la pregunta no tiene intención de largarse, lo que no sabe es que lo haré una vez esté subido en el camión y listo para partir, lo que menos necesito ahora es que me diga eso de te lo dije. Lo aprecio demasiado, pero no estoy para que me toquen los huevos.

Voy directo a la parte trasera del tráiler, compruebo que el precinto está intacto y que coincide con el que llevo anotado en la hoja, si no concuerdan hay que volver a precintarlo o no admitirán la mercancía a mi llegada.

Quedo sorprendido al no ver a Brig detrás de mí, lleva desde que abandonamos el despacho siguiéndome como si fuese un perro faldero. Me agrada saber que se ha dado por vencido, resoplo al girar y verlo apostado junto a la puerta del conductor.

—¿Pensabas que me iba a marchar sin obtener contestación? —inquiere bloqueando la puerta—. Ah, no, macho, nos conocemos muchos años y sé lo que intentas.

—No sé de qué hablas, Brig. —No quiero perder la paciencia, pero si no se aparta acabará con ella.

—Claro que lo sabes —objeta—. Lo malo de conocernos tantos años es que sabemos de que manera actuamos y esperas subirte al camión para decirme que te ha pasado con Paula. Así no te doy la brasa.

No tengo el cuerpo para bromas, pero no puedo evitar mostrar una sonrisa, el jodido tiene más razón que un santo.

—Tú alucinas. No me ha pasado nada con... —Hago una mueca, no puedo nombrarla de lo que duele.

—Ya, por eso tienes esa cara de perro y no puedes ni decir su nombre.

—Se acabó, ya no hay Paula. —Me esfuerzo por decir su nombre, al decirlo es como si miles de agujas se clavasen en mi garganta—. ¿Contento?

Logro apartarlo y abrir la puerta. Subo de inmediato sin esperar su respuesta, está tan sorprendido que no es capaz de emitir palabra alguna.

Arranco el vehículo y meto primera. Bajo la ventanilla.

—Cuida de esto por mí. —Señalo mi empresa.

—Espera, espera —pide serio—. ¿Cómo que se acabó? ¿Qué quieres decir?
Lo miro de soslayo.

—Está claro, lo nuestro ha pasado a la historia. A partir de ahora ella su vida y yo la mía.

—Pero ¿qué ha pasado?

Pienso si decirle la verdad o no, decido no mentir, nunca lo he hecho y ahora no va a ser distinto.

—Ha vuelto con su ex.

Abre la boca sorprendido.

—¿Qué dices, loco? Eso es imposible, la noche que cené con ella me dijo que no sentía nada por él.

—Pues te mintió.

—No lo creo, parecía muy sincera cuando lo dijo.

—Cuando fui a recogerla el sábado pasado los vi besándose.

Pone la mano en la ventanilla para evitar que me marche.

—Briz, amigo, tiene que ser un error, no solo me dijo eso, también me confesó que estaba enamorada de ti.

Cierro los ojos para evaporar el dolor.

—Pues en eso también te mintió.

Piso el acelerador después de quitar la mano de Brig de la ventana y pongo rumbo a Alemania, estos días me vendrán bien para comenzar a olvidar.

Capítulo 49

Al igual que varias dependencias de mi casa, el porche trasero de la masía me trae tan gratos recuerdos de nosotros dos juntos que lo evito a toda costa, bastante tengo con llevarlo impregnado en la piel como para martirizarme más de lo que estoy.

Instaladas en el porche delantero, Mabel y yo nos relajamos en las sillas mientras el pequeño Manuel juega en su manta de juegos.

—¿Cómo estás? —Se interesa Ma.

Encojo los hombros, no sé describir con palabras cómo me siento.

—Estoy —digo escueta, al ver su cara, agrego—: Por lo menos ya no lloro a cada segundo, ahora puedo estar una hora entera sin derramar una lágrima.

—¿Has podido dar con él?

Cierro los ojos, no sabría decir la de veces que lo he llamado esta semana, la de mensajes sin llegar que tiene acumulados en el móvil y las veces que me he acercado a su casa.

—Nada de lo que he hecho ha surgido efecto. El teléfono siempre está apagado o fuera de cobertura y en su casa tampoco está.

Coge mi mano y ejerce fuerza, le agradezco el gesto con una sonrisa.

—¿Y lo otro cómo lo llevas?

Anoche de camino a la masía le conté todo lo que Marta me había confesado a mediodía.

—Si te soy sincera ni me importa, ahora mismo solo pienso en mi metedura de pata con Lázaro, si me hubiese dado cuenta antes de mis sentimientos esto, lo mismo, no estaría pasando.

—Cariño, no puedes martirizarte con eso y menos culparte. Sabemos de sobra quién es culpable y esa no eres tú.

Pienso en Izan y me enervo, llevo toda la semana planteándome si seguir con mi puesto de administrativa por las mañanas, no quiero verlo ni estar cerca de él, no tuvo bastante con dañarme una vez con sus mentiras y juego de manipulación, que tres años después regresa a mi vida para hacer lo mismo, pero esta vez ha ido demasiado lejos, me ha separado del amor de mi vida.

—Voy a dejar el taller —empiezo a decir—, también he hablado con tu tío, nada más logre firmar el contrato que tengo pendiente tampoco iré por las tardes, no quiero verlo porque si me habla no respondo.

—¿Y qué vas a hacer?

Encojo los hombros, sé que no puedo permitirme el lujo de perder ninguno de los dos trabajos si deseo mantener la propiedad de mi padre, pero no estoy dispuesta a topármelo cada día y que se comporte como si no hubiese hecho nada malo.

—No lo sé.

Los jolgorios de Manuel hacen que miremos a la entrada de la finca, Jesús

accede con una bolsa en las manos.

—Hola, niñas, os traigo un tentempié —dice a la vez que deja la bolsa encima de la mesa—. ¿Cómo está mi pequeñín?

Coge a su nieto en brazos, toma asiento con nosotras y se dedica a jugar con el niño que no cesa en reír ante las caricias de su abuelo.

—Hablaré con mi tío, siempre puede trasladarte a otro taller y mandar allí a otro comercial.

—¿De qué habláis? —Se interesa Jesús.

—Paula se plantea dejar el taller y también las tres tardes que va por MultiServi, si hace eso, lo más probable es que el tío quiera despedirla.

El hombre me mira con cariño, es lo que tiene que me conozca desde que nací, así son los pueblos, que todos nos conocemos. No soy tan ingenua para no saber que el trabajo de administrativa lo obtuve gracias a él, es amigo de Fede y le pidió el favor de que contratara. Si dejarme el dinero para salvar la propiedad no fue suficiente, el hombre también me procuró un puesto estable para sobrevivir cada mes.

—¿Por qué no acondicionas el antiguo despacho de tu padre y abres aquí un bufete de abogados? No hay ninguno en el pueblo y siempre es bueno tener uno cerca.

La idea me parece algo irrisoria, desde que me licencié no he ejercido, lo máximo que he hecho ha sido preparar alguna que otra demanda en el taller, pero solo eran para asustar a los malos pagadores, que al verlas no tardaban en abonar las facturas pendientes.

—Papá, por favor, hablamos en serio.

—Yo también. —Se defiende el hombre—. Pau, cariño, míralo de este modo. ¿Cuántas fincas hay en el pueblo?

—Demasiadas —contesto.

—Solo con las gestiones de las herencias, que todos se tienen que ir al pueblo vecino si desean abogado, tendrías clientes todo el año. Además, aquí la gente también se divorcia, no solo en la capital.

Conforme se explica la idea no me parece tan descabellada. No me haría millonaria, pero me rentaría lo suficiente para sobrevivir y pagar la deuda.

—Y cuenta que aquí también tenemos talleres mecánicos, podrías seguir con los servicios que ofrece la compañía de mi cuñado.

—Tendría que desempolvarme antes de poner en marcha el despacho —digo cavilando cómo hacerlo—. Pero no me parece una mala idea, no tengo ganas de trabajar bajo el mandato de nadie, ya estoy cansada de darle más beneficios a mi jefe que a mí misma.

—¿En serio te lo planteas? —pregunta incrédula Mabel.

Asiento.

—Es de locos —agrega con la misma estupefacción—. Sin contar que ya no vivirías en la capital.

Encojo los hombros.

—Me gusta la tranquilidad con la que se vive aquí, lejos del ajetreo de la ciudad.

—Ese es otro beneficio de regresar al pueblo —añade Jesús.

—Papá, por favor, no le des más ideas —se queja.

El hombre levanta una mano en son de paz.

—¿Por qué? No es mala opción. Y si quiere, puede alquilar habitaciones a los turistas, la casa es grande para ello.

—Eso, tú anímala más todavía.

Sonríó por primera vez en toda la semana, por eso me gusta el pueblo, porque aunque tenga malos momentos, aquí las cosas se ven de otro modo y el estilo de vida es más sencillo que en la ciudad.

—No me agrada la idea de compartir la casa con desconocidos —digo para que padre e hija no sigan enfrentándose—. Pero las fincas sí podía arrendarlas para que algún vecino las trabaje, no darán mucho, pero menos es nada.

—¡Ay, Dios, esto es una hecatombe! —Mabel se lleva las manos a la cabeza alarmada.

—No seas exagerada, Ma —digo sin contener la risa—. Míralo por el lado bueno, tendrás la casa de Murcia entera para ti. —Le guiño un ojo.

Se levanta cabreada de la mesa, comprendo su postura, si decido hacerle caso a su padre se acabó el vivir juntas, las noches cerca del bidón y muchos más momentos inolvidables que hemos vivido estos dos últimos años.

—¡Vete al cuerno! —objeta a la vez que coge a su hijo en brazos y se adentra en casa.

Jesús y yo la vemos marchar en silencio.

—Le costará aceptarlo, pero al final comprenderá que es lo mejor para ti.

Se incorpora con lentitud, su cadera hace años que le pasa factura, me obsequia con un beso en la coronilla antes de regresar a su casa.

El fin de semana lo dedico a contentar a Mabel, sigue enfadada conmigo, cada vez que me pregunta si voy a hacer caso del consejo de su padre respondo lo mismo; sí. En la ciudad no se me ha perdido nada, solo tendré a Mabel y Lidia, pero a ellas sé que no las perderé en la vida y para qué negarlo, estamos a menos de una hora de trayecto, podremos vernos cada vez que queramos.

Nuestra llegada a la ciudad se palpa incómoda, Mabel no ha dicho una palabra desde que hemos salido de Blanca y sigue sin hacerlo. Va a directa a su cuarto con Manuel dormido en sus brazos. La miro ansiosa, deseo hablar del tema, pero ni se digna a mirarle a la cara cuando cierra la puerta.

Espero apostada en la entrada a que acueste al pequeño y decida salir, pasada la media hora y ver que no tiene intención de hacerlo, doy toques suaves en la puerta para llamar su atención. Sale del cuarto y va directa al patio. Me extraña verle un paquete de tabaco en las manos, juraría que es el mismo que me quitó hace semanas.

Voy a la cocina a por algo de bebida antes de reunirme con ella. Miro por la ventana y la veo instalada junto al bidón que ya muestra los primeros síntomas de vida. Al no tener ni idea de qué pasa por la cabeza de mi amiga, a parte de dos cervezas también cojo la botella de tequila, quizás sea necesaria.

Me acomodo a su lado, le entrego un botellín sin llegar a mirarla.

—Prefiero tequila, pero... —Encoge los hombros.

Acepta la bebida con cierto recelo al comprobar los pocos grados de alcohol, aun así se lo lleva a los labios.

Le enseño la botella de tequila, aprieta los labios para no mostrar la sonrisa.

—¿Qué se supone que voy a hacer sin ti? —pregunta al tercer trago directo de la botella de tequila.

Se la arrebato de las manos, también voy a necesitar un par de tragos.

—Míralo por el lado bueno, ya no tendrás que pagar un habitación de hotel o quedarte en el club cuando quieras una noche salvaje. —Intento bromear aunque no lo consigo.

—Vete a la mierda —masculla enfadada.

—Ma, por favor, mírame —pido.

Tarda un buen rato en concederme el deseo.

—Si mi relación con Lázaro hubiese... —me quedo callada, recordar que jamás ocurrirá me contrae el corazón y el dolor es insoportable—, ya sabes a qué me refiero. También me habría ido tarde o temprano a vivir con él y te dejaría sola.

—No es lo mismo —objeta—, sabes de sobra que nunca me interpondría en tu felicidad, pero esto es distinto. No te vas de casa porque te vayas a vivir con tu pareja, te marchas porque la has perdido y eso es lo que me duele, que no seas capaz de rehacerte del daño estando aquí conmigo.

—No digas tonterías, sabes que sí puedo recomponerme contigo, recuerda que ya lo hice una vez, puedo hacerlo dos.

—Entonces, ¿a qué viene ese empeño?

—Aunque no lo creas, me apetece regresar, me gusta ese estilo de vida relajado.

—Admítelo de una vez, te vas por Lázaro.

No puedo quitarle la razón.

—En parte sí, pero mi decisión no está basada solo en eso. Desde que llegué aquí no me ha ocurrido nada bueno. —Me mira inquisitiva—. Venga ya, Ma, nos conocemos desde que llevábamos pañales, no ha sido en la ciudad donde se forjó nuestra amistad, fue en el pueblo.

—Me he acostumbrado a vivir contigo y tener ayuda con Manuel. Además, ¿y con quién hago ahora nuestros rituales?

Sonrío.

—Ma no me voy a Laponia, viviré en Blanca. ¿Qué se tarda en llegar y hacer nuestros rituales?

—Poco —admite.

—¿De verdad piensas que porque ya no vivamos juntas te vas a librar de nuestras noches de tequila y quemar cosas?

—Espero que eso nunca pase.

La abrazo.

—Jamás dejaremos de hacerlo.

—Y cuando no puedas o no quieras venir, ¿qué?

Tengo la solución para eso.

—Le he pedido a tu padre que instale el viejo bidón de agua en el jardín de la piscina. Tu habitación y la de Manuel siempre estará encantada de acogeros días, semanas o meses.

—¿Cuándo comienzas a recoger?

—Mañana.

Da un largo trago al tequila antes de pasarme la botella. Pasamos el resto de

horas hablando y observando el fuego que desprende el bidón, aunque esta noche solo se ha encendido para darnos calor ya que no tenemos nada que quemar.

—Te voy a echar mucho de menos —confiesa en la puerta de su cuarto una vez acabada la velada

—Y yo a vosotros.

Nos fundimos en un abrazo antes de despedirnos hasta el siguiente día.

Capítulo 50

—Lázaro, ¿estás bien?

La voz de Pepe me llega amortiguada, el cansancio se hace palpable a cada segundo que pasa, hace poco menos de una hora que he bajado del camión, eso sí, antes de aparecer por la empresa me he asegurado de que el pesado de Brig no revoleteaba por las dependencias, y en vez de marcharme a casa a descansar, he venido directo al cementerio.

—Sí, Pepe, estoy bien.

—No tienes buena cara.

—Estoy cansado, acabo de llegar de viaje.

—¿Tienes algún empleado de baja?

Niego con la cabeza.

—¿Entonces?

No deseo explicar mi vida sentimental al florista por muchos años que lo conozca, no estoy preparado para hablar de Paula, es pronto para que el dolor remita.

—He firmado un nuevo contrato y todavía no he encontrado a nadie que me inspire confianza para hacer la ruta.

—Perdona mi descaro y por meterme donde no me llaman, pero estoy seguro de que a tu abuela no le agradaría nada la idea de que vuelvas a conducir de continuo.

—Lo sé —admito.

Los recuerdos de ella quejándose con Pepe de que su nieto llevase el mismo estilo de vida que el de su querido marido me invade. La añoranza logra que el corazón se me contraiga aún más, lo que daría por poder abrazarme a ella y que sus cuidados y mimos se lleven la amargura del mal de amores que me embarga días.

—Va a ser algo temporal, hasta que... —me callo de golpe, no puedo siquiera hablar de ello.

—Entiendo. Hasta que el corazón se reponga.

Lo miro asombrado.

—¿Pero...?

—No es necesario que lo digas, tu mirada se encarga de decir a gritos que te lo han roto.

—Así es.

Me sorprende verlo salir de detrás del mostrador y cerrar la puerta del pequeño puesto.

—¿Te hace un café? —Señala el bar que hay frente al cementerio.

Asiento.

No hablamos nada más hasta solicitar los cafés e instalarnos en una de las mesas que dispone el local.

Sin saber bien a qué se debe, me veo hablando con Pepe de mi relación con Paula. Le cuento cómo la conocí, la apuesta que hice con Brig para intentar conquistarla, la felicidad que sentí en la primera cita y cómo crecía conforme

hablábamos con más asiduidad y nos veíamos. Relato, sin esconderme, los planes que tenía para conquistarla y hacerla tan partícipe de mí que jamás se quisiera separar de mi lado. Me mantengo impassible durante toda la explicación hasta que me toca recordar el mediodía del sábado, cómo mi felicidad por volver a verla y tenerla en exclusividad el resto del fin de semana se vino a abajo cuando la vi en los brazos de su ex. También le relato lo que me dijo Brig antes de marcharme de viaje.

—¿Has intentado hablar con ella?

Le dedico una mirada un tanto asesina.

—¿Acabas de escuchar lo que te he dicho?

—Sí —afirma rotundo—. Pero ¿quién te asegura a ti que todo no es más que un malentendido?

—Tú también, no. Bastante tengo con mi amigo.

Brig se ha comportado esta semana, no ha obligado a Claudia para que le dé el número que llevo activo, pero a través de ella sí que me ha enviado mensajes, ya que no creo que sean de ella, porque en todos ponía la misma palabra; Gallina.

—Piénsalo. —Al comprobar que no tengo intención alguna de hacerlo, agrega —: Según te dijo tu amigo, le confesó que estaba enamorada de ti y tú mismo me has dicho que las veces que has estado con ella, la impresión que tenías es que sus sentimientos eran tan reales como los tuyos. ¿No te has parado a pensar que es probable que no fuese ella quien lo estuviese besando sino al contrario?

Desecho la idea. Sé lo que vi, y ella estaba tan aferrada a él como él a ella.

—No, Pepe, sé lo que presencié y te aseguro que era cosa de dos no solo de uno.

El hombre da por buena mi explicación porque cambia de tercio. El resto del café hablamos de negocios.

En la visita a la tumba de mis abuelos no logro el efecto deseado, no hallo esa paz que esperaba encontrar, la sensación cuando me marché es aún peor. Las palabras de Pepe hacen que me plantee las cosas.

Por la noche, harto de darle mil vueltas a la misma escena, admito que Paula lo único que hizo fue utilizarme. Con esa idea aún rondándome vuelvo a subirme al camión a primera hora de la mañana.

Capítulo 51

—Llegas tarde. Que sepas que te lo descontaré de la nómina. —Bromea Fede nada más aparezco a media mañana por el taller.

Lo miro apenada, no sé cómo darle la noticia.

—¿Podemos hablar?

Se le borra la sonrisa de golpe.

Son con los segundos jefes que me toca hablar esta mañana, antes de venir al taller he ido a ver a Tobías, otro al que no le ha agradado la idea de perderme como empleada. Al final hemos llegado a un acuerdo beneficioso para ambas partes, en la parte de los seguros seré asesora exclusiva de MultiServi, ello significa que no podré ofrecer otros servicios que no sean los de mi actual empresa. Los beneficios de convertirme en exclusiva son más elevados que al ser empleada contratada.

—¿Qué ocurre, Paula?

—En la oficina, por favor.

No desvío la mirada, por el rabillo del ojo veo a Izan salir del coche y no necesito mirarlo a la cara para saber que no me quita la vista de encima.

Vicente se incorpora alarmado cuando ve el rostro desencajado de Fede al acceder a la oficina.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Me da a mí que nada bueno —responde Fede.

Noto que su mirada no está centrada en nosotros, sino en Izan que sigue parado en mitad del taller.

Le entrego a Vicente el papel del cual ninguno de los ha reparado hasta el momento.

—Es mi dimisión.

—Otra vez no —escucho mascullar a Fede que no tarda en abandonar la oficina hecho una furia.

Ni su socio ni yo entendemos nada, pero nos alarmamos al escuchar los gritos que le prodiga a Izan, cual de todos los insultos son peor. No sé qué me impulsa a salir de la oficina y mentirle a Fede.

—Te lo dejé bien claro que en esta ocasión si tenía que perder a uno de los dos, serías tú y no ella. Vete de aquí y no vuelvas ni para reparar el coche.

—¡Fede! —Tengo que alzar la voz para imponerme sobre la suya—. Izan no tiene nada que ver con mi decisión.

—No me jodas, Paula. Estoy seguro de que él es el culpable de todo.

—Te equivocas, has salido hecho un basilisco y no me has dejado explicarme.

—No lo defiendas, no se lo merece. Lo único que se merece es que lo ponga de patitas en la calle por egoísta.

No lo miro, de hacerlo no sería capaz de mantener la mentira por más tiempo. Sé que tiene toda la razón y que Izan no merita ni una pizca de misericordia, pero no soy él, no me gusta ir por ahí dañando a la gente sin compasión alguna como él hace. Imagino que la lástima que le tengo es saber que bastante ha perdido ya, saber que no

va a ver a su hijo a diario es el mayor castigo que podía tener.

—Llevo tiempo con la idea de montar mi propio negocio. Fede aquí lo máximo que hago es contabilizar facturas y reclamar las pendientes. Aunque sé que nunca voy a tener unos jefes como vosotros y no voy a vivir lo suficiente para agradeceros que me contratarais aunque no era el perfil de chica que buscabais...

—Te contraté porque valías —me interrumpe.

—Fede que Jesús me lo confesó, me contrataste porque él te pidió el favor.

Se sonroja.

—Pero has demostrado con creces tu valía.

Lo abrazo, es la primera vez que me nace este gesto con él, aunque le debo mucho más que eso.

—Gracias por todo, pero es hora de vivir mi vida y no la que me impusieron.

Sabe a qué me refiero, conocen la deuda que me dejó mi madre antes de desaparecer.

—¿Y qué tienes pensado hacer? —cuestiona Vicente.

—Voy a abrir un despacho, esta visto y comprobado que la ciudad no es para mí, así que regreso al pueblo.

Todas las miradas se centran en Izan y la suya en mí. Me agradece el gesto y por primera vez, desde que lo conozco, hasta me atrevo a decir que es sincera. Que no hay más trasfondo que un simple agradecimiento por salvarle el culo después de todo.

—¿Qué pasa con el contrato pendiente que tienes? —Quiere saber Fede más calmado.

—No pensarás que voy a dejaros tirados después de todo, ¿no?

—Nunca pensaría eso de ti.

—No me desvincularé de vosotros hasta que no lo firme, pero la mayoría de gestiones las haré desde casa. Solo vendré un par de horas al día, sin cobrar —agrego.

Capítulo 52

Los días transcurren tan lentos que por momentos pienso que no avanzan y estoy estancado en la misma franja horaria, en esa que mi vida se desmoronó por completo. Desde el lunes mi existencia es aún es más patética, tenía la certeza de que después de mi gran metedura de pata jamás reconquistaría a Paula, pero me conformaba con verla en la oficina a diario, ahora ya ni eso, porque he vuelto a provocar que se marche de nuevo.

Han transcurrido dos días en los que me salvó de perder el puesto de trabajo, aún sigo dándole vueltas a por qué me defendió, cuando soy el único culpable de su marcha, nuestro jefe estaba en lo cierto, pero ella lo sacó de su error.

Opto por marcharme solo a almorzar, aunque a decir verdad, desde el lunes hay un ambiente raro en el trabajo, ni Abel se comporta de igual modo que siempre. Me acoplo en la barra, no me gusta sentarme solo en una mesa.

—¿Qué va a ser?

Percibo acidez en el tono de Victoria al hacer la pregunta.

—Lo de siempre.

—¿Traición o cobardía?

Me muerdo la lengua, no es lugar para hablar.

—Victoria. —Es lo máximo que digo.

—¿Me vas a decir que no tengo razón?

—Metete en tus asuntos, bastante tengo yo encima.

—¿Le has dado las gracias por lo menos?

La miro sin comprender.

—A Paula —replica—. Después de enterarse de la verdad de lo ocurrido con Marta y que le hayas destrozado la vida otra vez, aun así ha salido en tu defensa para que no te despidan. Lo mínimo que puedes hacer es agradecerse.

—Dudo mucho que quiera verme y hablar conmigo.

—Está claro que no te perdonará, pero, por una jodida vez en tu vida, compórtate como un hombre y no como un puto niño malcriado.

Deja sobre la barra el bocadillo que tomo a diario y no vuelve a dirigirme la palabra, ni me responde a la despedida cuando me marchó del bar.

Me despido de mis compañeros al terminar la jornada. Conduzco de regreso a casa aunque las palabras de Victoria logran que algo dentro de mí se revuelva. Hago un cambio de sentido, antes de encerrarme en la solitaria casa he de hacer algo que tenía que haber hecho hace años.

Aparco frente a la casa de Paula y los nervios hacen acto de presencia. No tengo la menor duda de si está y si está sola o acompañada.

Me armo de valor antes de alargar la mano para tocar el timbre.

—¿Qué haces en mi casa?

Bajo la cabeza, me avergüenza mirarla a los ojos.

—Agradecerte que me salvarás el culo en el trabajo.

—No tienes que agradecer nada, no vi justo que los dos nos quedásemos sin

trabajo.

—No merecía otra cosa, por mi culpa vuelves a despedirte.

No me quita la razón.

—¿Algo más?

—Sí. —Inhalo profundo—. Sé que las disculpas llegan tres años tarde, pero no te haces una idea de cuánto me arrepiento de lo que hice, mi egoísmo me hizo perder lo único bueno que he tenido en mi vida; a ti. También me arrepiento mucho de que por mi culpa te pelearas con tu novio, no espero que me perdones, pero quizás algún día...

—¿Algún día qué? ¿No pensarás que voy a volver contigo?

Niego con la cabeza.

—Sé que eso no va a ocurrir, Pau, aunque lo deseo con toda mi alma, pero lo mismo con el tiempo sí que podemos ser amigos.

La risa que muestra es sarcástica, algo que me daña.

—Hazme un favor, Izan, si no quieres que le diga la verdad a Fede, no vuelvas a aparecer por mi vida nunca más. Esa será nuestra amistad. Hasta nunca.

Me cierra la puerta en las narices, no merezco otra cosa.

Capítulo 53

Es viernes y espero de corazón poner fin a mi paso por Talleres ViaCondo. No miro en dirección a Izan cuando accedo, no le he dicho a nadie, ni siquiera a Ma, que vino a casa a rogar perdón y encima tuvo la poca vergüenza de pensar que algún día podíamos ser amigos. Está apañado si cree que eso va a ocurrir.

—Me alegra verte por aquí —dice Fede nada más verme.

—Si todo va bien, hoy será el último día, en una hora he quedado con el señor Briztam para firmar el contrato.

Asiente no convencido. Lo escucho mascullar de regreso al coche que está reparando.

No alcanzo la oficina cuando escucho un acento italiano a mi espalda.

—Buenos días, Paula.

Me giro y en la entrada está mi cliente sin dejar de observarme.

—Buenos días, Francesco. —Saludo cuando estoy frente a él.

Muestra una bonita sonrisa, pero hoy no surge el mismo efecto que la primera y única vez que nos hemos visto, no lo veo tan imponente como aquel viernes. «Será cosa del enamoramiento», me digo.

—Lo siento, pero no tengo el contrato listo, no lo esperaba hasta dentro de una hora.

—No te preocupes por eso. —¿Lo veo nervioso o es mi imaginación?—. ¿Tienes tiempo para un café?

—Por supuesto. Dame dos minutos, conecto el ordenador y así cuando regresemos iremos más rápidos, no quiero hacerte perder tiempo innecesariamente.

Me sujeta de forma delicada por la muñeca.

—No es necesario que conectes el ordenador.

Me extraña la respuesta, pero me dejo arrastrar por él hasta que abandonamos el taller. Lo llevo al bar donde desayunaba cada día, Victoria al ver a Francesco abre la boca de tal manera que estoy segura de que la mandíbula se le ha desencajado. Evito reír, a mí me ocurrió lo mismo la primera vez.

Nos acomodamos en una de las vacías mesas, a estas horas la mayoría están libres hasta la hora de la comida. Tras pedir un café solo y un manchado, comienzo a aclararle los puntos del contrato que se supone aún tiene dudosos.

—Espera, Paula, no he venido por el contrato. Hay algo que debes saber.

Lo miro extrañada y el miedo a que no desee firmar con nosotros se hace palpable en mí ya que las manos comienzan a temblarme, necesito esa comisión para llevar a cabo mi plan de independizarme profesionalmente.

—¿No me digas que has firmado con otra empresa?

Se apresura a negar.

—No. —Ríe con cierto nerviosismo—. No se trata de eso.

—¿Entonces? ¿Es por la prima anual, coberturas, servicios...? Todo eso se puede revisar.

Carraspea.

—Tampoco. —Toma un sorbo de café—. Prométeme que te quedarás sentada hasta que termine de hablar.

Ahora sí que estoy nerviosa, no saber qué desea revelarme hace que mi mente imagine miles de cosas y cada una peor que la otra.

—Mi apellido es Brignoli, no Briztam como te he hecho creer —comienza a explicarse.

Me relata cómo comenzó toda esta disparatada historia. Que en realidad él es el dueño de la empresa de seguridad que se encarga del edificio de MultiServi, que un día le tocó hacer el turno de tarde porque no disponía de personal y Lázaro fue a visitarlo para que le fuese más amena la jornada. Fue en ese preciso momento cuando me conoció y según afirma, cuando se enamoró de mí, lo que conllevó a que ambos amigos hiciesen una estúpida apuesta; intercambiar sus empresas.

No puedo más que sorprenderme al saber todo lo que Lázaro hizo solo por llamar mi atención y conseguir una cita conmigo, sonrió como una tonta enamorada, ya que la revelación de su amigo no me molesta, todo lo contrario, me halaga.

Pero cuando más me sorprende es al saber que Lázaro, mi Lázaro, es el dueño de la empresa con la que llevo más de un mes negociando, también me asegura que firmar conmigo nada tiene que ver con nuestra relación, que me escogió por profesionalidad, algo que me enorgullece.

—¿Qué ocurrió aquel sábado?

Está en su derecho a preguntar, no tardo en ofrecerle la versión de los hechos, la real no la inventada por la mente de Lázaro.

—Como verás, todo fue un simple malentendido.

—Es que lo que imaginaba, la noche que cenamos juntos supe que tus sentimientos hacia el capullo de mi amigo eran reales.

—No te haces una idea de cuánto.

Hay algo que no me cuadra y no es referente a la apuesta que hicieron.

—Francesco, ¿por qué has venido a verme?

Baja la mirada para hablar.

—Esta es la segunda semana que está subido en el camión y no tengo noticias tuyas. Por muchos mensajes que he obligado a Claudia, su secretaria, a enviarle para ver si de ese modo llamaba su atención y se ponía en contacto conmigo, no lo he logrado. Paula la última vez que hizo algo así estuvo cuatro días en la UCI, no quiero que cometa una locura y perder a mi amigo.

Me llevo las manos a la boca, la revelación logra que entre en pánico. Una cosa es que Lázaro no quiera saber nada mí, otra bien distinta es pensar que puede ocurrirle algo.

—¿Por qué piensas eso?

Percibo las dudas de si confesarme o no lo sucedido.

—Cuando terminó su relación con Lola se echó a la carretera y acabó en el hospital. Sé que esta vez es mucho peor —no entiendo por qué afirma eso—, de ella no estaba enamorado, de ti sí.

—¿No tienes forma de ponerte en contacto con él?

—Lleva el teléfono apagado desde ese sábado.

—Cuéntame algo que no sepa —mascullo enfadada.

—Pero, quizás...

Se queda pensativo. Me cripa la pasividad que muestra.

—Quizás, ¿qué?

—Si le digo a Claudia la verdadera razón que lo ha impulsado a subirse al camión, creo que me ayudará a contactar con él.

—¿Y a qué esperas?

Lo apremio para que llame a la secretaria de Lázaro, por lo visto ella es la única que ha estado en contacto con él estas semanas. No puedo evitar hablar cuando al fin Francesco logra hablar con su amigo, con un gesto de mano me manda a callar cuando le restriega que es un cornudo cuando no es verdad, nunca lo he engañado. Con un sobreesfuerzo humano mantengo la boca cerrada.

Lo increpo nada más cuelga.

—¿Por qué le has dicho eso? —me quejo cabreada.

—Porque lo conozco muy bien y es el único modo que lea tus mensajes.

Asiento poco convencida. Los siguientes minutos los pasamos en silencio, nos dedicamos a terminarnos el café. En ese transcurso de tiempo recibe un mensaje, sonrío al leerlo. La euforia me invade al saber que regresa a casa.

—¿No estás enfadada por enterarte quién es Lázaro? —inquire sin dar crédito mientras abandonamos el bar.

Lo pienso bien, y sí, lo estoy, para qué negarlo.

—Pues sí que estoy cabreada con el tonto de tu amigo. —Asiente como dando a entender que ya le extrañaba—. Pero no por lo que me has confesado. —Me mira descolocado—. Si se hubiese dignado a cogerme el teléfono el primer día o a leer mis mensajes, ni él estaría a saber dónde y en riesgo de que le ocurra algo, ni yo habría parecido estas semanas un oso panda.

Comienza a reír a carcajadas.

—No te rías —me quejo ofuscada—. ¡Joder, es que no entiendo a los hombres! Luego decís que somos nosotras las complicadas. De este modo hemos sufrido los dos a lo tonto. Mira que os gusta el dramatismo.

Arquea ambas cejas.

—¿A qué hora te ha dicho que llega? —pregunto.

—Si no me ha engañado, en media hora estará en la empresa.

Cruzo la calle sin prestar atención si vienen o no coches, mi cabeza solo tiene un objetivo. Recuperar a Lázaro y su amor, y sé cómo hacerlo.

Accedo a la oficina a toda velocidad, me hago con el primer presupuesto de los que dejé pendientes para que Vicente los entregara a los clientes, al ver que abulta poco cojo un par más.

Busco a Fede entre los coches, no quiero marcharme sin despedirme.

—Me marchó, la semana que viene os haré llegar el contrato firmado. —Tengo la intención de hacer entrar en razón a Lázaro cuando lo vea.

Me abraza, su rostro compungido me asegura que está aguantando la emoción de verme marchar otra vez.

—Espero que te vaya todo muy bien y ya sabes dónde tienes tu casa para cuando la necesites.

—Gracias por todo.

Baja la mirada.

—¿Dónde vas con eso? —Señala la carpeta que llevo en la mano.

—A rogar perdón —digo con felicidad—. Deséame suerte.

—No la necesitas, ese hombre te ama, se lo vi en la mirada.

Le guiño un ojo antes de marcharme.

Francesco me espera en el interior del coche. Accedo y nada más cerrar la puerta digo:

—Llévame a recuperar el amor de tu amigo.

Capítulo 54

Pulso con fuerza el botón de la radio, llevo más de dos horas cambiando de frecuencia y a todas las emisoras le ha dado hoy por poner música romántica.

—Sí, para eso estoy yo —mascullo cabreado.

Llevo otra vez cuatro días fuera de la ciudad y el efecto que buscaba al subirme de nuevo al camión no es el esperado. En vez de sosegarme como me ocurría en mi época de camionero, estoy de una mala hostia que ni yo mismo me soporto, en más de una ocasión no me he pegado porque sería de gilipollas, pero ganas no me faltan de hacerlo.

Pongo el freno de mano y relajo los brazos, necesito descansar, tantos días sin dormir pasan factura y cuando cierro los ojos lo único que veo es a nosotros abrazados en la cama o amándonos, algo que no ayuda a que el cansancio remita.

El recuerdo de despertar en el hospital sin saber qué había ocurrido también me acompaña estas semanas, no quisiera acabar de nuevo en una incómoda cama y soportar las atenciones de Brig, se pone de un pesado tremendo. Estoy tentado de llamarlo, echo en falta hablar con él. Aunque sea un capullo integral la mayoría de las veces, es como un hermano.

El tacógrafo avisa de que es el momento de parar y descansar. Paso de largo la primera salida que anuncia una gasolinera con área de descanso. Necesito una ducha en condiciones y una cama, llevo casi quince días durmiendo en la cabina del camión y ya es insoportable.

Espero a que el agua alcance la temperatura deseada para introducirme en la ducha, me ubico bajo el chorro y dejo que arrastre el cansancio, aunque lo que más necesito es que se lleve el recuerdo de Paula de mi mente y de mi cuerpo.

No presto atención al sonido del móvil cuando comienza a sonar, sigo a lo mío, suplicando para que el dolor remita. La insistencia de la llamada consigue ponerme en alerta, la única persona que me llama es mi secretaria y si insiste tanto es porque algo ha ocurrido. Cierro el grifo y sin secarme voy hasta el cuarto.

—¿Dime, Claudia?

—Señor, Briztam. Necesito enviarle un *email* que debe leer con urgencia, ¿a dónde se lo reenvío?

Aunque lo llevo apagado, mi móvil no se separa de mi lado, tenerlo así es para evitar la tentación de llamar a Paula.

—Donde siempre.

—De acuerdo, señor. Ya se lo he enviado, cuando pueda.

—Te contesto en unos minutos.

—¿Llega hoy, señor?

—No, Claudia. No sé si llegaré mañana o el domingo.

Paso de decirle que se me hace incómodo estar en Murcia sin poder ver a Paula.

—De acuerdo, señor. Que tenga buen viaje de regreso.

—Gracias, Claudia.

Dejo el terminal para hacerme con el otro. Introduzco los cuatro dígitos para desbloquearlo. No tarda en volverse loco, me salta el aviso de más de treinta llamadas perdidas, todas de Paula. Un sin fin de WhatsApp sin leer, también los ignoro. Reviso el correo electrónico y compruebo que no ha entrado nada, voy a marcar el teléfono de la oficina cuando suena.

Resoplo al ver de quién se trata.

—¿Qué quieres?

—Hombre, por fin puedo localizarte, don capullo.

—Brig, no empieces o cuelgo.

—Ya estamos, él y su simpatía. Madura de una vez, tío. Te han puesto los cuernos, ¿y qué? ¿Acaso se acaba el mundo?

Escucho a alguien quejarse y la voz suena igual que la de Paula. «Maldita sea, la imagino ya hasta con mi amigo», me reprocho.

—Si has llamado para tocarme las pelotas, te has equivocado de día.

—Y si te llamo para confirmarte que eres el mayor gilipollas de la faz de la tierra, ¿también me cuelgas?

Controlo las enormes ganas de mandar a la mierda a mi mejor amigo, en los años que nos conocemos nunca antes he tenido tantas ganas de ello, pero hoy se lo gana a pulso con su insolencia. No es capaz de entender el daño que me han hecho y lo desolado que estoy.

—También.

—Lázaro. —Me extraña que me llame por mi nombre de pila, creo que teníamos cinco o seis años la última vez que lo hizo—. Cabréate conmigo por hacerte conectar el teléfono, deja de hablarme una temporada, haz lo que te salga de las pelotas, pero hazme un favor y sobre todo háztelo tú, lee los mensajes de Paula, puede que me des la razón respecto a lo del mayor gilipollas.

No permite que le conteste, me cuelga nada más terminar de hablar. Miro el teléfono con ganas de estamparlo, no me puedo creer que me haya tendido esta trampa.

—¡Será...! —Me muerdo la lengua.

Tomo asiento en la cama. Durante unos minutos pienso si hacerle caso o pasar de él y regresar a mi estado de autocompasión. Decido que es el momento de enfrentar el asunto como adulto que soy.

Abro la aplicación de mensajería instantánea y me lleva un tiempo leer cada uno de sus mensajes, conforme lo hago el corazón más se me encoge pero por lo gilipollas que he sido, mi estupidez y mis celos me han llevado a estar alejado de ella sin motivo alguno.

Maldigo para mis adentros al escuchar el único mensaje de voz, percibir la pena que emana su voz me daña más que pensar que solo estuvo conmigo para utilizarme de trampolín para regresar con su ex.

Nunca antes me he vestido tan rápido como ahora. Antes de ponerme en marcha le mando un mensaje a Brig.

En media hora estoy en Murcia. Gracias por abrirme los ojos.

Estiro el cuerpo nada más bajar, estoy molido, pero recuperar el amor de una

morena que me lleva por la calle de la amargura es más importante que cualquier denuncia.

Aunque mi cuerpo va extenuado, no dudo en correr para alcanzar lo antes posible el edificio de oficinas, debo recoger del despacho las llaves del coche.

Accedo tan raudo que me olvido de saludar a Claudia que me recibe con la misma sonrisa de cada mañana. Abro la puerta del despacho y no reparo en nada, mis pasos y mi mente están puestos en coger las llaves y largarme.

Al girarme me quedo atónito y lo más inteligente que sale de mi boca es:

—¿Qué haces aquí, Paula?

Se muerde el labio inferior nerviosa, se me encoge el corazón al ver la tristeza que desprende su mirada, esa la he provocado yo con mis tontos celos y cabezonería por negarme a dejarla explicarse, en mi vida me he sentido tan mal como ahora mismo. Verla así provoca que lo único que desee sea abrazarla, decirle una y mil veces cuánto la quiero y besarla.

Da un paso al frente y muestra una carpeta blanca en la que hasta ahora no he reparado.

—Buenos días, señor Briztam. —Entorno un segundo los ojos, se ha enterado de la mentira, esto la alejará más de mi lado—. En el último *email* que intercambiamos no me quedó claro que tipo de garantías deseaba contratar para los seguros de sus vehículos particulares. Dígame, será ¿a todo riesgo o a terceros?

Me quedo a cuadros, para nada es lo que espero escuchar, estoy tan descolocado que no sé qué decir ni qué hacer. Vuelvo a lucirme a la hora de hablar.

—¿Has venido hasta aquí para eso?

«Te has lucido, macho. En vez de rogar perdón, dices esa gilipollez», me reprendo.

Asiente y niega a la vez.

—Para eso y —se muerde el labio, no tiene ni idea de las ganas que tengo de mordisquearlo yo—, para decirte que eres un gilipollas. —Abro los ojos—. Pero ¿cómo pudiste pensar que había vuelto con Izan si tengo muy claro lo que quiero?

—¿Y qué es lo que quieres, Paula? —digo acortando la distancia, pero me mantengo uno paso alejado de ella.

—A ti, tonto —admite recortando los pocos centímetros que nos separan—. Solo te quiero a ti.

Capítulo 55

Alargo la mano con cierto nerviosismo, todavía creo que la reconciliación con Lázaro es mera imaginación de mi mente para dejar de sufrir. Que si abro los ojos y miro la cama no lo hallaré dormido plácidamente a mi lado.

Relajo el cuerpo al sentir el suyo a escasos milímetros del mío. La reconciliación no es una fantasía, es real que desde semanas, después de ir a su empresa y decirle que solo lo quería a él, nos fuésemos primero de viaje para instalarnos en la masía a nuestro regreso. Necesitábamos estar solos para aclarar todo y recuperar el tiempo perdido. Además, mi intención es comenzar una nueva vida aquí juntos.

Una tonta sonrisa se me instala en la cara, no hay nada que más desee que despertarme cada mañana a su lado. Para hacérselo saber y que jamás dude de mis sentimientos, no tardo en pegarme a él y comenzar a acariciarlo. Remolonea más de lo que me gustaría, sé que está despierto aunque simula no estarlo.

Pasar las veinticuatro horas juntos estas semanas me ha ayudado a conocerlo un poco más. Cuando quiere puede ser un tanto cabrito, en el buen sentido de la palabra, también he descubierto cómo hacerlo rabiar. No tardo en separarme de él e incorporarme.

—¿Dónde crees que vas? —comenta apresándome por la cintura.

Encojo los hombros sin llegar a mirarlo.

Se coloca de espalda y me coloca encima de él.

—¿Qué más te da que me levante? Total, estabas dormido, ¿no?

Niega con la cabeza y no tarda en mostrar esa sonrisa pícaro suya.

—Sabes tan bien como yo que no lo estaba. Te gusta mucho a ti hacerme rabiar.

Afirmo sin dejar de morderme el labio inferior.

Fija la vista en él y se humedece los suyos.

—Si tú supieras el efecto que provocas cada vez que haces ese gesto.

—¿Y por qué te crees que lo hago?

Cierra los ojos y ríe con ganas. Cuando vuelve a abrirlos sus pupilas destilan más pasión con la que suele observarme. Me estremezco al saber qué viene a continuación.

Eleva mis caderas lo justo para deslizarse dentro de mí, el placer que me provoca sentir su calor me lleva a morderme el labio. Me sujeta la cara con ambas manos para besarme mientras nuestros cuerpos se mueven al mismo son.

—Te quiero —susurra contra mis labios justo cuando ambos alcanzamos el orgasmo.

—Te quiero —respondo antes de volver a besarlo.

La salida de la cama se alarga otra hora, al final el hambre es lo que consigue que la abandonemos. Nos instalamos en el porche trasero, el mismo que ha sido testigo de nuestro amor desde que llegamos el domingo pasado.

Tras aclarar el malentendido que nos tuvo alejados casi dos semanas, le confesé

mi pasado, no omití ningún detalle. Se ofreció a ayudarme a paliar la deuda y ponerme al corriente, denegué la oferta de inmediato.

—¿Estás segura de seguir con la fiesta de esta noche?

Lo miro, sé que de momento no quiere compartirme con nadie, según sus cálculos, tenemos que pasar al menos un mes aislados para recuperar lo perdido.

—Lázaro.

—¿Qué? —Me pone ojitos—. Solo han pasado cuatro semanas, aún no estoy listo para compartirme.

—Tienes toda una vida para disfrutarme. —Fija la vista en mí—. Claro está que siempre y cuando quieras.

Alarga las manos para cogerme por la cintura, me dejo arrastrar para sentarme a horcajadas encima de él.

—Una vida me parece poco. —Enarco una ceja—. Prefiero más toda la eternidad.

—Eso es mucho tiempo, al final te cansarás de verme el careto. —Bromeo.

Me sujeta la cara.

—Nunca. —Afirma rotundo—. Jamás me cansaré de ti.

Me sabe a gloria la intensidad del beso, pero sobre todo los sentimientos que destila. Me separo lo justo para mirarlo, no tardo en reñirle con la mirada al sentir la erección.

—Cariño, a este ritmo seguiremos desnudos cuando lleguen los invitados.

—Si encima tendré yo la culpa de que te muerdas el labio de esa forma y que vayas medio desnuda.

Bajo la mirada para comprobar que tiene razón, la única prenda que me cubre el cuerpo es una camiseta blanca de tirantes, la cual no tarda en volar.

Capítulo 56

—Cariño, abre la puerta.

—No. Solo faltan dos horas para que lleguen y si te dejas entrar, menos bañarnos pasará de todo.

Me miro la entrepierna y resoplo. Después de comer me ha privado de la siesta a la que me he aficionado este último mes, aunque dormir lo que se dice dormir... Siempre he pensado que era una pérdida de tiempo valioso acostarse después de comer, con Paula he descubierto lo gratificante que llega a ser ese momento de descanso o lo que es lo mismo, de placer. Por mucho que le he rogado de pasar por la cama un par de horitas antes de ponernos manos a la obra, la negación ha sido rotunda.

Me recuesto en el quicio de la puerta, cierro los ojos y dejo que las imágenes me invadan. Aquel viernes, en mi despacho, tras decirme que solo me quería a mí, tuve la tentación de hacerle el amor allí mismo, pero no me pareció lo más apropiado, así que lo máximo que hice fue besarla hasta que nos quedamos sin aliento.

En un principio pensé irnos a la playa, pero pronto caí en la cuenta de que allí me exponía a que el pesado de mi amigo nos interrumpiese, así que no lo pensé dos veces y nos marchamos de viaje. A nuestro regreso a la ciudad cuando Paula dijo de volver a la casita rural me pareció la mejor de las ideas. No tardé en enterarme de que era la dueña de la masía y de los problemas económicos que tenía. No he vuelto a insistir en ayudarla, estoy dejando pasar el tiempo para retomar la conversación.

Dejo de lado las confesiones y las largas charlas para aclararlo todo, su cuerpo desnudo encima o debajo el mío capta mi atención ya que una parte de mi anatomía la añora en este preciso momento. Escuchar el agua correr tras la puerta rememora nuestra primera ducha juntos, que intenso placer sentí. Al cerciorarme de que ha terminado imagino que soy yo quien seca cada gota de su cuerpo con mi lengua y la entrepierna palpita con más energía.

Doy por sentado que cuando salga y me deje acceder como mucho llevará la lencería puesta. Resoplo exasperado al ver lo que tarda en salir, para cuando lo hace la fantasía de arrebatarle el encaje del cuerpo se desvanece.

—¿Qué hago ahora con esto? —Señalo mis partes.

Encoge los hombros.

—Ya buscarás la manera de apañártelas. Todo tuyo. —Con descaro señala el interior del baño.

Arqueo una ceja mientras observo el contoneo de sus caderas alejarse de mí, es una provocación en toda regla y ese vestido blanco semitransparente lo es aún más. Arrugo el entrecejo, supongo que es mi excitación quien imagina que no lleva ropa interior. Quiero salir de dudas.

Me quito el bóxer y con sigilo me acerco hasta pegarme a ella. Comienzo a repartir besos por el cuello mientras con las manos le acaricio los muslos hasta llegar a su centro de placer. Me muerdo el labio para no reír al comprobar que no es cosa mía, es verdad que no se ha la puesto.

—Lázaro, ¿qué haces?

No puede evitar gemir y arquear la espalda, sé el placer que le provocan mis caricias.

—Apañármelas como me has dicho.

Introduzco la mano entre nuestros cuerpos para subir la tela, ahora mismo solo es un impedimento. La torturo unos segundos masajeándola con el glande sin llegar a adentrarme en ella.

—Cariño —gime.

—¿Qué, princesa?

Tengo que refrenar las enormes ganas de hundirme en ella, pero por una vez quiero hacerla rabiarse un poquito antes de ofrecerle lo que reclama.

—Al final nos van a pillar.

Coloco el glande en posición, no soporto más la tortura a la que yo mismo me someto.

—Que esperen.

La abrazo a la vez que roto la cadera, no tarda en girar en el rostro en busca de mis labios, con la otra mano le acaricio el rostro mientras nuestras lenguas acompañan la danza ya creada. No salgo de inmediato, me quedo unos minutos más sintiendo como el calor de su cuerpo acoge el mío para convertirlo en uno.

La beso una última vez antes de adentrarme en el baño. Para cuando salgo me sorprende ver que se ha cambiado.

—¿Por qué te has quitado el vestido? —Quiero saber.

—Porque ya ha cumplido su función. —Me guiña un ojo.

Me quedo sin palabras al saber que lo ha planeado todo. Soy incapaz de decirle nada cuando abandona la habitación con una sonrisa triunfal.

—¡Joder, te tiene más alelado de lo que piensas! —mascullo.

—¿Has dicho algo?

Giro la cara, Paula tiene la cabeza asomada por la puerta.

—Nada, cariño. Hablaba solo.

Sé que se contiene para no reír. Como suele decirse, es salvada por la campana ya que escuchamos la insistencia de alguien tocando el timbre.

—Te espero abajo, no tardes. —Me lanza un beso.

Paula no tarda en cogerme de la mano y llevarme frente a un matrimonio. Nada más ver al hombre lo reconozco, fue el mismo que me entregó las llaves de la casa el fin de semana que estuve aquí. Le estrecho la mano cuando somos presentados oficialmente.

—Un placer conocerlo, Jesús, me han hablado mucho de usted.

Es cierto, Paula me ha revelado qué significan en su vida los padres de Mabel, son unos segundos padres para ella. Evito decirle lo que le agradezco todo lo que ha hecho por ella, ya tendré tiempo de hacérselo saber.

—El placer es mío, joven.

Uno a uno me presenta a todos sus amigos, casi todos son compañeros de trabajo de MultiServi y amigos de la infancia. Cuando le pregunté por qué los invitaba si llevaba tanto tiempo sin verlos, confesó que al tener intención de vivir de nuevo en la masía, quería retomar las viejas amistades, además, que no le vendría mal para el

negocio.

Busco entre los rostros de los presentes a Brig, no lo hallo por ningún lado, algo que me extraña viniendo de mi amigo, jamás se perdería una fiesta. No tardo en dar con su paradero, está en un lateral de la parcela tonteando con una mujer rubia que no cesa en insinuarse. Al al levantar la vista de los pechos de la mujer repara en mi presencia. Le dice algo al oído lo que provoca una tonta sonrisa por parte de ella y acto seguido lo veo acercarse. Nos saludamos con un abrazo, no es normal que estemos tanto tiempo sin vernos.

—¿Cómo estás? —pregunta una vez que me pone al corriente de su nueva conquista.

—Deseando que os larguéis todos a vuestras puñeteras casas.

—Serás capullo —se queja riéndose—. Ya tendrás día mañana para estar con ella.

—Y hoy también lo tendría de no ser por vosotros. Joder, macho, tampoco os costaba tanto declinar la invitación para la semana que viene y concedernos más tiempo a solas.

—Pero si lleváis un mes aislados. ¿De qué te quejas?

—Para mí es poco tiempo, después de todo el que hemos estado separados.

—Empiezas a preocuparme, no estuviste ni quince días sin verla.

—Se hizo interminable.

—Que sepas que no me gusta nada esta faceta nueva tuya. Estar enamorado te vuelve más insoportable de lo que eres.

—Ya me llegará a mí el turno de reírme de ti cuando te ocurra lo mismo, capullo. Se ríe con ganas.

—Pues espera sentado porque eso jamás suce... —se calla de golpe.

Miro en la misma dirección que él, no comprendo qué logra enmudecerlo si no se calla ni de debajo del agua. Tiene fija la mirada en la zona de juegos infantil que hay en el lateral derecho de la piscina y la única que está es Mabel jugando con su hijo. Me sitúo frente a él para obstaculizarle la vista, no tarda en ladear la cabeza para volver a mirarla.

—¿De qué conoces a Mabel?

No responde, tengo que golpearlo en el brazo para que me preste atención.

—Brig.

Sacude la cabeza.

—¿Qué?

—¿De qué la conoces? —Señalo a Mabel con el dedo.

—De nada.

—Claro, por eso la miras con esa intensidad.

—No digas gilipolleces, Briz. A esa tía no la conozco de nada.

Reparo en la mujer que hay unos pasos detrás de Mabel por primera vez, es una mujer de su misma estatura rubia a la cual no tengo el placer de conocer. Miro a mi amigo para que me explique de qué la conoce, pero ya no está a mi lado. Va directo a la mesa donde está la bebida, se sirve una copa que se bebe de un trago, se pone una segunda.

Busco con la mirada a la desconocida que sigue detrás de Mabel, no creo a mi

amigo y la certeza al decir que no la conoce, pero la nueva acompañante de Mabel capta toda mi atención. Mi princesa tiene a Manuel en brazos, fantaseo con la idea de que sea nuestro hijo y no el de su amiga a quien le prodiga todos esos mimos.

Sacudo la cabeza, si no dejo de lado la fantasía soy capaz de echar a todo el mundo y ponerme manos a la obra para concebirlo. Me sirvo una copa ya que el capullo de Brig no tiene el detalle de hacerlo.

—¿Me vas a decir de qué conoces a esa rubia o tengo que averiguarlo?

—De nada, ya te lo he dicho antes.

Nos giramos para mirar al resto de invitados. La sorpresa en la cara de la mujer al ver a Brig a mi lado me confirma que sí se conocen, no tardo en descifrar de qué.

—La tía aquella no es otra que ella —afirmo señalándola.

—Deja de decir tonterías, no la conozco de nada, es la primera vez que la veo —masculla cabreado.

—Y una mierda. —Comienzo a reír a carcajadas, por fin puedo meterme con él por una maldita vez.

—Déjame en paz —gruñe.

Lo dejo que se aleje y le concedo unos minutos de soledad antes de increparlo de nuevo, comprendo qué se siente al tener delante a la mujer de tu vida y no ser capaz de llamar su atención.

Le palmeo la espalda para captar la suya.

—Creo que no voy a tener que esperar mucho para conocer tu faceta de enamorado.

—Vete a tomar por culo, Briz.

Al final de la noche descubro que la desconocida no es otra que Lidia, la prima de Mabel.

Capítulo 57

Los nervios se disipan conforme avanza la noche, no tenía claro que mi idea de invitar a medio pueblo, además de los que considero mis padres y mis mejores amigos, fuese a salir bien. Pero gracias a ello ya tengo los primeros clientes y aún no ha terminado la noche.

Busco a Lázaro con la mirada y lo encuentro hablando con Francesco, al saber que no está aburrido me separo de los invitados para pasar un rato con Mabel y Manuel.

—No me dijiste ayer que recogías a Manuel mañana.

Encoge los hombros.

—He recibido la llamada esta mañana.

No indago más, no es necesario, imagino que a Lolo ya le molestará su hijo, ya me extrañaba a mí que lo tuviese tanto tiempo.

—¿Qué haces aquí sola? —deseo saber para que cambie la cara, la noto demasiado triste.

No se gira al escuchar la pregunta, sigue entretenida jugando con su hijo en la zona que he dispuesto esta semana para él, espero tenerlos en casa muchas veces.

—Agotar al mocoso para que caía rendido en la cuna y poder disfrutar de la fiesta como es debido, pero no hay forma.

—Déjame que disfrute de él antes de que se duerma.

Lo cojo en brazos y comienzo a repartir besos por su barriguita. Mientras nos ponemos al día, le cuento a Ma todo lo que ha pasado entre Lázaro y yo esta semana.

—Me alegra saber que te hace feliz.

—Es mucho más que eso, Ma. —Miro a Manuel y me descubro que no me importaría tener uno propio con Lázaro.

—Me da a mí que no vais a tardar mucho en hacerme tita.

—No me desagrada la idea, pero no. Primero quiero levantar la empresa y disfrutar de él, con el tiempo no te digo que no lo seas.

Manuel se acurra en mi pecho, le hago un gesto a Ma para que vea que pronto podrá disfrutar con el resto de invitados.

—¿Dónde está Lázaro?

—Con su amigo. —Me giro para señalarle su ubicación.

No pierdo de vista ninguno de sus movimientos, incluso me alarma ver la tristeza que desprende su mirada al centrarla en Francesco.

—¿Lo conoces? —inquiero.

—Eh, no —no lo dice convencida.

—¿Segura?

—Sí, no lo conozco de nada.

No creo lo que dice, si no lo conociese no pondría esa cara de apenada cuando Francesco mira en nuestra dirección y sale disparado en la contraria, sé que la ha reconocido aunque ella se empeñe en decirme que no se conocen, pero en vez de presionarla lo dejo estar, prefiero que me lo diga cuando esté preparada.

Intento hacerle ver a Ma que no merece la pena cabrearse y que la actitud infantil de Francesco le agüe el resto de velada, no logro ni ninguna de las dos cosas.

—De verdad que estoy bien, pero ya es hora de marcharme a casa, el peque ya está dormido.

—No es necesario que te vayas, puedes acostarlo en su cama —señalo la casa.

Niega con la cabeza, está muy rara y comienza a preocuparme.

—Prefiero pasar la noche en casa de mis padres, imagino que Lázaro tiene otros planes para vosotros y no quiero ser molestia.

—No digas tonterías, tú no eres ninguna molestia.

Me da dos besos en las mejillas.

—La semana que viene ya estaré instalada aquí, podremos ponernos al día.

—Te espero —digo antes de verla marchar.

Pasan un par de horas antes de que el último invitado se despida de Lázaro y de mí.

Una vez solos, Lázaro saca una tumbona que coloca cerca de la piscina, antes de acomodarse sirve un par de copas. La tranquilidad que se respira de nuevo en la propiedad logra que me acurruque en su pecho y cierre los ojos.

Nos dedicamos a estar así, abrazados en silencio. Creo que ambos estábamos deseando esto. Me sorprende el rumbo de la conversación que desea mantener.

—Puedo liquidar la deuda y librarte de la carga —dice sin dejar de acariciarme la espalda.

Levanto la cabeza para mirarlo.

—Lo sé, pero no quiero que lo hagas. —Más sincera no puedo ser.

—Piénsalo al menos.

Asiento.

—¿Al final dónde vamos a vivir?

Me encanta que hable de nosotros en plural.

—Sé que tu empresa está en Murcia y no me agrada la idea de que vayas y vengas todos los días, pero mi intención era crear nuevos recuerdos aquí, aunque sea durante una temporada. Pero entiendo que sea mucho pedir.

Me acuna el rostro con ambas manos.

—Princesa, iba todos los días desde la playa a la oficina y volvía, no me importa ir desde aquí. La única condición que pongo es despertar cada mañana a tu lado.

Lo beso con intensidad para agradecerle que me conceda el deseo de vivir una temporada en la masía. Muevo la cadera para hacerle entender qué más quiero.

—¿Intentas algo? —inquire con una ceja alzada.

Contengo la risa, no quiero delatarme. Me deshago de su abrazo y me incorporo. Una vez de pie le guiño un ojo a la vez que me muerdo el labio inferior, sé que le encanta y el efecto que provoca en él.

Se relame los labios, pero se queda impassible en la hamaca.

—Esta vez no te será tan fácil tentarme como a tu salida del baño —replica a media voz.

Alzo las cejas. Aunque aún no es verano, la temperatura invita a sumergirse en el agua.

—¿Estás seguro?

Asiente.

Sin pensarlo le doy la espalda. Desabotono uno a uno los botones de la camisa, con lentitud la deslizo por mis brazos hasta que cae al suelo. Llevo las manos a la espalda y desabrocho el sujetador, hago el mismo proceso.

Giro la cara y vuelvo a morderme el labio mientras meneo las caderas para que se deslice la falda por las piernas.

Evito reír al ver cómo se recoloca sus partes y resopla sin dejar de comerme con la mirada.

Me adentro en el agua, no miro en su dirección hasta sacarme el tanga y lanzarlo en su dirección.

—Juegas sucio, muy sucio —susurra con él en las manos.

Por fin se levanta.

Capítulo 58

Las bajas temperaturas del invierno las soportamos gracias a la calefacción nueva que instalamos el primero que pasamos en la masía. Dos noches muerta de frío fue suficiente para dejar a Lázaro llamar a una empresa y pagar más de lo establecido para que la instalasen en menos de tres días.

Nuestra temporada en la masía dura ya tres años, cada vez que le proponía marcharnos a la ciudad para evitar los viajes diarios que tenía que hacer, contestaba lo mismo; que le encantaba la vida en Blanca y que no la cambiaba por nada del mundo.

Al final, tras mucho suplicar de que entrase en razón, me hizo caso, lo que no esperaba es que trasladase la empresa al polígono de la zona, lo que provocó que Claudia dijese adiós a la ciudad para instalarse aquí. Pensaba que me odiaría por alejarla de la comodidad de la capital a ella y a su familia, ocurrió lo contrario, al poco de instalarse nos hicimos grandes amigas, tanto su marido como sus hijos estaban encantados con su nueva vida y ella contenta por verlos tan felices.

Me arrebujó bajo la manta y me pego a su cuerpo, últimamente tengo las hormonas más revolucionadas de lo normal. Comienzo a acariciarle la incipiente barba, esta semana ha decidido tomársela de vacaciones, incluso Claudia se sorprende al ver el cambio de su jefe, no tardó en confesarme que Lázaro no sabía lo que eran las vacaciones hasta que no formalizamos nuestra relación.

Ronroneo cuando introduce la mano debajo del jersey de lana y comienza a acariciarme la espalda. Mientras tanto yo prosigo mi andadura recorriendo con la mía su pecho, su estómago y no paro de descender hasta llegar a mi objetivo. Ladea el rostro y muestra esa sonrisa que no me canso de observar.

—Cariño, no creo que sea bueno para la niña —comenta al percibir mi primera caricia.

Se remueve en el sofá hasta acostarme a mí y recostarse él sobre mí sin llegar a dejar todo su peso. Me acaricia con los labios la incipiente barriga, en cuatro semanas nacerá nuestra pequeña.

—¿Otra vez con lo mismo, mi vida? Ya escuchaste a la ginecóloga, Jimena no se entera de nada.

Se le humedecen los ojos, cada vez que digo en voz alta el nombre escogido para nuestra primera hija le sucede lo mismo. Cuando nos enteramos de que sería niña, no dude ni un instante en cómo la llamaría, escogí el de su abuela.

Al ver el recelo en su mirada lo apreso con las piernas y muevo las caderas. No tarda en iniciar un beso, al principio es pura dulzura, pero aumenta conforme la pasión nos apresa. Me quita el jersey, al no llevar sujetador no tarda en lanzarse a los pezones erectos que reclaman su atención. Lleva una mano a mi centro de placer, arquea la espalda.

Maldigo al escuchar el timbre. Ambos intentamos ignorarlo y proseguir con lo nuestro, pero la insistencia logra que renunciemos a culminar lo que recién acabamos de comenzar. Se coloca los pantalones sin ropa interior.

—Ni se te ocurra moverte, regreso en un segundo.

Quedo en la misma posición, lo conozco también que aunque la visita sea Jesús para pedirle algún favor, como hace en otras ocasiones, lo despachará en milésimas de segundo. Las voces me llegan nítidas.

—¿Qué desea?

—Quiero hablar con Paula.

Me incorporo al escuchar mi nombre, esa voz me es familiar, aunque ahora mismo no le pongo cara al dueño.

—La oficina está cerrada, hasta mañana a las nueve no podrá hablar con Eusebio.

Eusebio es el pasante que he contratado para que cubra mi baja por maternidad, Lázaro me obligó a prometerle que no trabajaría durante esos meses por mucho que la oficina esté en casa.

—Soy un viejo amigo.

La piel se me eriza al caer en la cuenta. Me pongo el jersey y los pantalones. Con la rapidez que me permite el embarazo llego hasta la puerta. Me sorprende ver el estado tan lamentable que presenta, es como si llevase meses sin dormir.

—Izan, ¿qué haces en mi casa?

La inercia de Lázaro es abrazarme, sabe de sobra quién es el hombre que está frente a nosotros.

—Hola, Pau.

—Si vuelves a llamarla así, te parto la cara.

—¿Lázaro? —reniego.

—Ni Lázaro ni pollas, por la culpa del desgraciado este casi te pierdo. Que se contente con que no lo haya hecho ya.

—Cariño, tu no eres así.

Izan se frota las manos nervioso.

—No merezco menos, Paula. —Fija la vista en la barriga por primera vez—. Enhorabuena —dice alargando la mano hacia Lázaro.

No la acepta.

—No has contestado la pregunta de mi mujer.

Lo miro sorprendida, la cuestión es que más que palpable en mis ojos: «¿Desde cuándo estamos casados?». Su respuesta es un encogimiento de hombros.

—Necesito tu ayuda. —Confiesa al fin—. Sé que te has convertido en una de las mejores abogadas en conciliación de divorcios y quiero a la mejor para evitar perder a mi mujer.

Abro la boca sorprendida, para nada esperaba esto.

Fin

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecerle a ti, querido lector, la oportunidad que le has dado a mi primera novela, sin vuestro apoyo nada de esto se haría realidad. Así que muchísimas gracias por concederme tu valioso tiempo para leer la historia de Paula y Lázaro.

A mi familia quiero agradecerle el apoyo incondicional que recibo por parte de cada uno de ellos para no dejar atrás mi ilusión de ver publicada mi primera obra y que en los momentos de flaqueza hayan estado ahí animándome para seguir adelante y no tirar la toalla. Os quiero con locura.

A mis amigos, a esos locos que me acompañan día a día aunque estén a kilómetros de distancia, esto no sería posible sin vuestros consejos y las horas que me habéis dedicado para que la novela vea la luz. La familia no podemos escogerla, pero a los amigos sí, y he tenido el enorme placer de crear una segunda familia al lado de todos vosotros. Espero de corazón que nuestra amistad perdure de por vida, ya que no imagino mi vida sin teneros a mi lado tanto para lo bueno como para lo malo. Decir que os quiero es quedarme corta.

Biografía

Mía Alcaraz nació en pleno verano en la Costa Cálida. Es comercial desde bien joven aunque siempre se sintió atraída por el mundo de la literatura, por ello, después de devorar decenas de novelas románticas se lanza de pleno a escribir la suya.

Guiada en todo momento por una gran autora de romántica, se embauca esta trepidante aventura de crear la primera novela de la *Saga Sensaciones*; *¿A todo riesgo o a terceros?* Una novela que tiene especial conexión con ella, ya que en un futuro próximo le encantaría sentir lo mismo que la protagonista.